

Heidi

Por

Johanna Spyri

PARTE 1.
LOS AÑOS DE APRENDIZAJE Y VIAJES.

CAPÍTULO I
CAMINO DE LOS ALPES.

Desde la alegre y antigua ciudad de Mayenfeld parte un sendero que, después de atravesar verdes campos y densos bosques, llega hasta el pie de las majestuosas montañas, de imponente y severo aspecto, que dominan el valle. Después, el sendero empieza a subir hasta la cima de los Alpes, cruzando prados de pasto y hierbas olorosas.

Por esta vereda trepaba, en una mañana espléndida, una alta y robusta muchacha de la comarca, y a su lado, cogida de su mano, iba una niña, cuyas mejillas rojas destacaban en su rostro bronceado —lo que no era sorprendente, porque, no obstante el fuerte calor de aquel mes de junio, la niña había sido arropada como en pleno invierno—. La pequeña contaría unos cinco años; era difícil hacerse una idea de su figura ya que llevaba dos o tres vestidos, uno encima del otro y, tapándolo todo, un gran pañuelo de algodón rojo que la hacía parecer algo informe. Con sus gruesos zapatos provistos de clavos en las suelas, la acalorada niña avanzaba con dificultad. Hacía cerca de una hora que las dos viajeras habían comenzado a subir por el sendero, cuando llegaron a Dörfli, una aldea situada a medio camino hacia la cima. La joven acababa de llegar a su pueblo natal, donde todos la conocían. Desde casi todas las casas salieron gritos de bienvenida, pero ella siguió caminando, aunque contestaba a los saludos y a las preguntas, y sólo se detuvo frente a la última casa de la aldea. La puerta estaba abierta. Una voz la llamó desde el interior.

—Espérate un momento, Dete. Si vas allí arriba, te acompaño.

Se quedó esperando. La niña soltó su mano y se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —preguntó la joven.

—No, pero tengo calor —respondió la niña.

—Falta poco para llegar; sólo un pequeño esfuerzo y en una hora estaremos arriba —le dijo su compañera para animarla.

En aquel momento salió de la casa una mujer corpulenta, de dulce aspecto, y se reunió con ellas. La niña se había levantado y echó a andar detrás de las dos amigas, que entablaron en seguida una animada conversación acerca de los habitantes de Dörfli y de las aldeas vecinas.

—Pero ¿dónde vas con esta pequeña, Dete? —preguntó la recién llegada—, ¿no es la hija que dejó tu hermana?

—Sí, es ella —contestó Dete—. La llevo al Viejo allí arriba, vivirá con él.

—¡Cómo! ¿Quieres que esta niña se quede con el Viejo de los Alpes? ¡Has perdido la cabeza, Dete! ¿Cómo puedes hacer semejante cosa? ¡Ya verás como el viejo os mandará de vuelta a casa!

—¡No puede hacerlo! Es su abuelo, ahora le toca a él hacer algo por ella, yo ya he hecho bastante. Te aseguro, Barbel, que no voy a dejar escapar el trabajo que me ofrecen, a causa de la niña.

—Si él fuera como los demás, no diría que no —respondió Barbel con viveza—. Pero tú le conoces, y ¿qué quieres que haga con una niña tan pequeña como ésta? No querrá quedarse con él. Pero, dime, ¿adónde pensabas ir?

—A Frankfurt —repuso Dete—. Un matrimonio que ya vino el año pasado a Ragatz me ofrece un buen empleo en su casa. En el hotel tenían la habitación en la planta donde yo estaba de servicio. Ya entonces quisieron llevarme con ellos, pero no acepté. Este año han vuelto y me ofrecen nuevamente el empleo ¡y esta vez iré, puedes estar segura!

—De lo que estoy segura es de que no me gustaría estar en el sitio de la niña —exclamó Barbel—. Nadie sabe qué pasa allí arriba. El viejo no quiere trato con nadie; jamás pisa una iglesia y cuando, por casualidad, una vez al año, baja de su montaña con su grueso bastón, todo el mundo le rehúye porque tiene un aspecto terrible con sus espesas cejas y su barba canosa.

—Todo lo que tú quieras —replicó Dete, un poco picada—, pero es el abuelo y por lo tanto tiene que cuidarla, no se le ocurrirá hacerle daño; en cualquier caso ¡será su problema, no el mío!

—Yo sólo quisiera saber —continuó Barbel— qué es lo que el viejo puede tener sobre su conciencia, para tener unos ojos tan terribles y vivir allí arriba sin tratarse con nadie. Corren toda clase de rumores acerca de él, algo habrás oído tú, por tu hermana.

—Por supuesto, pero me guardaré mucho de hablar. Si él se enterase después, estaría en un buen aprieto.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que Barbel deseaba saber por qué el Viejo de los Alpes era tan solitario y por qué la gente hablaba de él en voz baja, como si temiese ponerse a mal con él, sin osar, no obstante, tomar su defensa. Tampoco sabía Barbel por qué toda la aldea le llamaba «el Viejo de los Alpes»; no podía ser el tío de todos los habitantes. Pero ella misma hacía como los demás y le llamaba así.

Barbel se había establecido en Dörfli hacía poco, después de casarse con un hombre de la comarca; hasta entonces había vivido en el valle, en Prättigau, y no conocía muy bien toda la historia de Dörfli y de sus habitantes. Su amiga Dete, por el contrario, había nacido y había vivido allí hasta que murió su madre hacía un año; entonces Dete se fue a vivir al balneario de Ragatz, donde se ganaba bien la vida como camarera en el gran hotel. De allí venía precisamente aquella mañana con la niña; hasta Mayenfeld pudieron viajar en un carro de heno conducido por uno de sus conocidos.

Ahora Barbel no quería dejar escapar tan buena ocasión para enterarse de algo; cogiendo a Dete familiarmente del brazo, le dijo:

—Tú podrás decirme lo que es verdad y lo que son invenciones de la gente; supongo que conoces toda la historia. Cuéntame algo del viejo, me gustaría saber si siempre ha sido tan huraño y tan temible.

—Esto no puedo saberlo con exactitud: sólo tengo veintiséis años y él debe de tener sus setenta. Así que comprenderás que no le he conocido cuando era joven. Si estuviera segura de que luego no se había de saber en todo Prättigau, te podría contar unas cuantas cosas; mi madre y él eran del mismo pueblo.

—Vamos Dete, pero ¿qué te piensas? —respondió Barbel un poco ofendida—. La gente de Prättigau no es tan cotilla, y yo además, cuando es preciso, sé callarme. Cuéntamelo, verás que no tendrás que lamentarlo.

—Está bien, pero has de cumplir tu palabra —le advirtió Dete.

Antes de empezar a hablar, se volvió para asegurarse de que la niña no anduviese demasiado cerca y pudiese oírla. Pero Heidi había desaparecido. Probablemente hacía un buen rato que había dejado de seguir a las dos amigas sin que éstas, en el calor de la conversación, se hubieran dado cuenta. Dete se detuvo y miró a su alrededor. El sendero hacía algunas curvas pero se podía seguir con la vista hasta Dörfli: no había nadie.

—¡Ah, ya la veo! ¡Mira allí! —exclamó Barbel, indicando con el dedo hacia el valle—. Está subiendo con Pedro, el cabrero, y sus cabras. Quisiera saber por qué sube hoy tan tarde. Pero es una suerte, así Pedro podrá vigilar a la niña y tú podrás hablar tranquilamente.

—No tendrá mucho que vigilar —dijo Dete—. A pesar de tener sólo cinco años, es lista; tiene ojos para ver y se entera de lo que pasa, de eso me he dado cuenta. Y mejor que sea así, porque el viejo no posee nada más que su cabaña y sus dos cabras.

—¿Acaso antes había tenido algo más? —preguntó Barbel.

—¿Ése? ¡Ya lo creo! —exclamó vivamente Dete—. Poseía una de las más hermosas granjas de la comarca de Domschleg. Eran nada más que dos hijos.

Su hermano menor era tranquilo y serio, mientras él, todo lo que quería era hacer el señorito, salir por allí en compañía de gente sospechosa que nadie conocía. Se puso a jugar y a beber y terminó por perder todo el patrimonio. Su padre y su madre murieron de pena, y su hermano, al que también hundió en la miseria, se fue a no se sabe dónde; en cuanto al Viejo, que no poseía ya nada más que su mala fama, desapareció también. Nadie supo, durante algún tiempo, qué había sido de él; luego corrió la voz de que se había alistado en el ejército del rey de Nápoles, y después transcurrieron doce o quince años sin que llegasen noticias suyas. Y de pronto volvió a aparecer en Domschleg acompañado de un chico, al que trató de colocar en la familia. Pero todas las puertas se le cerraron, nadie quería saber nada de él. El viejo se enfadó mucho y declaró que nunca volvería a Domschleg. Entonces vino aquí a Dörfli con el chico. Al parecer su mujer era del sur del país, allí la conoció, pero murió poco después de nacer el hijo. Seguramente el viejo tendría algún dinero, porque hizo que su hijo Tobías aprendiera el oficio de carpintero. Tobías era un buen chico, que caía bien a la gente de Dörfli. Pero todo el mundo desconfiaba del viejo; se decía que había desertado del ejército, porque de lo contrario hubiera acabado muy mal: al parecer, había matado a un hombre, no en la guerra, sino en una pelea. Aun así, lo habíamos aceptado como pariente nuestro, porque la abuela de mi madre y la suya eran hermanas. Por eso nosotros le llamábamos Viejo, y como casi toda la gente de Dörfli somos parientes, todos le llamaron así. Cuando se estableció en lo alto de la montaña, dijeron «el Viejo de los Alpes».

—Pero ¿qué ha sido de Tobías? —preguntó Barbel, con vivo interés.

—Espérate, ahora llego, no puedo contarlo todo a la vez —respondió Dete—. Pues Tobías había ido a Mels para hacer allí de aprendiz y cuando regresó a Dörfli se casó con mi hermana Adelaida. Siempre se habían gustado y, una vez casados, fueron muy felices. Pero la dicha fue corta. Dos años más tarde, cuando Tobías trabajaba en una construcción, le cayó una viga en la cabeza y lo mató. Cuando trajeron su cuerpo a casa, Adelaida sufrió un colapso con unas fiebres muy altas de las que no llegó a reponerse. Su salud siempre había sido delicada, y a veces caía en una languidez durante la cual no se sabía si dormía o estaba despierta. Poco tiempo después de la muerte de Tobías, enterramos también a mi hermana Adelaida. Todo el mundo lamentaba la trágica suerte de aquellos dos y se decía que era castigo de Dios a causa de la vida que había llevado el tío. Algunos incluso se lo echaron en cara y hasta el cura le habló para inducirle a mostrar arrepentimiento. Sin embargo el viejo se volvió todavía más hosco y no quiso hablar ya con nadie; y por otra parte la gente también evitaba encontrarse con él. Un buen día, se supo que se había ido a vivir en lo alto de la montaña y que ya no volvería a bajar. Desde entonces está allí, enemistado con Dios y con los hombres. Mi madre y yo recogimos a la hija de Adelaida, que entonces tenía un año. Pero el año

pasado, cuando murió mi madre, me fui al balneario para ganar algo de dinero y me llevé a la pequeña. La puse en pensión, en casa de la vieja Úrsula de Pfaeffers. Pasé todo el invierno en el valle y, como también sé coser y remendar, no me faltó trabajo. Esta primavera, la familia de Frankfurt, a la que conocí el año pasado donde yo servía, ha vuelto y me pide nuevamente que vaya con ellos. Saldremos pasado mañana. Es un buen empleo, te lo aseguro.

—¿Y vas a dejar a la pequeña en casa del viejo? No sé en qué estás pensando, Dete —dijo Barbel en tono de reproche.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Dete—. Yo he hecho ya lo mío, ¿qué más quieres que haga? No puedo llevarme a Frankfurt a una niña de cinco años. Pero, a propósito, Barbel, ¿a dónde ibas tú? Ya estamos a medio camino de los pastos altos.

—Ya he llegado —le contestó Barbel—. Tengo que hablar con la madre del cabrero; ella hila para mí durante el invierno. ¡Adiós, pues, Dete, y que tengas mucha suerte!

Dete tendió la mano a su amiga y se detuvo un momento para verla entrar en la casa del cabrero. Estaba situada a unos metros del camino, en una hondonada, y aunque estaba al abrigo del viento, la casa era tan vieja y tan destartalada que debía de ser peligroso vivir en ella cuando el föhn soplabla con violencia y hacía crujir puertas y ventanas y hacía temblar las vigas. Si hubiese sido construida arriba en la montaña, en un día de éstos, el viento se la hubiera llevado valle abajo. En esta cabaña vivía Pedro, el cabrero, de once años, que descendía todas las mañanas a Dörfli para llevarse las cabras a los pastos de alta montaña, donde crece una buena hierba corta y aromática. Al final del día, Pedro bajaba saltando con los ágiles animales y, al llegar a Dörfli, silbaba con los dedos. Los dueños de las cabras acudían a la plaza, y cada uno se llevaba las suyas. Casi siempre enviaban a los niños, porque las cabras son criaturas apacibles. En verano, éste era el único momento del día en que Pedro podía encontrarse con niños de su edad; el resto del tiempo, lo pasaba en compañía de las cabras. Verdad era que en casa estaban su madre y su abuela ciega, pero él salía por la mañana muy temprano, después de tomar pan y leche, y volvía tarde por la noche porque se quedaba a jugar todo el tiempo posible con los niños del pueblo. Entonces cenaba rápidamente un trozo de pan y un vaso de leche y caía rendido de fatiga sobre la cama. Su padre, al que llamaban también «Pedro el cabrero», porque se había dedicado durante su juventud al mismo oficio, había muerto hacía años de accidente en el bosque cortando un árbol. Su madre se llamaba Brígida, pero todo el mundo la llamaba «la cabrera» por tradición, y en cuanto a la abuela ciega todos, jóvenes y viejos, la conocían como «Abuela».

Pasaron unos diez minutos y Dete seguía allí en medio del camino frente a

la casa, esperando a Heidi; pero al no ver a nadie, empezó a subir un poco hasta llegar a un sitio desde donde podía contemplar todo el valle y miró en todas las direcciones sin resultado.

Mientras tanto, los niños habían hecho una gran caminata, porque Pedro conocía los sitios donde los animales podían encontrar los matorrales y zarzales que tanto les gustaban. Pero eso había alargado la ruta considerablemente. Al principio a la niña le costó seguirle, jadeaba por el esfuerzo y se ahogaba a causa de la abundancia de ropa que llevaba encima. No decía nada pero miraba a Pedro, quien, con los pies desnudos y pantalones cortos, corría de una parte a otra sin esfuerzo alguno, y a las cabras, que, con sus finas patas brincaban y subían con más ligereza aún. De pronto la niña se sentó en el suelo y se quitó rápidamente los pesados zapatos y las medias, se levantó de nuevo y empezó a despojarse del pañuelo rojo, desabrochó su vestido y se lo quitó. Tenía aún otro debajo, porque su tía Dete le había puesto el vestido bueno para no tener que llevarlo en la mano. En menos de un minuto, el segundo vestido también cayó en la hierba y la niña se encontró en camiseta y enaguas, agitando sus brazos desnudos. Dobló su ropa, la recogió en un montoncito, y se fue a correr alegremente detrás de las cabras y de Pedro. Éste no había reparado en aquel alto imprevisto. Cuando la vio llegar con su nuevo atavío, su rostro se inundó de satisfacción; y cuando, al volverse, vio más abajo el montón de ropa, su sonrisa se extendió de oreja a oreja, pero no dijo una sola palabra. Heidi se sentía tan ligera que se puso a charlar, haciendo muchas preguntas que el chico no tuvo más remedio que contestar. Quería saber cuántas cabras tenía, adónde las llevaba a pacer, qué era lo que hacía allí arriba. Hablando de ese modo, los dos niños llegaron con las cabras a la casita del cabrero y se encontraron con la tía Dete, que nada más verlos, empezó a gritar:

—¿Heidi, qué has hecho? ¡Cómo vienes! ¿Dónde están tus vestidos, tu pañuelo? ¿Y los zapatos que te compré especialmente para la montaña? ¿Y tus calcetines nuevos? ¡Todo ha desaparecido! ¡Contéstame, Heidi!

—¡Allí abajo! —respondió la niña tranquilamente, señalando con la mano hacia la pendiente.

La tía vio, en efecto, un montoncito a lo lejos, cubierto con una cosa roja que debía de ser el pañuelo.

—¡Desgraciada! —exclamó furiosa—. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Por qué te has quitado la ropa? ¿Qué significa esto?

—No me hace falta —contestó la niña, que no parecía afligida por su conducta.

—¡Te has vuelto completamente loca! ¿Quién irá a buscarla ahora? Se

necesita por lo menos media hora para bajar hasta allí. ¡Pedro, ven aquí! ¡Ve a buscar las cosas y date prisa, no te quedes ahí plantado mirándome!

—Ya me he retrasado bastante —dijo Pedro lentamente, sin moverse del sitio desde donde había asistido, con las manos en los bolsillos, a la explosión de cólera de la tía.

—Entonces, ¿qué haces ahí contemplándome? —dijo—. Ven aquí, te daré algo que te gustará. ¿Qué te parece eso?

Y Dete hizo brillar ante sus ojos una moneda de cinco centavos completamente nueva. Pedro partió como disparado pendiente abajo, llegó a toda velocidad hasta el montón de ropa, la recogió y volvió tan rápidamente que Dete le felicitó y le dio la moneda nueva. Pedro la hizo desaparecer en el fondo de su bolsillo, mientras sonreía satisfecho: semejante tesoro no lo veía todos los días.

—Puedes llevarme todo eso hasta la casa del Viejo, también es tu camino —dijo tía Dete reemprendiendo el camino para subir la escarpada pendiente, que empezaba detrás de la cabaña del cabrero.

El chico aceptó de buen grado y echó a andar, con la ropa de Heidi debajo del brazo izquierdo y en la mano derecha el látigo, que hacía restallar de cuando en cuando. Heidi y las cabras brincaban alegremente a su lado. Al cabo de tres cuartos de hora, llegaron por fin a la altiplanicie roqueña sobre la que se elevaba la cabaña del Viejo. Expuesta a todos los vientos, pero situada de forma que recibía los rayos de sol de la mañana hasta la noche, la cabaña gozaba de un amplio panorama sobre todo el valle. Detrás había un grupo de tres abetos ya viejos, de largas y tupidas ramas. Un poco más lejos subía un camino más escarpado que cruzaba primero unos ricos pastos, luego la pendiente se hacía rocosa y llena de malezas y acababa en unas rocas completamente peladas.

El Viejo de los Alpes estaba sentado en un banco de madera fijado en la pared de la casa que daba sobre el valle. Fumaba en pipa, las dos manos apoyadas en las rodillas, y observaba tranquilamente al terceto que se aproximaba en compañía de las cabras.

Heidi llegó primera, se dirigió derecha hacia el anciano, y tendiéndole la mano le dijo:

—Buenos días, abuelo.

—¿Qué significa esto? —contestó en tono rudo, pero también le tendió la mano, y contempló a la niña largamente por debajo de sus espesas cejas.

Heidi sostuvo la mirada sin pestañear. Aquel abuelo, con la larga barba, las cejas grises erizadas como la maleza, le causaba tanta extrañeza, que no podía

dejar de mirarlo. Mientras, Dete llegó también, seguida de Pedro, que se detuvo un momento para observar la escena.

—Le deseo buenos días, Viejo —dijo Dete acercándose—. Le traigo a la hija de Tobías y Adelaida. Creo que no la reconocerá. La última vez que la vio usted, tenía un año.

—¡Ah! ¿Y qué ha de hacer ella aquí? —preguntó el viejo secamente; y, dirigiéndose a Pedro, añadió—: ¡Tú, márchate con las cabras, ya es tarde, y llévate las mías!

Pedro obedeció inmediatamente y desapareció con su rebaño, porque le bastaba con una sola de las terribles miradas del Viejo.

—Ha de quedarse con usted, Viejo —contestó Dete—. Creo que he hecho todo lo que debía durante esos cuatro años, ahora le toca a usted.

—¡Vaya! —dijo el viejo a Dete echándole una mirada fulgurante—. Y si la niña no quiere quedarse y empieza a llorar porque quiere irse contigo, ¿qué quieres que haga yo?

—Será su problema —replicó Dete—. Nadie ha venido a decirme a mí cómo me las había de arreglar cuando tuve que hacerme cargo de una niña de sólo un añito, y bastante tenía ya con mi madre. Ahora he aceptado un nuevo empleo y usted es su pariente más próximo; si no puede tenerla, haga lo que quiera, pero si le pasa algo, será usted el responsable. ¿No cree que ya tiene bastante sobre la conciencia?

Dete también se sentía un poco culpable y por eso, sin querer, había dicho más de lo que quería. Al oír sus últimas palabras, el Viejo se levantó y la miró de tal manera, que la joven se echó atrás. Después el viejo levantó el brazo gritando:

—¡Vete inmediatamente de aquí y no vuelvas en mucho tiempo!

Dete no se hizo repetir el mandato.

—Pues bien, ¡adiós! ¡Adiós, Heidi! —dijo rápidamente, y presa de una violenta emoción, bajó corriendo sin detenerse hasta Dörfli.

Cuando llegó a la aldea, todo el mundo se precipitó sobre ella para hacerle preguntas; todos conocían bien a Dete y sabían quién era la pequeña.

—¿Dónde está la niña? —le gritaban— Dete, ¿dónde has dejado a la pequeña?

Dete, cada vez más impaciente, contestaba:

—Allá arriba, con el Viejo. ¿Lo habéis oído? ¡En casa del Viejo de los Alpes!

De todas partes las mujeres se exclamaron: «¿Cómo has podido hacer semejante cosa?». «¡Pobrecita!». «¡Una niña indefensa!». Y una y otra vez oía: «¡Pobre niña!».

Muy irritada, Dete huyó tan rápidamente como pudo, y se sintió aliviada cuando dejó de oírlas. No tenía la conciencia tranquila, ya que su madre antes de morir le había confiado la pequeña. Pero Dete se dijo, a fin de tranquilizarse, que podía volver a cuidar de ella cuando hubiera ganado mucho dinero. Y a medida que se alejaba del pueblo y de sus gentes, se alegraba de la magnífica colocación que la esperaba.

CAPÍTULO II

EN CASA DEL ABUELO.

Cuando tía Dete hubo desaparecido, el Viejo se volvió a sentar sobre el banco y empezó a sacar de su pipa grandes nubes de humo, la mirada fijada en el suelo, sin decir una palabra.

Mientras se hallaba sumido en sus meditaciones, Heidi examinó con visible satisfacción todo cuanto la rodeaba. Poco tardó en descubrir el establo de las cabras adosado a la casa, y echó un vistazo en el interior. Estaba vacío. La niña continuó entonces sus exploraciones y llegó hasta los viejos abetos, detrás de la cabaña. El viento soplaba con tanta fuerza en las ramas, que se oía gemir y aullar en las cimas. Heidi se detuvo para escuchar. Cuando el viento amainó un poco, la niña dio la vuelta a la cabaña y se encontró otra vez frente a su abuelo. Vio que no se había movido del sitio. Entonces se colocó delante de él y, con las manos a la espalda, le contempló. El abuelo alzó los ojos.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó a la niña, que permanecía inmóvil.

—Quisiera ver lo que hay dentro de la cabaña —dijo Heidi.

—Pues, ¡ven! —exclamó el abuelo, mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta—. Coge tu ropa —añadió antes de entrar en la casa.

—¡Ya no la necesito! —declaró Heidi.

El viejo se volvió y fijó una mirada penetrante en la niña, cuyos ojos negros brillaban de curiosidad por todo lo que vería en la cabaña.

«No le falta sentido común», se dijo, y añadió en voz alta:

—¿Y eso por qué?

—Me gusta más ir como las cabras que tienen las patas tan ligeras.

—Está bien, pero ve a coger la ropa —le contestó el anciano—, vamos a ponerla en el armario.

Heidi obedeció. El viejo abrió la puerta y la niña entró con él en una habitación bastante grande que ocupaba todo el ancho de la casa. Vio una mesa y una silla; en un rincón, la cama del abuelo, en el otro, una gran caldera colgada en el hogar. En la pared opuesta había una puerta, el abuelo la abrió: era un armario de pared. Su ropa estaba colgada dentro; sobre uno de los tableros se veían algunas camisas, calcetines y pañuelos; en otro, platos, tazas y vasos y en el tablero más alto, un pan redondo, carne ahumada y queso. De hecho, el armario contenía todo lo que el abuelo poseía y necesitaba para vivir.

Cuando el abuelo abrió el armario, Heidi acudió corriendo y puso la ropa en el fondo, detrás de la ropa del abuelo, donde no sería fácil encontrarla. Luego examinó con atención toda la habitación y preguntó:

—¿Dónde voy a dormir yo, abuelo?

—Donde quieras —respondió éste.

Era todo cuanto ella deseaba saber, y buscó con la mirada el mejor sitio donde poder dormir. Cerca del rincón en el que estaba la cama del abuelo había una escalera apoyada contra la pared; Heidi subió y encontró un montón de perfumado heno. Por un pequeño tragaluz se podía ver todo el valle.

—Aquí quiero dormir —gritó Heidi—. ¡Qué bonito! ¡Ven a ver lo bonito que es, abuelo!

—Ya lo sé —contestó el viejo.

—Voy a hacerme la cama —añadió la niña, corriendo de un lado para otro—, pero tendrás que subir para traerme una sábana, porque en una cama se pone una sábana, y encima de ella se duerme.

—Está bien, está bien —dijo el abuelo, y se dirigió al armario.

Después de revolver un poco en él, extrajo, de debajo de sus camisas, un gran trozo de tela basta que podría servir de sábana. Con él subió la escalera y vio el lecho que Heidi se había preparado. La niña había amontonado más heno en la parte de la cabecera y lo había orientado de forma que, echada, pudiera ver la ventana.

—Está muy bien —dijo el abuelo—; ahora pondremos la sábana, pero antes...

Y diciendo esto, cogió un montón de heno y dobló el espesor del lecho para que la niña no notara la dureza del suelo.

—Ahora, toma la sábana.

Heidi cogió rápidamente la tela. Era tan gruesa y pesada que pudo apenas sostenerla, pero le venía muy bien porque así los tallos de heno no podrían atravesarla y no pincharían. Su abuelo le ayudó a extender la tela. El conjunto tenía buen aspecto y Heidi se puso delante para contemplar su obra pensativamente.

—Nos hemos olvidado algo, abuelo —dijo.

—¿Qué es? —preguntó éste.

—Una manta, porque cuando uno se acuesta, se mete entre una sábana y una manta.

—¿Ah, sí? ¿Y si no tuviera yo ninguna? —dijo el viejo.

—¡Oh! Entonces es igual, abuelo. Haremos una manta con el heno —le tranquilizó Heidi, y ya iba en seguida manos a la obra, pero el anciano la detuvo.

—Espera un momento —dijo, y descendió la escalera; se dirigió a su propia cama y volvió con un gran saco de lienzo que puso en el suelo.

—¿No vale esto más que el heno? —preguntó.

Heidi empezó a tirar del saco para desplegarlo, pero pesaba tanto que sus pequeñas manos no podían manejarlo. El abuelo la ayudó y pronto quedó extendido sobre la cama y parecía una manta de verdad. Heidi miró su nuevo lecho, algo sorprendida, y exclamó:

—¡La manta es fantástica y la cama también! Quisiera que fuera de noche, para poder acostarme ya en ella.

—Primero tendremos que comer algo —dijo el abuelo—, ¿qué te parece?

En su afán de prepararse la cama, Heidi había olvidado todo lo demás. Pero al oír hablar de comer, advirtió súbitamente que sentía hambre, porque, aparte del trozo de pan y la tacita de café muy diluido que tomara antes de salir del pueblo, no había tomado nada durante el día y el viaje había sido largo. De aquí que respondiera muy animada:

—¡Sí, sí, vamos a comer!

—Pues bien, bajemos, ya que estamos de acuerdo —dijo el anciano y siguió a la niña.

Se dirigió al hogar, descolgó el caldero grande, lo reemplazó por uno más pequeño, y se sentó en un taburete bajo para atizar el fuego. Poco tardó en hervir el contenido del caldero y mientras tanto, el abuelo, armado de unas pinzas de hierro, sostenía sobre el fuego un gran trozo de queso, dándole

lentamente vueltas hasta que estuvo dorado. Heidi había seguido aquellos preparativos con mucha atención. De repente tuvo una idea y corrió hacia el armario; de allí iba y venía hasta la mesa. Cuando el abuelo se acercó con un cazo y el queso asado al extremo de las pinzas, vio el pan redondo, dos platos y dos cuchillos bien puestos en la mesa. Heidi se había fijado en todo lo que había en el armario y sabía qué se necesitaría para comer.

—Muy bien, pequeña; me gusta que sepas pensar un poco —dijo el abuelo, y puso el queso encima del pan—, pero aún falta algo en la mesa.

Al reparar en el delicioso humo que se elevaba del cazo, Heidi volvió al armario. Había en él tan sólo un tazón, pero la niña no se dejó desconcertar por esto: detrás había dos vasos y la niña regresó a la mesa y colocó allí el tazón y un vaso.

—Muy bien, veo que sabes salir del paso. ¿Dónde quieres sentarte?

El único asiento que había en la cabaña era el del abuelo. Heidi corrió como una flecha hacia el hogar, cogió el taburete y lo colocó ante la mesa, sentándose en él.

—Por lo menos tienes un asiento, sólo que un poco bajo —dijo el abuelo—; pero con mi silla sería lo mismo, tampoco llegarías a la mesa. ¡Ya lo arreglaremos!

Se levantó, llenó el tazón de leche, lo puso sobre la silla y la acercó al pequeño taburete para que así Heidi tuviera una mesita. Después colocó en él un gran pedazo de pan y un trozo de queso dorado y dijo:

—¡Vamos, come!

Él mismo se sentó sobre una esquina de la mesa y empezó a comer. Heidi asió el tazón y bebió el contenido de una vez, pues la sed acumulada durante el viaje se había vuelto a manifestar de golpe. Cuando recobró el aliento, dejó el tazón en la mesita.

—¿Te gusta esta leche? —preguntó el abuelo.

—Nunca la he bebido tan buena —contestó Heidi.

—Pues aquí tienes más —dijo el anciano.

Llenó el tazón otra vez hasta el borde y lo puso delante de la niña, que comía con gran apetito su pan, sobre el cual había extendido el queso asado, tierno como la mantequilla. Entre bocado y bocado tomaba un trago de leche y disfrutaba mucho con aquella rica comida.

Terminada la cena, el abuelo salió para limpiar y poner en orden el establo de las cabras. Heidi miraba con interés cómo barría y ponía en el suelo paja fresca para los animales.

Después le siguió al cobertizo adosado a la cabaña; allí el abuelo cortó tres palos del mismo tamaño, aserró una tabla, y practicó unos agujeros en ella, en los que introdujo los palos. Luego, lo puso en el suelo, y Heidi, muda de admiración, reconoció que era un asiento, parecido al del abuelo, pero mucho más alto.

—¿Sabes qué estoy haciendo, Heidi? —preguntó el abuelo.

—Es una silla muy alta, ¡es para mí! ¡Y en qué poco tiempo la has hecho! —exclamó la pequeña, que no salía de su asombro y de su admiración.

«Esta niña comprende lo que ve», se dijo el abuelo al dar la vuelta a la cabaña, armado de sus herramientas y de algunos trozos de madera, dando aquí y allá un martillazo, asegurando una puerta, reparando un desperfecto.

Heidi le seguía paso a paso, sin quitarle ojo y encontrándolo todo muy divertido.

Y así llegó la noche. El susurro en los viejos abetos se intensificó, un fuerte viento comenzó a soplar y en las cimas de los árboles se oían sus gemidos y aullidos. El sonido del viento llenó a Heidi con tanta emoción, que empezó a correr y a saltar debajo de los abetos como si la invadiese una alegría nueva. Desde la puerta del establo, el abuelo la contemplaba.

De pronto sonó un agudo silbido. Heidi se quedó quieta y vio que el abuelo avanzaba hacia el sendero. Las cabras descendían de la montaña, saltando y brincando, Pedro en medio de ellas. Heidi soltó un grito de alegría y corrió para reunirse con sus amigas de la mañana, que acarició una tras otra. El rebaño se detuvo delante de la cabaña, y dos lindas cabras, blanca la una y de color castaño la otra, se destacaron y avanzaron hacia el abuelo. Entonces lamieron las manos del anciano, el cual les ofrecía un poco de sal, como tenía por costumbre hacerlo todas las noches. Luego Pedro desapareció con el resto del rebaño. Heidi acarició tiernamente a las dos cabras, corriendo de una a otra y dando la vuelta alrededor de ellas para poder acariciarlas de ambos lados. Estaba loca de alegría.

—¿Son nuestras, abuelo? ¿Las dos? ¿Duermen en el establo? ¿Las tendremos siempre aquí? —preguntaba Heidi, sin dejar apenas tiempo al abuelo de responder con un «sí, sí» lacónico.

Cuando las cabras terminaron de lamer la sal, el anciano dijo:

—Ve a buscar tu tazón y trae el pan.

Heidi obedeció y volvió en seguida. El abuelo empezó a ordeñar la cabra blanca y cuando el tazón estuvo lleno, cortó un trozo de pan y dijo:

—Toma, come. Cuando hayas acabado, sube a dormir. Tía Dete también ha dejado un paquete con camisones y cosas por el estilo; si necesitas algo, lo

encontrarás en la parte de abajo del armario. Yo voy a meter las cabras en el establo. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, abuelo, que descanses! ¿Cómo se llaman, abuelo? — exclamó la pequeña corriendo detrás del anciano y de las cabras.

—Ésta se llama Blanquita, y aquélla Diana —le contestó.

—¡Buenas noches, Blanquita, buenas noches, Diana! —gritó Heidi mientras las cabras desaparecían en el establo.

Heidi se sentó en el banco, para beber la leche y comerse el pan, pero el viento era tan fuerte que casi la hizo caer del banco. Se apresuró a terminar, entró en la cabaña y subió hasta su cama, donde se durmió profundamente y tan bien como si se hallara en el lecho de una princesa.

Poco después, y antes de que se hiciera del todo de noche, el abuelo se acostó también, porque se levantaba todas las mañanas con la salida del sol, y ésta, en las alturas de la montaña y en pleno verano, se efectuaba muy temprano.

Durante aquella noche, el viento sopló con tanta fuerza, que las paredes de la cabaña temblaron y se oyó su gemido en la chimenea, y en los abetos se ensañó con tal violencia, que arrancó algunas ramas. En plena noche, el abuelo se levantó, murmurando: «Seguramente tendrá miedo allí arriba», y trepó por la escalera para ver qué hacía la pequeña.

La luna brillaba intensamente a veces, otras, las nubes empujadas por el viento la tapaban y volvía la oscuridad. De pronto un rayo de luna reapareció por la ventana y se posó sobre el lecho de la niña. Dormía tranquilamente, las mejillas encendidas por el calor de la pesada manta y la cabeza apoyada sobre un brazo desnudo; debía de soñar con cosas agradables porque la expresión de su cara era de felicidad.

El abuelo contempló largo rato a la niña dormida; luego, la luna volvió a esconderse detrás de las nubes y él volvió a su cama.

CAPÍTULO III

EN LOS PASTOS DE ALTA MONTAÑA.

Un silbido agudo despertó a Heidi a la mañana siguiente. Al abrir los ojos, un rayo de sol dorado penetraba por la ventana e iluminaba, como si fuera oro, todo cuanto la rodeaba. Heidi miró a su alrededor, sorprendida, porque no se acordaba de dónde estaba. Pero al oír la voz grave de su abuelo, todo volvió a

su memoria: el viaje, la llegada a la montaña, y a la casa, donde se quedaría a vivir ahora. Ya no viviría más con la vieja Úrsula, que siempre tenía frío y se pasaba el día al lado del fuego en la cocina o la sala. Como estaba medio sorda, no quería perder de vista a Heidi y la obligaba a permanecer a su lado. La niña echaba de menos poder correr al aire libre. De ahí que ahora sintiese una dicha muy grande al despertarse en su nueva morada, pensando en todas las cosas bonitas que había visto el día anterior y en lo que podría ver hoy, sobre todo en que podría jugar con Diana y Blanquita.

Heidi se levantó rápidamente y se vistió en pocos minutos con la ropa que llevaba el día anterior. Bajó la escalera y salió corriendo de la cabaña. Pedro el cabrero ya estaba allí con su rebaño, y el abuelo, que en aquel momento abría el establo para hacer salir a sus dos cabras. Heidi corrió hacia ellos dando los buenos días al abuelo y a las cabras.

—¿Quieres acompañarles al pasturaje? —le preguntó el anciano.

Heidi, al oír tal proposición, saltó de alegría.

—Pues entonces ve a lavarte para que estés muy limpia; de lo contrario, el sol allí arriba se burlaría de verte tan sucia. Ahí tienes lo que necesitas para lavarte.

Le señaló con el dedo un cubo lleno de agua, que se calentaba al sol, delante de la puerta. Heidi empezó inmediatamente a lavarse y a frotarse para tener la piel brillante.

Entre tanto, el abuelo había entrado en la cabaña y llamó a Pedro.

—¡Ven aquí, general en jefe de las cabras! Trae tu mochila.

Pedro, muy asombrado, obedeció y le tendió su mochila, en la que llevaba su pobre comida.

—¡Ábrela! —le mandó el anciano, y metió en ella un gran pedazo de pan y otro no menos grande de queso.

Pedro, estupefacto, abrió cuanto podía los ojos, porque la porción de comida para Heidi era doble de la que él llevaba para sí.

—Y ahora pondremos también el tazón; la niña no sabe beber como tú directamente de las ubres de las cabras. Tú le ordeñarás dos tazones de leche a la hora de comer, porque ella irá contigo y permanecerá a tu lado hasta que vuelvas. Y ten cuidado de que no se caiga por ningún precipicio. ¿Has entendido?

En aquel momento, Heidi entró corriendo.

—¿Se burlará ahora el sol de mí, abuelo? —preguntó ansiosa.

Temiendo presentarse sucia ante el sol, la pequeña se había frotado con tal vigor el rostro, el cuello y los brazos con la tela gruesa que el abuelo había dejado al lado del cubo, que estaba roja como un cangrejo. El abuelo esbozó una sonrisa.

—No, no tiene por qué reírse —la tranquilizó—, pero ¿sabes qué? Esta noche, cuando regreses, lo mejor será que te metas completamente en el cubo, como los peces, porque cuando se va con los pies desnudos como las cabras, se ponen muy sucios. Y ahora, ¡en marcha!

Los dos niños subieron alegremente hacia los pastos con las cabras. Durante la noche, el viento había despejado el cielo. El sol resplandecía sobre los verdes campos de pastos, y las pequeñas flores azules y amarillas se abrían gozosas a sus cálidos rayos y parecían sonreír a Heidi. Los campos estaban cuajados de florecillas, se veían verdaderas alfombras de belloritas; en otro lugar brillaba vivo el color de las azules gencianas y, por todas partes, se desplegaban los delicados heliantemos.

Heidi no cabía en sí de gozo; al ver todas aquellas hermosas flores que se mecían suavemente en sus tallos, fue tanta su alegría, que se olvidó de todo, hasta de las cabritas y de Pedro, y recogió flores a manos llenas, gritando y saltando de un lado a otro. Porque en un lado todas las flores eran rojas, en otro todas azules, y ella hubiera querido estar en todas partes a la vez. Mas en su delantal no cabían tantas flores como habría deseado llevar a la cabaña del abuelo, donde pensaba adornar con ellas su improvisado dormitorio, para que tuviera semejanza con las soleadas praderas.

El pobre Pedro, encargado de velar por ella, se vio aquel día obligado a prestar atención a todos lados a la vez, lo que era tanto más difícil cuanto que sus ojos no se hallaban acostumbrados a girar en sus órbitas tan velozmente como el caso requería. Además, las cabritas hacían lo mismo que Heidi, corrían también caprichosamente en todas direcciones y Pedro había de estar silbando sin parar, gritando y haciendo sonar su látigo para mantener reunidas a las fugitivas.

—¿Dónde estás Heidi? —gritó al fin en tono muy enojado.

—¡Aquí! —respondió una voz que parecía pertenecer a un ser invisible.

—¡Ven aquí, Heidi! ¡Ten cuidado de no caer por las rocas, pues ya sabes que el abuelo nos lo ha advertido!

—Pero ¿dónde están las rocas? —preguntó Heidi sin moverse de su sitio, porque la pequeña se sentía cada vez más embriagada del dulce perfume de tantas flores.

—¡Allá arriba! Todavía hay un buen trecho, de modo que ven pronto.

Además, ¿no oyes cómo grita el gavián en el aire?

El efecto de la amenaza fue inmediato. Heidi se puso en pie y corrió hacia Pedro, pero sin soltar las flores que contenía el delantal.

—Por ahora ya tienes bastantes flores —dijo el pequeño pastor a su amiguita—, y además, si las coges hoy todas, no te quedará ninguna para mañana.

Esta razón acabó por convencer a Heidi, y viendo además que su delantal estaba lleno, continuó la ascensión al lado de Pedro. Las cabritas se habían tranquilizado también en cierto modo, porque percibían ya de lejos la sabrosa hierba de los pasturajes, y caminaban en derechura hacia ella, sin detenerse como antes, a fin de llegar con mayor rapidez.

Los campos de pasto donde Pedro tenía por costumbre detenerse con sus cabras para establecer allí su cuartel general durante la jornada, se hallaban al pie de las altas rocas que alzaban al cielo sus cimas abruptas y desnudas y en la parte de abajo estaban cubiertas de pinos y matorrales. El pasturaje lindaba por un lado con el borde de un precipicio cortado a pico, y el abuelo había tenido razón al advertir a los niños que tuviesen cuidado.

Cuando hubieron llegado al campo, Pedro se quitó la mochila y la colocó cuidadosamente en una cavidad del terreno, porque conocía el viento y sabía que si empezaban a soplar sus fuertes ráfagas podía llevarse sus provisiones montaña abajo. Después, se tendió sobre la hierba soleada para reponerse de la fatiga de la ascensión.

Heidi, mientras tanto, se había quitado el delantal con las flores e hizo de él un paquete, que guardó también en la cavidad, junto a la mochila de Pedro. Luego se sentó al lado de su compañero y miró a su alrededor. Abajo, el valle estaba inundado de la brillante luz de la mañana; frente a Heidi se extendía, a bastante distancia, un enorme ventisquero que se destacaba fuertemente sobre el azul del cielo; a la izquierda había una enorme masa de rocas y de donde se alzaba una alta torre de granito, desnuda y escarpada, inclinada sobre Heidi y los pastos. La niña miraba y callaba; un gran silencio les rodeaba; el viento acariciaba suavemente las delicadas gencianas azules y los heliantemos resplandecientes, que se mecían sobre sus delicados tallos. Pedro se había quedado dormido y las cabras saltaban por la maleza. Heidi no se había sentido nunca tan dichosa como en aquel momento; absorbía los rayos dorados del sol, el aire fresco, el perfume de las flores y sólo tenía un deseo: poder permanecer allí siempre.

De ese modo transcurrió un largo rato. Heidi había contemplado tantas veces los picos escarpados, que ya los consideraba como buenos amigos de agradable y acogedor aspecto.

De pronto oyó un grito penetrante. Heidi levantó los ojos y vio volar a un enorme pájaro, tan grande como aún no había visto otro, el cual se cernía por encima de ella, las alas desplegadas, describiendo anchos círculos y dando gritos roncós y fieros.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Despiértate! —exclamó Heidi—. ¡Allí está el gavilán!; ¡Míralo!

Pedro se levantó rápidamente y contempló también el ave de presa, que volaba cada vez más alto y desapareció al fin detrás de las rocas grises.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Heidi, que había seguido el vuelo del pájaro con la vista.

—A su nido —contestó Pedro.

—¿Allí arriba tiene su nido? ¡Qué bonito debe de ser vivir tan alto! ¿Por qué gritaba tanto? —siguió preguntando la niña.

—Porque le sale así —explicó Pedro.

—Podríamos seguirle hasta su nido —sugirió Heidi.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —hizo Pedro, marcando en el tono de las exclamaciones seguidas su creciente disgusto—. Las cabras no pueden subir tan alto y el abuelo ha dicho que no quiere que tú te caigas por las rocas.

Entonces Pedro se puso a silbar y a gritar con tanta fuerza que Heidi se preguntó qué iba a suceder; pero, al parecer, las cabras conocían muy bien aquellas señales, ya que iban llegando una tras otra y en poco tiempo el rebaño se hallaba nuevamente reunido, unas ramoneando las plantas, otras corriendo de un lado a otro, y algunas, las más juguetonas, embistiéndose mutuamente con los cuernos. Heidi se había levantado y corría entre las cabras. Sentía una indescriptible alegría al contemplar los juegos de aquellos animales tan ágiles, y la niña iba de una cabra a otra para conocerlas mejor, pues cada una tenía alguna característica que la diferenciaba de las demás.

Mientras Heidi se divertía así, Pedro fue a buscar su mochila y puso en el suelo los cuatro pedazos que contenía, colocándolos en cuatro ángulos simétricos, los pedazos grandes del lado de Heidi, los pequeños del suyo, pues recordaba muy bien para quién era la parte mayor de las provisiones. Luego tomó el recipiente, ordeñó a Blanquita y puso el tazón lleno de leche blanca y fresca en medio del cuadrado. Después llamó a Heidi, pero hubo de llamarla con más fuerza de la que empleara para mandar a los animales; la niña se divertía tanto con los saltos y brincos de éstos, que no veía ni oía nada. Pedro gritó tan fuertemente que su voz retumbó entre las paredes roqueñas y Heidi al fin apareció; al ver la improvisada mesa, se puso a bailar de alegría alrededor de ella.

—Deja ya de saltar, es la hora de comer —dijo Pedro—; siéntate y empieza.

—¿Es para mí esta leche? —preguntó, mirando el cuadrado con el tazón de leche en su centro.

—Sí —respondió Pedro— y los dos grandes pedazos que ahí ves, también son para ti. Cuando hayas bebido el tazón de leche, ordeñaré otro para ti y luego me tocará a mí.

—¿De qué cabra tomarás la leche para ti?

—De la mía, esa que se llama Moteada. Pero ¡empieza ya a comer!

Heidi bebió primero la leche y cuando hubo terminado, Pedro se levantó para llenar el tazón por segunda vez. La niña cortó entonces su pan en dos trozos y, reteniendo para sí la parte más pequeña, ofreció la otra a Pedro con todo el queso destinado a ella, diciendo:

—Es para ti, yo tengo bastante con esto.

Pedro se quedó mudo de sorpresa, porque a él jamás se le hubiera ocurrido hacer algo así. Vacilaba, no sabía si Heidi lo decía en broma o en serio; pero la pequeña seguía tendiéndole el pan y el queso, y al ver que él no los cogía, se los colocó encima de la rodilla. Entonces Pedro comprendió que no bromeaba, y aceptó finalmente el regalo, dándole las gracias con una inclinación de la cabeza. Fue la mejor comida de toda su vida de cabrero. Mientras tanto, Heidi contemplaba las cabras.

—¿Cómo se llaman, Pedro? —preguntó.

Pedro conocía el nombre de cada una de ellas, puesto que no tenía otra cosa que retener en su memoria. Las nombró, pues, una tras otra sin equivocarse, señalándolas al mismo tiempo con el índice.

Heidi escuchaba y miraba con la mayor atención y no tardó mucho en saber los nombres, porque todas las cabras tenían algo que las distinguía entre sí. Bastaba mirarlas con atención y así lo hacía Heidi. Había allí el Gran Turco, con sus fuertes cuernos, que siempre buscaba pelea, provocando la huida de las demás cabras que no querían saber nada de él.

Sólo Cascabel, la linda y ágil cabrita se atrevía a enfrentarse a él. En vez de esquivarle, como lo hacían las demás, lo buscaba y lo embestía con tanta rapidez, que el Gran Turco se quedaba mirándola aturdido, sin atreverse a atacar, porque Cascabel era muy guerrera y tenía los cuernecillos muy agudos. Había luego la pequeña Blancanieves, que balaba siempre tan lastimosamente, que más de una vez Heidi había acudido para acariciarla. La cabrita acababa de volver a balar con su voz triste. Heidi corrió hasta ella, la abrazó y le preguntó suavemente:

—¿Qué te pasa, Blancanieves? ¿Por qué te quejas así?

Blancanieves se acurrucó confiadamente al lado de Heidi y permaneció muy quieta.

Desde su sitio, Pedro exclamó con algunas interrupciones, porque seguía comiendo:

—Lo hace porque la vieja ya no viene con nosotros. La vendieron la semana pasada a uno de Mayenfeld.

—¿Quién es la vieja? —preguntó Heidi.

—¡Pues la madre de Blancanieves! —contestó Pedro.

—¿Dónde está la abuela? —volvió a preguntar Heidi.

—No tiene.

—¿Y el abuelo?

—No tiene.

—¡Pobre Blancanieves! —dijo Heidi abrazándola—. Ahora ya no tienes que quejarte más porque yo vendré todos los días y no estarás tan solita, y si necesitas algo, vienes a mí.

Blancanieves frotó la cabeza contra el hombro de Heidi como si quisiera demostrar su afecto, y cesó de gemir. Pedro, que por fin había terminado de comer, se acercó también al rebaño. Blanquita y Diana eran las cabritas más lindas de todo el hato; iban limpias y tenían cierto aire distinguido; además se mantenían casi siempre separadas de las otras, sobre todo del Gran Turco, al que parecían despreciar.

Todas las cabras habían vuelto a saltar y a brincar por la maleza, cada una a su modo, unas saltando casi deliberadamente sobre el menor obstáculo, otras buscando con mucha atención las hierbas más tiernas, el Gran Turco tratando de atacar a las que cruzaban por su camino. Blanquita y Diana saltaban con agilidad y siempre encontraban los mejores sitios, que ramoneaban rápidamente. Heidi, con las manos a la espalda, lo observaba todo con la mayor atención.

—Pedro —dijo al muchacho, que se había vuelto a tumbar sobre la hierba—, Blanquita y Diana son las más bonitas de todas.

—Lo sé —respondió— No es extraño. El Viejo de los Alpes las frota y las lava siempre y les da sal y además su establo es el más limpio.

De pronto, Pedro se levantó como un rayo y corrió en dirección al rebaño, seguido de Heidi, porque algo estaba ocurriendo que ella no quería perderse. Pedro corrió hacia el lado en que las rocas formaban el precipicio y donde se

despeñaría fácilmente una cabra si se aproximaba. Pedro había visto a la temeraria Cascabel saltar hacia aquel sitio y llegó justamente en el instante en que el animal iba a alcanzar el borde del precipicio. El muchacho, al quererla coger, perdió el equilibrio y cayó al suelo, pero aún tuvo tiempo de asir a Cascabel por una pata, y retenerla con todas sus fuerzas. La cabra balaba encolerizada al ver que le impedían continuar la pequeña aventura, y tiraba fuertemente por librarse. Pedro llamó a Heidi para que le ayudara, porque no podía levantarse sin soltar la pata de Cascabel. Heidi llegó rápidamente y le bastó una mirada para hacerse cargo de la angustiada situación. Sin perder un segundo arrancó un puñado de hierba olorosa, lo acercó al hocico de Cascabel y, hablando en tono convincente, dijo:

—Ven, ven, Cascabel, sé razonable. No ves, tontita, que si te caes por ahí te romperías las patitas y te harías mucho daño.

La cabra se había vuelto en seguida hacia la niña y sin hacerse rogar comía la hierba que ésta le ofrecía. Pedro aprovechó el respiro para ponerse de pie y luego cogió a Cascabel por la cuerda de la que pendía la campanita. Heidi se puso al otro lado y así, entre los dos, condujeron al intrépido animal tranquilamente hacia la manada. Entonces Pedro preparó el bastón para propinar al animal un buen castigo y Cascabel, que advirtió la intención, andaba hacia atrás, poseída de miedo. Pero Heidi exclamó enérgicamente:

—¡No, Pedro, no le pegues! ¿No ves cómo tiembla la pobre?

—Pues lo merece —murmuró Pedro entre dientes, alzando nuevamente el bastón.

Heidi se abalanzó sobre él, le sujetó el brazo y gritó:

—¡No quiero que le pegues! ¡No ves que le harías daño! ¡Déjala ir!

Pedro se quedó muy asombrado ante aquel ademán autoritario de Heidi, cuyos ojos negros brillaban de indignación; instintivamente bajó el bastón.

—Está bien, la dejaré ir si tú me das mañana otra vez parte del queso —dijo, porque quería, cuando menos, que le diese una compensación por el susto que había sufrido.

—Te lo daré todo, mañana y todos los días, no lo necesito —contestó Heidi —, y te daré parte del pan como hoy he hecho, pero prométeme que no pegarás nunca a Cascabel ni a Blancanieves ni a ninguna cabra.

—Como quieras —repuso Pedro y en su boca esa respuesta era como una promesa.

Soltó a la culpable, que se fue a juntar alegremente con sus compañeras.

Así transcurrió el día sin que los niños se dieran cuenta de ello; el sol había

alcanzado la línea del horizonte y estaba a punto de ocultarse tras las montañas. Heidi se había sentado en el suelo y miraba como los rayos dorados del sol poniente iluminaban las flores multicolores. La hierba tenía un brillo rojizo y las rocas se encendían. Heidi se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Pedro, Pedro, están ardiendo! ¡Todas las montañas arden! Y también la nieve y el cielo. ¡Fíjate, fíjate cómo arden las rocas! ¡Qué bonita es la nieve en llamas! ¡También está ardiendo el nido del gavián! ¡Mira las rocas, los árboles! ¡Todo está ardiendo!

—No es nada. Eso pasa todos los días —respondió Pedro tranquilamente; siguió mondando la vara que había cortado y añadió—: No es ningún fuego.

—¿Entonces qué es? —preguntó Heidi, que no sabía a qué lado mirar primero, tan bello le parecía el espectáculo—. Dime, Pedro, ¿qué es? —preguntó la niña por segunda vez.

—No sé, eso sucede así y nada más —contestó rápidamente el muchacho.

—¡Oh, fíjate! —exclamó Heidi, cada vez más excitada—, ahora todo se vuelve color de rosa. Mira aquella montaña cubierta de nieve como está, y aquella otra tan puntiaguda. ¿Cómo se llaman, Pedro?

—De ninguna manera —repuso él.

—¡Qué preciosa es la nieve color de rosa! ¡Oh, qué color más lindo aquél de allí arriba! ¡Ah! Todo ahora se vuelve de color gris... ¡Oh Pedro, todo se acabó!

Y Heidi se sentó en la hierba, muy decepcionada, como si realmente todo hubiera acabado para siempre.

—Mañana lo verás otra vez —dijo Pedro—, y ahora levántate, que es hora de marchar.

Silbó y llamó a las cabras para reunir todo el hato y poco después emprendieron el regreso.

—Pero... ¿de verdad que todos los días pasará lo mismo? ¿Siempre que vengamos aquí al prado? —preguntó Heidi con insistencia mientras bajaban de los campos de pastos.

—Casi todos los días.

—Pero... ¿mañana, seguro?

—Sí, sí, mañana lo verás, seguramente.

Por fin Heidi se sintió satisfecha. Había recibido tantas impresiones diversas, en su mente bullían tantas ideas, que no podía hablar y entre los niños reinó el silencio hasta que hubieron llegado a la cabaña del abuelo. Éste

se hallaba sentado bajo los abetos en un banco, también hecho por él, en el que aguardaba todas las noches la llegada de las cabras que regresaban siempre por aquel lado. Heidi se precipitó hacia él, seguida de Blanquita y Diana, que habían reconocido a su dueño y el establo.

Pedro exclamó desde alguna distancia:

—¿Verdad que volverás mañana? ¡Buenas noches!

El muchacho tenía muchas ganas de que Heidi fuese otra vez con él al pasturaje. Heidi se volvió rápidamente hacia él para tenderle la mano y para asegurarle que no faltaría al día siguiente; luego se acercó nuevamente a Blancanieves, la abrazó por el cuello y le dijo:

—Duerme bien, Blancanieves, acuérdate que mañana estaré otra vez a tu lado, y que ya no has de balar con tanta tristeza.

La cabrita volvió la cabeza hacia Heidi y la miró con sus ojos dulces como si quisiera demostrar su agradecimiento por el afecto con que la niña la trataba, y luego siguió, saltando alegremente, al hato. Heidi regresó entonces al lado de su abuelo, sentado debajo de los abetos.

—¡Abuelo, qué bonito ha sido todo! —exclamó—. ¡El fuego, las rosas sobre las rocas y las flores azules y amarillas! ¡Y mira lo que te traigo!

Heidi echó a los pies de su abuelo las flores que ella trajera en su delantal. Pero las pobres flores estaban completamente mustias. La niña no las reconoció, le parecía que había traído heno en vez de flores frescas como se proponía. Ni una sola estaba abierta.

—¡Oh, abuelo! ¿Qué tienen? —exclamó Heidi, muy afligida—. No estaban así esta mañana. ¿Por qué tienen este aspecto?

—Las flores prefieren estar en el prado al sol y no en tu delantal —respondió el abuelo.

—Entonces, nunca más cogeré flores. Pero dime, abuelo, ¿por qué grita tanto el gavián?

—Ahora tienes que ir a lavarte. Yo, entre tanto, he de ir al establo para ordeñar las cabras y luego, cuando cenemos, te lo explicaré.

Y así fue. Más tarde, cuando Heidi se sentó en el taburete, teniendo delante su tazón de leche, y el abuelo a su lado, la niña repitió su pregunta:

—¿Por qué grita tanto el gavián, abuelo?

—Pues porque así se burla de las gentes que viven amontonadas en pueblos y ciudades y se molestan unas a otras. El gavián grita diciéndoles: «Si os separaseis y cada uno de vosotros se labrara su camino y se buscase una

roca donde habitar como yo, mejor os irían las cosas».

El tono un tanto rudo con que el abuelo pronunciara las últimas palabras, aumentó aún más el efecto que el grito del gavilán había causado a la niña.

—¿Por qué no tienen nombre las montañas, abuelo? —preguntó después.

—¡Vaya si lo tienen! —exclamó el abuelo y añadió—: Si me describes alguna que yo conozca, te diré cómo se llama.

Heidi le describió en seguida cómo era la montaña de las grandes rocas tal como la había visto, con su gran pico a modo de torreón, y el abuelo le dijo:

—Sí, ésa la conozco bien, se llama Falkniss. ¿Has visto otras? Entonces la niña le explicó cómo había visto el gran ventisquero y la nieve de la cima que se tomó roja como el fuego, luego se volvió de color rosa y por último completamente pálida, como si se extinguiera.

—También la conozco; se llama Casaplana. ¿De modo que te ha gustado pasar el día allá arriba?

Heidi le contó todo lo que había visto, y qué bonito era aquello, sobre todo el fuego que hubo un poco antes de oscurecer. Y quería saber de dónde venía aquel fuego, porque Pedro no había sabido qué contestar a sus preguntas.

—Verás —dijo el abuelo—, es un efecto de los rayos del sol. Cuando el sol se pone y da las buenas noches a las montañas, les envía sus últimos y más bonitos rayos para que no lo olviden hasta el día siguiente.

A Heidi le gustó mucho lo que su abuelo le había contado y apenas podía esperar la llegada del nuevo día para volver a subir a los campos de pastos y para ver otra vez cómo el sol daba las buenas noches a las montañas.

Pero, entre tanto, era preciso acostarse; la niña durmió toda la noche en el más dulce sueño sobre su lecho de perfumado heno y soñaba con las montañas grandiosas, de rocas carmesí, y sobre todo, con Cascabel y sus alegres piruetas.

CAPÍTULO IV

EN CASA DE LA ABUELA.

Al día siguiente, el sol volvió a salir radiante, y con él aparecieron otra vez Pedro y sus cabras, y todos tomaron nuevamente el camino hacia los pastos de alta montaña. Y así pasó el verano, día tras día, y Heidi, tostada por el sol y el aire, se hacía cada vez más fuerte y robusta. Nada faltaba a su felicidad: vivía

dichosa y alegre, como los pájaros en el bosque.

Llegó el otoño y el viento se puso a soplar con más fuerza en las montañas. Entonces el abuelo decía:

—Hoy te quedarás en casa, Heidi. Eres demasiado pequeña y el viento es tan fuerte que te podría llevar montaña abajo en una de sus ráfagas.

Cuando esto sucedía, Pedro se ponía triste. Pensaba en la aburrida jornada que le esperaba sin Heidi, y además tendría que renunciar a la copiosa comida y las cabras se mostrarían más díscolas y traviesas. Se habían acostumbrado tanto a la presencia de la niña, que sin ella no querían marchar por el camino señalado, si no que se dispersaban hacia todos lados y Pedro tenía mucho trabajo en mantenerlas reunidas.

En cambio, Heidi no conocía aquellas horas tristes, porque siempre hallaba cosas que le agradaban. Naturalmente hubiera preferido seguir al pastor y sus cabras al monte, a los prados floridos, allí donde volaba alto el gavián y donde sucedían tantas cosas con las cabras; pero también le entretenía mirar cómo el abuelo trabajaba la madera. Y cuando se dedicaba a preparar los bonitos y redondos quesos de cabra, le gustaba mucho verle ocupado con los preparativos, remangadas las mangas, y verle remover la masa en la gran caldera. Pero sobre todas las cosas, le gustaba a Heidi, en aquellos días en que soplaba el viento otoñal, el misterioso runrún de los tres abetos que había detrás de la cabaña. De cuando en cuando dejaba sus quehaceres, cualesquiera que fuesen, para escuchar debajo de los árboles, porque nada le parecía tan bello como aquel murmullo profundo y misterioso de las ramas. No se cansaba de mirar y de escuchar aquella música salvaje del viento sacudiendo con fuerza los árboles centenarios.

El sol ya no era tan caliente como en verano y Heidi sacó del armario sus calcetines y sus zapatos y también un vestido, porque hacía cada vez más fresco y cuando estaba debajo de los abetos se quedaba aterida; pero nada podía retenerla en casa cuando oía el runrún de los árboles.

Y llegó el frío. Pedro se soplaba las manos cuando llegaba por la mañana temprano a la cabaña del Viejo. Y una mañana, todo amaneció blanco: durante la noche había caído la primera nevada y ya no se veía ni una sola mancha verde. Pedro el cabrero dejó de subir al monte con sus cabras. Heidi, sentada junto a la ventana, contemplaba cómo caía la nieve en grandes copos, sin interrupción. Tan grande fue la cantidad de nieve caída, que al fin alcanzó el borde inferior de la ventana, y aún seguía subiendo de tal manera que ya no se podía abrir la ventana. Dentro se estaba bien calentito. A Heidi eso le pareció tan divertido que no paraba de correr de una ventana a otra para ver en qué iba a parar todo aquello. Se preguntaba si por fin la nieve cubriría toda la cabaña, y si sería preciso encender las luces en pleno día. Pero las cosas no llegaron a

tanto. Al día siguiente cesó la nieve y el abuelo salió fuera y se puso a quitar la nieve. Con una pala fue amontonando la nieve en varios sitios hasta que las ventanas y las puertas quedaron despejadas. Por suerte el abuelo lo había hecho en seguida, porque cuando él y Heidi se hallaban por la tarde sentados junto al fuego del hogar, oyeron de pronto recios golpes y patadas delante de la puerta, y a poco entró Pedro el cabrero, que hacía aquel ruido cuando se quitaba la nieve de los zapatos. De hecho estaba cubierto de nieve porque tuvo que abrirse camino a través de una capa tan densa que grandes trozos quedaron pegados a su ropa por el frío. Pero ni la nieve ni el frío le hicieron renunciar a su empeño: hacía ocho días que no veía a Heidi y la echaba de menos.

—Buenas tardes —dijo al entrar.

Después se acercó al fuego y no dijo nada más, pero su rostro expresaba franca alegría por estar allí. Heidi le miraba asombrada ya que se hallaba tan cerca del calor del hogar que la nieve empezó a derretirse y caía de su ropa en forma de lluvia.

—Bien, general, ¿cómo te van las cosas? —preguntó el abuelo—. Ahora te has quedado sin ejército y tienes que morder el lápiz.

—¿Por qué ha de morder el lápiz, abuelo? —preguntó Heidi, muy curiosa.

—Durante el invierno, Pedro tiene que ir al colegio —explicó el anciano—; allí se aprende a leer y a escribir y eso, a veces, resulta muy difícil y morder el lápiz ayuda, ¿verdad, general?

—Sí, es verdad —confirmó Pedro.

Heidi mostró inmediatamente gran interés en saber más acerca del colegio, lo que se podía ver y oír allí, e hizo muchas preguntas a Pedro. Y como con Pedro las conversaciones solían ser de larga duración, su ropa fue secándose poco a poco. Le costaba mucho encontrar las palabras para expresar sus pensamientos, y aquel día le resultaba aún más complicado que de costumbre, porque apenas había logrado contestar a una pregunta de Heidi, cuando ésta ya le asediaba con la siguiente, y eran preguntas siempre inesperadas que se tenían que contestar con frases enteras.

El abuelo había permanecido silencioso durante aquella conversación, pero más de una vez contrajo la boca en débil sonrisa, señal de que escuchaba atentamente.

—Bueno, general, ahora ya te has fogueado bien y necesitas reponer fuerza —dijo al fin—. Ven y haznos compañía.

Y esto diciendo, se dirigió al armario y sacó la comida. Heidi puso en seguida los taburetes junto a la mesa. Desde la llegada de la niña, el anciano

había construido también un banco muy largo junto a la pared y otros asientos para dos, porque a Heidi le gustaba seguirle por todas partes y sentarse al lado de su abuelo. Los tres se instalaron cómodamente alrededor de la mesa y Pedro puso los ojos como platos cuando vio el enorme trozo de carne ahumada que el Viejo de los Alpes colocó sobre la gruesa rebanada de pan destinada a él; hacía mucho tiempo que el muchacho no había comido tan bien.

Después de esta excelente cena, ya casi era de noche y Pedro se dispuso a marcharse. Dio las gracias, las buenas noches, y en el umbral de la puerta se volvió una vez más y dijo: —Volveré el domingo que viene. Y la abuela me ha mandado decirte que podrías visitarla también alguna vez.

Que alguien quisiera verla era algo completamente nuevo para Heidi, pero no cesó ya de pensar en la visita, y al día siguiente, la primera cosa que dijo a su abuelo fue:

—Abuelo, tengo que ir a ver a la abuela. Ella me espera.

—Hay demasiada nieve —respondió el abuelo.

Pero Heidi no olvidó el proyecto. Tenía que ir, la abuela la esperaba. De aquí que no transcurriera un solo día sin que la niña no repitiese cuando menos seis o siete veces:

—Hoy debería ir, abuelo, la abuela me espera.

El cuarto día después de la visita de Pedro, se produjo una fuerte helada, el suelo crujía a cada paso. Pero el sol iluminaba el interior de la cabaña.

Heidi, sentada en el taburete y comiendo volvió a repetir: —Hoy debería ir a ver a la abuela; seguramente se le hará largo el tiempo de tanto esperar.

Aquella vez el abuelo se levantó, subió sin decir nada al desván donde guardaba el heno y bajó la tela de saco que servía de colcha en la cama de la niña, diciendo:

—Vamos, pues.

Loca de alegría, Heidi saltó de su asiento y se precipitó fuera de la casa. Los viejos abetos estaban silenciosos; su ramaje se doblaba bajo el peso de la espesa y blanca nieve sobre la que jugueteaban los rayos del sol arrancando vivos destellos. Era un espectáculo magnífico. Heidi, maravillada, empezó a exclamar:

—¡Sal, abuelo, sal pronto! ¡Mira! ¡Los abetos están cubiertos de oro y plata!

El anciano salió del cobertizo arrastrando un gran trineo. Éste, destinado al transporte de la madera de la montaña, estaba provisto en su parte delantera de un fuerte travesaño y, sentado en el vehículo, era posible guiarlo al descender.

El abuelo, después de haber admirado debidamente los abetos que Heidi le había indicado, envolvió a la niña con el gran saco, se acomodó en el trineo y la sentó en sus rodillas; luego asió el travesaño para mantener el equilibrio y dio un vigoroso empujón con ambos pies. El trineo partió como una flecha y se deslizó por el sendero con gran rapidez. Heidi tuvo la impresión de que volaba como los pájaros y daba grandes gritos de alegría. De pronto el trineo se detuvo casi en seco. Habían llegado a la cabaña de Pedro, el cabrero. El abuelo puso la niña en tierra, le quitó el saco con la que la había envuelto y dijo:

—Ahora entra y cuando comience a oscurecer ponte en camino para regresar a casa.

Luego dio vuelta al trineo y, arrastrándolo tras de sí, volvió a subir por el sendero.

Heidi abrió la puerta de la cabaña y penetró en una habitación muy pequeña y oscura. En uno de los rincones había un hogar y algunos recipientes en una repisa: aquello era la cocina. Heidi empujó otra puerta y entró en un cuarto estrecho y de techo bajo. No era aquélla una cabaña grande y hermosa de montañas, como la de su abuelo, sino una choza en la que todo era bajo y estrecho. En una mesa estaba sentada una mujer que remendaba el chaleco de Pedro; Heidi lo reconoció en seguida. Una viejecita arrugada hilaba en un rincón del cuarto. Heidi comprendió inmediatamente quién era aquella anciana y, sin vacilar, se dirigió hacia ella, diciendo:

—Buenos días, abuela. Hoy he venido a verte. ¿Se te ha hecho muy larga la espera?

La viejecita levantó la cabeza y buscó con su mano la que le ofrecía Heidi y, cuando la hubo cogido, la retuvo un momento sin hablar. Al fin dijo:

—¿Eres tú la pequeña que vive allí arriba con el Viejo de los Alpes? ¿Eres Heidi?

—Sí, sí, soy yo —respondió la niña—. El abuelo acaba de traerme aquí en el trineo.

—¿Es posible? ¡Tu mano está calentita! Dime, Brígida, ¿es verdad que el Viejo ha bajado hasta aquí con la pequeña?

Brígida, la madre de Pedro, se levantó y examinó a la niña de pies a cabeza con la mayor curiosidad.

—No lo sé, madre —dijo—. Que el Viejo haya traído aquí a esta niña, cuesta creerlo; quizá la niña no sabe lo que dice.

Pero Heidi miró a aquella mujer fijamente a los ojos y dijo con gran firmeza:

—Yo sé muy bien quién me ha envuelto en el abrigo y quién me ha traído en el trineo. Ha sido mi abuelo.

—Entonces parece que hay algo de verdad en lo que Pedro nos ha contado este verano acerca del Viejo de los Alpes, cuando nosotras creíamos que el muchacho se lo inventaba —dijo la abuela—. ¡Pero quién hubiera creído que eso fuera posible! Yo estaba segura de que la pequeña no podría vivir ni tres semanas allí arriba. ¿Qué aspecto tiene, Brígida?

—Se parece mucho a Adelaida, pero tiene los ojos negros y el pelo encrespado como Tobías y el viejo de allí arriba; creo que se parece un poco a los dos.

Durante aquella conversación, Heidi no había perdido el tiempo, pues se había puesto a examinar todo lo que viera a su alrededor.

—Abuela —dijo—, mira aquella contraventana que está suelta y da golpes. El abuelo la fijaría en seguida con un clavo, porque si no, con los golpes, un día romperá los cristales. ¡Mira cómo se mueve! —¡Hija mía! —respondió la anciana—. Yo no puedo verlo como tú, pero lo oigo. Y no es solamente la contraventana, es toda la casa que parece quererse partir por los crujidos que da. El viento entra aquí por todas partes, la casa está muy vieja, y de noche, cuando Brígida y Pedro duermen, tengo miedo de que se venga abajo y quedemos todos enterrados. ¿Quién quieres que arregle la casa? Pedro no puede, no entiende nada de eso.

—Pero ¿por qué no puedes ver cómo se mueve la contraventana? ¡Fíjate cómo se mueve ahora!

Y Heidi la señaló con la mano.

—¡Ay hija mía! Yo no puedo ya ver nada, ni contraventanas ni otras cosas —repuso la anciana suspirando.

—Y si salgo y abro bien esa contraventana para que entre mucha luz, ¿no verás entonces?

—No, no, eso no serviría de nada; nadie puede devolverme la luz.

—Pero si tú salieras fuera, con la nieve tan blanca, tú verías, estoy segura. Ven, abuela, te lo voy a enseñar.

Heidi, a la que las palabras de la anciana empezaban a intrigarla un poco, la cogió de la mano para llevarla afuera.

—No, hija mía, déjame, para mí siempre será la noche, aunque estuviese en la blanca nieve; la luz ya no penetra en mis ojos.

—Entonces puede que en verano sí veas —insistió Heidi, cada vez más angustiada y buscando una solución—. Sabes, cuando el sol quema mucho y

se pone, dice buenas noches a las montañas y todo parece envuelto en fuego y las pequeñas flores brillan. Entonces estoy segura de que podrías ver.

—No, mi niña, nunca más volveré a ver las montañas envueltas en fuego, las flores doradas, nunca más en la tierra podré ver la luz.

Heidi se echó a llorar amargamente y llena de pesar sollozaba:

—¿Es que nadie puede hacer que veas? ¿Nadie?

La abuela trató de consolar a la niña, pero no le resultó fácil. Heidi no lloraba casi nunca, pero cuando empezaba, ya no podía parar.

—Heidi, hijita —dijo—, acércate, quiero decirte algo. Cuando ya no se puede ver nada, aún gusta más oír palabras amables, y a mí me encanta escucharte a ti. Ven, siéntate a mi lado y cuéntame algo. Dime qué haces allí arriba con tu abuelo. Yo lo conocí en otro tiempo, pero ahora ya hace mucho que nadie me da noticias tuyas, excepto Pedro, y no habla mucho.

De repente, Heidi tuvo una nueva idea. Se secó rápidamente las lágrimas y dijo en tono consolador:

—Espérate, abuela, hasta que yo se lo cuente todo al abuelo; él hará que tú veas y también te arreglará la casa para que no haga más ruido cuando sopla el viento. El abuelo sabe arreglarlo todo.

La abuela callaba y la niña empezó a contarle con mucha viveza cómo vivía ella con su abuelo, lo que hacía durante los días de invierno. Le explicaba todas las cosas que el abuelo sabía hacer de madera: bancos, taburetes, pesebres para las cabras, y la gran tina en la que podía bañarse en verano, y una escudilla para leche y una cuchara también. A medida que iba contando, se animaba cada vez más al recuerdo de tantas cosas bonitas que había visto fabricar de un sencillo trozo de madera. Le confió que ella se quedaba sentada al lado del abuelo para ver cómo lo hacía, porque un día ella también quería hacerlo.

La abuela escuchaba con mucha atención, exclamándose de vez en cuando:

—¿Oyes, Brígida, lo que dice del Viejo?

De pronto la conversación fue interrumpida a causa de un gran golpe dado en la puerta, y Pedro apareció en el umbral. Al ver a Heidi, se detuvo en seco, abriendo como nunca sus grandes y redondos ojos y sonrió cuando Heidi le saludó.

—¿Cómo es posible que ya haya vuelto del colegio? —exclamó la anciana muy sorprendida— Hacía muchos años que la tarde no me había parecido tan corta como hoy. ¡Buenas tardes, Pedrito! ¿Cómo va la lectura?

—Lo mismo que siempre —contestó Pedro.

—¡Ay! —suspiró la abuela—, esperaba que las cosas cambiarían, ahora que vas a cumplir doce años.

—¿Por qué habían de cambiar las cosas, abuela? —preguntó Heidi muy interesada.

—Quiero decir que podría haber aprendido a leer —respondió la anciana—. Allí encima de la repisa hay un viejo libro de oraciones, con hermosos cánticos. Hace ya tantísimo tiempo que no los he oído cantar, que los he olvidado, y esperaba que Pedro podría leerlos para mí alguna vez, cuando aprendiera a leer; pero no puede aprender, es demasiado difícil para él.

—Voy a encender la lumbre, está oscureciendo ya —dijo entonces la madre de Pedro, que no había dejado un momento de mover la aguja—. También a mí la tarde se me ha pasado volando.

Al oír eso, Heidi se levantó bruscamente, y tendiendo la mano a la abuela, dijo:

—Adiós, abuela. Ahora he de marcharme porque está oscureciendo.

Después se despidió de Pedro y de su madre y se dirigió a la puerta.

—Espérate, Heidi, no quiero que te marches sola. Pedro te acompañará. Cuídala bien, Pedro, no vaya a caerse y sobre todo que no coja frío, ¿has entendido? ¿Tiene un buen pañuelo para taparse?

—No, no tengo ninguno —repuso Heidi—, pero no tendré frío.

Y se puso en camino con tanta prisa, que Pedro apenas podía seguirla, mientras la anciana suplicaba:

—Corre detrás de ellos, Brígida; la pequeña se helará de frío. Ten, toma mi chal y corre.

Brígida obedeció. Los dos niños habían dado apenas veinte pasos por el sendero cuando vieron que el abuelo bajaba a toda prisa a su encuentro.

—Está bien, Heidi, has tenido palabra —dijo, envolviéndola en la manta—. Y la cogió en brazos y emprendió el regreso hacia la cabaña.

Brígida, que había llegado a tiempo para presenciar la escena, no salía de su asombro. Volvió a la cabaña con Pedro y contó a la anciana lo que había visto. Ésta también se sorprendió mucho y repitió varias veces:

—¡Gracias a Dios que las cosas le van bien a la niña, gracias a Dios! ¡Ojalá la deje volver aquí! Es tan buena y saber contar cosas tan bonitas. ¡Cuánto bien me ha hecho tenerla a mi lado! Hasta cuando se hubo acostado, la abuela seguía repitiendo: —¡Ojalá vuelva! ¡Ahora ya tengo algo en el mundo de que alegrarme otra vez!

Brígida estaba de acuerdo con su madre, y en cuanto a Pedro, asentía con la cabeza y, con una ancha sonrisa, decía: —Yo ya lo sabía.

Mientras tanto Heidi, en brazos de su abuelo, trataba de explicarle todo lo que había visto y oído, pero la manta que la tapaba era tan gruesa, que el abuelo no entendía nada de lo que la pequeña decía.

—Espérate un poco, cuando llegemos a casa me lo contarás todo —le dijo.

Apenas habían entrado en la cabaña, Heidi se quitó el gran saco de encima y exclamó:

—Abuelo, mañana debemos coger el martillo y clavos grandes para clavar los postigos de la choza de la abuela y muchas otras cosas, porque todo cruje y se deshace allí.

—¿Debemos? ¡Mírala! ¿Quién ha dicho eso? —preguntó el abuelo.

—Nadie ha dicho nada, pero yo lo sé —replicó Heidi—. Todo está roto y la abuela no puede dormir porque tiene miedo de que la casa se les caiga encima y los entierre a todos. Y además, ¿sabes?, la abuela no ve, no puede ver nada, pero ¿tú harás que vea, verdad, abuelo? Debe de ser muy triste para ella estar siempre en la oscuridad y encima con miedo y sin nadie que la ayude. ¡Sólo tú puedes curarla! Mañana iremos, ¿verdad que iremos, abuelo?

Heidi había abrazado al anciano y lo miraba con sus ojos dulces llenos de confianza. Él la miró un momento sin hablar, y al fin dijo:

—Sí, Heidi, mañana iremos a reparar un poco la cabaña de la abuela; eso es algo que sabemos hacer.

Entonces Heidi se puso a dar saltitos de alegría por toda la habitación, y exclamaba:

—¡Mañana iremos! ¡Mañana iremos!

El abuelo cumplió su palabra. A la tarde del día siguiente bajaron otra vez en el trineo y, como el día anterior, el anciano dejó a la niña a la puerta de la choza, diciendo:

—Entra y cuando empiece a oscurecer, regresa.

Después colocó sobre el trineo la tela que a Heidi le servía de colcha y de abrigo y desapareció detrás de la casa.

Apenas abrió Heidi la puerta de la choza, la abuela gritó desde su rincón:

—¡Ahí viene la pequeña! ¡Ya viene Heidi!

Y tanta fue la alegría, que dejó la rueca y el hilo y tendió las manos hacia

ella.

Heidi se precipitó en sus brazos y, después de saludarla, arrimó un taburete y se sentó a su lado, comenzando inmediatamente a contar y a preguntar un sinfín de cosas. Pero de repente se oyeron golpes muy fuertes en la pared de la choza y la abuela se sobrecogió de miedo y derribó la rueca, exclamando con voz temblorosa:

—¡Misericordia! ¡Ya lo decía yo, la casa se viene abajo! Pero Heidi la cogió por el brazo y la consoló diciendo: —No, abuela, no tengas miedo. Es el abuelo con su martillo; va a poner clavos en toda la casa para que nunca más tengas miedo.

—¿Es posible que suceda esto? ¿Es posible? Entonces Dios no nos ha abandonado. ¿Has oído, Brígida? Sí, sí, es el ruido de los golpes de un martillo. Sal, Brígida, y si es el Viejo de los Alpes, di le que entre un momento para que yo pueda darle las gracias.

Brígida salió. El abuelo estaba a punto de fijar otro clavo en la pared. La madre de Pedro avanzó hacia él.

—Le deseo buenas tardes —le dijo— y mi madre también. Le estamos muy agradecidas por el servicio que nos presta, y mi madre quisiera darle personalmente las gracias. Sólo usted es capaz de hacer eso por nosotras y nunca lo olvidaremos.

—Basta, basta —interrumpió ásperamente el anciano—. Ya sé muy bien lo que piensan del Viejo de los Alpes. Entre en casa y no se preocupe de mí, que yo sé encontrar las cosas que necesitan reparación.

Brígida obedeció inmediatamente porque el anciano tenía un modo de decir las cosas y de mirar, que hacían perder las ganas de contradecirle. Continuó clavando y arreglando las tablas sueltas de la casa y cuando hubo dado la vuelta, subió por una pequeña escalera de madera sobre el techo para repararlo también. Cuando hubo hincado el último clavo, empezó a oscurecer. Entonces fue a buscar el trineo, que había atado detrás del establo de las cabras, y en aquel momento Heidi apareció en el umbral de la puerta. El abuelo la abrigó cuidadosamente, la cogió en brazos como la noche anterior, y luego echó a andar, arrastrando el trineo con la mano libre. Hubiera podido sentar a Heidi en él, pero corría el peligro de que la manta se soltara y la pequeña se helase durante el camino. El abuelo sabía muy bien lo que podía pasar y prefería llevar a la niña en brazos para que no tuviera frío.

De este modo pasó el invierno. Después de los largos años de oscuridad y de tristeza, la abuela de Pedro, muy viejecita y ciega, sintió que una nueva alegría llenaba su vida, y los días no le parecían tan largos y sombríos, ahora que se veía rodeada del cariño de la pequeña Heidi. Después del mediodía

esperaba oír la anciana los pasos menudos tan conocidos, y apenas se abría la puerta y la pequeña entraba en la habitación, no dejaba de exclamar nunca:

—¡Dios sea loado! ¡Ya está aquí!

Y Heidi se sentaba siempre a su lado para charlar y contar de un modo tan divertido todo lo que podía interesar a la anciana, que las horas transcurrían sin que ésta se diera cuenta. Brígida ya no la oía nunca más preguntar:

—Pero ¿aún no se ha acabado el día?

Al contrario, ahora, cada vez que se cerraba la puerta tras Heidi, solía exclamar:

—¡Qué cortas son las tardes! ¿Verdad, Brígida?

Y ésta respondía:

—Sí, es verdad, parece que ahora mismo haya terminado de fregar los platos de la comida.

—Que el Señor nos conserve a esta niña y al Viejo de los Alpes su buena voluntad —añadía la anciana—. ¿Hace cara de salud, la pequeña?

Y cada vez contestaba Brígida:

—Está tan fresca como una manzana.

Heidi había llegado a querer mucho a la vieja abuela y cada vez que recordaba que nadie, ni siquiera su abuelo, podía hacer que volviese a ver, experimentaba una gran tristeza. Pero la abuela no se cansaba de repetir a la pequeña que nunca sufría a causa de su ceguera cuando ella se hallaba a su lado, y así Heidi no dejaba de bajar a la choza ninguna tarde por poco que el tiempo invernal lo permitiera. El abuelo, sin que mediara entre ellos una palabra, había continuado llevándose el martillo y otras herramientas y pasaba muchas tardes remendando la casa de Pedro el cabrero. De aquí que durante las largas noches del tempestuoso invierno la casa ya no crujiera como antes, y la abuela afirmó que hacía muchísimo tiempo que no dormía tan tranquila y que nunca olvidaría lo que el Viejo de los Alpes había hecho por ellos.

CAPÍTULO V

UNA VISITA Y LUEGO OTRA QUE TIENE GRAVES CONSECUENCIAS.

Había transcurrido un invierno, luego un verano, y otro invierno tocaba a su fin. Heidi era la misma de siempre, feliz y contenta como los pajaritos; cada

día esperaba feliz la llegada de la próxima primavera; el cálido föhn que se oía mugir en los abetos pronto se llevaría la nieve y el sol entonces haría florecer otra vez las florecillas blancas y amarillas. Volverían los hermosos días del pasturaje que Heidi tanto amaba. Pronto cumpliría nueve años. Su abuelo le había enseñado toda clase de cosas útiles y sabía cuidar las cabras como nadie: Blanquita y Diana la seguían por todas partes como perritos, balando de alegría cuando oían su voz. Aquel último invierno, Pedro había traído dos veces recado del maestro de escuela de Dörfli para que el Viejo de los Alpes mandara al colegio a la niña que vivía con él, porque tenía la edad reglamentaria y hubiese debido ingresar en la escuela ya el invierno anterior. Ambas veces, el Viejo había mandado decir al muchacho que si el maestro de escuela quería algo de él, que fuera a verle, pero de ninguna manera pensaba mandar a la niña al colegio. Y Pedro había transmitido fielmente esa respuesta.

El sol de marzo había fundido la nieve en las vertientes de la montaña y por todas partes aparecieron las primeras campanillas. En el valle y más arriba, los abetos habían por fin sacudido su pesada carga de nieve y sus ramas volvían a moverse alegremente en el viento. Heidi estaba tan contenta que no podía estarse quieta, y corría de la cabaña al establo y luego regresaba para contar a su abuelo cómo la alfombra verde, debajo de los árboles, se había extendido, y en seguida volvía para mirar, tanta era la impaciencia que sentía por ver llegar el verano con sus verdes prados y sus flores multicolores.

Así, una hermosa mañana del mes de marzo, después de salir y entrar por décima vez por la puerta de la cabaña, la niña se sobresaltó al encontrarse frente a un anciano señor que iba vestido de negro y que la miraba con mucha seriedad. Cuando vio el espanto que su aparición causara en Heidi, le dijo amablemente:

—No tengas miedo, yo quiero mucho a los niños. Dame la mano. ¿Verdad que eres la pequeña Heidi? ¿Dónde está tu abuelo?

—Está sentado en la mesa y corta cucharas de madera —respondió la niña abriendo la puerta.

Aquel señor era el viejo pastor protestante de Dörfli, que conocía al abuelo desde hacía mucho tiempo y del que había sido vecino cuando el Viejo aún vivía en el pueblo. El pastor entró en la cabaña, se dirigió hacia el anciano y le dijo:

—Buenos días, vecino.

El abuelo, sorprendido, levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre su labor, y se puso en pie diciendo:

—¡Buenos días, señor pastor!

Y acercándole su silla, continuó:

—Si el señor pastor no desdeña un taburete de madera, ¡aquí lo tiene!

El pastor se sentó.

—Hacía mucho tiempo que no le había visto, vecino —comenzó.

—Tampoco yo al señor pastor —fue la respuesta.

—He venido para hablarle —continuó el pastor—. Me parece que debe adivinar lo que me trae aquí. Me gustaría aclarar este asunto y conocer sus intenciones.

El pastor calló y miró a Heidi, quien, de pie, en el umbral, observaba atentamente el recién llegado.

—Heidi, vete un ratito con las cabras —dijo el abuelo—. Llévalas un poco de sal, si quieres, y quédate allí hasta que yo vaya.

Heidi desapareció rápidamente.

—Esa niña hubiera debido ir al colegio hace un año —continuó el pastor—; o cuando menos, este invierno. El maestro se lo ha advertido a usted repetidas veces, pero jamás se ha dignado contestarle. ¿Cuáles son sus intenciones acerca de esa niña, vecino?

—Tengo la intención de no enviarla a la escuela.

El señor pastor, asombrado, miró al anciano, el cual estaba sentado en el banco, con los brazos cruzados y un aspecto provocador.

—¿Qué piensa, pues, hacer con la niña? —preguntó.

—Nada. Ella crece en compañía de las cabras y de las aves; se encuentra muy bien, y al menos de ellas no aprende nada malo.

—Pero la niña no es ni una cabra ni un pájaro; es una criatura humana. Si bien es verdad que no aprenderá nada malo con esos amigos, también lo es que no aprenderá nada en absoluto, y ha llegado el momento de que aprenda algo ahora. Yo he venido para decírselo, vecino, para que tenga usted tiempo de pensarlo durante el verano y de prepararse. Este invierno ha de ser el último que haya pasado sin recibir instrucción alguna; en el próximo es preciso que usted la envíe a la escuela todos los días.

—Yo no haré nada de eso, señor pastor —respondió el anciano sin inmutarse.

—¿Acaso cree que no hay medios para hacerle entrar en razón si es que persiste obstinadamente en su insensatez? —exclamó el pastor un poco irritado. Usted, que ha visto mundo, debería comprender mejor estas cosas; le

creía más sensato, vecino.

—¿Ah, sí? —dijo el anciano, y en su voz se notó también cierta agitación—. De modo que usted cree que dejaré que una niña tan pequeña haga durante todo el invierno un recorrido de dos horas, con mal tiempo, y que luego vuelva a subir en plena noche, con nieve, hielo y viento, si apenas podemos hacerlo nosotros. Sin duda, el señor pastor recordará aún a la madre de la niña. Adelaida era sonámbula y tenía frecuentes crisis nerviosas. ¿Quiere usted que yo exponga la niña a coger lo mismo? ¡Que vengan a obligarme a hacer eso! ¡Estoy dispuesto a acudir a todos los tribunales, y entonces veremos si pueden obligarme a que haga lo que no quiero hacer!

—Tiene usted toda la razón, vecino —repuso el pastor en tono conciliador—. Es evidente que no puede usted enviar a la niña a la escuela viviendo aquí arriba. Veo que la quiere usted mucho; haga, pues, por amor a ella, lo que hace tiempo hubiera debido hacer: baje al pueblo y viva otra vez entre sus semejantes. ¿Qué vida lleva usted aquí, tan solo, enemistado con Dios y con los hombres? Si le sucediese algo, ¿quién podría socorrerlo? No comprendo cómo no se ha muerto usted de frío durante el invierno en esta cabaña, ni cómo una niña tan frágil puede soportar la vida aquí.

—La sangre que corre por sus venas es joven y vigorosa, y tiene una buena manta, se lo digo yo, señor pastor. Y una cosa más: sé dónde buscar leña, y también cuándo hay que ir a buscarla; usted no tiene más que mirar, y verá que mi leñera está repleta. Aquí no se apaga el fuego en todo el invierno. Lo que usted me propone no es para mí; la gente de allá abajo me desprecia y yo les pago con la misma moneda. Vivamos, pues, separados y todos nos encontraremos mejor.

—No, no, usted no puede estar mejor así —dijo el pastor con energía—. La gente no le desprecia tanto como usted piensa. Créame, vecino, haga las paces con Dios, pídale que le conceda su perdón, y en seguida verá que los hombres le tratarán de otro modo. ¡Se sentirá usted mucho mejor!

El pastor se había levantado. Tendió la mano al anciano y añadió suavemente:

—Cuento con usted, vecino; el próximo invierno regrese con nosotros, y volveremos a ser buenos vecinos como en el pasado. Lo sentiría muchísimo si tuviera que usar la fuerza contra usted. Deme su mano y prométame que volverá a vivir entre nosotros, en paz con Dios y con los hombres.

El anciano dio la mano al pastor y dijo en tono firme y decidido:

—El señor pastor no desea hacer más que el bien, pero repito, yo no puedo hacer lo que espera de mí, y no cambiaré en ese sentido: ni enviaré la niña a la escuela ni bajaré jamás al pueblo.

—¡Que Dios le guarde! —contestó el pastor con tristeza. Después salió de la cabaña y descendió al pueblo.

El abuelo estaba de mal humor. Por la tarde, cuando Heidi propuso ir a visitar a la abuela, el abuelo contestó brevemente:

—Hoy no.

No habló en todo el día, y a la mañana siguiente, cuando Heidi volvió a preguntar lo mismo, la respuesta fue igual de breve:

—Ya veremos.

Mas apenas habían tenido tiempo de sacar los platos de la mesa, cuando una nueva visita hizo su aparición en el umbral de la puerta. Era tía Dete. Llevaba un bonito sombrero adornado con plumas, y un vestido tan largo que lo arrastraba todo a su paso, y el suelo de la cabaña no era precisamente una pista de baile. El Viejo la miró de pies a cabeza sin decir una palabra. Tía Dete tenía la intención de sostener con él una conversación amistosa. Empezó a elogiar el buen aspecto de Heidi, a la cual, según decía, apenas había reconocido, lo que probaba que la niña estaba a gusto con su abuelo. Pero, continuaba diciendo Dete, ella había tenido siempre la idea de volver para recoger a la niña, porque bien comprendía que Heidi debía de ser un engorro para él; pero que en aquel momento, ella no había sabido qué hacer con la pequeña. Desde entonces no había dejado de preguntarse dónde podría colocar a Heidi, y que precisamente para eso había venido ahora, porque de pronto se presentaba una bonísima ocasión que podía significar la suerte definitiva de la pequeña. En seguida se había ocupado del asunto y ahora ya se podía considerar como arreglado. ¡Era una oportunidad como no solía ofrecerse más que a una persona entre mil! Los dueños de Dete tenían unos parientes muy ricos que vivían en una de las casas más bonitas de Frankfurt; estos parientes tenían una hija única que pasaba los días en un sillón de ruedas porque estaba paralítica. Tenía que tomar lecciones sola con un profesor, y como se aburría mucho, deseaba tener una compañera de estudios. Los dueños de la casa donde servía Dete habían hablado con el ama de llaves y ésta manifestó que el padre de la niña tendría una gran satisfacción si, al regresar de su viaje, veía ya allí la anhelada compañía para su hija. El ama de llaves había dicho que la compañera debería ser una niña buena y espontánea, una niña un poco especial, que no se pareciera en nada a las que se veían todos los días. Entonces, ella, Dete, había pensado en seguida en Heidi, apresurándose a describir cómo era, y entonces el ama de llaves había dado su conformidad. Era una gran suerte para Heidi, porque si ésta fuese bien aceptada en la familia y le sucediera algo a aquella hija única, tan delicada, contando que el padre no quisiera prescindir de tener una hija a su lado, ¿quién sabía si tan buena ocasión...?

—¿Has acabado ya? —la interrumpió al fin el Viejo, que hasta entonces la dejara hablar sin decir nada.

—¡Caramba! —replicó Dete irguiendo la cabeza— Parece que le cuente la cosa más corriente del mundo. No hay en todo Prittigau ni una sola persona que no diera gracias al cielo si yo le llevase la noticia que acabo de darle, Viejo.

—Lleva esas nuevas a quien quieras, no me interesan —respondió el Viejo secamente.

Al oír tales palabras, Dete dio un salto:

—Muy bien —gritó—. Si se pone usted así, le diré también lo que pienso. La niña tiene ahora ocho años y no sabe nada de nada y usted no quiere que aprenda tampoco. Quiere usted impedir que vaya al colegio, que vaya a la iglesia, porque así me lo han dicho abajo en el pueblo. Y como es la única hija de mi hermana, y yo tengo la responsabilidad de su bienestar, no he de ceder en nada, ahora que se presenta la oportunidad de que Heidi tenga suerte. Y le advierto que tengo todo el pueblo de mi lado y no hay nadie que no me haya prometido su apoyo. Y si usted quiere llevar el asunto a los tribunales, no se olvide, Viejo, de que aún existe el recuerdo de cosas antiguas que no le gustaría que se dijeran delante de los jueces, porque bien sabe usted que éstos son unos husmeadores, y si empiezan a indagar...

—¡Cállate! —gritó el Viejo con los ojos echando chispas— ¡Llévatela y estropéala! Pero no me la traigas nunca más. No quiero verla con un sombrero de plumas en la cabeza, ni oír la hablar como tú hoy.

El Viejo salió de la cabaña a grandes pasos.

—Tú has hecho enfadar al abuelo —dijo Heidi, y en sus ojos negros brilló un destello de odio.

—Pronto se calmará, ahora ven —dijo Dete, impaciente—. ¿Dónde está tu ropa?

—No voy contigo —respondió Heidi.

—¿Qué has dicho? —exclamó la tía con enojo. Después suavizó el tono—: ¡Vamos, vamos! No lo has entendido bien. ¡No puedes ni imaginar lo bien que vas a estar!

Y dirigiéndose al armario, sacó las cosas de Heidi y las empaquetó.

—¡Y ahora, ven! Coge tu sombrero; no es muy bonito, pero no importa, pónitelo y marchémonos de una vez.

—No voy contigo —repitió Heidi.

—¡No seas tonta y testaruda! Parece que quieras imitar a las cabras. ¿No ves que el abuelo está ahora enfadado? ¿No has oído lo que ha dicho? No quiere vemos más, quiere que vengas conmigo, no hace falta que le hagas enfadar más aún. ¡Si supieras lo bonito que es Frankfurt! Si después no te gusta, puedes volver aquí; para entonces el abuelo ya estará otra vez de buen humor.

—¿Puedo volver esta misma noche? —preguntó la pequeña.

—¡Vámonos de una vez! Ya te lo he dicho: puedes volver cuando quieras. Hoy bajaremos hasta Mayenfeld y mañana cogeremos el tren. Va tan aprisa que puedes regresar en un momento.

Tía Dete se colgó de un brazo el hatillo de ropa, cogió a Heidi de la mano y empezó a descender con ella la montaña.

Como no había llegado aún el tiempo de los pastos, Pedro iba todavía a la escuela del pueblo o mejor dicho, debía ir aún allí, pero el muchacho se permitía de cuando en cuando algún día de asueto, porque se decía que no valía la pena seguir aprendiendo a leer, cuando eso de nada le serviría, y que era mucho mejor vagar por el monte buscando leña porque ésta sí que era de utilidad.

Precisamente en aquel instante volvía de una de sus escapadas, que por lo visto había sido exitosa porque llevaba un enorme haz de varas de avellano sobre el hombro. Al ver a Dete y a Heidi, se detuvo y las miró con ojos de asombro, y cuando estuvieron muy cerca de él, dijo:

—¿Adónde vas?

—Tengo que irme rápidamente a Frankfurt con la tía —contestó Heidi—, pero antes he de entrar un momento a ver a la abuela, que ya me estará esperando.

—No, ni hablar, es demasiado tarde —interrumpió Dete, sin soltar la mano de la niña—. Puedes ir a verla cuando vuelvas. Ahora vamos.

Y se fue con Heidi de la mano, sin soltarla, porque temía que si la pequeña entraba en la choza de Pedro, no quisiera salir y la abuela la apoyara en esa idea.

Pedro, viendo que la niña se iba, se metió dentro de la choza y tiró el haz de varas con tal fuerza sobre la mesa, que la abuela se levantó muy asustada de la rueca y empezó a lamentarse.

—¿Qué pasa, Pedro, qué pasa? —exclamó la abuela, y la madre de Pedro, que también se había levantado de la mesa por el mido, preguntó tranquilamente:

—¿Qué tienes, Pedro? ¿Por qué estás tan furioso?

—Se llevan a Heidi —exclamó el muchacho.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Y adónde, Pedro? —preguntó la abuela con voz angustiada, pero en seguida adivinó la verdad, pues su hija le había dicho poco antes que había visto subir, monte arriba, a tía Dete. Con mano temblorosa, la anciana abrió la ventana y empezó a gritar con voz suplicante:

—¡Dete, Dete, no te lleves a la niña! ¡No nos quites a Heidi! La tía y la sobrina oyeron la voz y Dete comprendió lo que la abuela gritaba, por lo que asió a la niña con más fuerza y echó a correr. Heidi quiso oponer resistencia y dijo:

—Quiero ir a ver a la abuela. Me ha llamado. ¡Suéltame! Pero precisamente eso era lo que Dete quería evitar. Procuró tranquilizar a la pequeña, diciéndole que era necesario darse prisa para no llegar tarde y poder continuar el viaje al día siguiente sin falta. Añadió que cuando estuviese en Frankfurt, encontraría esa ciudad tan linda, que nunca más querría marcharse, pero que si, de todos modos, deseaba regresar, lo podría hacer en seguida y además podría comprar algún regalo para la abuela. Esto último agradó mucho a Heidi, y desde aquel momento ya no opuso ningún obstáculo al viaje, antes bien, apresuró el paso todo lo que pudo.

—¿Qué podré traer a la abuela? —preguntó a poco.

—Algo muy bueno —contestó Dete—; por ejemplo, panecillos blancos muy tiernos. Sé que no puede comer el pan negro y duro, así le darás una gran alegría.

—Es verdad, ella le da el pan negro siempre a Pedro y le dice «es demasiado duro para mí», porque yo misma lo he oído —confirmó Heidi, y añadió decidida—: Corramos, tía, tal vez podamos llegar hoy mismo a Frankfurt y pueda volver pronto con los panecillos blancos.

Y Heidi apresuró de tal modo el paso que su tía apenas podía seguirla, aunque interiormente estaba muy satisfecha, porque estaban llegando a Dörfli y allí podían surgir toda clase de preguntas que harían nuevamente dudar a Heidi. Cruzaron el pueblo sin detenerse y todo el mundo podía ver que era Heidi la que tiraba a su tía de la mano. Por eso Dete contestaba siempre lo mismo a las preguntas que le hacían: —Ya lo veis; no puedo detenerme ahora porque la niña desea llegar pronto y aún tenemos mucho camino por recorrer.

—¿Es que te la llevas? ¿No se queda con el Viejo de los Alpes? ¡Pero si es un milagro que la pequeña aún viva! Y encima con tan buen aspecto.

Dete estaba muy contenta de poder pasar por el pueblo sin verse obligada a dar razón del viaje y sin que Heidi abriera la boca, en su afán de llegar pronto.

Desde ese día, siempre que el Viejo de los Alpes bajaba a Dörfli, aún ponía una cara más furiosa y adusta que antes y no saludaba a nadie. Cuando pasaba por el pueblo con su cesta quesera sobre la espalda, su enorme bastón en la mano, y frunciendo sus espesas cejas, las mujeres decían a sus hijos: —¡Tened cuidado! ¡El Viejo de los Alpes anda por ahí, si no os apartáis, puede haceros daño!

El anciano no trataba con nadie en el pueblo; sólo lo cruzaba para llegar al valle donde vendía sus quesos y compraba sus provisiones de pan y carne. Después de su paso por Dörfli, las gentes se reunían en grupos y hablaban. Cada uno de ellos daba su opinión: que su aspecto era cada vez más salvaje, que ya no saludaba a nadie, etc, y todos estaban de acuerdo en que era una verdadera suerte que la niña hubiera podido escapar, y que bien a la vista estaba la prisa de ella en alejarse, por temor a que el anciano la alcanzase y la obligara a volver.

Sólo la abuela ciega lo defendía con firmeza. A quienquiera que iba a verla para darle trabajo de hilar o para recogerlo, le contaba detalladamente cuán bueno y atento se había mostrado el anciano con Heidi y lo que había hecho por ella y por su hija, las muchas tardes que éste se había pasado reparando la cabaña que sin su ayuda se hubiera derrumbado.

Esos comentarios llegaron naturalmente al pueblo, pero nadie quiso creer en ellos: todos convenían en que la abuela tenía demasiada edad para comprender las cosas y seguramente no habría oído muy bien, porque, además de ser ciega, era también bastante sorda.

El Viejo de los Alpes ya no acudía a la casa de Pedro el cabrero, y era una suerte muy grande que la cabaña estuviese tan bien arreglada, porque durante muchísimo tiempo nadie se prestó a cuidar de ella. La abuela empezaba nuevamente los días con suspiros y quejas. Ni un solo día pasaba sin que dijera:

—Con la niña se nos ha ido toda nuestra alegría y los días parecen vacíos sin ella. ¡Ojalá pudiera oír su voz una vez más antes de morirme!

CAPÍTULO VI

NUEVO CAPÍTULO Y NUEVAS COSAS.

En casa del señor Sesemann, de Frankfurt, vivía su hija Clara, que estaba enferma y pasaba sus días en un cómodo sillón de ruedas. En aquel momento, Clara se hallaba en la llamada sala de estudio, contigua al comedor y llena de objetos y enseres que le daban un aspecto acogedor y mostraban que en ella

vivía la familia con preferencia. La biblioteca, hermosa y grande, provista de dos puertas vidrieras, había dado el nombre a la sala y es allí donde la niña paralítica recibía diariamente las lecciones.

Clara tenía un rostro delgado y pálido y unos ojos azules y bondadosos, que en aquel momento no se apartaban del gran reloj de pared; le parecía que las agujas avanzaban aquel día con especial lentitud, pues Clara, tan paciente habitualmente, exclamó de pronto con cierta vivacidad:

—Pero, señorita Rottenmeier, ¿todavía no es la hora?

La así interpelada estaba sentada bien derecha ante una pequeña mesa de costura y bordaba. Vestía una extraña ropa, una chaqueta con un gran cuello, que daba a toda su persona un aspecto muy solemne acrecentado por un tocado en forma de cúpula. La señorita Rottenmeier estaba en aquella casa desde la muerte de la señora Sesemann, hacía ya algunos años, y ejercía de ama de llaves. El señor Sesemann, que viajaba mucho, le había confiado la gestión del hogar y no había impuesto más que una condición: que su hija tendría voz en todos los asuntos y que no se haría nada contra la voluntad de ella.

Mientras arriba preguntaba Clara por segunda vez y con mayor señal de impaciencia, si todavía no había llegado la hora, abajo, ante la puerta de entrada, se detuvo Dete con Heidi de la mano e interrogaba al cochero Juan, que acababa de apearse del coche, si era prudente molestar a la señorita Rottenmeier a una hora tan avanzada.

—Eso no es de mi incumbencia —gruñó el cochero—. Toque la campanilla del pasillo y bajará Sebastián.

Dete hizo lo que le indicaron y en seguida bajó el criado de la casa vestido con una librea con grandes botones dorados y con los ojos casi tan grandes y redondos como los botones.

—Quisiera saber si a esta hora aún se puede molestar a la señorita Rottenmeier —volvió a repetir Dete.

—Eso no es de mi incumbencia —repuso el criado—. Tiene usted que tocar otra campanilla para llamar a Tinette, la doncella.

Y sin más explicaciones se marchó Sebastián.

Dete volvió a llamar. Entonces se presentó en lo alto de la escalera la doncella Tinette, con blanca y almidonada cofia en la cabeza y una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa? —preguntó sin bajar la escalera.

Dete repitió su pregunta. La doncella Tinette desapareció, mas volvió al

instante y dijo desde arriba:

—Suban, las están esperando.

Dete y Heidi subieron la escalera y siguieron a la doncella hasta la sala de estudio. En el umbral, Dete se detuvo educadamente, sin soltar a la niña, pues temía su reacción en un lugar tan poco familiar para ella.

La señorita Rottenmeier se levantó lentamente de su asiento, y se acercó para examinar a la nueva compañera de juegos y estudios de la hija de la casa. Al parecer, el aspecto de la pequeña no era de su agrado. Heidi llevaba su sencillo vestido de algodón y en la cabeza un sombrero de paja, viejo y abollado. La niña miraba cándidamente pero con evidente curiosidad la especie de cúpula que llevaba aquella señora en su tocado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el ama de llaves tras examinar un rato a la niña, que no le quitaba los ojos de encima.

—Heidi —contestó la pequeña con voz clara y sonora.

—¿Cómo? Esto no es un nombre cristiano. ¿Qué nombre te dieron al bautizarte? —seguía preguntando la señorita Rottenmeier.

—No lo sé —repuso Heidi.

—Eso no es una contestación —observó la dama moviendo la cabeza—. Diga usted, Dete, ¿esa niña es tonta o impertinente?

—Si la señorita me lo permite, hablaré por la niña, porque ella tiene poca experiencia —dijo Dete, dando a Heidi un discreto golpecito por su respuesta inoportuna—. No es que sea tonta ni impertinente, sino que todo cuanto habla lo dice con franqueza y tal como lo siente. Es la primera vez que entra en una casa de señores y no conoce las buenas maneras. Sin embargo, es dócil y bastante inteligente y aprenderá fácilmente si la señorita se digna tener un poco de paciencia. La niña se llama Adelaida, como su madre, mi difunta hermana.

—Bien, al menos es un nombre que se puede pronunciar —observo la señorita Rottenmeier—, pero he de decirle que la niña me parece un poco extraña para su edad. Yo le hice saber que la compañera de Clara había de ser una niña de su misma edad, para poder seguir los mismos estudios y tomar parte en todas sus ocupaciones. La señorita Clara ha cumplido ya los doce años. ¿Qué edad tiene la niña?

—Con su permiso —contestó Dete con elocuencia— le diré que yo misma no recuerdo a punto fijo cuántos años tiene. La verdad es que es un poco más joven, no mucho, cuánto más no sé decirlo exactamente, pero creo que debe de tener unos diez años o incluso algo más.

—Tengo ahora ocho años, me lo ha dicho el abuelo —declaró Heidi.

Tía Dete le volvió a dar un golpecito, pero como la niña ignoraba la causa, no se aturdió lo más mínimo.

—¿Cómo? ¿Sólo ocho años? —exclamó la señorita Rottenmeier con indignación— ¡Cuatro años menos que Clara! ¡Esto no puede ser! ¿Qué haremos? ¿Y qué has aprendido? ¿Qué libros has estudiado?

—Ninguno —contestó Heidi.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cómo has aprendido a leer entonces? —siguió preguntando la dama.

—Eso no lo he aprendido, ni Pedro tampoco —respondió Heidi

—¡Misericordia! ¿No sabes leer? Pero ¿de verdad que no sabes leer? —exclamó la señorita Rottenmeier con gran asombro—. ¿Cómo es posible? ¿Qué has aprendido, pues?

—Nada —declaró Heidi de acuerdo con la verdad.

—Oiga usted, joven —dijo el ama de llaves al cabo de unos minutos, tratando de serenarse—, esto no es lo convenido. ¿Cómo ha podido traerme a esta criatura?

Pero Dete no se dejó intimidar fácilmente y contestó resueltamente:

—Si la señorita me lo permite, le diré que la niña corresponde perfectamente a lo que buscaba. Usted quería una niña un poco especial y distinta de las demás, y para cumplir sus deseos, tuve que recurrir a la hija de mi hermana, aunque tenga menos años, porque en nuestras montañas, cuando tienen más edad, dejan en seguida de ser originales y distintas de las otras, y por eso creí que Heidi convenía exactamente a sus deseos. Ahora es preciso que me vaya, pues mis señores me estarán esperando. Y si ellos lo permiten, volveré dentro de pocos días para ver cómo van las cosas.

Y después de hacer una reverencia, Dete salió por la puerta y echó a correr escaleras abajo. La señorita Rottenmeier se quedó un momento inmóvil, pero luego la siguió, pensando que si esta niña iba realmente a quedarse en la casa, tenía que consultar todavía un sinfín de cosas con su tía, que parecía firmemente decidida a dejar a Heidi allí.

Heidi, desde su llegada, no se había movido de la puerta, y Clara había observado la escena desde su sillón sin decir nada.

—¡Ven aquí! —dijo Clara al fin.

Heidi se aproximó al sillón.

—¿Cómo te gusta más que te llamen, Heidi o Adelaida?

—Yo me llamo Heidi y nada más —contestó la niña.

—Entonces te llamaré siempre así —afirmó Clara—, el nombre me gusta, te sienta muy bien. No lo había oído jamás, pero tampoco había visto a ninguna niña que se pareciera a ti. ¿Siempre has tenido el pelo tan corto y tan rizado?

—Sí, creo que sí —respondió Heidi.

—¿Estás contenta de haber venido a Frankfurt? —siguió preguntando Clara.

—No, pero mañana volveré a casa y llevaré panecillos blancos a la abuela —explicó Heidi.

—¡Qué niña tan extraña eres! —exclamó Clara—. ¡Si te han traído a Frankfurt expresamente para que te quedes a mi lado y tomes lecciones conmigo! Verás, será muy divertido porque tú no sabes leer, por fin habrá algo nuevo durante las lecciones. A veces son muy aburridas y las mañanas no acaban nunca. Y es que todos los días, a las diez, viene el profesor y entonces comienzan las lecciones, que duran hasta las dos de la tarde. ¡Son muchas horas! A veces, el profesor acerca el libro a sus ojos como si de pronto se hubiera vuelto miope, pero de hecho es para poder bostezar detrás del libro, y la señorita Rottenmeier saca también de cuando en cuando su gran pañuelo y lo lleva a la cara como si se enterneciese a causa de lo que estamos leyendo; pero yo sé muy bien que también bosteza mucho detrás del pañuelo. Y entonces yo tengo muchas ganas también, naturalmente, pero me aguanto, porque en seguida que la señorita Rottenmeier me ve bostezar, dice que soy débil y me hace tomar el aceite de hígado de bacalao. Y créeme, tomar aceite de hígado de bacalao es lo más horrible que hay en el mundo y prefiero aguantarme las ganas de bostezar. Pero ahora será todo más divertido y podré escuchar cómo aprendes a leer.

Heidi movió enérgicamente la cabeza cuando oyó lo de aprender a leer.

—Sí, sí, Heidi, es preciso que aprendas. Todas las personas deben aprender a leer y el profesor es muy bueno, no se enfada nunca y te lo explicará todo. Lo que pasa es que, cuando explica algo, no se entiende nada; entonces hay que esperar y callar, porque si no lo vuelve a explicar y cada vez lo entiendes menos. Pero después, cuando has aprendido algo y lo sabes bien, entonces ya entiendes todo lo que había querido decir el profesor.

En aquel momento regresó la señorita Rottenmeier. No pudo alcanzar a Dete y estaba muy nerviosa, porque no había logrado decir todo lo que, en ese asunto, no se ajustaba a lo que se había acordado. Y como la idea había sido suya, no sabía qué hacer para volverse atrás, y se ponía cada vez más nerviosa. Salió de la sala de estudio y se fue al comedor, regresó y volvió allí, en donde

la tomó con Sebastián, quien con sus redondos ojos examinaba la mesa que acababa de poner para ver si faltaba algo.

—Siga usted mañana sus reflexiones, Sebastián, y dese prisa en servir la mesa.

Dicho lo cual se dirigió a la puerta y llamó a Tinette con voz tan seca, que la doncella se acercó con paso más menudo que nunca y se colocó frente al ama de llaves con rostro tan burlón que la señorita no se atrevió a reprenderla, aunque por dentro hervía.

—Es preciso preparar la habitación de la recién llegada, Tinette —dijo con forzada calma—; todo está dispuesto; de todos modos, quite el polvo de los muebles.

—¿Seguro que vale la pena? —dijo irónicamente la doncella saliendo.

Entre tanto, Sebastián había abierto las puertas de doble hoja que daban a la sala de estudio con mucho ruido. Estaba muy enfadado, pero no podía permitirse contestar a la señorita Rottenmeier. Con aparente calma entró en la sala para llevar el sillón de ruedas al comedor. Mientras arreglaba un tomillo del asiento, se plantó Heidi delante de él y le observó. Sebastián advirtió la insistente mirada de la niña y la increpó:

—¿Por qué me miras así?

Seguramente no lo hubiera hecho si hubiese visto a la señorita Rottenmeier, que en aquel momento cruzaba la puerta. Precisamente cuando Heidi contestó:

—Te pareces a Pedro, el cabrero.

La dama juntó horrorizada las manos y exclamó:

—¡Es posible! ¡Está tuteando a los criados! Esta criatura no tiene la menor noción de educación.

Sebastián empujó el sillón de ruedas hasta la mesa y después cogió a Clara en brazos y la puso en su silla.

La señorita se sentó a su lado e hizo señas a Heidi para que ocupara una silla frente a ella. No había nadie más en la mesa y sobraba sitio entre cada una de ellas, por lo que Sebastián podía moverse fácilmente para servir. Junto al plato de Heidi había un panecillo blanco y tierno y la niña lo contemplaba con alegría. La semejanza que Heidi encontraba en Sebastián debió de despertar su confianza hacia él, porque estuvo muy quieta y no se movió hasta que aquél se acercó con la fuente para ofrecerle el pescado frito. Entonces Heidi, señalando el panecillo, preguntó:

—¿Puedo cogerlo?

Sebastián asintió con un movimiento de cabeza, pero al mismo tiempo miró de soslayo a la señorita Rottenmeier para ver qué impresión había causado en ella aquella pregunta. Heidi tomó en seguida el panecillo y se lo guardó en el bolsillo. Sebastián se limitó a hacer una mueca porque sentía ganas de reír, pero sabía que no le estaba permitido. Mudo e inmóvil permaneció junto a Heidi, porque no tenía permiso de hablar ni tampoco de marcharse hasta que todos los comensales se hubiesen servido. Heidi le miró un rato con ojos asombrados, pero al fin preguntó:

—¿He de comer eso?

Sebastian volvió a asentir con un gesto.

—Pues... dame algo —dijo la niña y miró tranquilamente a su plato.

Las muecas de Sebastián iban aumentando y la fuente empezó a vacilar de un modo peligroso en sus manos.

—Puede usted dejar la fuente sobre la mesa y volver luego —ordenó con rostro severo la señorita Rottenmeier.

Sebastián desapareció al punto. El ama continuó dando un suspiro:

—Está visto, Adelaida, que he de enseñarte todavía las reglas más elementales. Empezaré por enseñarte cómo te has de servir en la mesa.

Le explicó lo que tenía que hacer y añadió:

—Además he de advertirte que en la mesa no has de hablar con Sebastián, ni en ningún otro sitio, excepto únicamente cuando tengas que dirigirle una pregunta importante, imprescindible, o bien darle una orden. En tal caso no le has de hablar de «tú», sino de «Sebastián» o «usted». ¿Has entendido? ¡Que no vuelva a oír que le tratas de otro modo! También a Tinette le hablarás de «usted». A mí me llamarás señorita, como hacen los demás. En cuanto a Clara, ella te dirá cómo quiere que la llames.

—Clara, naturalmente —dijo ésta.

Luego siguieron un sinfín de reglas de conducta sobre el modo de levantarse, acostarse, entrar, salir, cerrar las puertas, sobre el buen orden de las cosas, y fueron tantas y tantas las advertencias, que Heidi acabó durmiéndose porque estaba desde las cinco de la mañana en pie y había hecho un viaje muy largo. Y cuando al fin la señorita Rottenmeier dio por terminadas sus recomendaciones, añadió:

—¡Y espero, Adelaida, que no olvides nada de lo que te he dicho! ¿Has comprendido?

—Heidi está durmiendo hace rato —exclamó Clara sonriendo.

Estaba contenta porque hacía mucho tiempo que la hora de la cena no había transcurrido de una forma tan divertida.

—¡Es absolutamente increíble lo que nos pasa con esta criatura! — exclamó la dama, muy enojada, y agitó con tanta fuerza la campanilla, que ambos, Sebastián y Tinette, acudieron corriendo. A pesar del ruido, Heidi seguía durmiendo, y no fue fácil despertarla para hacerla cruzar la sala de estudio, la habitación de Clara, y la habitación de la señorita Rottenmeier antes de llegar por fin a la suya.

CAPÍTULO VII

LA SEÑORITA ROTTENMEIER TIENE UN DÍA AGITADO.

A la mañana siguiente, cuando Heidi despertó, no recordaba nada de lo que había pasado y no comprendía lo que veía a su alrededor. Se restregó enérgicamente los ojos, volvió a mirar y vio las mismas cosas que viera antes. Se encontraba en un gran lecho blanco en medio de una vasta habitación. En las ventanas colgaban largas cortinas, también blancas, que dejaban filtrar la luz. Muy cerca de ellas había dos butacas tapizadas con telas floreadas; la misma tela cubría un sofá junto a la pared. Ante él se hallaba una mesa redonda y, en una esquina, un tocador lleno de objetos que Heidi no había visto jamás. Entonces, de pronto, recordó que estaba en Frankfurt. Todos los acontecimientos del día anterior acudieron inmediatamente a su memoria, y al mismo tiempo, las instrucciones de la dama; las que había podido oír antes de dormirse. Heidi saltó del lecho y se vistió. Después corrió de una ventana a otra; tenía que ver el cielo y el exterior, pues se sentía como enjaulada tras aquellas grandes cortinas. No pudiendo abrirlas, se deslizó detrás de ellas para llegar a una de las ventanas; pero era tan alta que difícilmente alcanzaba a asomar la cabeza. Lo poco que veía no era, evidentemente lo que deseaba ver. Cambió de ventana un par de veces y luego volvió a la primera, pero siempre veía lo mismo: paredes, ventanas y más paredes. Una viva inquietud la asaltó. Era todavía muy temprano. Heidi estaba acostumbrada a levantarse con la aurora en la montaña y asomarse a la puerta de la cabaña para ver qué día hacía fuera —si el cielo estaba azul, si el sol había salido ya, si los abetos susurraban— y para comprobar si las florecillas se habían abierto ya. Como un pajarillo que se viera por primera vez encerrado en una bella jaula de oro y que volara de aquí para allá buscando la salida para lanzarse al aire libre, Heidi iba de una ventana a otra, intentando abrirlas. Tenía que haber algo más que paredes y ventanas afuera, la hierba verde por ejemplo, o las últimas nieves que se derretían en las pendientes de las montañas, todo aquello que

tanto echaba de menos. Por mucho que tirara, golpeará y tratara de colocar los dedos debajo de los marcos para hacer fuerza, las ventanas seguían cerradas a cal y a canto. En fin, cuando vio que todos sus esfuerzos eran inútiles, renunció a su plan y se puso a pensar cómo podría salir de la casa y encontrar el prado, pues recordaba que al llegar a la casa el día anterior no había pisado más que adoquines.

En aquel preciso instante oyó llamar a la puerta. Tinette asomó la cabeza y dijo brevemente:

—El desayuno está servido.

Heidi no pudo comprender que estas palabras fueran una invitación para tomar el desayuno. El rostro burlón de Tinette incitaba más bien a no acercarse a ella y Heidi así lo entendió. Cogió un pequeño taburete de debajo de la mesa, y se sentó en un rincón para esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Al cabo de un buen rato, oyó un rumor de pasos: era la señorita Rottenmeier, la cual parecía tan excitada como la noche anterior. Abrió la puerta y dijo gritando:

—¿Qué significa esto, Adelaida? ¿Es que no sabes lo que quiere decir desayunar? ¡Anda, vamos!

Eso, Heidi lo comprendió y siguió a la señorita Rottenmeier. Clara, que estaba en el comedor hacía ya un buen rato, saludó a Heidi afectuosamente. Estaba mucho más alegre que de costumbre, porque sabía que también hoy iban a producirse nuevos sucesos.

El desayuno transcurrió sin incidentes. Heidi se comió su tostada con perfecta corrección. Cuando hubieron terminado, Clara fue llevada a la sala de estudio en su sillón, y la señorita Rottenmeier ordenó a Heidi que permaneciera con la muchacha hasta que llegara el profesor. Cuando las dos estuvieron solas, Heidi se apresuró a preguntar:

—¿Cómo se puede mirar por la ventana para ver lo que hay fuera?

—¡Pues se abre y luego se mira! —repuso Clara, divertida con la pregunta.

—Estas ventanas no se pueden abrir.

—Claro que sí —replicó Clara—; lo que sucede es que tú aún no puedes. Yo no puedo ayudarte. Pero cuando veas a Sebastián, no tienes más que decirle que abra una.

Fue para Heidi una gran sensación de alivio saber que las ventanas podían abrirse y que se podía mirar hacia afuera, pues la niña aún estaba bajo la impresión de hallarse encerrada. Después, Clara empezó a hacerle preguntas sobre la vida que llevaba en su cabaña, y Heidi, feliz, le habló de los Alpes, de

las cabras, de los pastos, y de todo lo que amaba. Mientras tanto había llegado el profesor, pero la señorita Rottenmeier, en vez de conducirlo, como tenía por costumbre, a la sala de estudio, lo hizo pasar al comedor para tener una conversación con él. Le describió la apurada situación en la que se encontraba. Había sido ella, en efecto, la que había escrito al señor Sesemann a París, donde se encontraba entonces, diciéndole que su hija deseaba tener una compañera. Pensaba que sería un estímulo para Clara en los estudios y un agradable entretenimiento fuera de las horas de clase. En realidad, le importaba mucho que hubiese alguien en casa para entretener a la niña enferma cuando ella no tenía ganas de hacerlo, lo que ocurría a menudo. El señor Sesemann respondió que estaba dispuesto a complacer a su hija, con la condición de que la compañera fuera tratada como su propia hija, pues no quería en modo alguno que en su casa se maltratara a una niña, «lo cual era un comentario totalmente inútil del señor —añadió la señorita Rottenmeier— porque ¡quién iba a maltratar a los niños!». Y reanudó su relato, haciendo saber al profesor en qué trampa había caído respecto a aquella criatura y dando numerosos ejemplos de su falta total de los principios más rudimentarios. Por lo tanto, no sólo el profesor habría de comenzar por enseñarle el abecé, sino que ella misma, la señorita Rottenmeier, se vería obligada a inculcarle los modales más elementales. Para salir de esta desastrosa situación ella no veía más que una solución: que el señor profesor declarase que dos alumnas tan diferentes no podrían recibir la misma enseñanza sin perjuicio de la más adelantada. Esto sería para el señor Sesemann una razón muy válida para hacer marcha atrás y reconocer que la niña había de volver inmediatamente de donde venía. Sin embargo, ella no podía hacer nada sin su acuerdo, puesto que el señor ya estaba enterado de la llegada de la niña.

El profesor era muy circunspecto y no consideraba jamás los asuntos por un solo lado. Consoló a la señorita Rottenmeier, asegurándole que si, por una parte, la niña estaba muy atrasada, podría ser que en otro aspecto estuviera más motivada para aprender. Una enseñanza asidua acabaría sin duda por equilibrar su nivel. Entonces, viendo que no hallaba apoyo en el profesor, quien, por el contrario, quería comenzar ya las lecciones con el abecé, la señorita Rottenmeier le hizo entrar en la sala de estudio y se guardó muy bien de seguirle, pues le horrorizaba el alfabeto. Comenzó a dar paseos a lo largo y lo ancho del comedor, pensando en el tratamiento que la servidumbre debía dar a Adelaida. El señor Sesemann había dicho que fuera tratada como su propia hija y eso sin duda debía referirse sobre todo a la relación con la servidumbre. Súbitamente un espantoso ruido que provenía de la sala de estudio, acompañado de gritos reclamando la ayuda de Sebastián, interrumpió sus reflexiones. Se precipitó en la sala: todo el material yacía en el suelo, los libros, los cuadernos, el tintero y el tapete de la mesa. Un pequeño río de tinta negra cruzaba toda la habitación. Heidi había desaparecido.

—¡Dios santo! —exclamó la señorita Rottenmeier retorciéndose las manos — ¡El tapete, los libros, la cesta de labores, todo está manchado de tinta! ¿Se ha visto jamás cosa semejante? ¡Todo es obra, sin duda, de esa endiablada criatura!

El profesor contemplaba el desastre, horrorizado. Clara, quien por el contrario, parecía divertirse mucho con los acontecimientos y sus efectos, explicó:

—Sí, ha sido Heidi, pero no lo ha hecho adrede y no merece ningún castigo. Se ha levantado con tanta precipitación que se ha llevado consigo el tapete y todo se ha venido al suelo. Pasaban unos coches por la calle y entonces salió corriendo para verlos. Puede que jamás haya visto un coche.

—Bien, señor profesor, ¿no es lo que le decía? Esta criatura no tiene la menor noción de nada. No sabe lo que es una lección y mucho menos que las lecciones deben escucharse sin moverse del sitio. Pero ¿dónde se habrá metido esta desgraciada? ¡Si se ha escapado! ¿Qué dirá el señor Sesemann?...

Desapareció por la escalera y bajó corriendo. La puerta de entrada estaba abierta, y, desde el umbral, Heidi examinaba la calle.

—¿Qué significa esto? ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Crees que te puedes escapar sin más? —le gritó a Heidi.

—He oído el ruido de los abetos, pero no los veo, y ahora ya no oigo nada —repuso Heidi sin dejar de mirar en la dirección en la que se había extinguido el ruido de los carruajes que la niña había confundido con el susurro del viento en los abetos.

—¡Abetos! ¿Estamos acaso en la montaña? ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Ven, sube conmigo para ver lo que has hecho!

La señorita Rottenmeier volvió a la sala de estudio seguida de Heidi. Ésta quedó estupefacta ante el desastre que había producido sin darse cuenta.

—Por una vez pase, pero que no vuelva a suceder —dijo la señorita Rottenmeier señalando el suelo con el dedo—. Y ten presente que durante las lecciones se debe permanecer sentada en silencio y prestar atención. Si no lo haces, me veré obligada a atarte a la silla. ¿Has entendido?

—Sí —repuso Heidi—, me quedaré sentada.

Acababa de comprender que era una regla, o sea que había que permanecer quieta durante la lección.

Tinette y Sebastián tuvieron que ponerlo todo en orden. El profesor se fue, las lecciones fueron suspendidas. Aquella mañana no había habido ocasión de bostezar.

Todos los días, después de comer, Clara solía dormir la siesta y la señorita Rottenmeier le había dicho a Heidi que podía escoger ella misma sus ocupaciones. Cuando Clara se fue a descansar y la señorita Rottenmeier se retiró a su habitación, Heidi se dio cuenta de que había llegado ese momento. Era precisamente lo que anhelaba, pues tenía una idea en la cabeza. Pero para realizarla, necesitaba ayuda. Se colocó pues en medio del pasillo, al lado de la puerta del comedor para que no se le escapara la persona a la que pensaba pedir el favor. Y, en efecto, Sebastián apareció pronto con una bandeja llena de cubiertos de plata, que iba a guardar en el aparador. Cuando alcanzó el último escalón, Heidi avanzó hacia él y dijo bien claramente:

—¡Sebastián o usted!

Sebastián abrió los ojos desmesuradamente y repuso secamente:

—¿Qué significa eso, señorita?

—Desearía pedirle una cosa, pero no es una cosa mala, como la de esta mañana —le tranquilizó Heidi, porque había advertido que estaba un poco contrariado y pensó que era por la tinta derramada.

—¿Y por qué me llama «Sebastián o usted»? Primero quisiera saber eso —prosiguió con el mismo tono seco.

—Siempre debo llamarle así —aseguró Heidi—. La señorita Rottenmeier lo ha mandado.

Sebastián se echó a reír de tan buena gana que Heidi quedó confusa, no viendo en el asunto nada que pudiera mover a risa. Pero Sebastián había comprendido de qué se trataba.

—Está bien —dijo sin dejar de reír—. Puede continuar la señorita.

—Yo no me llamo señorita —exclamó a su vez Heidi con cierta indignación—. Me llamo Heidi.

—De acuerdo. Pero la misma dama me ha mandado que la llame señorita.

—¿Ah, sí? Entonces es que es así como debo llamarme —repuso Heidi con resignación, pues se daba cuenta de que las cosas debían suceder tal y como la señorita Rottenmeier ordenara—. Ya tengo tres nombres —dijo con un suspiro.

—¿Qué es lo que la señorita quería preguntarme? —dijo Sebastián después de entrar en el comedor y dejar la bandeja en el aparador.

—¿Cómo se puede abrir la ventana, Sebastián?

—Así. Es muy fácil —dijo, abriendo de par en par una de las ventanas del comedor.

Heidi se acercó, pero era demasiada bajita para ver nada. Sebastián le trajo un gran taburete de madera, diciéndole:

—La señorita no tiene más que subir aquí para ver lo que pasa abajo.

Heidi se apresuró a encaramarse en el taburete para poder ver por fin el paisaje, pero en seguida retiró la cabeza, profundamente decepcionada.

—Sólo se ve la calle, y nada más —dijo la niña tristemente— Pero si se da la vuelta a la casa, Sebastián, ¿qué se ve por el otro lado?

—Exactamente lo mismo —repuso Sebastián.

—Entonces, ¿dónde hay que ir para ver hasta muy lejos en el valle?

—Para eso hay que subir a una alta torre, al campanario de una iglesia como aquélla que ve allí con una bola dorada en la cúspide. Desde allí se ve hasta muy lejos por encima de la ciudad.

Heidi, después de haberle escuchado con profunda atención, salió del comedor, bajó las escaleras corriendo y se encontró en la calle. Pero lo que se proponía era más difícil de lo que en un principio imaginara. Desde la ventana le pareció que el campanario se hallaba en línea recta ante ella, que no tenía más que pasar al otro lado para llegar a él.

Entonces bajó la calle, pero no veía ningún campanario, luego bajó otra calle y otra, y seguía sin verlo. Pasaba mucha gente por su lado, pero todos tenían prisa y Heidi se dijo que no tendrían tiempo para indicarle el camino. Al doblar una esquina, vio a un muchacho que llevaba a la espalda un organillo y al brazo un curioso animal. Heidi se acercó y le preguntó:

—¿Dónde está la torre que tiene en lo más alto una bola dorada?

—No sé —repuso el muchacho.

—¿A quién lo tengo que preguntar? —siguió preguntando Heidi.

—No sé.

—¿Conoces alguna otra iglesia que tenga un campanario?

—Sí, conozco una.

—Entonces enséñame dónde está.

—Enséñame tú antes lo que me darás a cambio.

El muchacho tendió la mano. Heidi buscó en su bolsillo y sacó un cromó que representaba una corona de rosas rojas. Lo contempló durante un momento, pues le dolía desprenderse de él. Se lo había dado Clara aquella misma mañana. ¡Pero si pudiera ver el valle y las verdes laderas de la montaña!

—Toma —dijo Heidi—. ¿Lo quieres?

El muchacho retiró la mano haciendo un gesto negativo.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó la niña, aliviada, a guardarse el cromó.

—Dinero.

—Yo no tengo, pero Clara sí que tiene y me dará. ¿Cuánto quieres?

—Veinte céntimos.

—¡Pues, ven!

Ambos echaron a andar. En el camino, Heidi preguntó a su compañero qué era lo que llevaba en la espalda cubierto con un paño. El muchacho le explicó que era un órgano del que salía una preciosa música cuando se daba vueltas a la manivela. Llegaron a una vieja iglesia con su alto campanario. El muchacho se detuvo y dijo:

—Es aquí.

—Pero ¿cómo podré entrar? —preguntó Heidi viendo las grandes puertas cerradas.

—No sé —soltó.

—¿Crees que habrá que llamar con la campanilla como cuando se llama a Sebastián?

—No sé.

Heidi había descubierto una campanilla en la pared y se puso a tirar del cordón con todas sus fuerzas.

—Si subo, espérame abajo, si no, no sabré volver sola. Tendrás que enseñarme el camino.

—¿Qué me darás a cambio?

—¿Qué más quieres que te dé?

—Otros veinte céntimos.

De pronto una llave chirrió en la vieja cerradura y la puerta se abrió rechinando. Asomó un viejo que comenzó por mirar a los niños con estupefacción y luego les increpó, bastante furioso.

—¿Quién os ha dado permiso para llamar? ¿No sabéis leer lo que pone encima de la campanilla?: «Para los que quieran subir al campanario».

El muchacho señaló con el dedo a Heidi sin pronunciar palabra. Ésta repuso:

—¡Es lo que yo quería, subir al campanario!

—¿Y qué quieres hacer allá arriba? —preguntó el campanero—, ¿te envía alguien?

—No, sólo quiero subir para ver lo que hay abajo.

—¡Volved a casa y mucho cuidado con repetir estas bromas, la próxima vez os vais a enterar!

Dichas estas palabras, el campanero fue a cerrar la puerta, pero Heidi lo detuvo asiéndole de la chaqueta, y le suplicó:

—¡Sólo una vez!

El viejo giró la cabeza. Heidi tenía una mirada tan implorante que no pudo resistir. La tomó de la mano y le dijo amablemente:

—Si tanto lo deseas, ven conmigo.

El muchacho se sentó sobre las gradas de piedra delante de la puerta y con un gesto señaló que no quería acompañarla. Heidi, cogida de la mano del campanero, subió muchas, muchísimas escaleras, cada vez más estrechas. Después subieron una escalerilla más angosta aún y finalmente llegaron a lo alto del campanario. El campanero aupó a Heidi a la altura de la ventana abierta.

—Ya puedes mirar abajo —le dijo.

Heidi vio un mar de techos, torres y chimeneas. Retiró la cabeza y dijo con descorazonamiento:

—No es lo que yo creía.

—¿Lo ves? Una niña pequeña como tú no sabe apreciar esta vista. ¡Ven, vamos a bajar y no vuelvas a tirar de la campanilla otra vez!

El anciano dejó a Heidi en el suelo y ambos comenzaron a bajar, él delante. A mitad de camino, donde las escaleras se ensanchaban un poco, había una puerta que conducía a la habitación del campanero; a su lado el techo formaba una pendiente, juntándose con el piso. Allí, ante una cesta, había una gran gata gris, que comenzó a maullar amenazadoramente, porque en la cesta estaban sus crías y la madre advertía a los visitantes que no debían mezclarse en asuntos de familia. Heidi se detuvo sorprendida. En su vida había visto un gato tan grande. Había muchísimos ratones en el campanario y el animal cazaba con facilidad media docena cada día. El campanero, advirtiendo la sorpresa de Heidi, le dijo:

—Acércate. No te hará nada si estás conmigo. Puedes mirar los gatitos.

Heidi se acercó a la cesta y gritó, loca de alegría:

—¡Oh, qué bonitos son! ¡Qué chiquitines!

Se puso a dar vueltas alrededor de la cesta para ver mejor los siete u ocho mininos que se subían unos encima de los otros, trataban de encaramarse al borde de la cesta y caían de espaldas una y otra vez.

—¿Te gustaría tener uno? —preguntó el anciano, que disfrutaba viendo la alegría de la niña.

—¿Uno para mí sola? ¿Para tenerlo siempre? —exclamó sin poder dar crédito a lo que oía.

—Sí, sí, sólo para ti. Y si los quieres todos y tienes donde ponerlos, te los puedes llevar —añadió, ya que no deseaba otra cosa que deshacerse de los animales sin verse obligado a matarlos.

Heidi se sentía colmada de felicidad. Sin duda alguna que había sitio para ellos en la inmensa casa donde ahora vivía.

¡Oh, qué contenta se pondría Clara cuando la viera llegar con tan lindos gatitos!

—Pero ¿cómo podría llevármelos? —preguntó Heidi tendiendo la mano para coger uno.

La gran gata se arrojó entonces sobre su brazo y mayó con aire tan amenazador, que la niña retrocedió asustada.

—Si me dices dónde vives, yo te los llevaré —dijo el campanero acariciando a la gata para calmarla, pues eran buenos amigos. Hacía mucho tiempo que vivían juntos en el viejo campanario.

—Vivo en la casa del señor Sesemann, que en la puerta tiene una cabeza de perro dorada, con un gran anillo en la boca —repuso vivamente Heidi.

El anciano no necesitaba tantas explicaciones. Desde que vivía en el campanario conocía todas las viviendas de muchas leguas a la redonda; además, Sebastián era buen amigo suyo.

—Ya sé dónde es —repuso el viejo—. Dime, cuando lleve a los gatos, ¿por quién he de preguntar? Porque ¿tú no perteneces a la casa Sesemann, verdad?

—No, pero está Clara, que se alegrará mucho cuando vea los gatitos.

El campanero quería irse, pero Heidi no podía decidirse a dejar aquel espectáculo tan divertido.

—¡Si pudiera llevarme ahora uno o dos! Uno para mí y otro para Clara, ¿me deja?

—Espérate un momento —dijo el campanero.

Cogió la gata con precaución y la dejó en su habitación, delante de un platito de leche. Después cerró la puerta y volvió al lado de Heidi.

—Ahora toma los dos gatitos.

Los ojos de la niña brillaron de gozo. Escogió uno completamente blanco y otro con listas blancas y puso uno en el bolsillo derecho de su delantal, y el otro en el izquierdo. Después bajó la escalera. El muchacho seguía sentado en los escalones. Cuando el campanero hubo cerrado la puerta detrás de Heidi, ésta preguntó:

—¿Qué camino hay que tomar para volver a casa del señor Sesemann?

—No sé —contestó una vez más.

Heidi entonces le dio cuantos detalles conocía de la casa: la puerta de entrada, las ventanas, la escalera; pero el muchacho no hacía más que mover la cabeza negativamente. Todo aquello le era desconocido.

—Mira, si te asomas a una de las ventanas, se ve una casa grande y gris que tiene un tejado así —explicó Heidi marcando en el espacio varios zigzags con el dedo índice.

En seguida, el muchacho se puso en pie de un salto —tenía la misma forma de orientarse que ella— y se fue derecho hacia la casa, seguido de Heidi. En poco tiempo llegaron a la gran puerta adornada con una cabeza de perro de latón. Heidi tiró del cordón de la campanilla y apareció Sebastián, que, apenas vio a la niña, exclamó:

—¡De prisa, de prisa!

Heidi se apresuró a entrar y Sebastián cerró la puerta sin reparar en el muchacho que no salía de su asombro.

—De prisa, señorita —repitió Sebastián—, al comedor, ya están sentadas a la mesa. La señorita Rottenmeier está a punto de explotar.

Pero ¿cómo se le ha ocurrido hacer esta escapada?

Heidi entró en la habitación. La señorita Rottenmeier no levantó los ojos de su plato. Clara tampoco dijo nada. Ese silencio era inquietante. Sebastián colocó en su sitio la silla de Heidi. Cuando estuvo sentada, la señorita Rottenmeier le dijo con rostro severo y tono solemne:

—Adelaida, después de la comida he de hablar contigo. De momento te diré sólo que lo que has hecho es muy grave y merece castigo: marcharse de casa sin pedir permiso, sin decir nada a nadie, y andar por Dios sabe dónde toda la tarde, es una conducta en verdad sin precedentes.

—¡Miau! —se escuchó por toda respuesta.

Entonces la dama montó en cólera.

—¿Cómo, Adelaida? —gritó con una voz cada vez más aguda—. Después de hacer lo que has hecho, ¿aún te atreves a burlarte de mí? ¡Ojo con lo que haces: te lo advierto!

—Yo... —balbuceó Heidi.

—¡Miau, miau!

Sebastián casi dejó caer la fuente sobre la mesa y salió precipitadamente de la habitación.

—Esto es demasiado —dijo la señorita Rottenmeier con voz apagada—. Levántate y sal del comedor.

Heidi, aturdida, se levantó de su silla y trató aún de explicarse.

—Yo no soy...

—¡Miau! ¡Miau!

—Pero, Heidi —le dijo Clara—, ¿por qué haces «miau» si ves que eso disgusta a la señorita Rottenmeier?

—No soy yo la que lo hago, son los gatitos logró por fin decir Heidi.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Gatitos? —exclamó la señorita Rottenmeier—. ¡Sebastián! ¡TINETTE! ¡Buscad a esos horribles animales! ¡Lleváoslos!

Y dicho esto, echó a correr hacia la sala de estudio y se encerró pasando el cerrojo para estar más segura, pues para la señorita Rottenmeier los gatos eran los más horribles animales de la creación. Sebastián, que estaba detrás de la puerta, hacía grandes esfuerzos para dominar su risa. Al acercarse a Heidi para servirla, había visto que por uno de sus bolsillos asomaba una cabeza de gato, y se imaginaba la escena que se iba a producir. Cuando por fin recobró la serenidad, entró en el comedor. Hacía un buen rato ya que la señorita Rottenmeier había huido pidiendo auxilio, y la calma había vuelto. Clara tenía los gatitos en el regazo y Heidi estaba arrodillada ante ella. Ambas jugaban, encantadas, con los graciosos animalitos.

—Sebastián —le dijo Clara al verle entrar—, necesitamos su ayuda. Tendría que encontrar un sitio para los gatos donde la señorita Rottenmeier no los pueda descubrir, porque les tiene mucho miedo y no los quiere en la casa. Pero nosotras los encontramos muy monos y nos gustaría quedárnoslos; los sacaremos del escondite cuando estemos solas. ¿Dónde podríamos guardarlos?

—Yo me encargo de eso, señorita Clara —se apresuró a responder Sebastián—. Les haré una camita en una cesta y la pondré en un rincón al que una dama temerosa no tratará de llegar, puede contar con ello.

Sebastián puso en el acto manos a la obra riendo para sus adentros, pues pensaba: «¡Esto no acabará aquí!». No le disgustaba ver a la señorita Rottenmeier perder la compostura.

Más tarde, a la hora de acostarse, la señorita Rottenmeier entreabrió la puerta de la sala de estudio y preguntó:

—¿Han desaparecido ya esos repulsivos animales?

—Naturalmente —respondió Sebastián, que se había quedado en la habitación, sabiendo que se le iba a hacer la pregunta.

Cogió rápidamente los dos gatitos que permanecían en el regazo de Clara y desapareció con ellos.

En cuanto al sermón que la señorita Rottenmeier reservaba para Heidi, fue dejado para el día siguiente, pues aquella noche se encontraba agotada por las emociones, la ira y el susto que la niña le había causado sin saberlo. Se retiró pues en silencio, y las dos niñas hicieron lo mismo, muy contentas de saber que sus gatitos estaban seguros en una buena cama.

CAPÍTULO VIII

HAY CIERTA CONFUSIÓN EN LA CASA SESEMANN.

A la mañana siguiente, apenas Sebastián acababa de abrir la puerta al profesor y de conducirlo a la sala de estudio, sonó por segunda vez la campana, con tanta fuerza, que el criado echó a correr escaleras abajo, porque pensaba: «Sólo el señor Sesemann llama así. Será él, que, sin duda, ha llegado sin avisar».

Abrió la puerta y se encontró frente a un muchacho andrajoso que llevaba sobre la espalda un organillo.

—¿Qué significa esto? —exclamó Sebastián—. Vaya un modo de llamar. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero ver a Clara.

—¡Tú! ¡Con este aspecto! ¿Y no puedes decir «señorita Clara» como todo el mundo?

—Me debe cuarenta céntimos —repuso el muchacho.

—¡Tú has perdido la cabeza! ¿Y cómo sabes que vive en esta casa una señorita que se llama Clara?

—Ayer le enseñé el camino de ida por veinte céntimos y el de vuelta por otros veinte.

—¡Dices mentiras! La señorita Clara nunca sale de casa. No puede andar. Anda, vete y que no te vea más por aquí.

Pero el muchacho no se dejó intimidar. Permaneció inmóvil diciendo fríamente:

—¡Yo la vi ayer en la calle! Le puedo decir cómo es: tiene los cabellos negros, cortos y rizados; los ojos, del mismo color, y llevaba un vestido oscuro. No habla como nosotros.

«Ya veo —se dijo Sebastián, riendo para sus adentros—, es la pequeña señorita que ha vuelto a hacer alguna de las suyas». Después, haciendo pasar al muchacho, le dijo:

—Está bien. Sígueme y espera detrás de la puerta hasta que yo vuelva a salir. Si te hago entrar, toca algo en el organillo. Esto complacerá a la señorita.

Subió, llamó a la sala de estudio y entró.

—Hay un muchacho abajo que quiere hablar personalmente con la señorita Clara —dijo Sebastián.

Ante tan inesperado suceso, Clara se alegró.

—Entonces que entre en seguida —repuso—, ¿verdad, señor profesor?

Pero el muchacho, sin esperar a que le dieran permiso, se había introducido en la sala y, obedeciendo a una seña de Sebastián, comenzó a tocar el organillo. La señorita Rottenmeier, que estaba en el comedor para librarse de las lecciones del abecé, aguzó el oído. ¿Aquellos sonidos llegaban de la calle? ¡Qué curioso! ¡Se habría dicho que venían de la sala de estudio! ¡Un organillo en la casa!

Cruzó a toda prisa el comedor y abrió bruscamente la puerta de la sala de estudio. ¿Era posible? Había, en medio de la habitación, un andrajoso organillero que tocaba el instrumento con mucho entusiasmo. El profesor parecía querer decir algo, pero no se oía nada. Clara y Heidi escuchaban la música con caras de felicidad.

—¡Parad inmediatamente! —gritó la señorita Rottenmeier, pero la música cubría su voz. Se precipitó hacia el muchacho, pero de pronto, sintió que sus pies tropezaban con algo: un horrible animal negro se arrastraba por el suelo. ¡Era una tortuga! La señorita dio un salto como no lo había dado en muchísimos años y chilló:

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

El órgano enmudeció instantáneamente, pues esta vez los gritos habían sido más fuertes que la música. Sebastián, de pie detrás de la puerta, era presa de un ataque de risa al ver los brincos que daba el ama de llaves. Al fin, pudo entrar. La señorita Rottenmeier se había derrumbado en un sillón.

—¡Sebastián, que se vayan todos: músicos y animales! ¡Inmediatamente!

Sebastián se apresuró a obedecer. Hizo salir al muchacho, que había recogido rápidamente su tortuga, y le puso unas monedas en la mano, diciendo:

—Toma: los cuarenta céntimos de la señorita Clara y otros cuarenta por haber tocado tan bien.

Después le acompañó hasta la calle y cerró la puerta.

La calma volvió a reinar en la sala de estudio. Se había reanudado la lección interrumpida y la señorita Rottenmeier se había quedado en la misma sala para que no volvieran a suceder semejantes calamidades. Había resuelto también informarse, una vez las lecciones hubiesen concluido, de las causas del escándalo para castigar al autor como se merecía.

En aquel momento volvió a sonar la campana de la puerta y Sebastián entró para anunciar que habían traído una cesta para la señorita Clara.

—¿Para mí? —preguntó ésta intrigada y pensando de quién podía ser—. Tráigamela en seguida por favor, Sebastián.

Sebastián se fue y reapareció momentos después con una gran cesta tapada. La dejó y desapareció.

—Opino que sería conveniente terminar ahora la lección y después destapar la cesta —manifestó la señorita Rottenmeier.

Pero Clara, que no podía adivinar lo que contenía la cesta, no cesaba de dirigirle miradas impacientes.

—Señor profesor —exclamó de pronto, interrumpiéndose en medio de una declinación—, ¿no podría destapar la cesta un momentito para ver lo que hay dentro y después continuaría en seguida la lección?

—Por un lado accedería, pero, por el otro, me opondría —repuso el profesor—. Lo que especialmente hace que me incline por lo primero, es que toda vuestra atención ya está concentrada en la cesta...

No tuvo tiempo de acabar su discurso. La tapa de la cesta no estaba bien cerrada y de golpe aparecieron uno, dos, tres gatitos, seguidos de otros, que echaron a correr por toda la habitación con tal rapidez que se hubiera dicho que había muchos más de los que en realidad eran. Se agarraban a las botas del profesor, mordisqueaban sus pantalones, se encaramaban a la falda de la

señorita Rottenmeier, le hacían cosquillas en los pies, saltaban alrededor del sillón de Clara, arañaban y maullaban. ¡Un verdadero barullo! Clara se sentía feliz como nunca y no cesaba de exclamar:

—¡Oh, qué preciosidad de animalitos! ¡Mira cómo saltan por todos lados, qué divertido, mira, mira aquél, Heidi!

Heidi, no menos encantada que Clara, corría tras ellos por la habitación. El profesor, de pie ante la mesa, muy desconcertado, levantaba ora un pie ora el otro, para tratar de sustraerlos al desagradable hormigueo. En cuanto a la señorita Rottenmeier, seguía sentada en su sillón, muda de terror, pero después de un rato empezó a gritar con todas sus fuerzas: —¡Tinette! ¡Tinette! ¡Sebastián! ¡Sebastián!

No se atrevía a dejar su sillón, temiendo que a aquellos pequeños monstruos les diera por saltar sobre ella todos a un tiempo.

Sebastián y Tinette acudieron al fin, cazaron una por una las pequeñas criaturas, y las pusieron en la cesta. Después Sebastián se los llevó al granero, donde ya estaban instalados los dos hermanitos del día anterior.

Tampoco aquella mañana nadie había tenido ocasión de bostezar durante las lecciones. Por la tarde, la señorita Rottenmeier, ya repuesta de las emociones, reclamó la presencia de Sebastián y de Tinette para someterlos a un escrupuloso interrogatorio acerca de los incidentes que se habían producido en la casa. Se desprendió de ello que Heidi, con su salida del día anterior, había sido la causante de todo el barullo. La señorita Rottenmeier, pálida de rabia, no hallaba palabras para expresar sus sentimientos. Indicó por señas a Tinette y a Sebastián que se alejaran. Después, se volvió hacia Heidi, la cual estaba de pie al lado del sillón de Clara y no entendía muy bien qué mal había hecho.

—Adelaida —empezó la señorita Rottenmeier con voz severa—, no conozco más que un castigo que pueda causarte efecto, porque eres una pequeña salvaje. Ya veremos si en la oscuridad de la bodega, en compañía de las ratas y de los lagartos, aprendes a ser dócil y no se te vuelvan a ocurrir más locuras.

Heidi escuchó la sentencia sin conmoverse. La pequeña dependencia de la cabaña que su abuelo llamaba bodega, donde conservaba el queso y la leche, le parecía, por el contrario, un lugar atrayente. En cuanto a las lagartijas y a las ratas, no las había visto jamás. Fue Clara la que elevó la voz en son de queja.

—¡No, no, señorita Rottenmeier! Espere a que mi papá esté aquí. Ha escrito diciendo que va a llegar de un momento a otro. Se lo contaré todo y él decidirá lo que se debe hacer.

La señorita Rottenmeier no tuvo más remedio que doblegarse ante aquella orden, tanto más cuanto que estaba a punto de llegar el padre de Clara.

Se levantó pues, y dijo con tono seco:

—Está bien Clara, pero también yo hablaré con el señor Sesemann. —Y salió de la habitación.

Los siguientes días fueron de calma. Sin embargo, la señorita Rottenmeier no salía de su indignación. Cada vez que veía a Heidi, pensaba en el error que había cometido al hacerla venir a aquella casa. También estaba convencida de que, desde la llegada de la niña, todo se había desquiciado y jamás volvería a reinar el orden.

Clara, por el contrario, estaba muy contenta. Durante las lecciones ya no se aburría, pues Heidi hacía las cosas más divertidas del mundo. Confundía todas las letras del alfabeto sin lograr aprenderlas y cuando el profesor trataba de fijárselas en la memoria, comparando la forma de una letra con la de un pequeño cuerno o de un pico, Heidi exclamaba llena de gozo:

«¡Es una cabra!» o «¡eso es un gavilán!». Las descripciones del profesor despertaban en ella toda clase de imágenes, excepto las de las letras del alfabeto.

A finales de la tarde, Heidi se sentaba cerca del sillón de Clara y le relataba larga e incansablemente su vida en los altos pastos de los Alpes, hasta que la nostalgia de las montañas se apoderara de ella y terminaba invariablemente diciendo:

—¡Tengo que volver a mi casa! Mañana mismo me iré.

Pero Clara siempre lograba apaciguar esos accesos de tristeza y le hacía ver que era preferible que esperase la vuelta del señor Sesemann. Entonces se vería lo que convenía hacer. Heidi se dejaba convencer y cuando por fin se calmaba, reanudaba su charla con animación, porque tenía una perspectiva secreta: cada día que pasaba en Frankfurt significaba dos panecillos que aumentaban la provisión que guardaba para la abuela. En efecto, en todas las comidas, Heidi hallaba al lado de su plato un lindo panecillo muy blanco y muy tierno que se apresuraba a guardar en su bolsillo. No habría podido comérselo ella pensando que el de la abuela era negro y tan duro que no se le podía hincar el diente.

Todos los días, después de comer, Heidi permanecía una o dos horas en su cuarto, sentada en un rincón, sin osar moverse. En Frankfurt, estaba prohibido salir y correr como en los Alpes. Lo había entendido muy bien y ya no lo intentó. Tampoco podía salir al comedor para hablar un poco con Sebastián. La señorita Rottenmeier también se lo había prohibido. En cuanto a entablar

conversación con Tinette, a Heidi ni se le pasaba por la cabeza. Evitaba encontrarse en su camino. La doncella la intimidaba y le hablaba con expresión irónica y burlona que la niña advertía perfectamente. Se quedaba, pues, sola y con tiempo más que sobrado para pensar en las montañas, que ya debían de estar verdeando, en las flores doradas, en la luz dorada del sol que hacía resplandecer todo cuanto había alrededor: la nieve, la montaña y, a lo lejos, el valle. A veces su nostalgia era tan grande que casi no lo podía soportar. ¿No le había asegurado tía Dete que podía volver a su casa cuando ella quisiera?

Al fin, un día, no pudo más. Se apresuró a envolver los panecillos en el gran pañuelo rojo, se puso el viejo sombrerito de paja y se dispuso a partir. Pero en la puerta de la calle surgió un gran obstáculo: la señorita Rottenmeier en aquel momento volvía de un paseo. Al ver a la niña se detuvo y la miró de pies a cabeza, muda de asombro. Se fijó especialmente en el hato que llevaba. Finalmente estalló:

—¿Qué significa esta nueva expedición? ¿No te he prohibido terminantemente que vayas a vagar por las calles? ¿Entonces, cómo te atreves a insistir? ¡Disfrazada de esta manera, pareces una vagabunda!

—No quería vagar por las calles. Sólo quería volver a mi casa —repuso Heidi, a la que empezaba a asustarle la señorita Rottenmeier.

—¿Cómo? ¿Qué oigo? ¿Volver a tu casa? —continuó la señorita Rottenmeier retorciéndose las manos—. ¿Huir? ¡Oh, si el señor Sesemann lo supiera! ¡Huir de su casa! ¡Más te vale que no se entere nunca! ¿Y qué es lo que te disgusta de esta casa? ¿No estás aquí mejor tratada de lo que te mereces? ¿Qué te falta? ¿Has tenido jamás una casa, una mesa, un servicio como los que aquí tienes? ¡Responde!

—No —contestó Heidi.

—¡Ya lo sabía! No te falta nada. Nada absolutamente. ¡Eres una criatura ingrata! Y tan bien se te trata que no sabes qué tontería inventar.

Entonces todo aquello que Heidi tenía en el fondo del corazón, le salió de golpe y exclamó:

—Sólo quiero irme a mi casa. Porque cuando yo no estoy, Blancanieves está triste, y la abuela me espera, y Pedro pegará a Cascabel si no recibe su porción de queso. ¡Además, aquí no se puede ver el sol ni decir buenas noches a las montañas! Si algún gavián pasara por encima de Frankfurt, graznaría con todas sus fuerzas al ver como tanta gente se amontona aquí en vez de irse a la montaña donde se vive tan bien.

—¡Misericordia! ¡Esta niña se ha vuelto loca! —gritó la señorita

Rottenmeier lanzándose escaleras arriba, donde chocó violentamente contra Sebastián, que bajaba— ¡Haga subir enseguida a esta desgraciada criatura! — exclamó frotándose la frente.

—Sí, sí, está bien, en seguida voy —contestó Sebastián frotándose el mismo sitio, porque el golpe había sido duro.

Heidi no se había movido. Sus ojos fulguraban. Estaba presa de una emoción tan violenta que le temblaba todo el cuerpo.

—¿Vaya, nos hemos metido en otro lío? —preguntó Sebastián sonriendo, pero cuando vio la expresión de Heidi, que parecía tan trastornada, le dio un amistoso golpecito en la espalda y la consoló:

—¡Bah! No lo tome tan a pecho, señorita. ¡Más vale reírse! A mí la señorita Rottenmeier también me trata severamente, pero no hay que dejarse intimidar. Veo que la señorita no quiere moverse. Vamos, tenemos que subir, ella lo ha mandado.

Heidi obedeció y subió la escalera, pero lentamente y sin hacer ruido, lo que estaba fuera de sus costumbres. Sebastián sentía pena por ella e intentaba darle ánimos:

—No se deje abatir. No se ponga triste. ¡Usted siempre ha sido tan valiente y razonable! Y jamás ha llorado desde que está en nuestra casa; en cambio, otras pequeñas señoritas de su edad suelen llorar una docena de veces al día, ya se sabe. Además, están los gatitos. Si los viera: corren y juegan como locos. Iremos juntos a verlos, cuando esa dama se haya marchado, ¿de acuerdo?

Heidi asintió con la cabeza tan tristemente, que a Sebastián se le encogió el corazón y le dirigió una mirada compasiva mientras ella iba a su cuarto.

Durante la cena, la señorita Rottenmeier no despegó los labios, pero la miraba frecuentemente con recelo, como si temiera verla hacer de un momento a otro alguna travesura. Pero Heidi, después de haberse guardado, como todos los días, el pan en el bolsillo, permaneció inmóvil y silenciosa sin comer ni beber.

A la mañana siguiente, cuando el profesor apareció en lo alto de la escalera, la señorita Rottenmeier le condujo al comedor con aire misterioso y, presa de una gran agitación, le expuso sus preocupaciones; tenía fundados motivos para creer que la niña no andaba bien de la cabeza, ya por el cambio de aire y de costumbres, ya a causa de las nuevas impresiones recibidas. Y le contó el intento de fuga de la niña y las extrañas palabras que profirió. Pero el profesor la tranquilizó, asegurándole que si, por una parte, había en efecto observado en Adelaida ciertas excentricidades, por otra también pudo

comprobar que tenía mucho sentido común merced al cual, poco a poco y en un desenvolvimiento gradual de sus facultades, podía esperarse restablecer el equilibrio espiritual de la niña. Lo que a él le inquietaba más era que no pudiera llegar al fin del alfabeto, mostrándose incapaz de aprender las letras.

Tras esta conversación la señorita Rottenmeier se sintió más tranquila y mandó al profesor junto a sus alumnas. Al final de la tarde se acordó del atuendo que Heidi llevaba cuando se disponía a marcharse. Decidió arreglar un poco su guardarropa, poniendo en él algunos vestidos de Clara, antes de que llegara el señor Sesemann. Se lo comentó a Clara, quien estuvo de acuerdo en regalarle muchos vestidos y sombreros. La señorita Rottenmeier fue a la habitación de Heidi para determinar lo que debía conservar y lo que era preciso tirar. Pero no tardó en volver con gesto horrorizado.

—¡Qué acabo de descubrir! ¡Adelaida! —exclamó— ¡Jamás vi cosa semejante! ¿Qué he encontrado en tu armario, un armario que sólo es para guardar ropa? He encontrado un montón de panecillos. ¡Panecillos, Clara, en el armario! ¡Y qué montón! ¡Tinette! —añadió abriendo la puerta—, vaya a sacar del armario de Adelaida todo el pan duro que hay allí y eche al mismo tiempo el sombrero de paja abollado que encontrará sobre la mesa.

—No, no —gritó Heidi—, quiero guardar mi sombrero y los panecillos también: son para la abuela.

Heidi quiso correr detrás de Tinette para impedirselo, pero la señorita Rottenmeier la retuvo cogiéndola de un brazo y diciéndole en un tono que no admitía réplica.

—¡Tú te quedas aquí mientras Tinette tira todas esas porquerías!

Entonces, Heidi se dejó caer al lado del sillón de Clara y prorrumpió en sollozos. En medio de éstos, cada vez más violentos, no cesaba de repetir con palabras entrecortadas:

—Ahora la abuela ya no tendrá panecillos. Eran para la abuela - y seguía llorando como si su corazón fuese a desgarrarse.

La señorita Rottenmeier se apresuró a alejarse. Ante semejante estado de desesperación, Clara se asustó.

—¡Heidi, Heidi, no llores! —dijo en tono suplicante—. ¡Escúchame! ¡No te desesperes! Cuando te vayas, te prometo darte todos los panecillos que quieras para la abuela, y serán tiernos y frescos. Los tuyos se hubieran hecho duros, si es que no lo estaban ya. ¡Vamos, Heidi, no llores!

Heidi tardó un buen rato en calmarse, pero al fin comprendió el consuelo que le ofrecía Clara y se atuvo a él, pues de otro modo no hubiera acabado nunca de llorar. Necesitaba asegurarse que el ofrecimiento de Clara iba en

serio y volvió a preguntar, entre sus últimos sollozos:

—¿De verdad me darás tantos panecillos como ya tenía recogidos para la abuela?

Clara la animó, repitiendo:

—Claro que sí, tantos o más. Pero no llores más.

Cuando se sentó en la mesa para cenar, Heidi tenía aún los ojos enrojecidos y al ver el panecillo que estaba sobre el mantel, un nuevo sollozo le subió a la garganta. Pero se aguantó, porque sabía que en la mesa debía comportarse. Sebastián le hacía extrañas señas cada vez que se aproximaba a ella. Tan pronto indicaba su cabeza como la de la niña, guiñando un ojo como queriéndole decir:

—¡Ánimo! Lo he visto todo y lo he podido arreglar. Cuando Heidi entró en su habitación para acostarse, descubrió su viejo sombrero de paja debajo de la manta. Estaba tan contenta que lo estrechó entre sus brazos y lo aplastó un poco más de lo que estaba. Después, tras haberlo envuelto en el pañuelo rojo, lo ocultó cuidadosamente en el último rincón de su armario. Era Sebastián el que lo había puesto bajo la manta. Se hallaba en el comedor cuando la señorita Rottenmeier llamó a Tinette y había oído el grito de desesperación de Heidi. Siguió a la doncella y cuando ésta salió del cuarto con el sombrero y los panecillos, se apoderó de aquél, diciendo:

—¡Yo me encargo de tirarlo!

Y lo puso en lugar seguro. Era lo que le había querido dar a entender por señas mientras cenaban.

CAPÍTULO IX

EL SEÑOR SESEMANN SE ENTERA DE COSAS SORPRENDENTES.

Pocos días después de los anteriores sucesos, se advertía en la casa inusitada animación y un diligente subir y bajar las escaleras. Tinette y Sebastián sacaban un paquete tras otro del abarrotado carruaje, pues el señor Sesemann acababa de regresar y solía traer de sus viajes gran cantidad de cosas bonitas.

El señor Sesemann había entrado inmediatamente en la habitación de su hija para saludarla. Heidi estaba con Clara porque aquél era el momento de la tarde que las dos muchachas pasaban siempre juntas.

Padre e hija se querían mucho y se saludaron con mucho cariño. Luego el

señor Sesemann tendió la mano a Heidi, que se había retirado a un rincón sin hacer ruido, y le dijo:

—¿Conque tú eres la pequeña suiza, eh? Ven aquí y dame la mano. ¡Muy bien! Ahora dime, ¿tú y Clara sois ya buenas amigas? ¿O bien os peleáis y os enfadáis y luego lloráis y hacéis las paces, y luego volvéis a empezar?

—No. Clara siempre es muy buena conmigo —repuso Heidi.

—¡Y Heidi nunca ha tratado de pelearse conmigo, papá! —exclamó Clara.

—Muy bien, muy bien; me gusta oír eso —dijo su padre levantándose—. Y ahora, Clarita, discúlpame, pero aún no he comido hoy: voy a tomar algo. Luego volveré y entonces te enseñaré todo lo que he traído.

El señor Sesemann se dirigió al comedor, donde la señorita Rottenmeier se aseguraba que no faltara nada en la mesa. El dueño de la casa se sentó y la señorita Rottenmeier se sentó enfrente. Al ver la cara de viernes de su ama de llaves, el señor Sesemann dijo:

—Veamos, señorita Rottenmeier, ¿qué debo pensar? Ha puesto usted una cara que no es precisamente de bienvenida. ¿Qué ha pasado? He visto que Clarita está muy animada.

—Señor Sesemann —empezó la dama con gravedad—, lo que nos ocurre también afecta a Clara. Nos han engañado horriblemente.

—¿Cómo? —preguntó el señor Sesemann, bebiendo tranquilamente un poco de vino.

—Habíamos decidido, como usted sabe, señor Sesemann, buscar para Clara una compañera y como sé muy bien cuánto le interesa a usted que a su hija la rodeen sólo amistades nobles y superiores, había yo pensado en una niña suiza, porque esperaba ver a uno de aquellos seres sobre los que tanto he leído y que, nacidos en el puro ambiente de la montaña, atraviesan la vida, por decirlo así, sin pisar la tierra.

—A mí me parece —observó el dueño de la casa— que las niñas de Suiza también han de tocar los pies en el suelo para caminar, porque, de otro modo, les hubiesen crecido alas en vez de pies.

—¡Oh!, señor Sesemann, usted ya entiende lo que quiero decir —siguió la dama—. Yo me refería a uno de esos seres puros de las altas montañas que pasan por nuestro lado como un espíritu ideal.

—Pero ¿señorita Rottenmeier, que quiere que haga mi hija con un espíritu ideal?

—Señor Sesemann, yo hablo en serio: la cosa es más grave de lo que usted cree. He sido engañada, horriblemente engañada.

—Pero ¿dónde está el engaño? Esta niña me ha parecido muy agradable —observó tranquilamente el señor Sesemann.

—¡Si supiera, señor Sesemann, qué gente y qué animales ha traído esa niña a casa! ¡Y no le cuento más! ¡El profesor podrá confirmárselo!

—¿Animales? No lo entiendo, señorita Rottenmeier.

—Sí, nadie lo entiende. El comportamiento de esa criatura es incomprensible y sólo se explica como prueba de su verdadera locura.

Hasta aquel instante, el señor Sesemann no había tomado en serio al ama de llaves, pero sus últimas palabras le impresionaron: ¡accesos de locura! Eso podía tener consecuencias graves para su hija. Observó con atención a la señorita Rottenmeier, como si quisiera comprobar que no era ella misma la que estaba volviéndose loca. En aquel momento se abrió la puerta y Sebastián anunció la llegada del profesor.

—¡Ah, aquí está nuestro querido señor profesor! Él podrá aclararnos un poco la situación —exclamó el señor Sesemann al verlo entrar—. ¡Venga, siéntese a mi lado! —y le tendió la mano—. El señor profesor tomará una taza de café conmigo, señorita Rottenmeier. Siéntese, querido amigo, y nada de cumplimientos. Y ahora dígame, ¿qué pasa con la niña que ha venido a esta casa como compañera de mi hija y a la que usted también da clases? ¿Qué es eso de los animales que, al parecer, ha introducido en esta casa? ¿Y qué opina usted de sus facultades mentales?

El profesor primero tuvo que expresar su alegría por el regreso del señor Sesemann y darle la bienvenida, causa y motivo de su visita, pero el señor Sesemann le volvió a rogar que contestara a las preguntas que le preocupaban. El profesor empezó a decir:

—Si he de dar mi humilde opinión acerca de la personalidad de esa niña, haré, ante todo, constar que si, por un lado, se advierte en ella cierta carencia en su desarrollo, causada por una educación en mayor o menor grado descuidada, o mejor dicho, por una instrucción retrasada excesivamente y el aislamiento propio de la vida en los Alpes, aunque no se puede censurar completa y totalmente este género de vida, sino que, por el contrario, presenta sus ventajas y sin duda ejerce una excelente y saludable influencia dentro de un límite de tiempo razonable...

—Mi querido señor profesor —le interrumpió el señor Sesemann—, ¡usted se toma demasiada molestia para explicármelo con claridad! Dígame simplemente si esa niña le ha asustado también a usted con los animales que ha traído aquí, y sobre todo ¿qué le parece como compañera de mi hija?

—No quisiera en modo alguno perjudicar a esa niña —prosiguió el

profesor—, pues sí, por un lado, puede decirse que carece de experiencia de la sociedad, lo que se explica por la vida más o menos salvaje que llevaba antes de trasladarse a Frankfurt, traslado que podrá ejercer cierta influencia sobre el desarrollo de esa criatura, la cual es, por decirlo así, totalmente o cuando menos en gran parte inculta, aunque por otra parte esté dotada de talentos incuestionables que dirigidos por una mano diestra...

—Perdóneme un momento, señor profesor, le ruego que siga, tengo que... he de ver ahora mismo a mi hija.

Y dicho esto, el señor Sesemann se fue y no volvió. En la sala de estudio se sentó al lado de su hija. Heidi se había levantado. El padre de Clara se volvió hacia ella y le dijo:

—Oye, pequeña, ve a buscarme..., espérate..., ve a buscarme... —El señor Sesemann no daba con aquello que le hacía falta, pero quería alejar a Heidi un ratito—. Eso es, ve a buscarme un vaso de agua.

—¿Agua fresca? —preguntó Heidi.

—Sí, sí. Muy fresca —contestó el señor Sesemann.

Heidi desapareció.

—Y ahora, querida hija —dijo el padre de Clara, acercándose más a ella y tomando entre sus manos la de ella—, dime tú claramente: ¿qué animales son esos que tu amiga ha traído a casa y por qué cree la señorita Rottenmeier que la pequeña no está bien de la cabeza? ¿Lo sabes tú?

Clara lo sabía muy bien, porque la asustada dama le había comentado las frases incoherentes de la niña, que, sin embargo, para ella tenían sentido. Contó, pues, a su padre la historia de los gatitos y la tortuga que tanto habían asustado a la señorita Rottenmeier y explicó lo que Heidi había dicho. El señor Sesemann se echó a reír de corazón.

—Entonces, ¿no quieres que mande a la pequeña a su casa? ¿No estás cansada de ella? —preguntó por último.

—¡Oh, no, papá, no hagas eso! —exclamó Clara—. Desde que Heidi esta aquí, todos los días sucede algo, y es muy divertido, antes nunca pasaba nada, y además Heidi me cuenta muchas cosas bonitas.

—¡Está bien, está bien, Clarita! Ahí vuelve tu amiguita. ¿Qué, has encontrado agua fresca? —preguntó el señor Sesemann al ofrecerle la niña el vaso.

—Sí, es fresca, de la fuente —contestó Heidi.

—¿Es que has ido tú sola a la fuente, Heidi? —preguntó Clara.

—Sí, por eso es tan fresca, pero he tenido que ir muy lejos, porque en la primera fuente había mucha gente. Entonces bajé toda la calle, pero en aquella fuente también había gente, y entonces me fui a otra calle y de la fuente que hay allí tomé el agua. Allí vi a un señor de cabello blanco, que manda sus saludos al señor Sesemann.

—Buena expedición has hecho —dijo riendo el señor Sesemann—. ¿Y quién es el señor que manda saludos?

—Pasó por la fuente, se detuvo y me dijo: «Puesto que tienes un vaso, dame de beber. ¿A quién llevas el agua?». Y yo le dije: «Al señor Sesemann». Entonces él se rio mucho y dijo que le saludara a usted y que le dijera que este vaso de agua le iba a hacer mucho bien.

—¿Ah, sí? ¿Quién será que me envía tan amable saludo? ¿Dime, cómo era ese señor? —preguntó el señor Sesemann.

—Reía amablemente y llevaba una gran cadena de oro con una cosa que colgaba, como una gran piedra roja, y llevaba un bastón con una cabeza de caballo.

—¡Es el doctor! Es nuestro buen amigo, el doctor —exclamaron padre e hija al unísono, y el señor Sesemann se rio para sus adentros, pensando en las reflexiones que haría sobre el nuevo modo de proveerse de agua.

Por la noche, cuando se encontró a solas con la señorita Rottenmeier para hablar de ciertos asuntos domésticos, el señor Sesemann le informó de que había decidido retener en casa a la pequeña compañera de su hija, porque había podido comprobar personalmente que era una niña por completo normal y que su compañía le resultaba más agradable a Clara que ninguna otra.

—Deseo, pues —añadió acentuando las palabras—, que esa niña sea tratada siempre con cariño y que sus originalidades no sean consideradas como delitos. Por otra parte, si usted no sabe cómo manejar a la niña, pronto tendrá un auxilio en la persona de mi madre, que pasará algún tiempo en esta casa. Y usted sabe por experiencia que mi madre se entiende con todo el mundo, ¿no es verdad, señorita Rottenmeier?

—Sin duda alguna, señor Sesemann —respondió la dama; pero no parecía aliviada con la perspectiva de esta ayuda.

El señor Sesemann disponía de pocos días para permanecer al lado de su hija. Al cabo de dos semanas tuvo que volver a París, adonde le llamaban sus negocios. Consoló a su hija apenada por esta nueva ausencia suya, anunciándole la próxima llegada de la abuela.

En efecto, apenas había salido de Frankfurt, llegó una carta de la señora Sesemann informando que salía de su vieja propiedad de Holstein y pensaba

llegar a Frankfurt al día siguiente. Pedía que se mandara el coche a la estación.

Esta noticia alegró mucho a Clara y en seguida se puso a contar a su pequeña compañera tantas cosas acerca de la señora Sesemann, que desde aquella misma tarde, Heidi comenzó a hablar también de la llegada de la «abuelita». La señora Rottenmeier, que la oyó, le echó una mirada severa. Heidi no hizo caso, ya que se había acostumbrado a esta permanente muestra de desaprobación por parte del ama de casa.

Más tarde, cuando iba a acostarse, la señorita Rottenmeier la hizo entrar en su habitación y le dijo que ella no había de llamar jamás «abuelita» a la señora Sesemann, sino únicamente «señora».

—¿Has comprendido bien? —le dijo a Heidi, que la miraba un poco sorprendida.

La señorita Rottenmeier le devolvió una mirada que no admitía ninguna réplica por lo que Heidi no dijo nada más y se fue a su habitación.

CAPÍTULO X

LA ABUELA DE CLARA.

A juzgar por los preparativos que ocuparon todo el día siguiente, se veía claramente que la persona esperada debía jugar un papel importante en la casa y que todos sentían por ella el mayor respeto. Tinette se había puesto su toca más blanca, y Sebastián repartió un montón de escabeles por toda la casa, de manera que la señora Sesemann encontrara siempre alguno dispuesto para sus pies, dondequiera que se sentara. La señorita Rottenmeier recorría todas las habitaciones más tiesa y más severa que nunca, como si con ello quisiera dar a entender que, si bien iba a llegar una nueva autoridad, ella aún no estaba dispuesta a ceder la suya.

El coche se paró delante de la casa, y Tinette y Sebastián se precipitaron escaleras abajo; la señorita Rottenmeier les siguió con lentitud y dignidad. No ignoraba que ella también tenía que estar ahí para recibir a la señora Sesemann. Heidi había sido enviada a su habitación, con la orden de permanecer en ella hasta que la llamasen, porque era seguro que la vieja dama iría primero a la habitación de Clara y querría verla a solas. Heidi se sentó pues en un rincón de su cuarto y trató de recordar todas las recomendaciones que le habían hecho. Al cabo de poco rato, Tinette entreabrió la puerta y le gritó con la acostumbrada sequedad:

—¡Vaya a la sala de estudio!

Heidi obedeció inmediatamente. Al entrar en la sala de estudio, la abuela la acogió con una bondadosa sonrisa y, tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Aquí tenemos a nuestra pequeña! Ven, acércate, que te vea bien.

Heidi se acercó y dijo con su voz muy clara:

—Buenos días, señora abuelita.

—¿Por qué no, después de todo? —exclamó riendo la señora Sesemann—. ¿Se dice así en tu casa? ¿Lo has oído en las montañas de tu país?

—No, allí nadie se llama así —respondió Heidi con la mayor seriedad.

—Y aquí tampoco, hija mía —continuó la abuela, riéndose de nuevo y acariciándole la mejilla—. No lo digas más. Para los niños sólo quiero ser la abuelita. Llámame así, ¿te acordarás, verdad?

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Heidi—. Si antes ya lo decía así.

—¡Ah, ya entiendo! —contestó la abuela, moviendo la cabeza con una sonrisa maliciosa.

Luego examinó atentamente a Heidi, y de cuando en cuando volvía a mover la cabeza. Heidi la miraba derecho a los ojos. Había en la mirada de la anciana algo bondadoso que conmovía profundamente a la niña. La abuela entera le agradaba tanto, que no podía quitarle los ojos de encima. Tenía una hermosa cabellera blanca cubierta de una toca de puntillas que encuadraba el rostro; muy especialmente le gustaban a Heidi las dos cintas que flotaban a ambos lados de la cabeza como si una ligera brisa soplara constantemente alrededor de la anciana.

—Y tú, ¿cómo te llamas, pequeña? —preguntó al fin la abuela.

—Yo me llamo solamente Heidi; pero como también tengo que llamarme Adelaida, tengo que tener cuidado... —Se detuvo porque la señorita Rottenmeier acababa de entrar en la sala y Heidi se sentía un poco culpable porque seguía sin contestar cuando la llamaba Adelaida, pues aún no tenía presente que tal era su nombre.

—La señora Sesemann convendrá —dijo la señorita Rottenmeier— que era preciso elegir un nombre que se pudiera pronunciar sin sentirse incómodo, aunque sólo fuese a causa de la servidumbre.

—Querida Rottenmeier —contestó la anciana— cuando una niña se llama Heidi y está acostumbrada a este nombre, ¡pues se la llama así y nada más!

No había nada que decir. La abuela tenía ideas propias y nadie podía hacerla cambiar. Era una mujer con sus cinco sentidos bien despiertos, que la edad no había debilitado aún, y desde el primer momento se había dado cuenta

de lo que sucedía en aquella casa. Al día siguiente, cuando Clara, después de comer, fue a hacer la siesta, como de costumbre, la abuela se sentó a su lado y cerró los ojos durante unos minutos. Luego volvió a levantarse, alegre y despierta, y se fue al comedor. No había nadie en él.

«Debe de dormir», se dijo la anciana, dirigiéndose a la habitación de la señorita Rottenmeier. Allí llamó enérgicamente a la puerta. Al cabo de unos segundos, el ama de llaves apareció y se echó atrás, un poco asustada ante la inesperada visita.

—Quería saber dónde se encuentra la niña a estas horas y qué hace —dijo la señora Sesemann.

—Está en su cuarto, donde podría ocuparse útilmente si tuviese el menor instinto de actividad. ¡Si usted supiera, señora, las ideas que le pueden pasar por la cabeza y que, a veces, lleva a cabo! Ideas que apenas me atrevería a mencionar en la buena sociedad.

—Pues si yo tuviera que estar encerrada en una habitación como esta niña, ¡se lo puedo asegurar: haría lo mismo! ¡Y a ver si usted podía contarlo en sociedad! Ahora vaya a buscar a la niña y llévela a mi habitación. Quiero enseñarle unos libros muy bonitos que he traído.

—¡Precisamente eso es lo que quería decir! —exclamó la señorita Rottenmeier—. ¿Qué hará ella con esos libros? Desde que está aquí, ni siquiera ha logrado aprender el abecé; no hay medio de hacerle comprender la menor cosa; el señor profesor se lo dirá: si además de ser una excelente persona no tuviera la paciencia de un ángel, hace mucho tiempo que hubiera renunciado a las lecciones.

—¿Ah, sí? Me extraña mucho, porque Heidi no tiene aspecto de alguien que no pueda aprender las cosas y menos el abecé —observó la señora Sesemann—. Pero ahora, señorita Rottenmeier, haga el favor de ir a buscarla, de momento podrá mirar los dibujos.

La señorita Rottenmeier hubiese querido añadir algunas observaciones, pero la señora Sesemann le había vuelto ya la espalda y se dirigía a su habitación. Que Heidi tuviera tantas limitaciones le había intrigado mucho y había decidido examinar el asunto. Sin embargo no quería interrogar al profesor, al que, naturalmente estimaba mucho, pero a quien esquivaba para no enfrascarse en una conversación con él, ya que difícilmente soportaba su rara manera de expresarse.

Heidi compareció ante la abuela y abrió mucho los ojos al ver las magníficas ilustraciones de los grandes libros que ésta había traído. De pronto dio un grito; la anciana señora acababa de dar la vuelta a una hoja y la mirada de Heidi quedó fija sobre la nueva ilustración. Sus ojos se llenaron de lágrimas

y la niña prorrumpió en amargo llanto. La abuela miró la imagen. Representaba una magnífica pradera verde donde pacían toda clase de animales; en medio de ellos el pastor, apoyado en un largo bastón, contemplaba su rebaño. Todo el cuadro parecía bañado por los reflejos dorados del sol que desaparecía en el horizonte.

La abuela cogió la mano de Heidi.

—Vamos, vamos, pequeña —le dijo afectuosamente—, no llores. Esta imagen te ha recordado sin duda algo familiar; pero, mira, con el dibujo hay una historia muy bonita y yo te la contaré esta noche. En este libro hay además otras historias muy bellas que se pueden leer y luego explicar. Vamos, seca tus lágrimas, aún hemos de hablar de otras cosas. ¡Ponte delante de mí para que te vea bien y hazme una gran sonrisa!

Aún pasó un buen rato hasta que Heidi cesó de sollozar. La abuela dejó que se fuera desahogando y calmando, diciéndole de cuando en cuando:

—Ya ha pasado, ya estás más tranquila.

Y cuando, por fin, la niña se calmó, le dijo:

—Ahora, mi niña, tienes que contarme cómo van tus lecciones con el señor profesor. ¿Has aprendido algo?

—¡Oh, no! —respondió Heidi con un suspiro—, pero ya lo sabía que no podría aprender.

—¿Qué quieres decir, Heidi? ¿Qué es lo que no se puede aprender?

—No se puede aprender a leer, es demasiado difícil.

—¡No me digas! ¿De dónde sacas tú eso?

—Me lo ha dicho Pedro y él lo sabe muy bien. Siempre tiene que empezar de nuevo y jamás podrá aprender, es demasiado difícil.

—¡Vaya un muchacho original ese Pedro! Pero, fíjate Heidi, no se debe creer todo lo que Pedro, u otros como él, puedan decir. Es preciso que uno mismo lo compruebe. Estoy segura de que tú no has escuchado al señor profesor con la debida atención y que no has mirado bien las letras.

—No sirve para nada —dijo Heidi con expresión de absoluta resignación.

—Heidi —continuó la abuela—, escucha bien lo que voy a decirte: si aún no has aprendido a leer, es porque has creído lo que dijo Pedro, pero yo te aseguro que puedes hacerlo en muy poco tiempo, como la mayor parte de los niños que son como tú y no como ese Pedro. ¿Y sabes lo que sucederá cuando sepas leer? Tú has visto el pastor en el bonito prado verde, pues, cuando hayas aprendido a leer, yo te regalaré el libro y en él hallarás su historia, como si

alguien te la contara. Descubrirás todas las cosas extrañas que le suceden a él, a sus ovejas y a sus cabras. Te gustaría saber todo eso, ¿verdad?

Heidi había escuchado con la mayor atención y, con ojos brillantes, suspiró:

—¡Oh, si ya pudiera leer eso!

—Todo llegará, tranquila, y si no me equivoco, no tardarás mucho. Ahora vámonos a ver lo que hace Clara; ven, le llevaremos estos libros tan hermosos.

La abuela cogió a Heidi de la mano y la condujo a la sala de estudio.

Desde el día en que Heidi trató de huir de la casa y la señorita Rottenmeier la riñó, diciéndole cuánta ingratitud había demostrado al querer fugarse y qué suerte había tenido de que el señor Sesemann no se hubiera enterado de nada, se había operado en la niña un gran cambio. Llegó a comprender que no podía regresar a sus montañas cuando quisiera, como su tía le había dicho, sino que era preciso permanecer en Frankfurt aún durante mucho tiempo, tal vez para siempre. Había también comprendido que quizás el señor Sesemann creyera que era una ingrata si ella solicitaba permiso para irse y que Clara, y quizá también la abuela, pensarían lo mismo. De ahí que Heidi determinara no decir a nadie cuánto le gustaría volver a su casa, porque no quería que la abuela, que tan buena era con ella, se enojase como ya lo hiciera la señorita Rottenmeier. Pero el peso que oprimía su corazón se hacía cada vez más pesado; casi no comía y de día en día estaba más pálida. Por las noches no podía dormir, porque cuando estaba sola en su cuarto y a su lado reinaba el silencio, ante sus ojos desfilaban imágenes de los Alpes iluminados por los rayos del sol y cubiertos de flores. Si al fin lograba dormir, en sueños veía las altas rocas del Falkniss y la nieve resplandeciente de Casaplana. Y a la mañana siguiente, cuando se despertaba, toda contenta y dispuesta a salir para correr y saltar alrededor de la cabaña, de pronto volvía a la realidad y se daba cuenta de que se encontraba en su gran cama de Frankfurt, lejos, muy lejos de los Alpes y de su casa. Entonces Heidi ocultaba el rostro en la almohada y lloraba largo rato, pero muy bajito, por miedo de que la pudiesen oír.

La tristeza de Heidi no pasó inadvertida a la abuela. Ésta dejó transcurrir algunos días, para ver si la niña salía de su abatimiento. Pero al ver que no se operaba ningún cambio en la pequeña y advertir, casi todas las mañanas, que Heidi había llorado de nuevo, la llamó un día a su habitación y le preguntó con mucha bondad:

—Dime, Heidi, ¿qué es lo que tienes? ¿Acaso te aflige alguna pena?

Pero Heidi temía parecer ingrata a la abuela, y de enojarla también; así respondió con tristeza:

—No lo puedo decir.

—¿No? Y a Clara, ¿se lo puedes decir?

—No, no, a nadie —exclamó la pequeña con tanta pena que la anciana sintió lástima.

—Escúchame bien, pequeña Heidi —continuó—, quiero decirte algo. Cuando se tiene una pena que no se puede confiar a nadie, hay que decírsela a Dios, que está en el cielo, y se le pide ayuda a él, porque él puede resolver nuestras dificultades. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Te acuerdas todas las noches de dar gracias a Dios por lo que te da y de rogarle que te libre de mal?

—No, nunca hago eso.

—¿No has rogado nunca a Dios, Heidi? ¿No sabes lo que es una oración?

—Lo aprendí hace ya muchísimo tiempo con mi primera abuela, pero lo he olvidado.

—¿Ves, Heidi, por qué estás tan triste? Es que no tienes a nadie que te ayude. Piensa un poco el bien que te hará cuando tengas algo que te oprima y te atormente, y puedas ir a Dios y rogarle que te ayude. Porque él lo hace si nosotros se lo pedimos y así nos devuelve la felicidad.

Los ojos de Heidi se iluminaron:

—¿Y se le puede decir todo, todo? —preguntó.

—Sí, Heidi, todo, todo.

Heidi retiró su mano de entre las de la abuela y dijo:

—¿Puedo irme ahora?

—Claro que sí —respondió la abuela.

Y sin esperar más, Heidi se alejó corriendo y subió a su habitación. Allí se sentó sobre su taburete y, juntando las manos, contó a Dios todo lo que tenía en su corazón, todo lo que la hacía sentirse desgraciada, y le pidió con insistencia que acudiese en su socorro y que le permitiese volver pronto, muy pronto, a casa de su abuelo.

Había transcurrido desde aquel día, poco más o menos, una semana, cuando el profesor pidió permiso para ver a la señora Sesemann, pues deseaba tener con ella una conversación acerca de un hecho muy singular. La anciana señora lo recibió y le tendió amistosamente la mano cuando entró.

—Querido señor profesor, sea usted bienvenido —le dijo, y siéntese aquí a mi lado. Dígame lo que le trae aquí. ¿Nada grave, ninguna queja, espero?

—Al contrario, señora —empezó el profesor—, ha sucedido algo que en

modo alguno podía yo esperar, algo que sorprendería a cualquiera que estuviera al corriente de lo acontecido con anterioridad, pero es preciso convenir que según las reglas de la lógica esto era completamente imposible, aunque, sin embargo, ha ocurrido y del modo más maravilloso, cosa que precisamente está en contra de lo que cabía esperar...

—¿Es que, por casualidad, Heidi ha aprendido a leer, señor profesor? —le interrumpió la señora Sesemann.

El profesor la miró, mudo de estupefacción.

—Realmente es algo maravilloso —dijo al fin—, no sólo porque después de todas mis detalladas explicaciones y el trabajo extraordinario que me había tomado, la niña no había podido aprender el abecé, sino que ahora lo ha aprendido en tan poco tiempo, precisamente en el momento en que yo había decidido renunciar a las explicaciones para enseñarle las letras sin más. Ella ha aprendido a leer, por decirlo así, de la noche a la mañana, y esto con una corrección que raras veces se encuentra en los principiantes. Y lo que también me parece muy notable, señora, es que usted haya considerado como probable un hecho cuya realización parecía tan imposible.

—Muchas cosas extraordinarias pasan en la vida —respondió la señora Sesemann sonriendo satisfecha— Hay también con frecuencia felices coincidencias; el encuentro de dos hechos, como, por ejemplo, un nuevo afán en el discípulo y un nuevo método por parte del maestro; ambas cosas tienen indudablemente algo bueno, señor profesor. Ahora ya podemos alegrarnos de los progresos de la niña y esperar que continúen.

Y, al decirlo, acompañó al profesor hasta la puerta y luego se apresuró a acudir a la sala de estudio para convencerse por sí misma de la buena noticia.

En efecto, Heidi estaba sentada al lado de Clara y le leía un cuento. La niña misma parecía sorprendida de lo que le sucedía e impaciente por adentrarse en aquel nuevo mundo que se abría ante ella, ahora que las negras letras se animaban para convertirse en seres y cosas y contaban historias apasionantes.

Por la noche, al sentarse a la mesa, Heidi encontró sobre su plato el gran libro con las hermosas láminas. Elevó hacia la abuela una mirada interrogante y la anciana le respondió con una sonrisa.

—Sí, ahora es tuyo.

—¿Para siempre? ¿Aun cuando vuelva a los Alpes? —preguntó Heidi, roja de alegría.

—Sí, naturalmente, para siempre. Mañana empezaremos a leerlo.

—Pero tú no volverás a los Alpes, todavía, ¿verdad? Hasta dentro de unos años —exclamó Clara— debes quedarte conmigo para que no esté tan sola

cuando la abuelita se marche.

En su habitación, antes de quedarse dormida, Heidi hojeó su hermoso libro; y a partir de aquel día, su más preciada ocupación consistía en leer y releer sin cesar las narraciones con las hermosas láminas en color. Y para ella los momentos más felices eran cuando, por la noche, la abuela le decía: «Ahora Heidi nos leerá un cuento», porque ya leía corrientemente y al hacerlo en voz alta, las historias le parecían aún más bellas y más emocionantes. Y luego, la abuela explicaba y contaba muchas cosas más.

La historia que Heidi prefería a todas las demás era aquella de la lámina en que se veían los prados verdes con el pastor en medio de su rebaño, apoyado en su bastón con cara alegre; guardaba la manada de su padre y le gustaba seguir y correr detrás de las divertidas ovejas y cabras. Pero aparecía otra lámina en que se le veía después de haber huido de la casa paterna: estaba en el extranjero y tenía que guardar los cerdos; estaba muy delgado, porque no comía más que las peladuras, como los cerdos. En esta lámina no lucía el sol, todo era gris y nebuloso. Pero luego venía una tercera lámina: en ella el viejo padre salía de su casa y corría, con los brazos abiertos, al encuentro de su hijo, muy flaco y harapiento. Ésta era la historia favorita de Heidi y la leía siempre, fuera en voz alta, o muy bajito, y jamás dejaba de escuchar atentamente los comentarios de la abuela cada vez que oía el cuento. Pero también había otras historias muy hermosas y ricamente ilustradas; tan precioso era el libro y tan bonito era poder leerlo, que los días transcurrían volando y muy pronto llegó el momento fijado para la marcha de la abuela.

CAPÍTULO XI

HEIDI PIERDE POR UN LADO Y GANA POR OTRO.

Durante su estancia en Frankfurt, todas las tardes, la abuela de Clara se instalaba al lado de su nieta a la hora de la siesta, mientras la señorita Rottenmeier, que parecía necesitar reposo, desaparecía misteriosamente. Pero al cabo de unos minutos, la señora Sesemann estaba nuevamente de pie y hacía venir a su habitación a Heidi a fin de hablar con ella, para entretenerla y hacer que se divirtiera un poco. La abuela había traído consigo unas preciosas muñecas y enseñaba a Heidi a confeccionar ropa para ellas. Así Heidi había aprendido a coser sin darse cuenta. La anciana señora tenía unas bonitas telas de los más variados colores, con las cuales Heidi hacía vestiditos y abriguitos magníficos.

Ahora que sabía leer, Heidi le leía a la abuela y eso le encantaba; cuanto

más leía las historias, más se encariñaba con ellas, porque se identificaba de tal modo con los personajes y con todo lo que les sucedía, que se sentía estrechamente ligada a su suerte y gustaba de permanecer en su compañía.

Sin embargo, Heidi ya no se veía feliz y sus ojos alegres habían dejado de brillar.

Era la última semana que la señora Sesemann había de pasar en Frankfurt. Acababa de llamar a Heidi a su habitación, mientras Clara dormía. Cuando la niña entró, con el gran libro bajo el brazo, la abuela le hizo seña de que se acercara a ella, puso el libro a su lado y le dijo:

—Ven aquí, mi pequeña, y di me, ¿por qué estás tan triste? ¿Sigues con la misma pena?

—Sí —respondió Heidi.

—¿Y has contado tus penas a Dios Nuestro Señor?

—Sí.

—¿Y sigues rogándole todos los días que remedie tu mal y que te haga otra vez feliz?

—No, ya no se lo pido más.

—¿Qué dices, Heidi? ¿Por qué no ruegas ya a Dios?

—Porque de nada me sirve; Dios no me ha escuchado. Y es natural — continuó la pequeña con cierta agitación— que no pueda prestar atención a todo lo que le dice la gente cuando hay tantos aquí en Frankfurt que rezan al mismo tiempo. Es normal que a mí nunca me haya oído.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Heidi?

—Yo he rogado a Dios la misma cosa todos los días, siempre lo mismo, durante varias semanas y él no ha hecho lo que yo le pedía.

—¡Pero, Heidi, las cosas no son tan simples! Tienes que comprenderlo: Dios es nuestro padre, un padre bueno que siempre sabe lo que nos conviene, aunque nosotros no lo sepamos. Si queremos obtener de él algo que no es bueno para nosotros, no nos lo concede. Pero nos concede algo mucho mejor si continuamos rogándole de todo corazón; lo esencial es tener paciencia y no perder la confianza en él. Lo que tú le habrás pedido, seguramente no será bueno para ti en este momento. Pero ten entendido que Dios ha oído tu voz. Él puede ver y escuchar a todos los hombres a la vez, por eso es Dios y no alguien como tú y yo. Y como sabe muy bien lo que es bueno para ti, seguramente se habrá dicho: «Sí, Heidi tendrá algún día lo que pide, cuando haya llegado el momento y eso la haga verdaderamente feliz». Porque si ahora lograra lo que pide y luego ve que habría sido aún mucho más feliz si yo no

hubiese accedido a sus deseos, ella llorará y dirá: «¡Ojalá Dios no me hubiera concedido lo que yo le pedía! Esto no es tan bueno para mí como yo me figuraba». Y ahora resulta que mientras él desde arriba te mira para ver si tienes confianza en él y si sigues rogándole todos los días cuando alguna cosa te apena, tú te has alejado de él, tú has dejado de decir tus oraciones y te has olvidado completamente de él. Pero has de saber que, cuando nosotros nos portamos de esta manera y Dios ya no oye nuestra voz, él también nos olvida y nos deja solos. Y luego, cuando nos encontramos desgraciados y nos quejamos, nadie tiene piedad de nosotros, al contrario se nos dice: «Tú fuiste quien olvidaste a Dios, que era el único que podía ayudarte». Di, ¿deseas que te suceda a ti lo mismo, Heidi? ¿O quieres volver a Dios, pedirle perdón y contarle luego todos los días tus penas, tener confianza en él y creer que él lo arreglará todo para que puedas alegrarte de nuevo?

Heidi había escuchado con mucha atención. Cada una de las palabras de la abuela le llegó al corazón, porque tenía en ella una fe sin límites.

—Ahora mismo voy a pedir perdón a Dios y nunca más le olvidaré —dijo la niña, llena de arrepentimiento.

—Así me gusta, Heidi; ten la seguridad de que él te ayudará cuando haya llegado el momento. Heidi salió corriendo de la habitación y se fue a la suya para pedir perdón a Dios y rogarle que no la olvidara nunca, sino que velara por ella desde arriba.

Había llegado el día de la marcha, un día muy triste para Clara y para Heidi, pero la abuela supo darle un aire festivo para hacer olvidar a las dos niñas su tristeza. Sin embargo, cuando vieron a la abuela alejarse en el coche, sintieron un gran vacío. Un silencio pesado invadió la casa, como si todo hubiera acabado, y Clara y Heidi pasaron el resto del día juntas y desamparadas, y se preguntaban qué harían sin la abuela.

Al día siguiente, después de las lecciones, Heidi se dirigió a Clara con el gran libro debajo del brazo y le dijo:

—Te voy a leer cuentos todos los días, ¿quieres, Clara? Clara aceptó y Heidi empezó a leer con mucho entusiasmo. Pero pronto interrumpió la lectura, porque la narración trataba de la muerte de una abuela; la pequeña exclamó, estallando en sollozos:

—¡Oh, ahora la abuela se ha muerto!

Para Heidi apenas había una diferencia entre las historias que leía y la realidad. Así pues, pensaba que la abuela de los Alpes estaba muerta, y no cesaba de llorar y repetir:

—La abuela se ha muerto, ya no podré ir a verla nunca más, y siquiera le

he dado un solo panecillo.

Clara se esforzó por explicarle que en la narración no se trataba de la abuela de los Alpes, sino de otra abuela muy distinta. Sin embargo, aun después de haberlo comprendido, Heidi no se consolaba y siguió llorando. Por primera vez advirtió la posibilidad de que la abuela de Pedro pudiera morir estando ella tan lejos y su abuelo también. Se imaginaba que, a su regreso, después de una larga ausencia, ya no habría vida, sólo silencio en aquellas montañas y estaría muy sola allí y nunca más volvería a ver a las personas a quien tanto amaba.

Entretanto había entrado en la habitación la señorita Rottenmeier y había oído cómo Clara trataba de sacar a Heidi de su error. Cuando vio que la niña no cesaba de llorar, se aproximó y, con visible impaciencia, le dijo en tono categórico:

—¡Adelaida, basta ya de llantos! Te advierto: si vuelves a hacer escenas como ésta a causa de las dichosas narraciones, te quito el libro para siempre.

Heidi se puso pálida del susto, porque aquel libro era su más preciado tesoro. Secó rápidamente sus lágrimas e hizo esfuerzos por calmar los sollozos. La amenaza había producido efecto; a partir de aquel día, Heidi no lloró más, por triste que fuera la historia que estaba leyendo. Pero a veces le costaba dominar sus emociones, y un día Clara, muy asombrada, le dijo:

—Heidi, ¿qué muecas estás haciendo? ¡Jamás vi cosa parecida!

Pero las muecas no hacían ruido, la señorita Rottenmeier no las veía y cuando Heidi lograba sobreponerse a su tristeza y desesperación, todo volvía a su sitio en la mayor tranquilidad.

No obstante, Heidi perdía cada vez más el apetito; estaba tan delgada y pálida, que Sebastián, al verla así y en la mesa rechazar los bocados más apetitosos, trataba de animarla y a menudo le susurraba, al ofrecerle un plato:

—Tome un poco, señorita, que esto está muy bueno. No basta una cucharada, tome algunas más.

Pero de nada sirvió: Heidi casi no comía. Por las noches, apenas se hallaba acostada, le acosaban los recuerdos de la montaña y lloraba larga y silenciosamente para que nadie la oyera.

Así transcurrió cierto tiempo. Heidi ya no sabía si estaban en invierno o verano, porque las grandes fachadas de las casas que veía por las ventanas tenían siempre el mismo aspecto, y a la calle no salía más que cuando Clara se sentía lo suficientemente bien para poder dar un paseo en coche. Pero estos paseos eran siempre de corta duración, porque Clara no podía resistir mucho tiempo el movimiento del coche, y no salían nunca de las murallas de la

ciudad ni de las calles empedradas. El coche iba por las grandes y bellas avenidas de la ciudad, en las que había muchísima gente, pero no había ni árboles, ni flores, ni abetos, ni montañas. Heidi tenía el ardiente deseo de volver a ver los bellos lugares familiares y bastaba oír el nombre que evocaba uno de estos recuerdos para que se renovase el pesar contra el cual luchaba con todas sus fuerzas.

Pasaron el otoño y el invierno. El sol volvió a lucir con su esplendor sobre las blancas fachadas de las casas. Heidi pensaba que debía acercarse la temporada en que Pedro volvía a subir con sus cabras a los campos de pasto, donde las flores amarillas brillaban bajo el radiante sol y las montañas se incendiaban en el atardecer.

Entonces Heidi se sentaba solita en un rincón de su cuarto, ocultaba el rostro entre las manos para no ver resplandecer el sol en los muros de la casa vecina y, hasta que Clara reclamaba su presencia, permanecía así, sin moverse, luchando silenciosamente contra la nostalgia que le desgarraba el corazón.

CAPÍTULO XII

FANTASMAS EN LA CASA SESEMANN.

Hacia algún tiempo, la señorita Rottenmeier erraba en silencio por la casa, como ausente. Al oscurecer, cuando pasaba de una habitación a otra o atravesaba los largos pasillos, se volvía con frecuencia y miraba furtivamente a los rincones, como si temiera que alguien la siguiese sin hacer ruido y pudiese agarrarla por el vestido. Sola, no se atrevía a entrar más que en las habitaciones frecuentadas. Si tenía que hacer algo en el piso superior, donde se hallaban los elegantes cuartos de huéspedes, o en la planta baja, en la cual estaba la sala grande y misteriosa, donde cada paso despertaba ecos sonoros y en cuyas paredes pendían los retratos de los viejos consejeros con sus grandes cuellos blancos, mirando con severidad a cualquiera que pasara por allí, jamás dejaba la señorita Rottenmeier de llamar a Tinette para que la acompañara, por si «hubiera cosas que trasladar». Tinette procedía, por su parte, de la misma manera: cuando tenía algo que hacer en la planta baja o en el piso superior de la casa, rogaba siempre a Sebastián que fuese con ella, con el pretexto de que tal vez necesitara sus servicios. Pero lo más curioso del caso era que Sebastián procedía exactamente igual que Tinette. Cuando le mandaban a alguna parte alejada dentro de la casa, requería la ayuda de Johann, por si no podía llevar él solo lo que le habían mandado. Y aunque en el fondo nunca había necesidad de que dos personas se ocupasen del mismo asunto, todos respondían de buen grado a tales llamamientos, como si cada uno de ellos quisiera asegurarse de

ese modo la buena voluntad del otro para semejantes servicios.

Y mientras eso sucedía en el primer piso, abajo, en el sótano, la vieja cocinera movía la cabeza delante de sus cazuelas, y repetía suspirando:

—¡Y que a mi edad tenga que ver estas cosas!

Lo cierto es que, desde hacía algún tiempo, sucedían cosas muy extrañas e inquietantes en la casa. Todas las mañanas, cuando los criados bajaban, hallaban abierta la puerta de entrada, sin que pudiesen descubrir quién fuera el autor de semejante acto. Los primeros días, los domésticos, muy asustados, exploraron todos los rincones de la casa para asegurarse de que no faltaba nada, pues se suponía que algún ladrón se había escondido en ella, esperando la noche para llevarse lo robado. Pero no echaron de menos ni un solo objeto en toda la casa. Llegada la noche, no sólo dieron dos vueltas a la llave, sino que también echaron el cerrojo. De nada sirvió: a la mañana siguiente la puerta estaba de nuevo abierta. Por muy temprano que se levantaran, los criados encontraban la puerta abierta de par en par, cuando las puertas y ventanas de las casas vecinas seguían cerradas y todo el mundo estaba aún durmiendo.

Sebastián y Johann, hartos de la situación, sacaron fuerzas de flaqueza y, cediendo a los insistentes ruegos de la señorita Rottenmeier, se prepararon para pasar la noche en la habitación contigua a la gran sala de la planta baja, y aguardar allí los acontecimientos. La señorita Rottenmeier les entregó algunas armas que pertenecían al señor Sesemann y además le dio a Sebastián una gran botella de licor, a fin de que no les faltasen ni armas de defensa ni medios confortantes. A la hora convenida, los dos criados se instalaron, pues, en la citada habitación y comenzaron por tomarse algunas copitas de licor. El primer efecto fue que sintieron deseos de charlar, pero rápidamente les entró sueño y, tumbados en sendos sillones, callaron. Cuando en el viejo reloj de la iglesia dieron las doce, Sebastián se despertó y llamó a su compañero, pero no consiguió despertarlo por mucho que lo intentara.

Sebastián, ya muy despabilado, se puso a escuchar atentamente. No se oía un solo ruido, ni en la casa, ni en la calle. El gran silencio le impresionaba y se le habían ido las ganas de dormir por completo. De vez en cuando volvía a llamar a Johann con voz muy baja y le sacudía ligeramente. Por fin, cuando el reloj daba la una, Johann abrió los ojos y tomó a la realidad, recordando el porqué de su presencia allí, en un sillón, en lugar de estar acostado en su cama. Se puso de pie y, adoptando aires de valentía, exclamó:

—Vamos, Sebastián, salgamos un poco a ver lo que sucede. ¿No tendrás miedo, verdad? Pues sígueme. La puerta de la habitación estaba entreabierta y Johann la abrió del todo al salir al vestíbulo. En el mismo instante una fuerte corriente de aire que procedía de la puerta de entrada apagó la vela que el criado llevaba en la mano. Johann retrocedió precipitadamente y casi tiró a

Sebastián al suelo. Lo hizo entrar bruscamente dentro de la habitación, cerró la puerta y con mano temblorosa dio dos vueltas a la llave. Después sacó de su bolso una caja de cerillas y volvió a encender la vela. Sebastián no comprendía muy bien lo que había sucedido; oculto detrás de las anchas espaldas de Johann, apenas pudo notar la corriente de aire, pero cuando vio el rostro de su compañero a la vacilante luz de la vela, dio un grito de terror: Johann estaba pálido como la muerte y temblaba como una hoja.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? ¡Habla! —exclamó Sebastián, lleno de ansiedad.

—¡La puerta de entrada... abierta! —balbuceó—, ¡y por la escalera una silueta blanca, Sebastián, que subía... y nada más!

Sebastián sintió un escalofrío en el cuerpo. Los dos hombres se sentaron muy cerca el uno del otro y no se atrevieron a moverse hasta que se hizo de día. Cuando la calle empezó a animarse, salieron juntos de la habitación, volvieron a cerrar la puerta de entrada, y subieron a dar cuenta a la señorita Rottenmeier de cuanto había sucedido. La dama, que no había podido conciliar el sueño en toda la noche, estaba ya esperándoles ansiosamente. Cuando hubo escuchado el relato de los domésticos, se sentó inmediatamente a la mesa y se puso a escribir una carta al señor Sesemann como éste probablemente jamás la había recibido. Le dijo, para empezar, que el susto le paralizaba los dedos. Luego le rogó que regresase inmediatamente a su casa, donde sucedían cosas inauditas. Y siguió un relato detallado de todo lo ocurrido. Terminó diciendo que, fuese lo que fuese, ya no había seguridad en su casa, puesto que la puerta volvía a estar abierta noche tras noche y era imposible predecir qué terribles consecuencias podría traer consigo tal estado de cosas. El señor Sesemann contestó por vuelta de correo, diciendo que no le era posible regresar así, de un día para otro; que esa historia de los fantasmas le sorprendía mucho y que esperaba que la cosa fuera un suceso pasajero, pero, dado el caso de que la tranquilidad de la casa volviera a verse en peligro, rogaba a la señorita Rottenmeier que escribiese a la señora Sesemann, su madre, pidiéndole que acudiera en su auxilio; no dudaba de que ésta acabaría muy pronto con aquellos fantasmas, los cuales, después de su visita, no se atreverían a volver en mucho tiempo. El tono de la carta disgustó a la señorita Rottenmeier. Lo encontró muy frívolo teniendo en cuenta las circunstancias. Se apresuró a escribir a la señora Sesemann, pero la contestación de ésta tampoco fue satisfactoria, y encerraba, además, algunas observaciones bastante molestas. Escribía la señora Sesemann que ella no pensaba de ninguna manera hacer el viaje de Holstein a Frankfurt tan sólo porque la señorita Rottenmeier tuviera miedo a los fantasmas. Por otra parte, jamás se había visto fantasma alguno en casa de los Sesemann y, si lo hubiese ahora, sólo podía ser uno de carne y hueso con el cual la señorita Rottenmeier debería

llegar a entenderse. Y si no, le aconsejaba que contratara unos vigilantes nocturnos.

Pero la señorita Rottenmeier estaba muy decidida a terminar con los terrores y sabía cómo hacerlo. Hasta entonces había dejado que las niñas ignorasen el asunto de los fantasmas, porque temía que no quisiesen estar solas, ni de día, ni de noche, lo que hubiera tenido desagradables consecuencias para ella. Pero aquel día se fue derecho a la sala de estudio y, con voz misteriosa, les contó a ambas que un ser sobrenatural aparecía desde hacía algún tiempo durante la noche en la casa. Tan pronto como Clara lo oyó, exclamó que no quería permanecer ni un momento sola y que era absolutamente preciso que su padre volviese en seguida a casa. Declaró que la señorita Rottenmeier tenía que instalarse en su habitación para dormir y Heidi tampoco debía estar sola durante la noche, porque el fantasma podría subir hasta su cuarto y hacerle daño.

—Heidi se acostará también en nuestro dormitorio, señorita Rottenmeier, y dejaremos la luz encendida toda la noche. Y Tinette tendrá que dormir en el cuarto de al lado del mío y que Sebastián y Johann lo hagan también en este piso. Así, si el fantasma quiere subir la escalera, los dos pueden empezar a gritar y ahuyentarlo.

Clara estaba muy alterada y la señorita Rottenmeier tuvo que hacer grandes esfuerzos para calmarla. Le prometió que escribiría en seguida a su padre, que pondría la cama en su cuarto y que no la dejaría nunca sola. En cuanto a dormir las tres en una habitación, esto no podía ser, y si Adelaida tenía miedo, como era natural, allí estaba Tinette, que podía bajar su cama e instalarla en la habitación de la niña. Pero Heidi tenía más miedo a Tinette que a los fantasmas, de los que jamás había oído hablar, y declaró que no temía quedarse sola en su habitación.

La señorita Rottenmeier se apresuró luego a escribir otra vez al señor Sesemann para informarle de que las apariciones nocturnas, que no cesaban ni una noche siquiera, habían quebrantado la débil constitución de su hija, por lo que eran de temer serias repercusiones, ya que en semejantes casos se habían dado repentinas crisis epilépticas o accesos nerviosos y no sabía a lo que se exponía Clara si tal estado de cosas continuaba así.

Aquella vez había tocado en lo vivo. Dos días más tarde, el señor Sesemann llegó a la puerta de su casa y llamó con tanta fuerza que todos se sobresaltaron y se miraron, petrificados, porque creían que el fantasma había llevado su osadía al extremo de aparecer en pleno día. Sebastián echó una tímida mirada tras el postigo entreabierto del primer piso y en aquel instante se oyó una nueva llamada tan estridente que todos comprendieron que no era un fantasma el que llamaba.

Sebastián había reconocido la mano del dueño y se precipitó escaleras abajo para abrir la puerta. El señor Sesemann apenas lo saludó, subiendo directamente a la habitación de su hija. Clara lo recibió con un grito de alegría y cuando vio que ni el buen humor ni el aspecto de su hija se habían alterado, la expresión de su cara se serenó. Se puso aún más alegre cuando Clara le aseguró que se encontraba muy bien y que quedaba muy agradecida al fantasma porque motivaba el que su papá regresara a su lado.

—¿Y cómo está ahora nuestro fantasma, señorita Rottenmeier? —preguntó el señor Sesemann con sonrisa irónica.

—Señor —contestó aquélla con la mayor seriedad—, no se trata de una burla, y segura estoy que al señor mañana a estas horas ya no le quedarán ganas de reír, porque lo que vemos en esta casa todas las noches hace suponer que, aquí, en el pasado debieron pasar cosas terribles que se ocultaron.

—¿Ah, sí? Pues no sé nada de eso —respondió el señor Sesemann— y le quedaría muy reconocido si dejara de sospechar de mis honorables antepasados. Y ahora, diga a Sebastián que vaya al comedor, deseo hablar con él a solas.

Y sin añadir una palabra, se dirigió a la estancia contigua. A poco entró Sebastián. El señor Sesemann se había dado cuenta desde hacía algún tiempo de que las relaciones entre el criado y la señorita Rottenmeier no eran de las más cordiales. Este hecho le dio una idea.

—Acérquese, joven —dijo a Sebastián—, y respóndame con franqueza a lo que le voy a preguntar: no será acaso usted quien se ha divertido jugando a aparecidos para dar un susto a la señorita Rottenmeier.

—¡No, señor, le doy mi palabra de que no es así! ¡No vaya el señor a figurarse semejante cosa! Es más, yo mismo estoy asustado —contestó Sebastián con franqueza.

—Pues si es así, mañana le haré ver, a usted y al valiente Johann, qué aspecto tienen en pleno día los fantasmas. ¡Un hombre joven y fuerte como usted habría de avergonzarse de huir ante un fantasma! Y ahora vaya en seguida a casa del doctor Classen, dígame que le saludo y que le ruego que venga a verme esta noche a las nueve sin falta. Dígame que he venido expresamente de París para consultarle. ¡Y que se prepare para pasar aquí la noche ya que se trata de un asunto grave! ¿Ha entendido, Sebastián?

—Sí, señor; descuide el señor, que daré el recado tal como me lo ha dicho.

Sebastián se alejó y el señor Sesemann volvió al lado de su hija para tratar de disipar sus temores acerca de esta aparición que se proponía desenmascarar aquella misma noche.

A las nueve en punto, cuando la señorita Rottenmeier y las dos niñas acababan de retirarse, se presentó el doctor Classen. A pesar de sus cabellos blancos, tenía un rostro todavía joven y una mirada viva y amable. La cara de preocupación que tenía al entrar desapareció en cuando vio a su amigo. Se echó a reír y, dando al señor Sesemann una palmada en la espalda, dijo:

—Vamos, hombre, si es a ti a quien he de velar, he de confesar que no tienes muy mala cara.

—Paciencia, querido amigo —respondió el señor Sesemann—; ése a quien tienes que velar tendrá peor cara que nosotros cuando lo hayamos cogido.

—¿Entonces se trata de un enfermo en la casa, al que antes hemos de coger?

—¡Peor que eso, doctor, mucho peor! ¡Se trata nada menos que de un fantasma! ¡En mi casa!

El doctor estalló de risa.

—¡Gracias por tu compasión, doctor! —siguió diciendo el señor Sesemann — ¡Qué lástima que no esté aquí mi amiga Rottenmeier para oírte! Ella está firmemente convencida de que uno de mis antepasados está rondando por la casa para expiar Dios sabe qué horrendo crimen.

—Pero ¿ella cómo lo ha llegado a conocer? —preguntó el doctor, que seguía riéndose.

El señor Sesemann contó entonces a su amigo como, según los relatos de los domésticos, la puerta de entrada se abría misteriosamente cada noche. Añadió que, como convenía estar preparado a todo, había bajado un par de pistolas a la sala donde quería montar la guardia; porque, o se trataba de alguna broma de mal gusto por parte de algún conocido de los domésticos, que quería asustarlos durante la ausencia del dueño de la casa —en cuyo caso un disparo al aire, para darle un buen susto, no le estaría mal—, o eran ladrones que querían acobardar a las personas de la casa haciéndoles creer en fantasmas para así trabajar con más seguridad, y, en este caso, tampoco estaría de más tener a mano las armas.

Mientras daba tales explicaciones a su amigo, el señor Sesemann descendió con él a la planta baja y los dos se instalaron en la misma habitación en la que Sebastián y Johann habían montado la guardia. Sobre la mesa se veían algunas botellas de buen vino que no eran de desdeñar si se trataba de velar toda la noche; al lado de ellas estaban las pistolas y, en medio de la mesa, dos candelabros iluminaban la sala, ya que el señor Sesemann no quería esperar la llegada del fantasma en la semioscuridad.

La puerta fue ligeramente entornada, para que sobre el pasillo cayera la

menor cantidad de luz posible. Los dos amigos se instalaron cómodamente en sendos sillones y empezaron a contarse toda clase de cosas, interrumpiéndose de cuando en cuando para beber una copa de vino, y tan bien lo pasaron que sonó la medianoche sin que hubieran visto pasar el tiempo.

—Parece que el fantasma nos ha olido, no vendrá esta noche —observó el doctor.

—¡Ten paciencia! Dicen que no se presenta hasta la una.

Los dos amigos se enfrascaron de nuevo en su conversación, hasta que al fin dio la una. Todo estaba silencioso en la casa y en la calle. De pronto el doctor levantó el dedo.

—¡Pst! ¿No oyes nada, Sesemann?

Ambos escucharon atentamente. Oyeron, en efecto, muy claramente que alguien quitaba el cerrojo de la puerta, daba dos vueltas a la llave y abría. El señor Sesemann alargó la mano hacia el arma.

—¿No tendrás miedo? —preguntó el doctor, levantándose.

—Más vale ser prudente —susurró el señor Sesemann.

Con la mano izquierda levantó uno de los candelabros de tres bujías, con la derecha cogió la pistola y siguió al doctor Classen, que, precediéndole, llevaba, también él, un candelabro y una pistola. Silenciosamente penetraron en el pasillo.

Un débil rayo de luna entraba por la puerta abierta y a su resplandor se recortaba una silueta blanca e inmóvil.

—¿Quién va? —gritó el doctor con una voz formidable, que levantó eco en el extremo opuesto del pasillo.

Los dos amigos, armados de candelabros y pistolas, avanzaron resueltamente hacia la figura blanca. Ésta se volvió y dio un ligero grito: ¡delante de ellos se hallaba Heidi, descalza y sólo cubierta con el camisón! La niña miraba con cara aturdida las vivas llamas de las bujías y las armas, y se puso a temblar de pies a cabeza, como una hojita agitada en el viento. Los dos hombres la miraron mudos de asombro.

—Me parece, Sesemann, que ésta es tu pequeña aguadora —dijo por fin el doctor Classen.

—¡Niña! ¿Qué significa esto? —exclamó el señor Sesemann—. ¿Por qué has bajado y qué querías hacer?

Heidi, intensamente pálida, se quedó inmóvil delante de ellos y dijo con voz imperceptible:

—No lo sé.

Entonces el doctor se aproximó a ella y dijo:

—Sesemann, éste es un caso que me corresponde. Espérame en tu sillón, voy a llevar a la niña a su cama.

Y dejando el revólver, cogió a la niña paternalmente de la mano y subió con ella la escalera.

—No tengas miedo —le dijo afectuosamente al subir—, cálmate, que no ha pasado nada.

Al llegar a la habitación de Heidi, el doctor puso el candelabro sobre la mesa, levantó a la niña y la acostó en la cama, cubriéndola cuidadosamente. Luego se sentó a su lado y aguardó a que la pequeña se calmara y cesara de temblar. Tomó después una mano de Heidi entre las suyas y le habló bondadosamente:

—Ves, todo está bien ahora. Dime, ¿adónde querías ir?

—No quería ir a ningún sitio —contestó Heidi—; no sé cómo he bajado, porque de pronto me he encontrado allí.

—¡Ah! ¿Acaso has soñado algunas veces como si oyeses o vieses muy claramente algo?

—Sí, todas las noches sueño lo mismo. Sueño que estoy en la cabaña de mi abuelo, que oigo el murmullo de los abetos y entonces pienso: «¡Qué preciosas deben de estar las estrellas en el cielo!» y corro en seguida a abrir la puerta de la cabaña y todo está tan bonito fuera. Pero cuando me despierto, sigo estando en Frankfurt.

Heidi comenzó a luchar contra el nudo que tenía en la garganta.

—¡Hem!... ¿No te duele nada? ¿La cabeza? ¿La espalda?

—No, nada. Sólo aquí siento una cosa que me pesa como si llevara una gran piedra.

—¿Cómo si hubieses comido algo pesado que quisieras no tener en el estómago?

—No, no es eso, pero oprime como cuando se tiene ganas de llorar.

—¡Ah! ¿Acaso lloras mucho cuando sientes eso?

—¡No, no! No se puede llorar, porque la señorita Rottenmeier lo ha prohibido.

—¿Entonces haces siempre esfuerzos para tragarte las ganas de llorar, verdad? Pero dime: ¿te gusta estar en Frankfurt?

—¡Sí, mucho! —contestó Heidi muy bajito, pero el tono de su voz indicaba lo contrario.

—¡Ah! ¿Dónde vivías con tu abuelo?

—Siempre en la montaña.

—Pero debe de ser poco divertido estar siempre en la montaña. ¿No te aburrías a veces?

—¡Oh, no! ¡Estaba tan bien, tan bien!

Heidi no pudo continuar; los recuerdos, las emociones de la noche, las lágrimas largo tiempo retenidas, todo era demasiado para sus fuerzas. Empezó a llorar y sollozar amargamente.

El doctor se levantó y acarició suavemente la cabeza de la niña.

—Llora, llora, mi niña, que eso te hará bien. Luego dormirás tranquila y mañana, ya verás, todo se arreglará.

Y el doctor salió de la habitación.

Al entrar de nuevo en la sala de guardia donde le esperaba, ansioso, su amigo, se dejó caer en el sillón y explicó lo que acontecía.

—Sesemann, ante todo has de saber que tu pequeña protegida es sonámbula. No tiene en absoluto conciencia de que es ella el fantasma que ha abierto noche tras noche la puerta de entrada y sembrado el pánico en toda la casa. En segundo lugar, a esa niña le devora la nostalgia, lo que la enflaquece tanto, que parece un esqueleto y terminará siéndolo de verdad. Se impone ayuda urgente. Para curar el sonambulismo y su estado nervioso en general, no hay más que un remedio: llevarla lo más rápidamente posible a sus montañas, y para curar la nostalgia, el remedio es exactamente lo mismo, es decir: mañana ha de volver a su casa. ¡He aquí mi receta!

El señor Sesemann se había levantado y paseaba por la sala, presa de una gran agitación.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡La niña está enferma! ¡Tiene nostalgia! ¡Ha adelgazado en mi casa! Y tú, amigo mío, ¿te imaginas que a esa niña, que entró fresca y lozana aquí, ahora la voy a mandar a su abuelo, estando enferma y delgada? ¡No, amigo mío, no me lo exijas, no haré eso de ninguna manera! Encárgate tú de la pequeña, trátala, cúrala, haz de ella lo que quieras, pero devuélvemela sana y fuerte. Entonces la enviaré al lado de su abuelo si ella lo quiere, pero antes tendrás que ayudarnos.

—Sesemann —dijo con seriedad el doctor—, reflexiona en lo que vas a hacer. El estado de la niña no se cura con píldoras y sellos. No tiene una constitución fuerte; sin embargo, si la enviaras ahora mismo, al aire tonificante

de las montañas a las que estaba acostumbrada, puede restablecerse completamente, de lo contrario... ¿tú no querrás que Heidi vuelva a casa de su abuelo cuando ya no haya salvación, o que no pueda volver jamás allí, verdad?

El señor Sesemann, presa de pánico, se detuvo delante de su amigo.

—Si el mal es tan grave como dices, doctor, entonces sólo hay una cosa que hacer: obrar inmediatamente.

Y asiendo a su amigo por el brazo, el señor Sesemann se puso a pasear de un lado a otro de la habitación, hablándole detalladamente de lo que se proponía hacer. Después, el doctor se despidió, porque mientras ya había amanecido y por la puerta de la calle, que esta vez abrió el mismo dueño de la casa, penetraba ya la clara luz de la mañana.

CAPÍTULO XIII

UN ATARDECER DE VERANO EN LOS ALPES.

El señor Sesemann subió acto seguido al primer piso y se dirigió directamente a la habitación de la señorita Rottenmeier. Llamó a la puerta con tanta energía que el ama de llaves se despertó sobresaltada y dio un grito. Reconoció la voz del dueño de la casa, que decía:

—Haga el favor de bajar sin tardanza al comedor. Es preciso hacer inmediatamente los preparativos para un viaje.

La señorita Rottenmeier consultó el reloj: no eran más que las cuatro y media; jamás la habían despertado a una hora tan temprana. ¿Qué podía haber sucedido? Llena de inquietud y curiosidad, se levantó a toda prisa, pero tardaba en vestirse, ya que, en su confusión, no encontraba la ropa que quería ponerse.

Mientras tanto el señor Sesemann recorrió el pasillo y tiró de las diversas campanillas instaladas para llamar a los domésticos, haciéndolo con tanta fuerza, que todos saltaron de sus respectivas camas y, del susto, se pusieron la ropa al revés. Cada uno de ellos estaba convencido de que el dueño de la casa se hallaba luchando con el fantasma y que pedía socorro. Bajaron, pues, al comedor muy consternados y constataron con gran sorpresa que el señor Sesemann estaba sano y salvo y no tenía para nada el aspecto de alguien que acaba de ver a un fantasma. A Johann le mandó ocuparse inmediatamente del coche y su caballo. Tinette recibió la orden de despertar a Heidi y de prepararla para un viaje. Sebastián fue enviado a la casa donde servía Dete, la tía de Heidi, para rogarle que acudiera en seguida.

Durante este tiempo, la señorita Rottenmeier había logrado al fin vestirse correctamente, excepto el tocado, porque lo llevaba puesto del revés, de tal modo que parecía tener vuelto el rostro. El señor Sesemann atribuyó el extraño aspecto de la dama a lo intempestivo de la hora y pasó, sin hacer comentarios, al asunto que le urgía. Ordenó a la señorita Rottenmeier que preparara en seguida una maleta y pusiese en ella todas las cosas de la pequeña suiza — llamaba así a Heidi porque el nombre de la niña no le era familiar—, así como una buena cantidad de prendas de vestir de Clara, a fin de que la niña pudiera llevarse a casa un buen equipo. Y que todo debía hacerse sin dilación alguna y con la mayor rapidez. La estupefacción de la señorita Rottenmeier fue tan grande que se quedó como clavada en el suelo y mirando fijamente al señor Sesemann. Ella se había imaginado oír una horrible historia de fantasmas acaecida durante la noche. La verdad es que no le hubiese disgustado, ahora que ya era de día. En vez de eso, no solamente le daba órdenes muy prosaicas, sino además bastante molestas. De ahí que la dama no lograra salir de su asombro. Esperaba, inmóvil, explicaciones que el señor Sesemann no estaba dispuesto a darle. La dejó plantada y se fue al dormitorio de su hija.

Como había supuesto, Clara estaba despierta a causa del inusitado movimiento. Su padre se sentó al borde de la cama y le contó todo lo que había pasado aquella noche. Añadió que el doctor dictaminó que Heidi estaba muy enferma, que sus paseos nocturnos podían incrementarse, y que podía incluso darle una noche por subir al tejado de la casa, lo que, naturalmente, implicaría un grave peligro. Así pues, había tomado la decisión de mandar a Heidi inmediatamente a su casa, porque no quería asumir semejante responsabilidad, y Clara debía aceptarlo porque bien claro estaba que no había otra solución.

Clara sufrió una dolorosa sorpresa y empezó a buscar toda clase de pretextos para evitar la separación, pero fue inútil, porque su padre permaneció inquebrantable en su decisión. En cambio, prometió a su hija que si ahora se mostraba razonable, la llevaría al año siguiente a Suiza. Clara se resignó, pero pidió como compensación que trajeran la maleta de Heidi a su habitación para que ella pusiera cosas que agradaran a Heidi. El padre dio gustosamente su consentimiento y la animó, además, a preparar para la niña un bonito equipo.

Mientras, tía Dete había llegado y esperaba impaciente y muy intrigada en la antecámara; algo muy extraordinario debía de suceder cuando la llamaban a una hora tan inusitada. El señor Sesemann entró allí a verla y le explicó el estado de Heidi, rogándole que la llevara aquel mismo día a Suiza, a casa de su abuelo.

Dete pareció muy decepcionada, pues no había esperado semejante desenlace; recordaba muy bien las últimas palabras del Viejo de los Alpes,

cuando le dijo que nunca más volvieran a presentarse delante de él. Ya le había traído la niña una vez, para luego quitársela, y devolvérsela ahora, ni se lo planteaba. Sin reflexionar mucho, explicó al señor Sesemann con su locuacidad habitual que, desgraciadamente le era imposible partir aquel día y que el día siguiente aún era menos posible; y en cuanto a los demás días no podía librarse de sus muchas ocupaciones y más tarde, mucho menos. El señor Sesemann comprendió lo que había detrás de aquella verbosidad y la despidió sin darle más explicaciones. Después, llamó a Sebastián y le rogó que se preparara inmediatamente para un viaje, porque iba a acompañar a la niña; por la noche se detendría en Basilea, para seguir el viaje al día siguiente hasta su destino. Luego podía volver en seguida, porque no hacía falta que dijera nada; sólo tendría que entregar al abuelo una carta conteniendo todas las explicaciones necesarias.

—Otra cosa importante, Sebastián —continuó el señor Sesemann—, ¡escúcheme con atención! Aquí tiene mi tarjeta con la dirección de un hotel de Basilea en el que me conocen. La presentará al dueño del hotel y le darán una buena habitación para la niña. En cuanto a usted, ya se las arreglará solo. Pero lo primero que hará será ir al cuarto de la pequeña y asegurar las ventanas de tal modo que sea difícil abrirlas. Cuando la niña esté acostada, cerrará la puerta por fuera con llave, porque ella es sonámbula y podría correr peligro en una casa desconocida si por casualidad bajara y abriera la puerta de la calle. ¿Ha entendido?

—¡Ah, ah! ¡Era, pues, eso! —exclamó Sebastián, aturdido por la sorpresa. De pronto empezó a ver claro el origen de las apariciones nocturnas.

—¡Sí, era eso! Usted y su amigo Johann son unos miedicas, se lo puede decir de mi parte. ¡Han hecho el ridículo!

Y sin añadir más, el señor Sesemann se retiró a su habitación para escribir una carta al abuelo de Heidi.

Sebastián se había quedado todo confuso en medio del comedor y repetía sin cesar:

—¡Qué estúpido he sido por hacer caso a ese cobarde de Johann en vez de seguir la figura blanca! Si ahora pudiera volver atrás...

¡Pero en aquel momento el sol entraba a raudales en la estancia y no había ningún rincón que estuviera oscuro!

Entre tanto, Heidi, vestida con su ropa de domingo y sin saber lo que sucedía, esperaba los acontecimientos. TINETTE se había limitado a despertarla, sacar la ropa del armario y ayudarla a vestir sin decir una sola palabra. De hecho, no hablaba casi nunca con ella, porque la consideraba inferior.

El señor Sesemann entró, con la carta en la mano, en el comedor donde estaba servido el desayuno, y preguntó:

—¿Dónde está la niña?

Llamaron a Heidi. Cuando se acercó al señor Sesemann para darle los buenos días, éste la miró y le dijo:

—¿Qué me dices de todo esto, pequeña?

Heidi lo miró sorprendida.

—¡Ah, veo que aún no sabes nada! —siguió diciendo el señor Sesemann, riendo al mismo tiempo—. Pues bien, vas a regresar hoy mismo a tu casa.

—¿A mi casa? —repitió Heidi, poniéndose muy pálida. Su corazón se puso a latir con tanta fuerza, que durante un momento quedó sin poder respirar.

—¿Acaso no quieres? —preguntó, sonriendo, el señor Sesemann.

—¡Oh, sí! Sí que quiero —pudo al fin articular, y esta vez se puso encarnada.

—Muy bien; ahora pues, a la mesa y a comer mucho. Luego no tienes más que subir al coche y ¡hala!

Pero Heidi no podía comer a pesar de los esfuerzos que hacía por obedecer. Su agitación era tan grande que ya no sabía si estaba despierta o si soñaba y si al despertar no volvería a hallarse en camión en el umbral de la puerta de entrada.

—Cuide usted de que Sebastián se lleve provisiones en abundancia —dijo el señor Sesemann a la señorita Rottenmeier, que entraba en aquel momento—. Esta pequeña no puede comer ahora, lo que es natural —y volviéndose a Heidi le dijo cariñosamente—: Ahora puedes ir a ver a Clara hasta que llegue el coche.

No deseaba Heidi otra cosa y se marchó corriendo a la habitación de su amiga. En medio del dormitorio de Clara encontró una maleta muy grande que aún no estaba cerrada.

—Ven, Heidi, ven —le gritó Clara al verla—, ¡fíjate lo que he hecho poner en la maleta! ¿Te gusta?

Y le señaló un sinfín de cosas: blusas, faldas, pañuelos y una caja de costura.

—Y ahora, mira lo que tengo aquí —añadió, levantando triunfalmente por encima de su cabeza una cestita.

Heidi echó una mirada a la cesta y dio un salto de alegría al ver que en ella

había doce panecillos blancos y tiernos, todos para la abuela. En medio de su alegría, las niñas se olvidaron de pronto que se aproximaba el momento de la separación, hasta que se oyó una voz desde abajo:

—¡El coche está listo!

Las niñas ya no tuvieron tiempo para ponerse tristes. Heidi se fue corriendo a su cuarto, porque en el último momento se acordó del libro que le había regalado la abuela de Clara; estaba todavía debajo de la almohada, donde Heidi lo guardaba porque no se separaba de él ni de día ni de noche. Lo colocó en la cestita en que estaban los panecillos, y después abrió su armario, pues sospechaba que en él hubiesen dejado una cosa sin la cual no quería partir. En efecto, allí estaba su pañuelo rojo; la señorita Rottenmeier no lo había considerado digno de ponerlo en la maleta y lo dejó en el armario. Heidi envolvió algo en él y lo guardó en la cesta, encima de todo para que se viera bien. Luego se puso su nuevo sombrero y salió.

Las dos niñas se despidieron rápidamente, porque el señor Sesemann ya estaba allí esperando a Heidi para acompañarla hasta el coche. La señorita Rottenmeier esperaba en lo alto de la escalera para despedirse allí mismo de la niña. Cuando vio el envoltorio rojo, lo sacó de la cesta y lo tiró al suelo.

—Adelaida —dijo en tono de reproche—, no he de permitir que te lleves semejante trapo. Ahora ya no lo necesitarás. ¡Adiós!

En vista de la prohibición, Heidi no se atrevió a recoger el pañuelo, pero miró con ojos suplicantes al señor Sesemann como si aquello fuera el tesoro máspreciado del mundo.

—No, no —dijo el dueño de la casa con firmeza—, quiero que la niña se lleve de aquí lo que quiera, si con ello puedo darle una alegría, aunque sean tortugas o gatitos, señorita Rottenmeier, y le ruego guarde la calma.

Heidi se apresuró a recoger el pañuelo rojo y dirigió una mirada llena de agradecimiento y de alegría al padre de Clara. Ya al lado del coche, el señor Sesemann dio la mano a la niña y le dijo con voz afectuosa que él y su hija Clara no la olvidarían nunca. Le deseó buen viaje y Heidi le dio las gracias por todas las bondades recibidas y concluyó:

—Y muchos saludos al señor doctor. Tampoco yo le olvidaré —porque recordaba perfectamente que el médico le había dicho que al día siguiente estaría bien, y como, en efecto, así sucedió, Heidi pensaba que algo tenía que ver en ello.

El cochero subió la niña al coche; luego metieron la cesta de las provisiones, la maleta y, por último, montó Sebastián. El señor Sesemann le deseó una vez más buen viaje y el coche se puso en marcha.

Poco tiempo después, Heidi estaba sentada en un vagón de tren y no soltaba la cestita por nada del mundo, no la quería perder de vista; tenía que cuidar los panecillos de la abuela y de cuando en cuando abría la cesta y los miraba muy contenta.

Heidi estuvo durante muchas horas sin moverse en absoluto, porque sólo entonces se dio exactamente cuenta de que se hallaba en camino hacia la casa del abuelo, hacia las montañas, y que volvería a ver a la abuela ciega y a Pedro el cabrero. Y cerrando los ojos, se imaginaba cómo sería su regreso y cómo los encontraría a todos y se preguntaba qué aspecto tendrían. Y al recordar personas y escenas, pensó de pronto más intensamente en la anciana abuela, y con voz angustiada preguntó:

—Sebastián, ¿verdad que la abuela de los Alpes no ha podido morir?

—No, no —la tranquilizó Sebastián—, esperemos que no; seguramente vivirá aún.

Y Heidi volvió a ensimismarse en sus pensamientos; sólo de cuando en cuando abría la cestita, porque predominaba en ella la idea de regalarle a la anciana todos los panecillos de la cesta. Al cabo de una larga pausa volvió a decir:

—Sebastián, ¡si pudiéramos estar seguros de que la abuela vive todavía!

—Claro que sí, señorita —repuso Sebastián, medio dormido—; ella vivirá seguramente, ¿por qué no habría de vivir?

Poco tiempo después, el sueño venció también a Heidi. Debido a la agitada noche y a haberse levantado muy temprano, estaba tan cansada, que no se despertó hasta que Sebastián la sacudió, exclamando:

—¡Señorita, señorita, que hemos llegado a Basilea! Aquí hemos de quedarnos esta noche.

A la mañana siguiente continuaron el viaje, que aún duró muchas horas. Heidi llevaba nuevamente la cestita sobre la falda, porque no había querido entregarla a Sebastián por nada del mundo. Pero ya no hablaba, porque su expectación aumentaba en intensidad a cada momento. De pronto, cuando Heidi no se lo esperaba, se detuvo el tren y se oyó gritar: «¡Mayenfeld!». La niña bajó de un salto de su asiento y Sebastián se puso rápidamente de pie porque también le sorprendió que hubiesen llegado. Poco después, se encontraron en el andén de la estación con la maleta al lado, mientras el tren continuaba, silbando su marcha por el valle. Sebastián lo siguió con mirada nostálgica, porque hubiera preferido continuar el viaje cómodamente sentado en el tren que no recorrer a pie aquel largo camino que tenía delante, el cual, además, terminaba con una ascensión a la montaña. Y como Sebastián

imaginaba a este país medio salvaje, suponía que cualquier caminata era difícil y peligrosa. De ahí que mirara a todas partes para ver si descubría a alguien a quien preguntar por el camino más seguro a Dörfli. Muy cerca de la estación vio un carro, enganchado al cual había un caballo flaco. Un hombre corpulento, de anchas espaldas, cargaba en él algunos sacos de harina que procedían del tren. Sebastián se acercó al hombre y le hizo su pregunta.

—Aquí todos los caminos son seguros —fue la breve y seca respuesta.

Entonces Sebastián rectificó y preguntó cuál era el mejor camino, aquél que pudiera recorrerse sin peligro de precipitarse a un abismo, y también comí podría mandar una maleta a Dörfli. El hombre del carro examinó la maleta y declaró que si no pesaba mucho, él mismo podría llevarla, puesto que iba a Dörfli. Hablando, hablando, llegaron al acuerdo de que el hombre del carro se llevaría a Heidi y la maleta y que desde el pueblo ya se encontraría a alguien para conducir a la niña hasta la cabaña del abuelo.

—Puedo ir sola —dijo Heidi, que había seguido con mucha atención la conversación de los dos hombres—, pues conozco muy bien el camino.

A Sebastián se le quitó un gran peso de encima cuando vio que ya no tendría que subir a la montaña. Con mucho misterio llamó a la niña aparte y le entregó un cartucho muy pesado y una carta para el abuelo, explicándole que el cartucho era un regalo del señor Sesemann y que era preciso ponerlo en la cestita, debajo de los panecillos, y cuidarlo mucho para que no se extraviara, pues el señor Sesemann se enfadaría terriblemente y jamás se le pasaría el enfado. Insistió mucho para que la niña lo recordara bien.

—No lo perderé —aseguró Heidi confiadamente, y colocó carta y cartucho en el fondo de la cestita.

Pusieron la maleta en el carro; luego Sebastián ayudó a subir a Heidi al pescante, le dio la mano a guisa de despedida y volvió a advertirle con toda clase de señas que tuviera mucho cuidado con el contenido de la cesta. Y es que el hombre del carro andaba cerca y Sebastián era prudente, sobre todo porque sabía bien que él mismo hubiera debido llevar a la niña a buen puerto. El dueño del carro subió al pescante, se sentó al lado de Heidi y, empuñando las riendas, el vehículo se puso en camino hacia las montañas. Sebastián, alegre y contento de verse libre, se sentó en el andén de la estación en espera de un tren que le volviera de nuevo a Frankfurt.

El dueño del carro en que iba Heidi con su maleta era el panadero de Dörfli. No había visto nunca a la niña, pero, como todos los del pueblo, sí oyó hablar de la pequeña que, años atrás, habían llevado al Viejo de los Alpes. También llegó a conocer a los padres de Heidi y poco le costó caer en la cuenta de que tenía ahora a su lado a aquella niña. Le causaba extrañeza que

ya volviese a la montaña con el abuelo, y durante el viaje empezó a hablar con ella:

—Debes de ser la niña que estaba arriba, en casa del Viejo de los Alpes, ¿verdad? ¿No te marchaste hace un año con tu tía Dete?

—Sí.

—¿Tan mal te ha ido que ya vuelves de tan lejos?

—No me ha ido mal, nadie podía estar mejor que yo en Frankfurt.

—Entonces, ¿por qué vuelves?

—Porque el señor Sesemann me lo ha permitido; si no, no hubiera regresado.

—¡Vaya! Si tan bien te ha ido, ¿por qué no te has quedado?

—Porque prefiero mil veces vivir en la montaña al lado de mi abuelo.

—Tal vez cambiarás de parecer cuando estés allí —murmuró el panadero. Y, hablando consigo mismo, añadió—: De todos modos, es extraño, porque ella ha de saber dónde está mejor.

Empezó a silbar y no habló más.

Heidi contemplaba el paisaje, presa de una viva emoción: reconocía los árboles en el camino y, a lo lejos, las cimas del Falkniss, que parecían querer saludarla como viejos amigos. Heidi devolvía el saludo. A cada paso del caballo aumentaba su impaciencia y sentía el deseo de saltar del carro para echar a correr y no detenerse hasta que hubiese llegado arriba. Pero permaneció sentada, sin moverse, aunque temblaba de excitación.

Al entrar en Dörfli, dieron las cinco de la tarde. Inmediatamente rodearon el carro muchos niños y mujeres y también se acercaron algunos vecinos del pueblo, porque la maleta y la niña en el carro del panadero habían llamado la atención y todos querían saber qué pasaba. Cuando el panadero hubo ayudado a la niña a bajar, ésta, mostrando prisa, le dijo:

—Muchas gracias. El abuelo vendrá a recoger la maleta. —Y quiso marcharse corriendo.

Pero de todas partes la detuvieron y una baraúnda de voces se elevó preguntando, todos a la vez, lo que le interesaba saber a cada uno. Heidi trató de abrirse paso entre aquella gente y su cara reflejaba tanto miedo, que instintivamente se apartaron y la dejaron marchar. La gente decía:

—¡Ya se ve que tiene miedo! ¡Y con razón!

Y dieron en explicarse mutuamente que el Viejo de los Alpes se había

vuelto mucho peor desde hacía un año, que no hablaba con nadie y que ponía siempre una cara como si quisiera matar al que se cruzara en su camino; y que si la niña supiese dónde ir, jamás habría vuelto a meterse en la boca del lobo.

Mas entonces intervino el panadero y contó a los curiosos con mucho misterio que un señor había acompañado a la niña hasta Mayenfeld, donde se despidió muy amablemente de ella y que a él le había pagado el precio del viaje sin regatear, incluso le había dejado una buena propina. Y durante el camino había sabido por la niña que lo pasó muy bien en la ciudad y que fue ella misma la que pidió volver al lado de su abuelo. Tal noticia causó gran asombro entre la gente y se esparció como reguero de pólvora por el pueblo; y por la noche no hubo casa alguna en que no se comentara el hecho de que Heidi, dejando la holganza y el bienestar de la ciudad, volviera por su voluntad a la montaña a casa del Viejo de los Alpes.

Heidi, entre tanto, corría montaña arriba todo lo de prisa que podía y, de cuando en cuando, se veía obligada a detenerse para cobrar aliento. La cesta que llevaba en el brazo pesaba bastante y el camino era cada vez más empinado. Heidi sólo tenía un pensamiento: «¿Estaría la abuela aún en el rincón de la rueca? ¿No se habría muerto?».

Por fin vio la cabaña en la hondonada de la vertiente y se le aceleró el latido del corazón, pero, aun así, apresuró el paso. El pulso le iba cada vez más veloz. Ya estaba delante de la cabaña... Temblaba tanto que no podía abrir la puerta... Al fin, sí... Se precipitó en la pequeña habitación y se detuvo en medio de ella sin aliento y sin poder articular palabra.

—¡Oh, Dios mío! —dijo una voz desde el rincón—, así solía entrar nuestra pequeña Heidi. ¡Ojalá pudiera tenerla una vez más a mi lado! ¿Quién ha entrado?

—¡Soy yo, abuela, soy yo! —exclamó Heidi.

Y corrió hacia el rincón, se arrodilló delante de la anciana y la abrazó. Tanta era su alegría, que no pudo decir más. De momento la anciana se quedó también muda por la sorpresa, pero después acarició el rizado cabello de la niña, y repitió un par de veces:

—Sí, sí, son sus cabellos y es su voz. ¡Qué contenta estoy, Dios mío! —Y de sus ojos ciegos cayeron dos lágrimas sobre la mano de Heidi—. ¿De verdad has vuelto, Heidi?

—Sí, sí, abuela —exclamó Heidi alegremente—; no llores, que ya estoy otra vez aquí y vendré todos los días; nunca más me iré. Y ya no tendrás que comer pan duro, porque mira lo que te he traído.

Y Heidi sacó de su cesta un panecillo tras otro hasta que hubo colocado los

doce en la falda de la anciana.

—Querida niña, ¡qué bendición traes contigo! —dijo la abuela cuando advirtió tantos panecillos— ¡pero lo mejor eres tú, mi niña! —Y volvió a acariciarle el cabello y las acaloradas mejillas, suplicando—: ¡Dime algo, mi vida, dime algo, que oiga tu voz!

Heidi empezó a contar a la anciana cuánto había sufrido a causa del temor de que ella hubiera muerto y no pudiese visitarla nunca más. En aquel momento entró la madre de Pedro y se quedó asombradísima. Luego exclamó:

—¡Pero, si es Heidi! ¡Cómo es posible! Heidi se levantó y le dio la mano. Brígida no salía de su sorpresa al ver cómo había cambiado Heidi.

—Madre —dijo—, si vieras qué precioso vestido lleva Heidi y cómo ha cambiado, casi no se la reconoce. ¿Y ese sombrero de plumas que está en la mesa, también es tuyo? Póntelo para que yo vea cómo te está.

—No quiero ponérmelo —declaró Heidi con firmeza—; te lo regalo, pues yo tengo el mío.

Y acto seguido abrió el pañuelo rojo en el que había envuelto su viejo sombrero, que estaba más abollado que nunca. Mas a Heidi poco le importaba eso. No pudo olvidar lo que dijo el abuelo cuando ella se marchó con tía Dete: que no quería verla con sombrero de plumas. De ahí que la pequeña conservase con tanto ahínco su viejo sombrero, pues siempre había pensado usarlo cuando volviera a su casa. Pero Brígida le dijo que no fuera tonta, porque el sombrero de plumas era muy valioso y ella no podía aceptarlo; tal vez sería posible venderlo a la hija del maestro del pueblo y se podría sacar mucho dinero si Heidi no quería llevarlo de ningún modo. Pero Heidi no cedió y puso el sombrero en un rincón oscuro, detrás de la abuela. Después se quitó su bonito vestido y se puso el pañuelo sobre su camiseta de mangas cortas. Luego cogió la mano de la abuela y le dijo:

—Ahora he de ir a casa del abuelo, pero mañana volveré. Adiós, abuela.

—Sí. Heidi, vuelve mañana —contestó la abuela estrechándole la mano, sin querer soltarla.

—¿Por qué te has quitado ese vestido tan bonito? —preguntó Brígida.

—Porque prefiero ir así, como estoy, si no, el abuelo puede que no me conozca. Tú también dudabas.

Brígida acompañó a Heidi hasta la puerta y allí le susurró al oído:

—No hacía falta que te quitaras el vestido, porque él te hubiera reconocido de todos modos. Pero ten cuidado. Pedro dice que tu abuelo está siempre enfadado y no habla con nadie.

Heidi le dio las buenas tardes y emprendió la ascensión de la montaña, con la cesta colgada del brazo. El sol de la tarde iluminaba los verdes prados. Desde este lado del camino podía ver el ventisquero de Casaplana. Heidi se detenía a cada paso para volverse, porque al subir daba la espalda a las altas cumbres de las montañas.

De pronto vio un reflejo rojo en la hierba a sus pies. Se volvió: había olvidado toda esta belleza, ni siquiera en sueños la había recordado. Los picos rocosos del Falkniss y las pendientes nevadas a lo lejos ardían, nubes rosas cruzaban el ciclo. La hierba de los prados lucía con destellos dorados, en todas las cimas se reflejaba la luz crepuscular, y abajo el valle entero se bañaba en la luz dorada.

Heidi se hallaba en medio de aquel esplendor, mientras lágrimas de alegría surcaban sus mejillas; juntó las manos, elevó la mirada y en voz alta dio las gracias a Dios por haber podido regresar a su país. Todo le parecía más hermoso aún que en su recuerdo y esta hermosura le pertenecía de nuevo.

Y tan feliz y dichosa se sentía Heidi, que ya no encontraba palabras para dar gracias a Dios.

Cuando el rojo resplandor del sol iba apagándose, Heidi reemprendió su camino. De nuevo echó a correr y poco tardó en ver, primero las altas copas de los abetos, luego la cabaña y, por fin, el banco y al abuelo sentado en él y fumando su pipa. Heidi apresuró el paso y antes de que el anciano pudiera darse cuenta de quién venía, la niña se abalanzó sobre él, dejó la cesta en el suelo y abrazó al abuelo. Estaba tan emocionada que sólo podía repetir:

—¡Abuelo, abuelo, abuelo!

El anciano callaba. Sus ojos se humedecieron por primera vez desde hacía años y tuvo que quitarse las lágrimas con el revés de la manga. Por fin se desasió de la niña, la sentó sobre sus rodillas y, contemplándola un momento, dijo:

—Así que has vuelto, Heidi. ¿Cómo es eso? ¡No estás muy elegante que digamos! ¿Acaso te han despedido?

—¡Oh, no, abuelo! —empezó Heidi, muy animada—. ¡No creas eso! Todos han sido muy buenos conmigo, Clara, su abuela y el señor Sesemann. Pero verás, abuelo, ya no podía más, tenía que volver a tu lado y muchas veces me parecía que me ahogaba de pena. Pero nunca hubiese dicho nada, no quería ser ingrata. Y de pronto, una mañana me llamó el señor Sesemann muy temprano, creo que el doctor fue la causa, pero eso debe de estar en la carta... —Y extrajo de la cesta el cartucho y la carta, dando ambas cosas a su abuelo.

—Esto es tuyo —dijo éste, mientras colocaba el cartucho sobre el banco.

Luego cogió la carta y la leyó; después, sin decir una palabra, la guardó en el bolsillo.

—¿Crees que aún te gustará beber nuestra leche, Heidi? —preguntó, tomando a la niña de la mano para entrar con ella en la cabaña—, pero coge el dinero; es tanto que podrás comprarte una cama y además ropa durante muchos años.

—No, no lo necesito, abuelo —aseguró Heidi—; la cama ya la tengo y Clara me ha dado tantos vestidos, que seguramente no necesitaré comprarme nunca más.

—Cógelo de todos modos y guárdalo en el armario. Alguna ve/, te vendrá bien.

Heidi obedeció y corrió detrás del abuelo, que había entrado en la cabaña. Allí la niña brincó de alegría de un rincón a otro y por fin subió la escalera que conducía al henal. Pero allí se quedó perpleja.

—¡Oh, abuelo, ya no tengo mi cama! —exclamó.

—Ya volverás a tenerla —sonó la voz del anciano desde abajo—. No sabía que habías de volver. Pero ahora baja y toma la leche.

Heidi bajó y se sentó en el taburete alto que el abuelo hizo para ella, cogió el tazón y bebió con avidez, como si nunca hubiese gustado cosa tan buena. Cuando dejó el tazón, dijo con un profundo suspiro:

—¡Abuelo, como nuestra leche de la montaña no hay nada en el mundo!

De pronto sonó un agudo silbido y Heidi salió como una flecha afuera. De la montaña bajaba todo el hatajo de cabras, saltando y brincando, con Pedro en medio de ellas. Al ver a Heidi, se quedó como clavado en el suelo y la miró mudo de asombro. Heidi habló primero:

—Buenas tardes, Pedro —dijo. Y se precipitó en medio de las cabras, exclamando—: ¡Blanquita, Diana!, ¿os acordáis de mí?

Las cabritas debieron de reconocer su voz, porque la rozaban con la cabeza y balaban de alegría. Heidi las llamó a todas por sus nombres y todas corrieron como locas, apretujándose contra ella. La impaciente Cascabel dio un salto por encima de dos cabras para aproximarse más rápidamente, y también la tímida Blancanieves empujó a un lado con inusitada terquedad al macho llamado Gran Turco, amo y señor del hatajo, que se quedó mirándola con sorpresa a causa del inaudito atrevimiento, alzando las barbas para demostrar quién era.

Heidi no cabía en sí de felicidad por estar de nuevo con sus amigas. Abrazaba una y otra vez a la dulce Blancanieves y acarició a Cascabel, la impetuosa. Se dejó empujar de un lado a otro por los cariñosos animales hasta

que llegó cerca de Pedro, quien no se había movido de su sitio.

—¡Ven, Pedro, ven a saludarme! —exclamó Heidi.

—Pero ¿has vuelto? —logró por fin decir Pedro.

Acercándose, cogió la mano que ésta hacía rato le tendía, y preguntó, como siempre había preguntado cuando regresaba al caer la tarde:

—¿Vendrás mañana conmigo?

—No, mañana aún no, porque he de ir a ver a la abuela; tal vez iré contigo pasado mañana.

—Está bien que hayas vuelto —dijo Pedro y su rostro se transfiguró en una inmensa mueca de alegría.

En seguida se dispuso a bajar la montaña, pero hoy le costaba más trabajo que nunca reunir todas las cabras, pues apenas las había obligado, con ruegos y amenazas, a ponerse a su lado y Heidi se marchaba con Diana y Blanquita rodeándolas con los brazos, cuando todas se dispersaron nuevamente y se fueron corriendo detrás de la niña. Para remediarlo, Heidi tuvo que encerrarse con las dos cabritas en el establo, porque de otro modo Pedro no hubiese podido marcharse nunca con su hatajo.

Cuando la niña volvió a entrar en la cabaña vio que el abuelo había arreglado nuevamente su lecho, que era fragante y blando, pues el heno era de reciente cosecha. Sobre él estaban extendidas cuidadosamente las blancas sábanas y Heidi se acostó entre ellas con gran placer y durmió maravillosamente bien, como no lo había hecho en un año.

Durante la noche, el abuelo se levantó lo menos diez veces para subir la escalera y escuchar si la niña dormía tranquilamente. También comprobó que la abertura del tragaluz, que había llenado de heno para que no entrara ningún rayo de luna, siguiera bien tapada. Pero Heidi durmió sosegadamente y no se levantó a dar paseos nocturnos como en la otra casa, pues ahora su nostalgia estaba apaciguada. Había vuelto a ver sus montañas en el fulgor del crepúsculo, y oído el susurro del viento en los abetos.

Por fin había vuelto a su casa, al lado de su abuelo, en la cabaña de los Alpes.

CAPÍTULO XIV

EL DOMINGO, CUANDO SUENAN LAS CAMPANAS.

Bajo los abetos mecidos por el viento, Heidi esperaba a su abuelo, que tenía que bajar a Dörfli a buscar la maleta. La niña no deseaba otra cosa que regresar para preguntarle si los panecillos le habían gustado. Sin embargo, la espera no le parecía larga, pues no se cansaba de oír el rumor del viento en los viejos abetos, ni de respirar el perfume de las flores que resplandecían en los verdes prados bajo el sol. El abuelo salió al fin de la cabaña, dirigió una última mirada en torno a él y dijo con tono de satisfacción:

—¡Ya podemos irnos!

Era sábado y ese día el abuelo tenía por costumbre ordenar y limpiar la casa y el establo. Hoy había empleado en estos menesteres la mañana, para poder salir con Heidi inmediatamente después de comer.

Cuando llegaron a la cabaña de Pedro, se separaron y Heidi se precipitó hacia el interior. La abuela ya había reconocido sus pasos y exclamó llena de alegría:

—¡Ya estás aquí, mi niña! ¡Acércate!

Después cogió la mano de Heidi y la retuvo fuertemente entre las suyas, como si temiese que alguien pudiera volver a quitarle la niña. Y en seguida le contó cuánto le habían gustado los panecillos; estaba tan contenta que se sentía fuerte como no lo había estado en muchos años. La madre de Pedro añadió que la abuela no había querido comer más que uno por temor a acabar demasiado pronto con la reserva. Si pudiera comerse uno diario durante una semana, en verdad se pondría mucho más fuerte. Heidi prestó atención a las palabras de Brígida y permaneció pensativa un instante. Finalmente había encontrado una solución.

—Ya sé lo que he de hacer, abuela —exclamó llena de entusiasmo—. Escribiré a Clara y ella me mandará tantos como tienes ahora o acaso dos veces más, pues yo tenía ya un gran montón en el armario, y cuando me los quitaron, Clara me dijo que me daría tantos como pudiera haber en el montón. Estoy segura de que lo hará.

—¡Oh, Heidi! Es buena idea —comentó Brígida—, pero piensa que se pondrían duros y tampoco se los podría comer. Si tuviéramos algún dinero de vez en cuando..., el panadero de Dörfli hace un pan parecido, pero apenas puedo comprar el pan negro.

La cara de Heidi se iluminó:

—¡Abuelita, yo tengo mucho dinero! —exclamó saltando de alegría—. ¿Y sabes lo que haré con ese dinero? Pues comprarte todos los días un panecillo tierno, y los domingos dos. Pedro podrá traerlos de Dörfli.

—¡No, no, pequeña! —replicó la abuela—. No debes hacer eso. El dinero

que tienes no se te ha entregado para que lo gastes así. Debes dárselo al abuelo y él te dirá cómo has de emplearlo.

Pero Heidi no se dejó convencer y seguía saltando y cantando por la habitación, repitiendo:

—Ahora la abuela tendrá un panecillo tierno todos los días y recobrará las fuerzas. —Y de pronto se interrumpió para añadir en seguida—: ¡Oh, abuela! Si te pusieras bien, quizá volvieras a ver, pues quizá no ves porque estás demasiado débil.

La abuela calló para no turbar la felicidad de la niña.

Entre salto y salto, Heidi advirtió de pronto el viejo libro de cánticos y una nueva idea cruzó su mente.

—Abuela, ya sé leer. ¿Quieres que te lea uno de los cánticos de tu libro?

—¡Oh, ya lo creo! —repuso la abuela, agradablemente sorprendida—, pero ¿es posible que sepas leer?

Heidi se encaramó en una silla y cogió el libro, levantando una nube de polvo, pues hacía mucho tiempo que nadie había tocado el estante. Lo limpió cuidadosamente, se sentó en un taburete al lado de la abuela y le preguntó qué quería que le leyese.

—Lo que quieras, hijita, lo que quieras —repuso la anciana apartando la rueca y prestando atención.

Heidi comenzó a hojear el libro, leyendo de vez en cuando una línea.

—Aquí se habla del sol, abuela. Voy a leerte esto.

Así que empezó y se fue animando cada vez más a medida que avanzaba en la lectura.

De nuevo el sol salió

y en el valle renació

la claridad y la vida.

¡Mañana esplendorosa

que la ilusión retoma

a mi alma aturdida.

Dulcemente dormía

y cuando el alma mía

al mundo ha despertado,

por contemplar del cielo
la luz que tanto anhelo,
presto me he levantado.

Y ante mi mirada la obra
acabada
de Dios, que nos revela,
el amor del Creador la
gloria, el esplendor, que
deja esta estela.

Y del feliz camino que
reserva el destino al que
tiene fe en Él, al
bienaventurado,
ya libre de pecado, al
alma pura y fiel.

Todo en el mundo muere,
mas Él, pues vivir quiere,
no da fin a su vida.

Su voluntad, su mente
viven eternamente, sin
que nada lo impida.

Es tan bueno, tan bueno,
que la maldad Dios
desconoce. Su nombre,
sólo al ser pronunciado,
cura el mortal pecado
y da la paz al hombre.

El duelo y la desgracia
tienen su hora fijada,
así como en el cielo,

tras la ruda tormenta,
luce el sol y calienta el
inundado suelo.

Espero hallar un día la
eterna alegría en su
huerto florido.

Después de tanto sufrir
tendré el descanso al fin
por Dios prometido.

La abuela escuchaba con las manos enlazadas. A pesar de las lágrimas que rodaban por sus mejillas, había en su rostro una expresión de intensa felicidad. Heidi jamás la había visto así. Cuando se detuvo, la anciana le suplicó:

—¡Oh, léelo otra vez, Heidi! Léeme otra vez eso:

El duelo y la desgracia
tienen su hora fijada.

La niña volvió a leer muy gustosa, pues le complacía escuchar su propia voz:

El duelo y la desgracia
tienen su hora fijada,
así como en el cielo,
tras la ruda tormenta,
luce el sol y calienta el
inundado suelo.

Espero hallar un día la
eterna alegría en su
huerto florido.

Después de tanto sufrir
tendré el descanso al fin
por Dios prometido.

—¡Oh Heidi, se hace la luz en mi corazón! ¡Cuánto bien me has hecho!

La abuela repitió muchas veces seguidas estas palabras que expresaban su alegría, y Heidi se sintió henchida de felicidad al ver a la abuela de aquel modo: ahora ya no se le veían las arrugas y la expresión lastimera, sino que el júbilo se reflejaba en su rostro. Parecía mirar hacia lo alto, como si pudiera vislumbrar con nuevos ojos el bello jardín celeste.

De pronto, alguien golpeó en la ventana y Heidi vio a su abuelo que la llamaba por señas. La niña obedeció en el acto, prometiendo a la abuela volver al día siguiente, porque aunque subiera a los altos pastos con Pedro, bajaría hacia el mediodía. La idea de poder darle unos momentos de alegría a la abuela y de hacer verle la luz en su corazón iba a ser desde entonces su mayor felicidad, una felicidad mucho mayor aún que la experimentada cuando permanecía en los pastos con las cabras, las flores y el sol brillante.

Brígida la acompañó hasta el umbral para darle el vestido y el sombrero. Heidi se colgó el vestido al brazo pensando que el abuelo ya la había visto y que siempre la reconocería, pero se negó a tomar el sombrero, manifestando a Brígida que sería inútil insistir, pues no pensaba volverlo a colocar sobre su cabeza.

Heidi estaba tan impresionada por todo lo ocurrido, que comenzó en seguida a contárselo al abuelo. Le dijo que podrían ir cada día a Dörfli a buscar panecillos para la abuela y que en el corazón de ésta se había hecho de pronto la luz, lo cual la llenaba de felicidad. Cuando terminó su relato, volvió a la primera idea y dijo convencida:

—¿Verdad, abuelo, que aunque la abuela no quiera, tú me dejarás coger el dinero del cartucho y así todos los días podré dar a Pedro una moneda para que compre un panecillo, y los domingos dos?

—Pero ¿y la cama, Heidi? —preguntó el abuelo—. No estaría de más que tuvieras una buena cama. Comprándola, aún sobraría dinero para adquirir muchos panecillos.

Pero Heidi se mantuvo en sus trece y explicó al abuelo que ella dormía mucho mejor en su lecho de heno que en el de plumas de Frankfurt. Y tanto le suplicó, que el abuelo terminó por decir:

—El dinero es tuyo, haz con él lo que quieras. Tienes suficiente para comprarle a la abuela panecillos durante muchos años.

Al oírlo, Heidi exclamó:

—¡Es maravilloso! Ya no volverá a comer la abuela pan duro y negro. ¡Nunca, nunca en mi vida he sido tan feliz, abuelo!

Heidi, que no soltaba la mano del abuelo, saltaba y lanzaba gritos de júbilo como un alegre pájaro.

De súbito, se puso seria y dijo:

—¡Oh, si Dios hubiese hecho inmediatamente todo lo que le pedí, esto no sería ahora tan hermoso! Hubiera regresado en seguida, sin poder traer a la abuela más que unos pocos panecillos, ni leerle el cántico que tanto bien le ha hecho. Pero Dios lo ha arreglado todo mucho mejor de lo que yo esperaba. Ya me lo dijo la abuela de Clara. ¡Oh, cuánto agradezco a Dios que no cediera a mis ruegos y lamentos! Desde hoy no cesaré de orar, como me recomendó la abuela de Clara, para dar las gracias a Dios. Y si no hace en seguida lo que pida, pensaré: «Seguramente, como en Frankfurt, Dios ha decidido obrar de otro modo que resulte mejor para mí». Rezaremos todos los días, ¿verdad, abuelo? No olvidaremos nunca a Dios, a fin de que él no nos olvide a nosotros.

—¿Y si alguien se olvidara de él, a pesar de todo? —murmuró el abuelo.

—¡Oh!, no será feliz y Dios le olvidará también a él, y si un día se encuentra muy desgraciado, nadie tendrá piedad de él y todos dirán: «Se ha apartado de Dios y ahora Dios se aparta de él».

—Es verdad, Heidi. ¿Dónde has aprendido eso?

—La abuela de Clara me lo ha explicado.

El anciano anduvo un buen trecho en silencio. De pronto dijo, como hablando consigo mismo:

—Cuando las cosas están hechas, hechas están. Nadie se puede volver atrás. Aquél a quien Dios olvida, olvidado queda.

—¡Oh, no, abuelo, puede uno volverse atrás! Me lo dijo la abuela de Clara. Justamente así es la historia de mi libro. Pero tú no la conoces. Cuando lleguemos a casa, te la leeré y verás qué bonita es.

Heidi aceleró el paso en la última pendiente del camino. Cuando alcanzaron la cima, la niña, asiendo la mano del abuelo, entró corriendo con él en la cabaña. El anciano dejó en el suelo la cesta que llevaba en la espalda y en la que había trasladado la mitad del contenido de la maleta, pues de otro modo, ésta hubiera sido difícil de transportar. Después se sentó en el banco y allí permaneció pensativo. Heidi reapareció en seguida con su libro debajo del brazo.

—¡Oh! Estás ya sentado, abuelo. Mucho mejor.

Se sentó a su lado: no tuvo necesidad de buscar la historia, pues la había leído y releído tantas veces, que el libro se abría solo por aquellas páginas.

Con voz vibrante, comenzó a leer la historia del hijo que se sentía muy feliz en casa de su padre: llevaba las magníficas vacas y ovejas a pacer,

vestido con sus ropas de abrigo; contemplaba la puesta de sol, apoyado en su báculo, tal como se veía en el grabado. Pero he aquí que un día quiso disponer de lo que le correspondía de su fortuna para vivir a su capricho. Y pidiendo el dinero a su padre, partió y se lo gastó todo. Entonces se vio obligado a entrar como criado en casa de un campesino, donde no había hermosos rebaños como en su casa, sino únicamente cerdos. Cuidaba, pues, cerdos y comía los restos de comida como ellos, y en vez de sus bonitas ropas de abrigo, llevaba harapos. Entonces, el muchacho se dio cuenta de lo feliz que había sido en casa de su padre, cuán bueno fue éste para con él y cuán ingrato había sido él para con su padre. Y se echó a llorar, lleno de remordimiento y de nostalgia. De pronto se dijo: «Iré a casa de mi padre, le pediré perdón y le diré: Padre, no soy digno de ser llamado hijo por ti; tenme tan sólo como criado». Muy lejos estaba aún de casa, cuando el padre, que lo vio, corrió a su encuentro.

—¿Sabes lo que sucede ahora, abuelito? —preguntó Heidi interrumpiendo su lectura—. Acaso creas que el padre estaba todavía enfadado y dijo. «Ya te lo había avisado». ¡Escucha, escucha!

»Su padre, al verle, se compadeció de él y corrió a estrecharle entre sus brazos. El muchacho dijo: «He pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de que me llames hijo». Pero el padre dijo a sus criados: «Traed las mejores ropas y vestidle con ellas. Ponedle un anillo en el dedo y unos buenos zapatos en los pies. Matad el carnero mejor cebado. Comamos y alegrémonos, pues mi hijo, que había muerto, ha vuelto a la vida; habíase perdido y lo hemos encontrado. Y todos se regocijaron».

Al ver que el abuelo permanecía silencioso cuando ella esperaba oírle expresar su admiración, Heidi le preguntó:

—¿Verdad que es una historia muy bella?

—Sí, Heidi, la historia es muy bella —repuso el anciano, pero con tono tan grave que la niña ya no dijo nada más y se sumió en la contemplación de los grabados. Después, poniendo el libro ante los ojos del abuelo, le dijo dulcemente:

—¡Mira qué bien está!

Y señaló con el dedo la imagen del hijo que volvió a la casa paterna, de pie al lado de su padre, vestido con su bonito traje nuevo.

Más tarde, cuando Heidi ya dormía profundamente, el abuelo subió por la pequeña escalera y dejó la lámpara al lado del camastro de Heidi, de modo que la luz iluminaba a la niña dormida. Ésta reposaba con las manos juntas, pues no se había olvidado de rezar. Su carita tenía tal expresión de paz y felicidad, que sin duda debió de impresionar al abuelo, pues éste estuvo contemplándola largamente, sin hacer el menor gesto. Después enlazó sus manos e inclinando

la cabeza dijo a media voz:

—Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de que me llames hijo.

Y las lágrimas rodaron por las mejillas del anciano.

Algunas horas más tarde, al amanecer, el Viejo de los Alpes, de pie, frente a su cabaña, miraba con ojos brillantes a su alrededor. La mañana del domingo resplandecía sobre las montañas. De los valles circundantes llegaban sonidos de campanas, mientras en las cimas de los árboles, los pájaros entonaban su himno matinal. El abuelo volvió a la cabaña.

—Ven, Heidi —llamó al pie de la escalera—. El sol ha salido ya. Ponte un hermoso vestido, pues iremos juntos a la iglesia.

Heidi saltó fuera de la cama. Nunca su abuelo había dicho algo así, se apresuró pues a ponerse el hermoso vestido de Frankfurt y bajó corriendo. Cuando vio a su abuelo, se detuvo delante de él y le contempló llena de asombro.

—¡Oh abuelo! Jamás te había visto así —exclamó al fin la niña—. Nunca te habías puesto ese traje de botones de plata: ¡Oh, qué elegante estás con la ropa de los domingos!

El anciano miró a la niña con una sonrisa alegre.

—También tú estás preciosa con este vestido. ¡Vamos!

Y tomando a Heidi de la mano, comenzaron el descenso de la montaña. Las campanas repicaban en todo el valle, cada vez más fuertes a medida que se iban aproximando. Heidi escuchaba embelesada:

—¿Oyes, abuelito? Es como una gran fiesta —exclamó.

En la iglesia de Dörfli estaba ya casi todo el pueblo cuando el abuelo entró de la mano de Heidi y se sentó en la última hilera de sillas. La asamblea ya había empezado a cantar, pero un feligrés que estaba sentado cerca los vio y dijo a su vecino:

—¿Te has fijado? ¡Es el Viejo de los Alpes!

La voz fue corriendo hasta que el murmullo se hizo general.

—¡El Viejo de los Alpes! ¡El Viejo de los Alpes!

Las mujeres se volvieron casi todas y casi todas desafinaron. Pero cuando el pastor subió al púlpito y comenzó a predicar, cesó la distracción, pues en sus palabras había tanto calor, tantas alabanzas y agradecimiento, que todos tuvieron el sentimiento de que algo muy feliz acababa de producirse. Al terminar el oficio religioso, el Viejo de los Alpes cogió a la niña de la mano y

se dirigió al presbiterio. Todos los que en aquel momento salían o estaban ya fuera, le siguieron con la mirada para ver si en efecto entraba en la casa parroquial. La gente se agrupó y comenzó a comentar animadamente la inesperada aparición del anciano en la iglesia. Todas las miradas se fijaban con curiosidad en la puerta del presbiterio y todos se preguntaban si saldría furioso con el pastor, o al contrario alegre y en paz: nadie sabía lo que había empujado el Viejo de los Alpes a bajar y qué había detrás de eso.

Sin embargo, en la mente de muchos se empezaba a efectuar un cambio. Uno dijo:

—A lo mejor, el Viejo de los Alpes no es tan terrible como se cuenta. No hay más que ver de qué manera coge la mano de la niña.

Otro añadió:

—Es lo que yo he dicho siempre. A buen seguro que no iría a visitar al pastor si tan malo fuera, pues le daría miedo. ¡Siempre se exagera!

El panadero ponderó:

—¿No os lo dije? Si tan terrible fuera, ¿dejaría una niña una casa donde tiene todo cuanto pueda desear para reunirse con su abuelo?

Esta buena disposición de ánimo hacia el Viejo de los Alpes se comunicó muy pronto a los demás grupos. Las mujeres también se acercaron y relataron lo que habían oído decir a Brígida y a la abuela; según ellas, el Viejo de los Alpes era muy distinto de lo que la gente pensaba. Al fin, los habitantes de Dörfli tenían cada vez más la sensación de que ahora todos estaban reunidos para dar la bienvenida a un amigo que estuvo ausente mucho tiempo.

Entre tanto el Viejo de los Alpes había entrado en el presbiterio, llamando a la puerta del cuarto del pastor. Éste abrió y, al verle, no demostró la menor sorpresa. Se hubiera dicho, por el contrario, que le esperaba. Por lo visto, su inusitada aparición en la iglesia no le había pasado inadvertida. Tomó la mano del anciano y la estrechó calurosamente; éste permaneció silencioso, incapaz de articular una sola palabra, pues no esperaba que le dispensara semejante recibimiento.

Al fin se repuso y dijo:

—Vengo a suplicar al señor pastor que olvide las palabras que le dirigí allá, en la montaña, y no me guarde rencor si me he negado a admitir sus buenos consejos. Estaba usted en lo cierto. El equivocado era yo. Pero, desde ahora, seguiré sus consejos y durante el invierno viviré en Dörfli, pues el invierno allí arriba es demasiado duro para la niña. Y si la gente del pueblo me mira con desconfianza, me resignaré, pues reconozco que no merezco otra cosa... Pero, usted, señor pastor, confía en mí, estoy seguro.

Los ojos del pastor brillaban de alegría. Volvió a tomar la mano del anciano y, estrechándola entre las suyas, le dijo emocionado:

—Vecino, usted fue a la verdadera iglesia, la de Dios, antes de bajar a la mía y me alegro mucho. No se arrepentirá usted de haber venido a vivir entre nosotros. En mi casa será usted siempre bien recibido, como amigo y como vecino, y nos lo pasaremos bien durante las veladas de invierno, pues me gusta su compañía; en cuanto a Heidi, ya le encontraremos buenos amigos.

Dicho esto, el pastor acarició la crespa cabellera de Heidi y la cogió de la mano para acompañar a su abuelo hasta la puerta. En el umbral se despidió y toda la gente reunida allí pudo ver como el pastor estrechaba durante un largo momento la mano del Viejo de los Alpes, como si éste fuera un entrañable amigo del que cuesta separarse. Y apenas la puerta del presbiterio se cerró tras el pastor, la gente se apresuró a ir al encuentro del Viejo de los Alpes. Todos querían ser los primeros en saludarle. Tantas manos se le tendieron al mismo tiempo, que el anciano no supo cuál estrechar.

Uno le decía:

—¡Cuánto me alegro, Viejo, de que haya vuelto a vernos!

Otro decía:

—Hace mucho tiempo que deseaba hablar con usted un rato.

El tumulto creció y cuando el Viejo, contestando a todos los amables saludos, anunció que pensaba pasar el invierno en Dörfli, entre sus antiguas amistades, se armó un verdadero alboroto. Se hubiera dicho que el anciano era el personaje más estimado del pueblo y que éste lamentaba haber estado privado de su compañía durante tanto tiempo. La mayor parte acompañó al abuelo y a su nieta un buen trecho hacia arriba, y, al despedirse de él, todos quisieron obtener la seguridad de que el Viejo les haría una visita la próxima vez que bajara a Dörfli. Mientras éstos volvían al pueblo, el anciano se detuvo y les siguió con la mirada. Su rostro estaba iluminado por un cálido reflejo.

Heidi, que no cesaba de mirarle, le dijo toda contenta.

—¡Abuelo, jamás has estado tan guapo como hoy!

—¿Tú crees? —repuso el anciano sonriendo—. Pues, sabes, Heidi, nunca me he sentido tan feliz, y es porque me he reconciliado con Dios y con los hombres. Dios ha sido muy bueno al enviarte a mi lado.

Al llegar a la cabaña de Pedro el cabrero, el abuelo abrió la puerta y entró.

—¡Buenos días, abuela! —dijo sin vacilar—. ¡Me parece que habremos de remendar otra vez esta casita antes de que lleguen los vientos del otoño!

—Pero ¿es posible? ¿El Viejo de los Alpes? —exclamó la abuela,

agradablemente sorprendida—. ¡Cuánto me alegro de vivir todavía para darle las gracias por todo el bien que me ha hecho! ¡Que Dios se lo pague! ¡Que Dios se lo pague!

Temblando de emoción, la abuela tendió la mano al abuelo y éste se la estrechó calurosamente.

—Tengo que hacerle un nuevo ruego —continuó la abuela—. Si algún daño le he hecho, no me castigue dejando partir a Heidi otra vez, antes de que mis huesos reposen allá abajo, junto a la iglesia. ¡Usted no sabe lo que esta niña significa para mí! —exclamó estrechando contra su pecho a Heidi, que se había acurrucado a su lado.

—No se preocupe, abuela —repuso el anciano tranquilizándola—. No quiero que semejante castigo caiga sobre usted ni sobre mí. Estaremos todos juntos y Dios quiera que durante mucho tiempo.

Brígida se llevó entonces al Viejo a un rincón de la estancia y, mostrándole el sombrero de plumas, le contó lo que había sucedido, añadiendo que no podía aceptar semejante regalo de la niña.

Pero el abuelo dirigió a Heidi una mirada de satisfacción y contestó:

—El sombrero es de ella; de modo que si no lo quiere, hace bien en dárselo a usted. Guárdelo, pues.

Esta inesperada respuesta llenó a Brígida de gozo.

—¡Pero si vale más de diez francos! —exclamó levantando el sombrero alegremente—. ¡Qué bendición nos ha traído de Frankfurt esta Heidi! Más de una vez he pensado que haría bien en enviar allí a Pedro para una temporada. ¿Qué le parece, abuelo?

En los ojos de éste apareció un destello de malicia. Repuso que el viaje no podría hacer daño al muchacho, pero que era preferible esperar una buena ocasión.

En ese instante, Pedro abrió la puerta después de haberla golpeado con tanta violencia con la cabeza, que toda la casa había vibrado. Llevaba mucha prisa. Jadeante, sin aliento, se detuvo en medio de la habitación y tendió una carta. Aquello era un acontecimiento inusitado. ¡Una carta dirigida a Heidi! Se la habían entregado al muchacho en la estafeta de Dörfli.

Todos se sentaron alrededor de la mesa sorprendidos, y Heidi, abriendo la carta, la leyó en voz alta sin vacilar. Era de Clara Sesemann, la cual contaba a Heidi que desde su partida reinaba en la casa un gran aburrimiento y que ya no lo aguantaba más. Así pues había convencido a su padre para que la dejara ir en el otoño a Ragatz. Su abuelita la acompañaría a hacer una visita a Heidi y a su abuelo. Además, su abuela le mandaba decir que Heidi había hecho muy

bien en llevarle los panecillos a la abuela de Pedro y que, para que no se los comiera a secas, le enviaba café, el cual ya estaba en camino. Añadía que Heidi habría de llevarla a casa de la abuela de Pedro cuando ella fuera a los Alpes, en otoño.

Tan agradables eran estas noticias y tanto podía hablarse sobre ellas, pues todos estaban interesados en el asunto, que el abuelo no se dio cuenta de que era ya muy tarde. La perspectiva de los días venideros les llenaba de felicidad. La dicha de estar juntos en este momento era aún más grande y la abuela exclamó:

—Lo más hermoso de todo es la visita de un viejo amigo que viene a estrecharnos la mano como antes. Nos deja en el corazón el sentimiento de que alguna vez volvemos a encontrar todo lo que amábamos. Volverá usted pronto, ¿verdad, abuelo? Y la niña, mañana mismo, ¿no es cierto?

Con un apretón de manos, le prometieron que sí. Pero ahora era preciso separarse y el abuelo reanudó con Heidi el camino de las alturas. Las mismas campanas que por la mañana les llamaron del valle, les acompañaron ahora con su apacible toque del Ángelus hasta que llegaron a la cabaña, que, bajo el sol poniente, tenía un aire de fiesta.

Cuando la abuelita de Clara fuera en el otoño, tanto Heidi como la abuela de Pedro recibirían más de una alegría y más de una sorpresa. Y en el henal acabaría por haber una verdadera cama, pues bastaba que la abuela de Clara fuera a un sitio para que en él se estableciera el orden y todo marchara bien, tanto por dentro como por fuera.

PARTE 2.

HEIDI HACE USO DE TODO LO APRENDIDO (OTRA VEZ HEIDI).

CAPÍTULO XV

PREPARATIVOS DE VIAJE.

El amable doctor que, con su autorizada voz, había decidido el regreso de Heidi a sus añoradas montañas, atravesaba la calle Ancha en dirección a la casa del señor Sesemann. Era una radiante mañana de septiembre, tan luminosa y tan dulce, que hubiérase dicho que todos los corazones debían de alegrarse. Y, sin embargo, el doctor caminaba, la mirada fija en el blanco pavimento, sin advertir el cielo azul que se extendía por encima de él. Su

rostro manifestaba una expresión de tristeza que antes no tenía y, desde la primavera, su cabello había encanecido notablemente. El doctor había tenido una hija única que era toda su alegría y con la cual había vivido en estrecha comprensión de almas. Este tesoro de su vida y único consuelo que le quedaba de un tiempo venturoso, habíale sido arrebatado por la muerte en plena juventud. Desde tan nefasto momento, el doctor había perdido el buen humor y la alegría.

Al ruido del campanillazo, Sebastián se apresuró a abrirle la puerta de entrada dando grandes muestras de respeto y de deferencia; aparte de que el doctor era el amigo más íntimo de su amo, su amabilidad le había granjeado, como en todas partes, el cariño y la simpatía de todos los de la casa del señor Sesemann.

—¿No hay nada nuevo, Sebastián? —preguntó el galeno, amable como siempre, al criado que subía la escalera tras él y que no cesaba en sus demostraciones de respeto, a pesar de que el doctor le daba la espalda y nada podía ver.

—Has hecho bien en venir, querido amigo —exclamó el señor Sesemann al verlo entrar en la habitación—. Es absolutamente necesario que hablemos nuevamente acerca del viaje a Suiza. Quiero que me digas si mantienes tu veto, ahora que hay una sensible mejoría en el estado de Clara.

—Mi querido Sesemann, ¡siempre serás el mismo! —repuso el doctor sentándose a su lado—. Quisiera que estuviera aquí tu madre, porque con ella, todo es sencillo y diáfano, todas las cosas van derechas, pero contigo no se acaba nunca. Con ésta son tres ya las veces que me has hecho venir para que te repita lo mismo.

—Sí, es verdad, tienes razón, este asunto debe molestarte; pero, querido amigo, ¿no comprendes mi situación? —El señor Sesemann puso la mano sobre el hombro del doctor para invocar su simpatía—. Es muy duro para mí negar a mi hija una cosa que yo le había prometido con tanta seguridad, y cuya esperanza ha estado alegrándola día y noche durante los últimos meses. Bien sabes que solamente animada por la idea de su próximo viaje a Suiza y de la esperanza de poder visitar a su amiguita Heidi en la montaña ha podido resistir Clara la última crisis que tan dolorosa fue. ¿Y ahora quieres que robe de golpe las esperanzas, durante tanto tiempo acariciadas, a mi pobre hija, que por su estado se ve privada de muchas alegrías? No, no puedo hacer eso.

—Sesemann, es preciso —respondió el doctor con firmeza. Y al ver que su amigo permanecía silencioso y abatido, añadió al poco rato—: Recapitulemos una vez más los hechos: hace años que Clara no ha pasado un verano tan malo como éste y no está en condiciones de emprender un largo viaje sin que nos expongamos a las peores consecuencias. Además, ya estamos en septiembre;

es posible que haga todavía días muy buenos en los Alpes, pero también puede suceder que haga frío; los días son ahora cortos y, en cuanto a las noches, es imposible pensar en que Clara las pase arriba en las montañas. ¡No hay ni que soñarlo! No le quedaría, por lo tanto, más que un tiempo muy breve, porque desde Ragatz a la cabaña del abuelo de Heidi debe de haber algunas horas de camino, máxime cuando hay que subir a la niña en brazos. En resumen, Sesemann, el viaje no es practicable ahora. Pero, si quieres, iré contigo para que, entre los dos, convenzamos a Clara, que es una niña muy razonable. Además, yo le hablaré de mi proyecto, que consiste en que no vaya a Ragatz hasta el mes de mayo próximo. Allí la someteremos a una larga cura de baños hasta que el tiempo sea absolutamente bueno y sepamos que arriba, en la montaña, hace mucho sol. Entonces podrá ser llevada de cuando en cuando a la cabaña de Heidi y, fortalecida por la cura de baños, gozará mucho mejor que ahora de las excursiones a la montaña. No has de perder de vista, Sesemann, que si queremos conservar la esperanza de la mejoría del estado de tu hija es preciso observar la mayor prudencia y los cuidados más minuciosos.

El señor Sesemann, que había escuchado a su amigo en silencio y con un gesto de triste resignación, levantó de pronto la cabeza y exclamó:

—Dime, por lo menos, y con absoluta sinceridad: ¿conservas tú, realmente, alguna esperanza en un cambio de su estado?

El doctor alzó los hombros.

—Poca —respondió en voz baja—. Pero, querido amigo, ¡fíjate un poco en mi caso y compáralo con el tuyo! ¿No tienes tú una hija que te quiere, que lamenta tu ausencia y que se alegra cuando regresas? Tú, cuando entras en tu casa, nunca la encuentras vacía y nunca tienes que sentarte solo a la mesa. Y tu hija también tiene motivos para ser feliz; es verdad que está privada de muchas cosas de las que disfrutaban otras niñas, pero ¡en cuántos sentidos goza de privilegios que otras no tienen! No, Sesemann, ninguno de los dos podéis quejaros, porque os hacéis compañía y habéis de consideraros dichosos. ¡Acuérdate de mi casa solitaria!

El señor Sesemann habíase levantado y paseábase por la estancia a grandes pasos, costumbre inveterada en él cuando se hallaba muy preocupado. De pronto se detuvo frente a su amigo y dándole una palmada en el hombro le dijo:

—Doctor, tengo una idea. Me duele verte así; no eres ya el mismo de antes; es preciso que te distraigas un poco. ¿Sabes cómo? ¡Serás tú quien irá a Suiza y hará de nuestra parte una visita a la pequeña Heidi en la montaña!

La proposición cogió de sorpresa al doctor, pero a pesar de sus protestas, su amigo no lo dejó hablar, sino que, asiéndolo por un brazo, lo llevó a la

habitación de su hija. La aparición del doctor constituía para la enferma un motivo de alegría, porque la había tratado siempre con mucho afecto y sabía contarle cada vez alguna cosa divertida y alegre. Ahora había cambiado, pero Clara comprendía el porqué de su tristeza y hubiera querido poder devolverle su antigua alegría.

En el momento que el doctor entró, acompañado de su amigo, la niña le tendió las manos y le obligó a sentarse a su lado. El señor Sesemann acercó una butaca y, tomando las manos de Clara entre las suyas, empezó a hablarle del viaje a Suiza, diciendo cuánto le hubiera gustado que se realizara. Pasó rápidamente por encima del punto principal, el de la imposibilidad de emprender el viaje en aquel momento, porque temía un poco las lágrimas de su hija. Apresuróse, por el contrario, a explicar detalladamente las ventajas de la nueva idea que se le había ocurrido, haciéndole ver a Clara la gran alegría que el viaje causaría a su buen amigo el doctor.

Las lágrimas habíanse asomado, en efecto, a los ojos azules de la niña, por más esfuerzos que ésta hacía para reprimirlas. Sabía que a su padre no le gustaba verla llorar, pero era difícil contenerse al ver que todo se había terminado, que ya no haría el viaje en que había pensado todo el verano y cuya próxima realización había sido la única alegría de su vida solitaria y triste. Sin embargo, Clara no tenía por costumbre enojarse con su padre; sabía muy bien que sólo le negaba aquello que podría perjudicarla; trató, pues, de reprimir las lágrimas y de conformarse con la única esperanza que le quedaba. Cogió la mano de su amigo el doctor y, acariciándosela, le dijo muy animada:

—Sí, sí, querido doctor, vaya usted a ver a Heidi y vuelva pronto para contarme cómo está y qué hace allá arriba en la montaña, qué hace su abuelo y Pedro, y las cabras. ¡Los conozco a todos tan bien! Además, usted se llevará el paquete que quiero enviar a Heidi; ya sé lo que pondré para ella y también para la abuelita de Pedro. ¡Oh, querido amigo, vaya usted, se lo ruego! Y le prometo, en cambio, tomar tanto aceite de hígado de bacalao como usted quiera.

No es posible saber si este último argumento decidió el asunto, pero es de creerlo, porque el doctor dijo sonriendo:

—Entonces será necesario que vaya, querida Clara, y así tú te harás fuerte y gruesa, como tu papá y yo queremos. Y dime, ¿cuándo he de emprender el viaje? ¿Lo has decidido también?

—Lo mejor será que salga usted mañana muy temprano —respondió Clara.

—Sí, Clara tiene razón —intervino el padre de la niña—, aún brilla el sol, todavía está azul; no hay, pues, un minuto que perder. Sería una lástima restar un solo día del tiempo que tú podrías pasar en los Alpes antes de que cambie

el tiempo.

El doctor no pudo menos que echarse a reír.

Mas, cuando se levantó para irse, Clara lo retuvo. Quería confiarle aún un sinfín de recados para Heidi y encargarle que se fijara en los Alpes y en todo, para que a su regreso pudiera darle un detallado relato de sus impresiones. En cuanto al paquete para Heidi, más tarde se lo enviaría a su casa, porque era preciso que la señorita Rottenmeier la ayudara a empaquetarlo todo y, en aquel momento, la dama había salido para una de sus expediciones a la ciudad, de las que no solía regresar tan pronto.

El doctor prometió cumplir todos los encargos con la mayor exactitud y ponerse en camino, si no al día siguiente a primera hora, por lo menos durante el curso del día, y prometió también dar a la niña exacta cuenta de su viaje y de todo lo que hubiera visto.

Los domésticos tienen frecuentemente un don muy particular para enterarse de lo que pasa en casa de sus amos mucho tiempo antes de que éstos les digan una palabra. Sebastián y Tinette debían de tener este don en un grado muy elevado, porque, en el momento en que el doctor, acompañado de Sebastián, bajaba la escalera, Tinette entró en la estancia de Clara, acudiendo a su llamada.

—Vaya usted a llenar esta cajita de aquellos pasteles y dulces como los que hemos tomado por la tarde a la hora del café, Tinette —dijo Clara señalando una caja que desde hacía tiempo tenía preparada para ello.

Tinette cogió el objeto por un canto y lo balanceaba entre dos dedos con aire desdeñoso. Llegada a la puerta, se permitió una observación impertinente:

—¡Como si valiera la pena! —dijo.

En cuanto a Sebastián, después de abrir la puerta de la calle con su acostumbrada cortesía, dijo, inclinándose:

—Si el doctor quisiera tener la bondad de dar también a la pequeña señorita recuerdos de Sebastián...

—¡Ah, caramba! —respondió el doctor afablemente—, de modo que, Sebastián, ¿usted ya sabe que voy a hacer un viaje?

Sebastián tuvo un ligero acceso de tos.

—Yo soy... yo he... yo mismo no sé bien... ¡Ah!, sí, ahora recuerdo: acabo de pasar casualmente por el comedor y he oído pronunciar el nombre de la señorita y, como son las cosas, de un pensamiento viene otro y... de este modo...

—Bien, bien, Sebastián —interrumpió el doctor sonriendo—, y cuantos

más pensamientos se tienen, más se sabe, ya lo sé. Hasta la vista, Sebastián, y descuide, que yo transmitiré sus saludos.

Al franquear el umbral de la puerta para alejarse rápidamente, el doctor se halló frente a un obstáculo imprevisto: el viento fuerte que soplaba había hecho imposible que la señorita Rottenmeier continuara su paseo por la ciudad y acababa de llegar en aquel momento. El viento ahuecó el gran chal blanco en que la dama iba envuelta, lo cual dio la sensación de que había largado una vela. El doctor se echó rápidamente atrás, pero la señorita Rottenmeier, que siempre le había demostrado una consideración y una deferencia muy especiales, se retiró con la mayor cortesía, y así los dos permanecieron durante un largo rato frente a frente, insistiendo, con mudos ademanes, en cederse mutuamente el paso. Otra ráfaga de viento puso, de pronto, fin a la situación, empujando a la señorita Rottenmeier a toda vela sobre el doctor. Éste no tuvo más que el tiempo justo para apartarse, y la dama, con la fuerza del empuje, fue a parar mucho más allá del umbral, por lo que se vio obligada a volver sobre sus pasos para saludar convenientemente al amigo de la casa.

Este incidente hubiera causado el enojo de la dama, si el tono y las maneras del doctor no hubieran logrado aplacar inmediatamente su vanidad herida y transformarla en una disposición llena de dulzura. Después le participó el proyecto de su próximo viaje y le rogó, del modo más lisonjero, que arreglara el paquete para Heidi como solamente ella sabía hacerlo. Luego se despidió de ella con las mismas muestras de deferencia.

Clara esperaba que sería preciso librar algunas luchas con la señorita Rottenmeier antes de obtener su autorización para el envío de todos los objetos que había destinado para su amiguita Heidi. Mas aquella vez se engañó, porque la dama se mostró excepcionalmente bien dispuesta a concederle todo. Con una rapidez inusitada, quitó todos los objetos de la mesa para extender en ella cómodamente las cosas que Clara había reunido y para empaquetarlo todo en presencia suya. No fue un trabajo fácil, porque el paquete se había de formar con los objetos más diversos. Además, había que incluir el grueso capuchón que Clara destinaba a Heidi para que ésta pudiera bajar durante el invierno, tantas veces como quisiera, a la cabaña de la abuela de Pedro, sin verse obligada a aguardar que el abuelo la acompañara y la envolviera en el saco que le servía de resguardo contra el frío. Había también para la abuela un grueso chal para que se abrigara con él y no tuviera que temblar de frío cuando, en invierno, el viento sacudía la cabaña con sus furiosas embestidas. Entre otras cosas, destinaba Clara a la abuela una caja llena de pastelillos tiernos para que pudiera comer, aunque sólo fuera por una vez, otra cosa que un panecillo con el café. Luego incluía un gran salchichón. Clara había pensado mandarlo a Pedro, porque éste nunca tenía más que pan y queso para comer, pero luego reflexionó y se dijo que el chico, loco de contento, podría

devorarlo todo de una vez. De aquí que decidiera enviárselo a Brígida, la madre de Pedro, que seguramente cortaría antes unos buenos trozos para sí y para la abuela y daría el resto en varias veces a su hijo. No faltaba tampoco un saquito de tabaco para el abuelo de Heidi, que gustaba tanto de fumar en pipa, sentado, por las tardes, delante de su casita. Por último, había una gran cantidad de pequeñas cajitas, bolsitas y paquetitos misteriosos, en cuya recolección habíase divertido Clara particularmente, y en los que Heidi hallaría toda clase de sorpresas destinadas a causarle la mayor alegría.

Por fin quedó terminada la obra y en el suelo se veía un enorme fardo listo para ser llevado a casa del doctor. La señorita Rottenmeier lo contemplaba, sumida en profundas reflexiones acerca del arte de embalar, mientras Clara lo miraba muy satisfecha, imaginándose los saltos de alegría y las exclamaciones de Heidi cuando recibiera aquellos regalos. Un poco más tarde, Sebastián entró en la habitación y, con sus brazos vigorosos, cargó el fardo sobre su espalda para llevarlo inmediatamente a casa del doctor.

CAPÍTULO XVI

UNA VISITA A LOS ALPES.

La aurora coloreaba las montañas; el viento fresco de la madrugada, pasando a través de las copas de los abetos centenarios, mecía sus ramas fuertemente de un lado a otro. Heidi abrió los ojos. Aquel rumor la había despertado. El susurro de los abetos llegaba siempre a lo más hondo de su ser y la impelía con fuerza irresistible hacia ellos. Saltó del lecho y, aunque por su gusto lo hubiera dejado todo por salir en el acto, se vistió con esmero, pues había aprendido que el orden y la limpieza eran imprescindibles.

Una vez arreglada, bajó la escalera de mano. El lecho del abuelo ya estaba vacío y Heidi se precipitó al exterior. Allí, frente a la cabaña, como todos los días, vio al anciano ocupado en examinar detenidamente el cielo para ver cómo se presentaba el tiempo.

Algunas nubecillas rosadas atravesaban el firmamento, que aparecía cada vez más azul; el sol surgía por detrás de las altas rocas desparramando raudales de oro sobre las cumbres y los campos.

—¡Oh, qué hermoso es esto! ¡Buenos días, abuelito! —exclamó Heidi brincando de alegría.

—¿Qué, también tú has abierto los ojos? ¡Y cómo te brillan! —repuso el abuelo, dando la mano a su nietecita en señal de saludo mañanero.

Heidi fue corriendo hacia los abetos y se puso a saltar alegremente debajo de las inquietas ramas dando gritos de alegría a cada nueva ráfaga, a cada nuevo aullido del viento.

Mientras, el abuelo había ido al establo y lo abrió para que saliesen Diana y Blanquita, sus dos cabras; se puso a asearlas debidamente para que estuviesen preparadas a subir, como todos los días, a los pasturajes, y las llevó después a la puerta de la cabaña. Al ver a sus dos amigas, Heidi acudió corriendo y, abrazándolas por el cuello, les dio los buenos días. Las cabritas respondieron con alegres balidos; cada una de ellas quería demostrar mejor que la otra su cariño por Heidi, frotando la cabeza contra el cuerpo de la niña y apretándola cada vez más hasta que parecía que iba a quedar aplastada entre los dos animalitos. Mas Heidi no tenía miedo, porque, aun cuando Diana la empujaba fuertemente y le daba golpes con la cabeza, no tenía más que decirle: «No, Diana, no hagas eso, porque te pareces al Gran Turco», y en seguida la cabra se retiraba y tomaba un aire más amable, mientras que Blanquita erguía la cabeza con un movimiento lleno de dignidad, como si quisiera decir: «A mí sí que no han de decirme que me parezco al Gran Turco», y es que la cabrita blanca tenía mucha más distinción que su compañera.

En aquel momento sonó el silbido de Pedro en la parte baja del camino y, al poco rato, todas las cabras llegaban saltando, la ágil Cascabel delante. Heidi se metió inmediatamente en medio del hato, empujada de todos lados por las cabras, que demostraban con viveza la atracción que la niña ejercía sobre ellas. Heidi se abrió paso con energía para llegar al lado de Blancanieves, que se veía rechazada por las cabras mayores que ella cada vez que quería acercarse. Detrás del hato llegó Pedro, dio un formidable silbido a fin de obligar a los animales a tomar el camino del pasturaje, mientras él se acercaba a Heidi, a la que deseaba decir algo. Al sonar el silbido, las cabras se apartaron y Pedro pudo llegar junto a Heidi. Colocándose delante de la niña, dijo en tono de reproche:

—Podrías comenzar de nuevo a subir conmigo ahí arriba.

—No, Pedro, es imposible —respondió Heidi—, pueden llegar de un momento a otro de Francfort y es preciso que me quede en casa.

—Hace mucho tiempo que estás diciendo lo mismo —gruñó Pedro.

—Naturalmente, porque siempre sucede igual, hasta que lleguen. Acaso te parecerá bien que yo esté lejos de casa cuando ellos lleguen de tan lejos para verme, ¿verdad? ¿Lo crees así?

—Pueden visitar al Viejo —repuso Pedro de mal humor.

En aquel instante se oyó la recia voz del Viejo, que se hallaba junto a la

puerta de la cabaña:

—¿Por qué no se pone el ejército en marcha? ¿Quién tiene la culpa, el general o la tropa?

Pedro dio inmediatamente la vuelta e hizo sonar fuertemente el látigo. Las cabras, que conocían aquella señal se pusieron en marcha y, seguidas de Pedro, galoparon en dirección a los campos de pastos.

Heidi, desde que había vuelto al lado de su abuelo, pensaba en cosas que antes no se le ocurrían. Así, hacía ella misma la cama, no sin que le costara gran trabajo arreglar con sus manecitas las mantas e igualar el heno. Luego ponía orden en la cabaña, colocaba las sillas y taburetes en su sitio, recogía las cosas dispersas y las metía en el armario. Después tomaba un trapo y frotaba la mesa hasta que quedaba muy pulida. Y más tarde entraba el abuelo, contemplaba la obra de la niña con gran satisfacción y decía:

—En nuestra casita siempre parece domingo. No en balde ha estado Heidi en la ciudad.

También aquel día, después de marcharse Pedro con sus cabras y después de haberse desayunado en compañía de su abuelo, la niña se puso a trabajar; pero le costó mucho terminar. A cada momento interrumpía su labor para correr afuera porque le parecía que aquella mañana era más bella que ninguna. Y cuando los alegres rayos del sol penetraron por la ventana y parecían decirle: «Sal, Heidi, sal», la niña no pudo resistir la invitación, dejó su trabajo y salió para contemplar la gloria del sol. La casa, las montañas y los valles resplandecían a la luz solar, y el suelo de la pendiente se le mostraba tan dorado y seco, que Heidi se dijo que era bueno sentarse allí y contemplarlo. Así lo hizo, mas a poco recordó que el taburete aún estaba en medio de la cabaña y que la mesa no había sido limpiada después del desayuno. Rápidamente se puso en pie y volvió a la cabaña. Mas no tardó en advertir que los viejos abetos susurraban más fuerte que nunca, movidos por el viento, y el ritmo se le metió en el cuerpo; la niña volvió a salir para brincar un rato debajo de los árboles al son del rumor de las ramas.

El abuelo, entre tanto, habíase puesto a trabajar en el cobertizo detrás de la casa y de cuando en cuando salía para contemplar sonriendo cómo saltaba su nieta. Así acababa de hacerlo otra vez y había vuelto al cobertizo, cuando, de pronto, sonó el grito de Heidi:

—¡Abuelo! ¡Abuelito! ¡Ven, ven!

El viejo salió rápidamente, un poco asustado por lo que pudiera haber sucedido a la niña. La vio corriendo pendiente abajo y gritando:

—¡Que vienen, que vienen! ¡Ya veo al doctor!

Heidi se precipitó al encuentro de su buen amigo. Éste la saludaba con la mano. Cuando la pequeña lo alcanzó, lo abrazó cariñosamente y exclamó conmovida:

—¡Buenos días, señor doctor! Y muchas, muchas gracias.

—¡Buenos días, Heidi, que Dios sea contigo! ¿Y por qué me das las gracias ya ahora? —preguntó el doctor sonriendo.

—Pues porque he podido volver a casa de mi abuelo.

El rostro del doctor resplandeció como iluminado por un rayo de sol. No había sospechado que le dieran tan buena acogida en los Alpes. Siempre sumido en sus tristes pensamientos y sintiéndose, más que nunca, muy solitario, había subido a la montaña sin advertir las bellezas de la Naturaleza, que aumentaban a medida que subía. Habíase dicho que lo más probable sería que la pequeña Heidi no lo reconociera, toda vez que lo había visto sólo de cuando en cuando. Además, tenía la impresión de que con su persona llevaba una decepción a la niña y que, naturalmente, no habían de recibirlo bien. Pero, muy al contrario, los ojos de Heidi brillaban de alegría y, llena de agradecimiento y de afecto, no le soltaba del brazo.

El doctor, con ternura paternal, cogió a la niña de la mano y le dijo:

—Vamos, Heidi, llévame junto a tu abuelo y enséñame tu casa.

Mas Heidi no se movía del sitio; con mirada de sorpresa miraba hacia el valle.

—¿Dónde están Clara y la abuelita? —preguntó por último.

—Sí, es verdad, he de decirte lo que ha de causarte pesar, como me entristece a mí —dijo el doctor—. He venido solo, Heidi. Clara estaba muy enferma y no podía ponerse en camino; por lo tanto, tampoco puede venir su abuela. Pero en la próxima primavera, cuando los días sean largos y el sol caliente más, entonces es seguro que vendrán.

Heidi se quedó quieta, muy decepcionada. No podía comprender que toda la alegría que de antemano experimentara se desvaneciera así de pronto. Permaneció inmóvil, como aturdida ante aquel golpe inesperado. El doctor guardó silencio; todo a su alrededor estaba quieto; sólo más arriba se oía el viento que sacudía los altos abetos. Súbitamente, Heidi recordó por qué había bajado corriendo la pendiente y que su buen amigo el doctor había venido a verla. Entonces alzó la vista y vio que sus ojos estaban tan tristes como nunca los tuviera allá en Francfort. La mirada de su buen amigo le llegó al corazón, porque Heidi no podía ver que nadie estuviera triste, y menos aquel hombre tan bondadoso. Seguramente el doctor sufría porque Clara y la abuelita no habían podido acompañarlo, se dijo Heidi, y en seguida buscó un consuelo y

lo halló.

—¡Oh, no tardará en llegar la primavera —dijo en tono consolador—, y entonces vendrán, con toda seguridad! Aquí, en las montañas, el tiempo pasa muy rápido y, además, viniendo en primavera, pueden permanecer más tiempo y Clara seguramente lo preferirá mejor así. Ahora, vámonos a ver al abuelito.

Y poniendo su mano en la del buen amigo, empezó a subir la cuesta hacia la cabaña. Heidi tenía tanto deseo de devolver al doctor la alegría y la felicidad, que comenzó de nuevo a demostrarle cuán rápidamente pasaba el tiempo en los Alpes y que los largos y cálidos días del verano volverían muy pronto, mucho antes de que uno se diera cuenta. Hablaba con tanta convicción que se olvidó de la decepción que sufriera poco antes y, apenas vio a su abuelo, empezó a gritar alegremente:

—Todavía no han venido, pero el tiempo pasará rápidamente y entonces vendrán.

El doctor no era para el abuelo un desconocido, pues la niña había hablado de él muchas veces. El Viejo tendió, pues, la mano al recién llegado y lo saludó con gran cordialidad. Luego los dos hombres se sentaron en el banco delante de la casa, dejando un pequeño lugar para Heidi, a la que el doctor hizo señas para que se sentara a su lado. Contó a los dos cómo el señor Sesemann lo había animado para hacer el viaje y cómo él mismo había encontrado que la excursión le podría sentar muy bien, porque desde hacía algún tiempo su salud no era muy buena. Luego, volviéndose a Heidi, le dijo al oído que pronto vería llegar una cosa que había venido con él desde Francfort y que le causaría, seguramente, mucha más alegría que el viejo doctor. Heidi se mostró muy intrigada, y hubiera querido saber en seguida de qué se trataba.

El Viejo trató de convencer al doctor de que pasara allí en los Alpes aquellos hermosos días de otoño o que, por lo menos, subiese cada vez que el tiempo fuese bueno. Lamentaba no poder ofrecerle alojamiento en la cabaña porque no había medio de arreglarlo. Le aconsejó que no volviera al balneario de Ragatz, sino que tomara una habitación en Dörfli, por ejemplo, en la posada del pueblo, la cual, aunque sencilla y modesta, era agradable y limpia. De este modo el doctor podría subir todas las mañanas a la montaña, lo que no podría menos de hacerle bien, aseguraba el Viejo muy convencido, y añadió que, además, él tendría sumo placer en servirle de guía para enseñarle las partes más elevadas de aquella región, donde hallarían sitios que seguramente serían de su agrado.

Mientras, el sol había ido remontándose en el cielo y señalaba el mediodía. El viento se había calmado y los abetos guardaban silencio desde hacía largo rato. El aire, que era delicioso y suave aún, a pesar de la altura en que se

hallaba la cabaña, llevaba una agradable frescura hacia el banco soleado.

El Viejo se levantó al fin y entró un momento en la cabaña, de la cual salió con la mesa que colocó delante del banco.

—Ahora, Heidi, ve a buscar lo que hace falta para comer —dijo—. El señor doctor habrá de contentarse con lo que podemos ofrecerle, y si nuestra cocina es sencilla, el comedor, por lo menos, es una cosa que se puede ver.

—Soy de la misma opinión —repuso el doctor, mirando hacia el valle inundado de sol—, y acepto gustoso la invitación. Aquí arriba la comida ha de saber bien.

Heidi iba y venía, ágil como una ardilla, y llevó todo lo que encontraba en el armario, porque, para ella, era una gran alegría poder ofrecer hospitalidad al doctor. El abuelo, mientras tanto, preparó la colación y no tardó en salir de la cabaña con la cacerola de leche caliente y el queso tostado de color de oro. Luego cortó largas y delgadas lonjas de carne de un color rojo, que él mismo se encargaba de secar al aire. El doctor halló la comida tan excelente que declaró con entusiasmo que en todo el año no había comido tan bien.

—Sí, sí, es preciso que nuestra Clara venga sin falta. Aquí puede adquirir nuevas fuerzas y, si come durante una temporada como acabo de comer yo, se pondrá robusta y lozana como no lo ha estado en su vida.

En aquel momento apareció en el sendero del valle un hombre que llevaba un gran fardo. Cuando llegó delante de la cabaña, se detuvo jadeante, dejó caer su carga en tierra y aspiró anhelante el aire fresco de la montaña.

—¡Ah, ya está aquí lo que ha venido conmigo desde Francfort! —exclamó el doctor, y se levantó para conducir a Heidi cerca del fardo.

Comenzó a deshacerlo y, cuando hubo quitado el primer envoltorio, que era el más grueso, dijo:

—Ahora, pequeña, te toca a ti continuar la obra. Saca tú misma tus tesoros.

Heidi obedeció y, a medida que el fardo se deshacía, contemplaba con ojos asombrados el contenido. El doctor se acercó de nuevo y, quitando la tapa de la caja grande, enseñó a Heidi lo que había dentro, diciendo:

—¡Fíjate en lo que hay aquí para que la abuela lo tome con su café!

Sólo entonces recobró la niña el habla y exclamó fuera de sí de alegría:

—¡Oh, ahora la abuelita podrá también comer pasteles!

Y se puso a saltar y a brincar alrededor de la caja; quería a todo trance volver a hacer el paquete para llevarlo todo a la choza de la abuela de Pedro. Pero el Viejo se opuso y decidió que iría más tarde, hacia el atardecer, cuando

acompañasen al doctor. Heidi volvió a la obra; no tardó en descubrir el saquito de tabaco y lo llevó en seguida al abuelo, el cual se mostró muy satisfecho y en seguida llenó su pipa con parte del regalo. Luego, los dos hombres, sentados en el banco y lanzando ambos grandes nubes de humo, empezaron una animada conversación, mientras Heidi iba y venía sin cesar de uno a otro de sus tesoros. De pronto se dirigió a los interlocutores, se colocó delante de su amigo y, cuando advirtió una pausa en la conversación, declaró en tono perentorio:

—No, eso no me ha causado más alegría que la llegada de mi amigo el doctor.

Los dos hombres no pudieron menos de echarse a reír, y el doctor aseguró muy formalmente que no lo hubiese creído.

Cuando el sol estaba a punto de desaparecer detrás de las altas cumbres de las montañas, el visitante se levantó para descender a Dörfli, donde había decidido buscarse alojamiento. El abuelo tomó la caja de los pasteles debajo del brazo, así como el enorme salchichón y el chal, mientras que Heidi se cogió de la mano de su amigo, y así bajaron los tres hasta la choza de Pedro, el cabrero, donde se despidieron. Heidi debía entrar a ver a la abuela y allí esperaba el regreso del Viejo, que quería acompañar al doctor hasta Dörfli. Cuando el doctor tendió la mano a la niña para despedirse de ella, Heidi le dijo:

—¿Le gustaría subir mañana a los prados, con las cabritas?

—Muy bien, Heidi, iremos juntos —respondió aquél.

Los dos hombres continuaron su camino y Heidi entró en la choza de la abuela. Primero llevó allí, no sin grandes fatigas, la enorme caja de pasteles; luego se vio obligada a volver a salir, porque el abuelo había colocado las cosas delante de la puerta, para buscar el salchichón y el chal. Llevó las tres cosas lo más cerca posible de la abuela para que ésta pudiera tocarlas con la mano y darse cuenta de lo que eran. En cuanto al chal, ella misma se lo colocó sobre las rodillas.

—Todo esto viene de Francfort, de parte de Clara y de su abuela —explicó a la asombrada anciana y a Brígida, a quien la sorpresa había paralizado brazos y piernas y estaba mirando, sin moverse, cómo se esforzaba Heidi por entrar aquellos grandes objetos.

—Pero ¿verdad, abuelita, que los pasteles te gustan mucho? Tócalos y verás qué tiernos son —decía la niña.

—Sí, sí, Heidi —respondió la anciana—. ¡Qué personas tan amables! —Y pasando nuevamente la mano sobre el suave tejido del chal, dijo—: ¡Esto sí

que es una cosa preciosa para el invierno! ¡Jamás en la vida hubiera creído que yo iba a poseer una cosa tan maravillosa!

Heidi, sin embargo, extrañaba grandemente que la abuela He alegrase más por el chal que por los pasteles. Brígida seguía admirando el salchichón gigantesco, y lo miraba con cierto respeto. No había visto nunca un embutido de aquel tamaño. ¿Era verdaderamente suyo? ¿Podría ella cortarlo? Tal ventura le parecía increíble. Y movía la cabeza expresando sus dudas al decir:

—Será necesario preguntar al Viejo qué significa esto.

Pero Heidi respondió sin vacilación:

—Esto no significa otra cosa sino que se ha de comer.

En aquel momento entró Pedro en la cabaña, tropezando, como siempre, con todo.

—El Viejo sube detrás de mí y Heidi ha de...

No pudo continuar. Su mirada había caído sobre la mesa y, a la vista del salchichón, se sobrecogió de tal modo que no encontraba palabras que decir. No obstante, Heidi había entendido el mensaje inacabado y se dio prisa en despedirse de la abuela.

Sin embargo, el Viejo ya no pasaba, como antes, por delante de la choza sin entrar a saludar a la anciana; a ésta le gustaba oír el paso de aquél, porque siempre le decía algunas frases de consuelo. Mas aquella noche se hacía tarde para Heidi, que siempre se levantaba al rayar el alba, y el abuelo, decidido a que a la niña no le faltara el descanso, se limitó a llamarla desde la puerta, deseando a la anciana que pasara buena noche. Luego cogió a Heidi de la mano, cuando ésta se acercó saltando como siempre, y así caminaron los dos amparados por el firmamento lleno de estrellas, hacia la apacible cabaña.

CAPÍTULO XVII

UNA COMPENSACIÓN.

El doctor salió al día siguiente muy de mañana de Dörfli para subir en compañía de Pedro hacia la cabaña del Viejo de los Alpes. Animado por su acostumbrada bondad, trató repetidas veces de entablar conversación con el pastorcillo, pero fue en vano; Pedro respondía apenas con monosílabos a sus preguntas; era muy difícil hacerlo hablar. En vista de la inutilidad de sus esfuerzos, el doctor desistió de su empeño y, en silencio, llegaron a la cabaña. Heidi les aguardaba ya con sus cabritas, formando entre los tres un alegre

grupo iluminado por los primeros rayos del sol que caían sobre las alturas.

—¿Vienes? —preguntó Pedro, que no dejaba de hacer todas las mañanas la misma pregunta.

—Naturalmente, iré si el señor doctor viene con nosotros —respondió la niña.

Pedro echó sobre el doctor una mirada de soslayo. En aquel momento apareció el abuelo con el bolso de las provisiones. Saludó primero al doctor con gran respeto, luego se aproximó a Pedro y le dio el saquito para que se lo colgara en el hombro. Pesaban las provisiones aquel día más que otros, porque el Viejo había añadido un buen trozo de carne seca, pensando que si el doctor encontraba agradable la estancia en los campos de pasto, tal vez le gustaría comer con los niños allá arriba. Pedro tuvo en seguida el presentimiento de que en el saquito se hallaba algo inusitado, y su rostro se animó con una alegre sonrisa.

Inmediatamente comenzaron el ascenso a la montaña. Heidi, desde el primer momento se vio rodeada de las cabritas, cada una de las cuales quería estar más próxima a ella que las otras, y se disputaban mutuamente el sitio. Después de dejarse arrastrar durante un rato por el rebaño, la niña se detuvo y dirigió a los animalitos esta breve exhortación:

—Ahora vais a hacer el favor de correr delante de nosotros sin volver a cada paso para empujarme, porque deseo ir al lado del señor doctor. ¡Hala, a correr!

Y como Blancanieves no cesaba de frotar la cabeza contra Heidi, ésta le pasó la mano suavemente sobre el dorso y le recomendó que fuera muy obediente. Después se abrió camino para salir de entre las cabras y se colocó al lado del doctor, el cual la cogió de la mano. Esta vez no tuvo necesidad de buscar un tema que le sirviera de conversación, porque Heidi comenzó inmediatamente a charlar alegremente. Tenía tantas cosas que contarle al buen doctor acerca de las cabritas y de sus excentricidades, sobre las flores, las rocas, los pajaritos, que el tiempo pasó sin que se dieran cuenta y pronto se hallaron en el campo donde las cabras solían pacer. Durante la subida, Pedro había lanzado al doctor constantemente miradas de soslayo, tan furiosas, que bien hubieran podido causarle miedo, pero afortunadamente no las había advertido.

Heidi condujo a su amigo al sitio donde ella solía sentarse para contemplar las montañas y el valle, sitio que prefería a todos los demás. Allí se sentó, como de costumbre, y el doctor se colocó a su lado, sentándose también sobre la soleada hierba del prado.

La radiante luz de una mañana de otoño envolvía con sus rayos de oro las

cimas de la montaña y el gran valle verdeante. De los prados situados en planos más bajos subía el tintineo de las campanitas de los rebaños, cuyo dulce sonido daba una impresión de bienestar y de paz. Enfrente brillaban con mil destellos las grandes sábanas de nieve, y el Falkner elevaba su masa de roca grisácea y majestuosa hasta el mismo azul del cielo. La brisa de la mañana, fresca y deliciosa, mecía suavemente las últimas campanillas que quedaban entre la hierba y que parecían mover gozosas sus corolas al calor del sol. Sobre ellos se cernía el ave de rapiña describiendo grandes círculos, pero aquel día no gritaba, sino que, con las alas extendidas, volaba con lentitud a través del espacio azulado. Heidi giraba la vista en torno y contemplaba con alegría el cielo azul, los rayos del sol y el feliz pájaro en los aires. Todo era tan bello, tan hermoso, que los ojos de la niña se llenaban de felicidad. Se volvió hacia su amigo para asegurarse de que también él veía todas aquellas cosas. El doctor había permanecido hasta entonces silencioso y pensativo, mas cuando vio los ojos radiantes de alegría de la niña, dijo:

—Sí, Heidi, aquí arriba se podría estar muy bien. Mas si se tiene el corazón lleno de tristeza, ¿cómo se ha de hacer para gozar de tanta belleza?

—¡Oh, oh! —exclamó Heidi alegremente—, aquí no se tiene nunca el corazón triste, eso sólo sucede en Francfort.

En el rostro del doctor apareció una sonrisa fugaz.

—Y si uno viene de Francfort —dijo— y trae la tristeza consigo a estas montañas, ¿qué remedio propondrías, Heidi?

—Pues no hay más que decírselo a Dios Nuestro Señor cuando uno no sabe qué hacer —respondió ella con confianza.

—Sí, hija mía, tu idea es excelente —repuso el doctor—, pero cuando ha sido Él quien nos ha enviado lo que nos entristece y nos hace infelices, ¿qué se le puede decir a Dios?

Esta pregunta hizo reflexionar a Heidi, mas como ella estaba plenamente convencida de que Dios nos ayuda en todas nuestras tribulaciones, buscó la respuesta en algún hecho que lo sucediera a ella misma.

—Entonces es preciso esperar —dijo al fin con aplomo— y pensar siempre: «Dios sabe ya qué alegría me mandará después de esta tristeza mía». Debemos tener siempre paciencia y no desesperar jamás. Porque de pronto sucede algo y nos damos cuenta de que Dios ha tenido siempre algo bueno reservado para nosotros. Pero cuando uno se empeña en no ver sino las cosas por el lado triste, parece que todo haya de ser siempre así.

—Acabas de decir una gran verdad, querida Heidi; no te olvides nunca de ella —dijo el doctor.

Durante algún tiempo, el doctor siguió contemplando en silencio las formidables masas de rocas que les rodeaban por todas partes y el verde valle iluminado por el sol; luego prosiguió:

—Mira, Heidi; se puede estar sentado aquí en este mismo sitio y tener sobre los ojos un espeso velo a través del cual no penetra toda esta belleza que ves. Entonces el corazón se entristece más todavía, puesto que todo es tan hermoso. ¿Tú comprendes esto?

Al oír tales palabras, Heidi sintió una impresión dolorosa en el corazón. Aquel velo espeso sobre los ojos, del que hablaba el doctor, le recordaba a la abuela de Pedro, que no podía ver el sol ni todas las demás cosas bellas que había en el mundo. Era el suyo un dolor que se despertaba con gran fuerza en su corazón cada vez que le acudía esta idea. Esta vez el recuerdo la había sorprendido en plena alegría, por lo que se quedó un momento sin hablar. Mas al fin respondió gravemente:

—Sí, lo comprendo. Pero ya sé qué hay que hacer entonces: es necesario repetir las canciones de la abuela, que hacen que uno vea otra vez claramente; a veces, tan claramente, que uno se vuelve otra vez alegre; lo sé porque así me lo ha dicho la abuela.

—¿Qué canciones son ésas, Heidi? —preguntó el doctor.

—Yo conozco solamente aquella del sol y del hermoso jardín; sé también cuáles son las estrofas que le gustan más a la abuelita, porque siempre me las hace leer tres veces seguidas.

—Muy bien, dime pues esas estrofas; me gustaría escucharlas —contestó el doctor, incorporándose para oír mejor.

La niña juntó las manos y, después de haber reflexionado un instante, preguntó:

—¿He de empezar allí donde la abuelita dice que eso le llena el corazón de nueva confianza?

El doctor hizo una señal de afirmación. Heidi empezó:

Deja, deja sin temor
que obre, rija y gobierne
la santa voluntad del
que todo lo puede.
Cuando llegue la hora
del bienestar celeste,

comprenderás su amor,
si ahora no lo
comprendes.

Acaso tarde en darte el
alivio que quieras y a tus
gritos de angustia
atención no preste.

Sin mostrarnos el rostro
y rehuyéndonos siempre,
sus auxilios benditos que
nos niegue parece.

Mas resiste la prueba y
fiel a Él permanece, que
al fin su dulce mano
verás cómo te tiende
descargando tu pecho
del dolor que ahora
siente y llenando tu alma
de una paz celeste.

Heidi se detuvo de pronto porque no estaba muy segura de que el doctor la hubiese escuchado hasta el final. Éste se había puesto las manos delante de los ojos y permanecía así sin hacer el más ligero movimiento. La niña se dijo, al verlo de aquel modo, que bien podría ser que su amigo se hubiese quedado dormido y que si al despertar deseaba oír otras estrofas de la canción no tendría sino que recitárselas otra vez.

Todo era silencio a su alrededor. El doctor no decía nada, pero tampoco dormía. La voz de la niña había despertado en él el recuerdo de un pasado muy lejano. Veíase nuevamente de niño al lado del sillón de su madre; ésta lo rodeaba con un brazo y le decía la canción cuyas estrofas Heidi acababa de recitar, canción que él no había escuchado desde hacía mucho tiempo. Creía escuchar la voz de su madre, vio que sus ojos se posaban en él con ternura; cuando cesó la niña de recitar, el buen señor oyó como si la voz amada de su madre le murmurase al oído las palabras de aquel lejano pasado. Mucho debía agradecerle escuchar aquellas palabras, y recordarlas en su memoria, porque

siguió un largo rato así, inmóvil, el rostro oculto entre las manos. Cuando, al fin, salió de su ensimismamiento, vio que Heidi lo contemplaba con mirada de sorpresa. El doctor cogió las manos de la niña entre las suyas.

—Heidi, la canción que me has recitado es muy hermosa —dijo con acento más alegre que antes—. Volveremos aquí muchas veces y me la recitarás de nuevo.

Durante aquel tiempo, Pedro había tenido bastante trabajo en dar rienda suelta a su indignación. Hacía muchos días que Heidi no había venido con él a los campos de pastos y, ahora que por fin estaba allí, ese señor de la ciudad permanecía todo el tiempo a su lado, y él no podía acercársele. Su despecho era grande. Se aproximó por detrás y se detuvo a alguna distancia del doctor, el cual no podía verlo y no se daba cuenta de nada; Pedro levantó hacia él un puño agresivo, luego los dos, y cuanto más tiempo permanecía Heidi al lado de su amigo, más terribles eran las señales que Pedro enviaba a éste con los puños cerrados.

Mientras tanto, el sol había alcanzado en el cielo la altura que indica la llegada del momento de comer, y Pedro, que conocía muy bien la hora por la situación del sol, exclamó con todas sus fuerzas:

—¡La hora de comer!

Heidi se levantó para ir a buscar el saco de provisiones a fin de que el doctor pudiera comer en el mismo sitio donde se hallaba sentado. Pero su amigo declaró que no sentía apetito y que solamente quería beber un vaso de leche, después de lo cual deseaba pasearse un poco por la montaña y subir aún más arriba de donde se hallaban. Heidi se dio cuenta inmediatamente de que ella tampoco tenía hambre, de que también preferiría beber solamente un vaso de leche y acompañar al doctor montaña arriba, hasta las grandes rocas cubiertas de musgo, muy cerca del lugar donde por poco se cae Cascabel al precipicio y donde crecen las hierbas más aromáticas. La niña se dirigió hacia Pedro, le explicó lo que sucedía y le ordenó que ordeñara a Blanquita para llenar dos vasos de leche, uno para el señor doctor y otro para ella. Pedro, muy sorprendido, contempló un momento a Heidi, y luego preguntó:

—¿Y para quién es lo que hay en el saco?

—Para ti, si lo quieres —respondió ella—, pero haz el favor de darte prisa con la leche.

En su vida había Pedro cumplido una orden con la presteza con que realizó la que Heidi acababa de darle; mientras ordeñaba la cabra, no pensaba más que en el contenido del saco de provisiones, que aún no conocía. Cuando sus compañeros se hallaban ocupados en beber tranquilamente los sendos vasos de leche, el pastorcillo abrió el saco y examinó el contenido con rápida y ávida

mirada; al ver el gran trozo de carne seca, un estremecimiento de alegría le recorrió el cuerpo y tuvo que asegurarse con otra mirada de que no se había equivocado. Luego hundió la mano en el saco para extraer el trozo apetecido. Mas, de pronto, la retiró como si sintiera que le estaba prohibido hacer lo que pensaba. Había recordado que, no hacía mucho, estaba detrás del señor doctor amenazándolo con los puños, y ahora el amenazado le regalaba la maravillosa comida destinada para sí. Pedro se arrepintió de su proceder, pues tenía la impresión de que aquel hecho le impedía tomar el magnífico regalo y saborearlo. Súbitamente dio un salto y volvió corriendo al sitio donde antes estuviera sentado. Una vez allí, levantó ambas manos en alto, bien abiertas, como indicando que la amenaza de los puños cerrados no había de valer; así permaneció largo rato hasta que tuvo la sensación de que el mal ya quedaba reparado. Después volvió brincando hacia el sitio donde dejara el saco de las provisiones y, con la conciencia tranquila, se entregó de corazón a disfrutar de tan excepcional comida que la suerte le había deparado.

El doctor y Heidi se habían paseado largo tiempo por la montaña, entreteniéndose admirablemente, hasta que el primero advirtió que había llegado ya el momento de descender al valle. Expresó el convencimiento de que su pequeña amiga desearía sin duda quedarse el resto de la tarde con Pedro y las cabras. Mas Heidi dijo que no pensaba hacer tal cosa, porque entonces el señor doctor tendría que descender la montaña completamente solo. La niña se empeñó en acompañarlo hasta la cabaña de su abuelo, y quizás un poco más lejos. De aquí que los dos partieran cogidos de la mano; Heidi contaba a su amigo mil cosas divertidas y le señalaba los sitios en que las cabritas preferían pacer, donde en verano crecían los dientes de león, las blancas mayas, las rojas amapolas y otras muchas flores. Heidi conocía todos sus nombres porque el abuelito se los había hecho aprender. Al fin el doctor declaró que había llegado el momento de separarse. Muy cariñosamente se despidió de la niña y continuó su camino por la pendiente del valle. De tiempo en tiempo se volvía y siempre veía a Heidi en el mismo sitio, siguiéndole con la mirada y haciéndole señas con la mano, como en otro tiempo hacía su propia hija querida, cuando su padre salía de casa.

Era un mes de septiembre dulce y lleno de sol. Todas las mañanas subía el doctor hasta la cabaña y desde allí emprendían, casi inmediatamente, bellas excursiones. Frecuentemente le acompañaba el Viejo de los Alpes, y los dos subían mucho más alto todavía, hasta las cimas rocosas donde se balanceaban los viejos pinos batidos por el viento y en cuya vecindad debía de tener su nido el ave de rapiña, pues volaba muchas veces gritando sobre sus cabezas.

Hallaba el doctor muy grata la conversación de su guía y no salía de su asombro al advertir la exactitud con que el Viejo conocía todas las plantas y hierbas de aquellos contornos. En todas partes sabía encontrar cosas útiles y de

todo sacaba partido: de los abetos resinosos, de las agujas olorosas de los pinos, del musgo rizado que crecía entre las raíces viejas de los árboles, de todas las plantas, al parecer insignificantes, y de las finas hierbas que daba aquel fértil suelo de las altas montañas.

Del mismo modo conocía el Viejo de los Alpes la vida y las costumbres de los animales pequeños y grandes que había en la montaña y contaba al doctor las cosas más divertidas acerca de aquellos habitantes de las rocas, de las cavernas y de los pinos y abetos. Durante tales excursiones, el tiempo transcurría rápidamente para el doctor, y muchas veces, llegada la noche, cuando se despedía del abuelo de Heidi con un cordial apretón de manos, le repetía lo que ya había dicho otras veces:

—Querido amigo, nunca me separo de usted sin haber aprendido algo nuevo.

Otras veces, sin embargo, y generalmente los días más hermosos, el doctor prefería pasearse con Heidi. Iban entonces a establecerse en la pradera de los campos de pastos donde pasaron el primer día. Heidi repitió al doctor las canciones que tanto le gustaba oír, mientras que Pedro, a cierta distancia de ellos, permanecía silencioso, pero completamente apaciguado y tranquilo; ya no soñaba en amenazar con los puños cerrados al señor doctor.

Así transcurrió aquel hermoso mes de septiembre. Una mañana el doctor llegó a la cabaña con el semblante menos alegre que otras veces: era aquél su último día en la montaña —dijo—, porque se veía obligado a regresar a Francfort, cosa que le causaba un gran pesar, puesto que había cobrado cariño a los Alpes. Esta noticia causó también pena al Viejo, porque había disfrutado mucho con la sociedad del doctor. En cuanto a Heidi, se había acostumbrado ya de tal modo a ver todos los días a su querido y bondadoso amigo, que no quería admitir que esta costumbre había de terminar tan súbitamente. Elevó hacia él una mirada inquieta e interrogante, mas en seguida se dio cuenta de que era verdad. El doctor se despidió afablemente del Viejo de los Alpes y preguntó a Heidi si quería acompañarle un poco montaña abajo. Heidi descendió, pues, con él, cogida de su mano, el largo sendero, y no quería creer que su amigo partía de veras. Al cabo de un rato, el doctor se detuvo, dijo a Heidi que ya le había acompañado bastante lejos y que era hora de que volviera a subir. Pasó la mano suavemente y repetidas veces sobre la rizada cabellera de la niña.

—Ahora, Heidi, es preciso que me vaya —dijo—. ¡Ojalá pudiera yo llevarte conmigo y tenerte a mi lado en Francfort!

Heidi, al conjuro de aquel nombre de Francfort, vio alzarse ante sus ojos la ciudad de incontables casas de piedra, sus calles empedradas, y pensó también en la señorita Rottenmeier y en Tinette. De aquí que respondiera con alguna

vacilación:

—Me gustaría mucho más que usted viniera a vivir entre nosotros.

—Es verdad, tienes razón, vale mucho más. Adiós, pues, Heidi —respondió el doctor, ofreciéndole la mano.

La niña puso en ella la suya y levantó el rostro hacia el amigo que iba a partir. Los dulces ojos que la miraban llenáronse de lágrimas; de pronto, el doctor se volvió rápidamente y bajó el sendero con presteza.

La bondadosa niña permaneció inmóvil en el mismo sitio. Las lágrimas que había visto en aquellos ojos, siempre tan llenos de dulzura, la conmovieron profundamente. Súbitamente se echó a llorar y se precipitó tras el viajero gritando con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Señor doctor! ¡Señor doctor!

Éste se detuvo y se volvió. Heidi lo alcanzó pronto; las lágrimas corrían vivas por las mejillas de la niña y, entre sollozos, exclamó:

—Yo quiero ir en seguida a Francfort y quedarme al lado de usted todo el tiempo que desee, pero es preciso que vaya antes a decírselo al abuelito.

El doctor acarició a la niña y procuró calmar su excitación.

—No, hija mía —dijo con el mayor afecto—, ahora no. Es necesario que te quedes aquí a vivir al lado de los pinos, al aire libre, porque podrías caer otra vez enferma. Pero escucha lo que voy a pedirte: si en cualquier momento me hallara yo enfermo y solo, ¿querrías tú venir y permanecer a mi lado? ¿Puedo contar con que entonces tendré a alguien que cuide de mí y me quiera?

—Sí, sí, yo iré el mismo día que me mande llamar. Yo le quiero casi tanto como a mi abuelito —afirmó la niña sin cesar de verter lágrimas.

El doctor le estrechó otra vez la mano y se puso inmediatamente en camino. Pero Heidi, de pie en el mismo sitio, continuaba haciéndole señas con la mano hasta que no quedó de su amigo más que un punto negro en lontananza. Cuando el doctor se volvió por última vez para contemplar a la niña y a la hermosa montaña de los Alpes, toda bañada por un sol esplendoroso, se dijo en voz baja:

—¡Qué bien se está allá arriba! Allí es donde se desvanecen los males del cuerpo y los del alma, y donde se vuelve a amar la vida.

CAPÍTULO XVIII

UN INVIERNO EN DÖRFLI.

La nieve estaba tan alta alrededor de la cabaña del Viejo de los Alpes, que las ventanas parecían hallarse al mismo nivel del suelo; toda la parte inferior de la casa quedaba invisible y también la puerta había desaparecido bajo la nieve. Si el Viejo hubiese vivido aún en la cabaña, hubiera debido hacer lo mismo que hacía todas las mañanas Pedro delante de la choza que le servía de cobijo a él, a su madre y a su abuela. Cada mañana veíase obligado a saltar por la ventana y, si durante la noche no había helado, el muchacho se hundía tanto en la blanda nieve, que no podía salir de ella sino moviendo vigorosamente la cabeza, brazos y piernas. Entonces su madre le entregaba una gran escoba con la cual Pedro barría el camino hasta la puerta. Allí le esperaba el trabajo más pesado, porque era preciso valerse de una pala para apartar los montones de nieve, pues, si ésta estaba blanda, al abrir la puerta había el riesgo de que la masa cayera dentro de la cocina, y si se helaba, la puerta quedaba obstruida, toda vez que no era posible abrirse camino a través de la masa helada de nieve, y sólo Pedro podía saltar por la pequeña ventana. La época de las grandes heladas traía consigo grandes facilidades para el muchacho. Cuando su madre lo mandaba a Dörfli, el chico saltaba por la ventana sobre la nieve helada que se extendía por todas partes como un vasto manto; luego su madre, por el mismo sitio, le entregaba un pequeño trineo, y Pedro no tenía otra cosa que hacer que sentarse encima y ponerlo en marcha dejándolo deslizar por donde quisiera. No podía dejar de llegar abajo, porque toda la montaña no era sino una inmensa pista de hielo.

El Viejo, sin embargo, no pasaba aquel invierno en los Alpes. Había cumplido su palabra y, desde la caída de las primeras nieves, había cerrado la cabaña y el establo para descender a Dörfli con Heidi y las dos cabritas. En las cercanías de la iglesia y la casa parroquial existía un gran edificio que en otros tiempos fue mansión señorial, según podía verse por más de un indicio, aunque el caserón hallábase medio derruido. Esta casa había pertenecido antiguamente a un valiente militar que se distinguió por su bizarría en el ejército español, en el cual se alistó, acumulando después grandes riquezas. De regreso a Dörfli, su pueblo natal, mandó construir una magnífica casa, mas apenas había vivido algún tiempo en el pueblo, empezó a sentir un tedio irresistible: echaba de menos el ajeteo del mundo al que durante tanto tiempo se hallara acostumbrado. Salió, pues, nuevamente de Dörfli y nunca más volvió. Cuando, al cabo de muchos años, se tuvo la certeza de que había fallecido, uno de sus parientes, que vivía en aquel valle, le sucedió en la posesión de sus bienes. La mansión se hallaba ya entonces bastante derruida, y como el nuevo propietario no quiso hacer las necesarias reparaciones, el Ayuntamiento solía alquilarla a familias pobres que no podían pagar sino un alquiler muy pequeño; cuando alguna pared se venía abajo, nadie se cuidaba de volver a levantarla. Así pasaron muchos años. Al volver el Viejo de los

Alpes a Dörfli con su hijo Tobías, alquiló la casa en ruinas y se estableció en ella. Cuando muchos años después se retiró a la montaña, el antiguo caserón permaneció desocupado, porque no se podía vivir en él más que a condición de prevenir los nuevos derrumbamientos, reparando cuidadosamente las grietas y los agujeros a medida que iban apareciendo. El invierno era largo y riguroso en Dörfli. El viento soplaba fuertemente alrededor del caserón y por todas partes penetraba en las grandes salas, apagando muchas veces las luces, y la pobre gente que en él vivía lo pasaba bastante mal. No así el abuelo de Heidi, porque sabía arreglárselas mejor. Desde el mismo momento en que decidió pasar el invierno en Dörfli, alquiló de nuevo la casa en ruinas, bajando con frecuencia durante el otoño para hacer en ella las necesarias reparaciones. Luego, hacia mediados de octubre, se estableció definitivamente con Heidi en el caserón. Al penetrar en el edificio por la parte posterior, se entraba, primero, en una sala muy amplia, una de cuyas paredes faltaba por completo y la otra existía sólo en parte; veíase en ésta todavía una ventana ojival, cuyos vidrios habían desaparecido hacía muchos años y por la cual trepaba vigorosamente una marcha dejándolo deslizar por donde quisiera. No podía dejar de llegar abajo, porque toda la montaña no era sino una inmensa pista de hielo.

El Viejo, sin embargo, no pasaba aquel invierno en los Alpes. Había cumplido su palabra y, desde la caída de las primeras nieves, había cerrado la cabaña y el establo para descender a Dörfli con Heidi y las dos cabritas. En las cercanías de la iglesia y la casa parroquial existía un gran edificio que en otros tiempos fue mansión señorial, según podía verse por más de un indicio, aunque el caserón hallábase medio derruido. Esta casa había pertenecido antiguamente a un valiente militar que se distinguió por su bizarría en el ejército español, en el cual se alistó, acumulando después grandes riquezas. De regreso a Dörfli, su pueblo natal, mandó construir una magnífica casa, mas apenas había vivido algún tiempo en el pueblo, empezó a sentir un tedio irresistible: echaba de menos el ajetreo del mundo al que durante tanto tiempo se hallara acostumbrado. Salió, pues, nuevamente de Dörfli y nunca más volvió. Cuando, al cabo de muchos años, se tuvo la certeza de que había fallecido, uno de sus parientes, que vivía en aquel valle, le sucedió en la posesión de sus bienes. La mansión se hallaba ya entonces bastante derruida, y como el nuevo propietario no quiso hacer las necesarias reparaciones, el Ayuntamiento solía alquilarla a familias pobres que no podían pagar sino un alquiler muy pequeño; cuando alguna pared se venía abajo, nadie se cuidaba de volver a levantarla. Así pasaron muchos años. Al volver el Viejo de los Alpes a Dörfli con su hijo Tobías, alquiló la casa en ruinas y se estableció en ella.

Cuando muchos años después se retiró a la montaña, el antiguo caserón permaneció desocupado, porque no se podía vivir en él más que a condición de prevenir los nuevos derrumbamientos, reparando cuidadosamente las

grietas y los agujeros a medida que iban apareciendo. El invierno era largo y riguroso en Dörfli. El viento soplaba fuertemente alrededor del caserón y por todas partes penetraba en las grandes salas, apagando muchas veces las luces, y la pobre gente que en él vivía lo pasaba bastante mal. No así el abuelo de Heidi, porque sabía arreglárselas mejor. Desde el mismo momento en que decidió pasar el invierno en Dörfli, alquiló de nuevo la casa en ruinas, bajando con frecuencia durante el otoño para hacer en ella las necesarias reparaciones. Luego, hacia mediados de octubre, se estableció definitivamente con Heidi en el caserón.

Al penetrar en el edificio por la parte posterior, se entraba, primero, en una sala muy amplia, una de cuyas paredes faltaba por completo y la otra existía sólo en parte; veíase en ésta todavía una ventana ojival, cuyos vidrios habían desaparecido hacía muchos años y por la cual trepaba vigorosamente una planta enredadera. El espeso follaje llegaba hasta el techo, que se hallaba aún lo suficientemente intacto para que fuera fácil reconocer que aquella sala había sido, en otros tiempos, una capilla. Desde allí se pasaba, sin necesidad de cruzar puerta alguna, a un vasto vestíbulo en el que quedaban aún restos de las hermosas losas del antiguo pavimento, entre las cuales crecía espesa la hierba. Los muros estaban también, en parte, derruidos y, sin dos grandes pilares que sostenían lo que aún quedaba del techo, hubiérase podido temer que los últimos trozos iban a precipitarse sobre la cabeza del que cruzara aquella estancia en ruinas. En ella, el Viejo había hecho una especie de jaula de madera; cubrió, además, el suelo con una espesa capa de paja, y destinó aquel antiguo vestíbulo a cobijar a las cabritas. Luego había una larga sucesión de pasillos medio derruidos también, por cuyas brechas se veía, a veces, el cielo azul, y otras, el prado o la linde del camino. En la fachada principal de la mansión había una gran puerta de roble, sólidamente fija en sus goznes, que daba paso a una vasta sala todavía en buen estado; las cuatro paredes estaban revestidas de madera, aún intacta; en uno de los ángulos se alzaba una enorme chimenea de piedra, cubierta de azulejos, que alcanzaba casi el techo. La loza estaba decorada con pinturas azules que representaban: aquí un cazador con un perro, allí un tranquilo lago bordeado de espesos castaños, y en otro lugar a un pescador sentado en la orilla del río, tirando lejos de sí el hilo de pescar. Un banco de madera rodeaba la estufa de modo que ofrecía cómodo asiento al que quisiera contemplar las pinturas de los azulejos o estudiarlas de cerca. Esto fue lo que inmediatamente llamó la atención de la pequeña Heidi. Apenas entró en la sala, acompañada de su abuelo, corrió en derechura hacia la chimenea y se instaló en el banco para contemplar los dibujos. Al deslizarse lentamente por el banco para dar la vuelta por la enorme estufa, otro descubrimiento absorbió toda su atención: en el gran espacio que quedaba entre la pared y la chimenea había cuatro tablas de madera, cuya forma se parecía mucho a un marco para guardar manzanas, pero no contenía esta fruta; aquello era, sin duda alguna, el

lecho de Heidi, casi exactamente igual al que tenía en la cabaña, es decir, un gran montón de heno cubierto por una sábana, y un saco a guisa de colcha. Heidi brincó de alegría.

—¡Oh, abuelito! ¡Ésta es mi habitación! ¡Qué bien se está aquí! Pero tú, ¿dónde vas a dormir?

—Era preciso que tu cama estuviese cerca de la estufa para que no tengas frío —dijo el abuelo—. La mía está aquí al lado. Si quieres venir, te la enseñaré.

Heidi atravesó la gran sala saltando y brincando, y siguió al abuelo por una puerta que daba a una habitación más pequeña en la que el Viejo había instalado su lecho. En el fondo de la estancia había una puerta que Heidi se apresuró a abrir: asombrada, se detuvo en el umbral de una inmensa cocina, tan grande como jamás había podido imaginar otra igual. En aquella habitación había realizado el Viejo la verdadera obra de reparación, y aún le quedaba mucho que hacer para cerrar todas las rendijas y grietas por las que entraba el viento. Había fijado en las paredes tantas tablas de madera, que la habitación parecía contener gran número de armarios. La gran puerta de la cocina había sido también reparada por medio de alambres y de clavos para que se abriese y cerrase fácilmente; había sido muy necesaria esta reparación, pues la puerta daba sobre la parte del edificio que estaba más en ruinas y en la que crecía toda clase de maleza y anidaban tranquilamente insectos y lagartos.

La nueva casa fue muy del agrado de Heidi. Al día siguiente, cuando llegó Pedro para ver cómo iban las cosas en el nuevo domicilio de su amiguita, ésta se hallaba ya muy familiarizada con todos los rincones y escondrijos y pudo, sin dificultad alguna, conducir al chico para que lo viera todo; no le dejó un momento de reposo hasta que hubo examinado todas las cosas notables que encerraba la vieja mansión señorial.

Heidi dormía muy bien en su rincón, detrás de la estufa, pero a la mañana creía siempre despertar en la cabaña de los Alpes y le parecía que había de levantarse rápidamente para abrir la puerta y ver si era la nieve la que, a causa de su peso sobre las ramas, hiciera enmudecer a sus viejos amigos los pinos. No recordaba el lugar donde se hallaba hasta haber girado la vista largo rato en torno de la habitación y, cada vez que le asaltaba el temor de no encontrarse ya en la montaña, sentía que algo le oprimía el corazón. Pero cuando oía que su abuelo hablaba a las dos cabritas y advertía el alegre balido de éstas, que parecían decirle: «Date prisa, Heidi, y ven a vernos», la niña comprendía que se hallaba realmente en su casa y saltaba alegremente del lecho para vestirse en seguida.

Sin embargo, al cuarto día de su estancia en la nueva casa, Heidi, muy preocupada, dijo a su abuelito:

—Hoy es absolutamente preciso que suba a ver a la abuelita, no puedo dejarla sola durante tanto tiempo.

Mas el abuelo no era del mismo parecer.

—Ni hoy ni mañana podrás ir —contestó—. Hay dos metros de nieve en la montaña, y aún sigue nevando. Pedro, que es un muchacho fuerte y robusto, tiene su trabajo para poder hacer el camino, pero una niña como tú, tan pequeñita, se vería envuelta en la nieve en un abrir y cerrar de ojos, y nunca te volverían a encontrar. Aguarda hasta que haya helado; entonces podrás andar todo lo que quieras sobre la nieve endurecida.

La idea de esperar causó a la niña, al principio, un gran disgusto. Pero tantas eran sus ocupaciones y distracciones durante el día, que el tiempo transcurría sin que se diera cuenta. Heidi iba todas las mañanas y todas las tardes a la escuela de Dörfli, donde aprendía con ardor todo lo que le enseñaban.

En cuanto a Pedro, apenas si lo veía en la escuela, porque casi nunca iba. El maestro era un hombre indulgente y se contentaba con decir de cuando en cuando:

—Parece que Pedro tampoco viene hoy. Es una lástima, porque le convendría mucho acudir con más asiduidad a clase, pero también es verdad que debe de haber mucha nieve en la montaña y, seguramente, no habrá podido salir de casa.

No obstante, hacia la caída de la tarde, cuando la escuela estaba cerrada, Pedro hallaba fácilmente un medio para salir, a pesar de la nieve, y hacer una visita a Heidi.

Al cabo de algunos días, el sol volvió a lucir en el cielo e inundó con sus rayos el albo manto de la nieve con que estaba cubierta de tierra. Pero el sol se ponía muy temprano por la tarde y desaparecía detrás de las altas montañas, como si no le gustara contemplar la tierra más que cuando todo reverdecía y estaba en flor. Apenas empezó a oscurecer, apareció la luna, grande y brillante, y durante la noche daba claridad a los vastos campos de nieve; luego, a la mañana siguiente, los Alpes resplandecían de nuevo como un inmenso diamante.

Cuando Pedro quiso proceder como los días anteriores y saltar por la ventana sobre la nieve caída durante la noche, la cosa no sucedió como esperaba. En lugar de caer sobre una blanda y densa capa de nieve, su cuerpo chocó contra la superficie endurecida a causa de la helada y, cogido de sorpresa, se deslizó un trecho por la pendiente de la montaña como un trineo sin gobierno. Cuando al fin logró ponerse en pie, dio con el tacón de su zapato fuertes golpes en la capa de nieve para averiguar exactamente la causa de lo

que acababa de acaecer.

A pesar de los golpes, no lograba arrancar ni un trocito de nieve y tuvo que darse por convencido de que toda la montaña estaba cubierta de hielo. Pronto se consoló con este hecho, porque recordaba que Heidi había prometido subir a ver a la abuelita en cuanto la nieve estuviese dura. De aquí que volviese rápidamente a la cabaña, bebiese de un trago su tazón de leebe, se metiese un trozo de pan en el bolsillo y exclamase:

—He de ir a la escuela.

—Bien, bien, ve y aprende mucho —respondió su madre para demostrar su aprobación.

Pedro salió por la ventana —pues la puerta se hallaba definitivamente obstruida por la nieve helada—; arrastraba tras de sí su trineo, en el cual montó y se lanzó por la pendiente. Iba como un rayo y, cuando llegó cerca de Dörfli, desde donde la pendiente se prolongaba hasta la ciudad de Mayenfeld, el muchacho no se detuvo, sino que continuó el viaje en trineo porque creyó que sería peligroso hacer un esfuerzo para detener el vehículo. Descendió, pues, hasta el llano, donde el vehículo se detuvo por sí solo. Pedro se puso en pie y miró en torno suyo. La fuerza de impulsión de la bajada lo había llevado más allá de Mayenfeld, y para subir a Dörfli, necesitaba, cuando menos, una hora. Pedro se dijo entonces que, en todo caso, llegaría tarde a la escuela, porque ya habría empezado la clase, y que podía muy bien tomarse todo el tiempo para desandar el camino. Así lo hizo y llegó a Dörfli precisamente cuando Heidi, de regreso de la escuela, se sentaba a la mesa para comer con su abuelo. Pedro entró. Le obsesionaba aquella vez una idea y sentía la necesidad de expresarla a su amiguita.

—Ya está presa —dijo, deteniéndose en medio de la habitación.

—¿Quién, general? ¿Sabes que te expresas en un tono muy guerrero? —exclamó el Viejo de los Alpes.

—La nieve —contestó Pedro.

—¡Oh, qué bien! Ahora podré subir a ver a la abuela —gritó alegremente Heidi, que había comprendido inmediatamente el modo de expresarse que tenía Pedro—. Pero ¿por qué no has ido a la escuela? Bien hubieras podido bajar en el trineo —añadió en tono de reproche, porque opinaba que no estaba bien faltar al colegio cuando era posible ir.

—He bajado en el trineo hasta Mayenfeld y entonces era ya tarde —respondió Pedro.

—Eso se llama desertar, muchacho —dijo el Viejo—, y los desertores merecen un buen tirón de orejas, ¿has entendido?

Pedro, muy asustado, daba vueltas a la gorra, porque no había en el mundo un hombre que le inspirase más respeto que el Viejo de los Alpes.

—Un jefe de ejército como tú, había de sentirse doblemente avergonzado desertando —continuó el abuelo—. Dime: si el mejor día tus cabritas se escapasen cada una por su lado y no quisieran obedecer a tus gritos, ¿qué harías entonces?

—Les pegaría —respondió Pedro con conocimiento de causa.

—Y si un muchacho se portase como una cabrita díscola y le pegasen, ¿qué dirías?

—¡Que lo tenía bien merecido!

—Pues bien, recuerda lo que voy a decirte: si vuelves a pasar en tu trineo por delante de la puerta del colegio sin apearte y entrar, no tienes más que pasar por esta casa para recibir lo que te corresponde.

Pedro comprendió la advertencia y vio que era él el muchacho desobediente como una cabrita. Le aterró la analogía y giró la mirada en torno suyo para ver si descubría el instrumento de castigo que, en semejantes casos, se empleaba para las cabras. Pero el abuelito continuó hablando, esta vez en tono más afectuoso:

—Y ahora, vente a la mesa y come con nosotros. Heidi subirá luego contigo. Esta noche, cuando vuelva, la acompañarás y cenarás con nosotros.

La inesperada solución pareció a Pedro una verdadera maravilla e hizo una mueca que se extendió por todo su rostro, tal fue la satisfacción que sintió. Obedeció sin tardanza y se sentó al lado de Heidi. Ésta había empezado ya a comer, y la alegría le impidió continuar; así, pues, puso su plato con una enorme patata y un trozo de queso tostado delante de Pedro, que ya había recibido también del abuelo otra gran porción y se hallaba así delante de una verdadera muralla de comida. Pero a Pedro nunca le faltaba valor para atreverse con ella, por mucha que fuera.

Heidi se levantó y se dirigió al armario, del que sacó el mantón de Clara. Envuelta en tan buen abrigo, tocada la cabeza con la capucha, podía emprender ya sin temor la expedición montaña arriba. Se colocó frente a Pedro, lo observó atentamente y cuando el muchacho hubo comido el último bocado, exclamó:

—Ahora, ¡vámonos!

Y se pusieron en camino.

Heidi tenía muchas cosas que comunicar a Pedro sobre Diana y Blanquita. Le contó que el primer día ninguna de las dos había querido comer en su

nuevo establo, que hasta la noche habían permanecido con la cabeza baja, sin exhalar el menor balido. Heidi había preguntado entonces al abuelito por qué las cabras se portaban de aquel modo, y él contestó que les pasaba lo mismo que le pasó a Heidi cuando se hallaba en Francfort, porque también era la primera vez que los dos animalitos habían salido de la montaña donde se criaron.

Y Heidi añadió:

—¡Oh, si supieses, Pedro, la pena que da eso!

Los dos niños casi habían llegado arriba sin que Pedro hubiese abierto la boca; parecía estar sumido en profundos pensamientos y que éstos le impidiesen escuchar con la atención acostumbrada en otros casos. Al llegar ante la puerta de la cabaña, se detuvo y dijo con rudeza:

—¡Entonces prefiero ir a la escuela que entrar en casa del Viejo para que me dé lo que ha dicho!

Heidi fue del mismo parecer y procuró que Pedro se afirmase en la decisión tomada.

Cuando entraron en la choza no encontraron más que a la madre de Pedro ocupada en sus acostumbrados trabajos caseros; ésta explicó a Heidi que la abuelita se veía obligada a guardar cama durante los días de mucho frío porque no podía resistirlo y que, además, no se encontraba muy bien. Esto era una cosa nueva para Heidi, que hasta entonces siempre había visto a la anciana sentada en el mismo rincón de la salita. Fue, pues, volando hacia ella y la halló envuelta en el chal gris, en un estrecho camastro, y cubierta sólo con una colcha delgada.

—¡Dios sea loado! —exclamó la anciana al ver que Heidi se precipitaba en la habitación.

Durante todo el otoño había sentido un íntimo y secreto terror que continuaba siendo su obsesión, sobre todo cuando la niña tardaba algún tiempo en venir a verla. Pedro le había contado que un señor forastero había llegado de Francfort, que iba muchas veces con ellos a los campos de pastos y que quería siempre hablar con Heidi; de aquí que la anciana no dudara de que aquel señor desconocido había venido con el único objeto de llevarse a Heidi. Hasta cuando supo que había partido solo, como llegara, le asaltaba a cada instante el temor de que de Francfort mandasen a alguien para recoger a la pequeña.

Heidi se lanzó hacia el lecho de la enferma y preguntó con solicitud:

—¿Estás muy enferma, abuelita?

—No, no, hija mía —respondió la buena anciana para tranquilizar a Heidi

y acariciándola afectuosamente—. No es más que la helada, que me ha entorpecido un poco las piernas.

—Entonces, en seguida que vuelva el calor ¿te pondrás bien? —insistió Heidi, que quería saber a qué atenerse acerca de la salud de la abuelita.

—Sí, sí, y quizás antes, si Dios quiere, a fin de que pueda volver a trabajar en la rueca. Creí poder levantarme hoy un poco, y seguramente podré hacerlo mañana —contestó la abuela, con voz segura, al ver que la niña estaba inquieta.

Sus palabras tranquilizaron, en efecto, a Heidi, que se había asustado al ver por primera vez a la anciana enferma en cama. La contempló un momento con aire de sorpresa.

—En Francfort, la gente se pone el chal para ir de paseo —dijo al fin—. ¿Acaso has creído que era para irse a la cama, abuelita?

—Verás, Heidi, lo he puesto en la cama para no tener frío. ¡Y estoy tan contenta de poseerlo! La colcha es un poco delgada.

—Pero abuelita, esta cama está más baja del lado donde descansa la cabeza. No es así como una cama ha de estar.

—Bien lo sé, hija mía, ya me doy cuenta de que estaría mejor como tú dices.

La pobre anciana trató de poner la cabeza en un sitio mejor de la almohada, sin conseguirlo, porque ésta era lisa como una tabla.

—¿Ves? Esta almohada no ha estado nunca muy llena, y como duermo en ella desde hace tantos años, la he aplastado un poco.

—¡Ojalá hubiera yo rogado a Clara que me diera mi cama de Francfort! —exclamó Heidi—. Había en ella tres grandes almohadones muy repletos, puestos uno encima de otro; a mí me impedían dormir, porque me deslizaba en la cama y a cada momento me veía obligada a subirme; allá en la ciudad se duerme así. ¿Podrías tú dormir de este modo, abuelita?

—Sí, ya lo creo, de esa manera se está muy abrigada, y con la cabeza alta se puede respirar más fácilmente. Pero no hablemos más de esto; ¡hay tantos viejos enfermos en el mundo que no tienen lo que yo, gracias a Dios! ¿No recibo cada día un panecillo blanco y tierno? ¿No tengo ese chal que tanto me abriga, y no vienes tú a verme siempre que puedes? No deseo más, Heidi. Y ahora, ¿quieres leerme hoy un poco?

Heidi fue corriendo a la otra habitación para buscar el libro. Recorrió rápidamente todas las bellas canciones que ahora conocía tan bien. Después de haber estado tanto tiempo sin leerlas, experimentaba una gran alegría al volver

a hallar los versos que amaba. La anciana escuchaba con las manos entrelazadas; la expresión de pena en su rostro habíase trocado por una gozosa sonrisa, como si hubiera tenido una gran suerte.

Heidi se detuvo de pronto en su lectura.

—Abuelita, ¿acaso estás ya curada?

—Me hace tanto bien escucharte, Heidi, que me siento mejor; acaba esta canción, ¿quieres?

La niña leyó la canción hasta el fin, y cuando llegó a los últimos versos,
Cuando se haga la noche en mis ojos ya fríos,
mi alma será envuelta por el fulgor del cielo y
entraré sin temor en el valle sombrío... entraré
como el ser que regresa a su suelo,

la abuelita los repitió varias veces, mientras una expresión de feliz esperanza iluminaba su rostro. Al verlo, Heidi se sintió también alegre. Recordó en seguida la bella y luminosa tarde de su regreso a la montaña y, llena de alegría, exclamó:

—Abuelita, ¡yo sé muy bien cómo es cuando una regresa a la patria! La buena anciana no respondió, pero había oído bien, y la expresión de su rostro, que tanto gustara a Heidi, no se borró. Al cabo de un momento, la niña continuó: —Ya está oscureciendo, abuelita, y es preciso que me marche a casa. ¡Estoy muy contenta de que te encuentres mejor! La anciana cogió una de las manos de Heidi y la estrechó fuertemente mientras le decía: —Sí, ya estoy nuevamente alegre. Y estoy mejor también aunque tenga que quedarme todavía largo tiempo en cama. Mira, hija mía, nadie puede comprender, sin haberlo pasado, lo que significa hallarse en un lecho y sola en la habitación durante días y semanas, sin escuchar nunca una palabra de nadie y sin ver el más pequeño rayo de sol. Entonces le ocurren a una pensamientos muy tristes, cree que jamás volverá a levantarse y se le hace irresistible tanta pena. Pero cuando escuchamos palabras como las que acabas de leerme, parece como si una gran luz se hiciera en nuestro corazón y lo llenara de alegría.

La abuelita dejó entonces la mano de la niña, ésta dio a la anciana las buenas noches, entró corriendo en la habitación contigua y se marchó rápidamente con Pedro, porque, mientras tanto, habíase hecho de noche y era preciso regresar. Pero en el firmamento brillaba la luna y proyectaba sobre la nieve una claridad tan grande, que hubiérase dicho que el día iba a nacer de nuevo en aquel momento. Pedro preparó su trineo y se sentó en la parte delantera; Heidi montó detrás de él, y así, vertiginosamente, se deslizaron montaña abajo.

Más tarde, cuando Heidi descansaba en su hermosa cama de heno, detrás de la estufa, comenzó a pensar en la abuela que tan mal dormía en su camastro, luego en todo lo que le había dicho, en aquella luz que las canciones encendían en su pecho. «Si la pobre abuelita pudiera escuchar todos los días esas palabras tan buenas, pronto se pondría mejor», se dijo la niña. Pero bien sabía que transcurriría una semana, o acaso dos, antes de que pudiera volver a subir a la choza. Este pensamiento la afligió y se quedó largo rato pensando en lo que podría hacer para que la anciana pudiera escuchar las canciones todos los días. De pronto se le ocurrió un medio, y tanto se alegró de haberlo hallado, que hubiese querido que fuese de día para poner manos a la obra. Luego se incorporó en la cama con un movimiento rápido y juntó las manos, pues a fuerza de reflexionar no había rezado aún la oración de la noche, y jamás quería olvidarse de decirla.

Cuando hubo dirigido de todo corazón sus súplicas a Dios, rogando por la abuelita y el abuelito, la niña se acostó de nuevo en su muelle cama de heno y durmió profunda y tranquilamente hasta el amanecer.

CAPÍTULO XIX

CONTINÚA EL INVIERNO.

Al día siguiente, Pedro bajó de la montaña en trineo y llegó a tiempo para entrar puntualmente en la escuela. La comida para el mediodía la llevaba en la mochila. En Dörfli, los muchachos que vivían muy lejos y no podían ir al mediodía a sus casas se quedaban en la escuela. Allí se sentaban sobre los pupitres, apoyados los pies en el banco, y en esta postura, extendiendo sus raciones sobre las rodillas, comían mientras los demás chicos iban a sus casas a comer. Aquéllos que de este modo se quedaban en la clase podían comer y luego jugar a sus anchas hasta la una de la tarde, hora en que empezaban de nuevo las lecciones. Después de asistir a clase, Pedro iba todos los días a casa del Viejo de los Alpes para hacer una visita a Heidi.

Aquel día, cuando entró en la gran sala, Heidi, que ya lo aguardaba, se precipitó hacia él y exclamó:

—Pedro, yo sé una cosa.

—Dila —respondió Pedro.

—¡Es preciso que aprendas ya a leer!

—¡Ya he aprendido!

—Bien, Pedro, pero no es así como quiero decir —continuó Heidi con

viveza—. Yo quiero decir que sepas leer de corrido.

—No puedo —replicó Pedro.

—Es que nadie lo creerá. Yo tampoco lo creo —dijo Heidi muy decidida—. La abuelita de Francfort sabe muy bien que esto no es cierto, y fue ella la que me dijo que no lo creyese.

A Pedro le causó gran sorpresa esta noticia.

—Yo te enseñaré a leer, yo sé muy bien cómo se hace eso —continuó Heidi—. Y cuando sepas leer, serás tú quien leerás todos los días una canción o dos a la abuelita.

—No puedo —murmuró Pedro por segunda vez.

Heidi se indignó ante aquella oposición a una cosa buena y justa que ella deseaba vivamente ver realizada. De pie delante de Pedro, y mirándolo con ojos centelleantes de cólera, la niña le dijo con tono amenazador:

—Ahora voy a decirte lo que te sucederá si persistes en no querer aprender. Tu madre ha dicho ya dos veces que tú has de ir también a Francfort para aprender allí toda clase de cosas; yo conozco muy bien aquella escuela: se trata de una casa muy grande de piedra que Clara me enseñó cuando paseábamos por allí. No es solamente una escuela para chicos como tú. Allí veía yo entrar en el edificio gran número de ellos al mismo tiempo; todos van vestidos de negro como si fuesen a la iglesia, y llevan grandes sombreros negros, tan altos como... fíjate, eran así de altos —y Heidi indicó con la mano la altura de los sombreros negros.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Pedro de arriba abajo.

—Y será necesario que entres a la escuela junto con todos esos señores —continuó Heidi con calor—. Y cuando te toque a ti, no sabrás leer de corrido; es más: harás faltas deletreando. Tú verás entonces cómo aquellos señores se burlarán de ti, mucho más que Tinette, y habrías de ver cuando ésta se mofa de alguien.

—Entonces, quiero aprender —dijo Pedro en un tono quejoso y enojado a la vez.

Heidi se apaciguó al instante.

—Esto está bien y vamos a comenzar en seguida —exclamó con gran satisfacción, y, después de llevar a Pedro a la mesa, se fue a buscar lo necesario para la lección.

En el gran paquete que Clara remitiera, Heidi había encontrado un librito que le gustaba mucho. La noche anterior ya se le había ocurrido que podía servirse de él para Pedro, pues se trataba de un libro abecedario en el que las

letras estaban versificadas.

Se sentaron, pues, a la mesa, inclinaron la cabeza sobre el librito y comenzó la lección. Heidi obligó a Pedro a deletrear el primer verso y luego se lo hizo repetir una y otra vez, porque quería que lo hiciera sin faltas y fácilmente.

Heidi leyó:

Si hoy el A B C no tienes aprendido,
mañana, al tribunal serás conducido.

—Yo no voy —refunfuñó Pedro.

—¿Adónde? —preguntó Heidi.

—¡Al tribunal!

—Pues entonces, aprende las tres letras y cuando las sepas, no tendrás necesidad de ir allí —dijo ella para persuadirlo.

Pedro se puso nuevamente a la obra y repitió las tres letras con perseverancia, hasta que Heidi declaró que las sabía bien. Pero, habiendo notado el efecto que la amenaza producía en el muchacho, la niña quiso aprovecharse de tal circunstancia preparando el terreno para las lecciones siguientes.

—Aguarda, que voy a leerte los versos de las demás letras —dijo—, y verás todo lo que aún puede sucederte. Y con voz clara y sonora, leyó:

D E F G sabrás perfectamente, o desdichas sin
cuento caerán sobre tu frente.

Y si pasas por alto H I J K, la primera
desdicha al punto llegará.

Quien no logre L M sin titubeos saber,
Después de pagar multa, habráse de esconder.

Si lo que hoy he visto, hubieras visto tú, ya
nunca olvidarás N O P ni Q.

En R S T procura no pararte,
pues mil causas de llanto podría ello costarte.

Al terminar este verso, Heidi hizo una pausa. Pedro no había hecho ninguna manifestación y la niña quería saber qué era lo que hacía. Todas aquellas amenazas misteriosas y horribles lo habían aterrado de tal modo que

se había quedado inmóvil, fijando sobre Heidi una angustiada mirada.

El buen corazón de la niña se conmovió y se apresuró a animarlo diciendo:

—No has de tener miedo, Pedro. Tú ven todas las noches a verme y, si aprendes como hoy, acabarás por saber las letras, y ninguna de las cosas que aquí dice sucederá. Pero es preciso que vengas todas las noches y no faltes más a la escuela. Aunque nieve, has de venir, porque para ti no es obstáculo.

Pedro prometió hacerlo así, porque el miedo que sintiera al oír aquellas amenazas hizo nacer en él la voluntad de estudiar. Después se puso en camino hacia su casa.

Pedro no dejó de obedecer los mandatos de Heidi, y todas las noches iba a casa de la niña para estudiar con ardor las letras del alfabeto y aprender el contenido de los versos. A veces el abuelo de Heidi se hallaba presente y escuchaba con aire satisfecho, fumando en pipa, mientras que las comisuras de sus labios se movían de cuando en cuando, como si de pronto le acometieran ganas de reír. Luego, cuando Pedro había luchado valerosamente para aprenderse la lección, con frecuencia lo invitaba a quedarse a cenar con ellos, lo que recompensaba al muchacho ampliamente de los temores que le causarían las amenazas del librito.

Así transcurrieron los días del invierno. Pedro iba con regularidad a tomar lección y hacía verdaderos progresos con el abecedario. Sin embargo, los versos le daban cada vez más fatiga. Al fin había llegado a la U. Al leer Heidi

Si la U de la V no sabes distinguir, te llevarán allá
donde no quieras ir.

Pedro murmuró:

—Eso sí que me importaría poco.

No obstante, no estaba muy seguro de sí mismo y se puso a estudiar la U y la V lo mejor que pudo, como si tuviera la impresión de que alguien podría venir para cogerlo del cuello y llevarlo allí donde prefería no ir.

A la noche siguiente, Heidi continuó:

No aprendas la W sin afición, mira el palo que está en
aquel rincón.

Pedro miró hacia el sitio indicado y observó con sorna:

—No hay ninguno.

—Es verdad, pero ¿sabes lo que tiene el abuelito en el armario? Pues un palo casi tan grueso como mi brazo y si lo saca, bien se puede decir: «Mira el

palo que está en aquel rincón».

Pedro conocía muy bien la enorme vara de avellano del Viejo de los Alpes, y sin tardanza se inclinó sobre el libro para aprender la W.

Al día siguiente le tocó aprender estos dos versos:

Y quien, desaplicado, X olvida, se
quedará un día entero sin comida.

Pedro lanzó una mirada hacia el lado donde estaba el armario en el que se guardaba el pan y el queso y, muy enojado, observó:

—¡Yo no he dicho que iba a olvidar la X!

—Tanto mejor; si no la olvidas —respondió Heidi—, podrás aprender inmediatamente otra letra y mañana no te quedará más que una.

Pedro no era de la misma opinión, pero Heidi ya había empezado a leer:

La Y también siempre debes recordar,
porque, si no, la gente te podrá
avergonzar.

Al oír aquellas palabras, Pedro tuvo la visión de todos los graves señores de Francfort con sus grandes sombreros negros y sus rostros burlones, y se lanzó sobre la Y.

Al otro día, como no quedaba más que una letra, Pedro comenzó a estudiarla con aire un poco altanero, y cuando Heidi hubo leído el último verso:

Si la Z ignoras serás un zote
y te enviarán al país
hotentote,
exclamó burlonamente:

—¡Claro! ¡Como si alguien supiera dónde está!

—Naturalmente que hay quien lo sabe. El abuelito lo sabrá seguramente —replicó con viveza Heidi—. Espera, que iré en seguida a preguntárselo; está aquí muy cerca, en casa del señor párroco.

Y en tres saltos ganó la puerta.

—¡Aguarda! —gritó Pedro sobrecogido de angustia, creyendo ya ver al Viejo de los Alpes y al señor párroco para cogerlo y mandarlo al país de los hotentotes.

El grito de angustia detuvo a Heidi.

—¿Qué tienes? —le preguntó muy sorprendida.

—Nada, pero vuelve, ya estudiaré la zeta —respondió.

Pero Heidi deseaba saber dónde vivían los hotentotes y se empeñaba en ir a preguntárselo a su abuelo. Cedió al fin a las súplicas desesperadas de Pedro y se sentó nuevamente a su lado. Sin embargo, como el muchacho le debía una compensación, ella le hizo repetir el verso de la zeda hasta que hubo entrado de una vez para siempre en su cabeza, y en seguida le hizo pasar a las sílabas. Aquella misma noche, Pedro progresó mucho en la lectura, y así continuó de día en día.

Mientras tanto, la nieve habíase deshelado y casi todas las noches volvía a nevar, tanto, que durante tres semanas Heidi no pudo subir a ver a la anciana. La niña mostró, a causa de ello, mayor empeño en enseñar a leer a Pedro para que éste pudiera sustituirla lo antes posible en la lectura de las canciones.

Una noche, pues, cuando Pedro regresó a su casa, después de haber visitado, como siempre, a Heidi, entró en la habitación exclamando:

—¡Ya sé!

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó su madre muy intrigada.

—¡Leer!

—Pero ¿es posible? ¿Has oído, madre? —exclamó Brígida en el colmo de la estupefacción.

La abuela de Pedro lo había oído y también se preguntaba asombrada si era posible.

—Ahora he de leer una canción, Heidi lo ha dicho —continuó el muchacho.

Su madre bajó apresuradamente el libro que estaba encima del estante, y la abuela se alegró mucho porque ¡hacía tanto tiempo que no oía aquellas palabras consoladoras! Pedro se sentó a la mesa y comenzó a leer. Su madre le escuchaba, de pie y a su lado.

—¡Quién lo hubiera dicho! —repetía una y otra vez con admiración, cada vez que terminaba una estrofa.

La anciana abuela escuchó también con atención una estrofa tras otra, pero no dijo nada.

Al día siguiente de tan importante suceso acaeció que en la clase de Pedro hubo lección de lectura. Cuando le llegó el turno al muchacho, el maestro le dijo:

—Pedro, ¿hemos de prescindir de ti como siempre o quieres probarlo otra vez? No digo que leas, pero sí deletrear un poco.

Pedro comenzó a leer y leyó tres líneas de corrido sin detenerse. El maestro dejó el libro. Mudo de asombro, contemplaba a Pedro como si jamás hubiera visto cosa semejante.

—Pedro, aquí ha sucedido un milagro —dijo al fin—. Todo el tiempo que yo me he esforzado con inagotable paciencia a enseñarte a leer, no llegaste siquiera a deletrear sin hacer continuamente faltas. Y ahora, cuando, no sin lamentarlo mucho, renuncié a sacar provecho de ti, he aquí que no sólo sabes deletrear bien, sino que, además, lees con facilidad. Dime, Pedro, ¿de dónde puede venir semejante milagro?

—De Heidi —respondió el muchacho.

El maestro, sumamente sorprendido, miró hacia el lado donde Heidi estaba sentada con el aire más cándido del mundo, pero no pudo descubrir nada extraordinario en ella.

—Por otra parte —continuó—, hace algún tiempo que observo un cambio notable en ti, Pedro. Mientras que antes faltabas, a veces, hasta una semana entera, ahora no dejas de venir a la escuela un solo día. ¿A qué se debe tan buena transformación?

—Al Viejo de los Alpes —respondió Pedro.

El maestro no salía de su asombro y miraba, ora a Heidi, ora a Pedro.

—Vamos a probarlo otra vez —dijo después, porque juzgó prudente someter el conocimiento de Pedro a nueva prueba.

El muchacho leyó otras tres líneas sin hacer ninguna falta y sin detenerse. Era, pues, verdad; Pedro había aprendido a leer.

Tan pronto como terminó aquel día la clase, el maestro se dirigió a toda prisa a casa del párroco para participarle lo sucedido; el sacerdote se complació también en la bienhechora influencia que el Viejo de los Alpes y su nieta ejercían en el pueblo.

Desde entonces, Pedro leía todas las noches una canción. Su obediencia a las órdenes de Heidi llegaba a eso, pero nunca a más: jamás se le ocurrió leer una segunda canción y, además, la abuela no se lo suplicaba. En cuanto a Brígida, se asombraba cada vez más de que su hijo Pedro hubiese podido llegar a leer y, a veces, acabada la lectura y acostado el lector, seguía diciendo a su anciana madre:

—La verdad, no puede una alegrarse bastante de que Pedro haya aprendido a leer tan bien. ¡Quién sabe lo que podrá llegar a ser todavía!

A lo que respondía la abuela:

—Sí, es bueno para él haber aprendido algo, pero, no obstante, yo me alegraría de que Dios hiciera que pronto viniese la primavera y que Heidi subiese otra vez. Cuando ella lee las canciones, éstas parecen otras. Cuando las lee Pedro, parece que les falta algo. Entonces trato de encontrarlo y luego no puedo seguir bien las ideas; en resumen: no me causan la misma impresión que cuando las lee Heidi.

Lo cual no era debido sino a que, al leer, Pedro se las arreglaba para hacerse la lectura más fácil. Cuando llegaba a una palabra un poco larga o que le parecía difícil, la saltaba, pensando que a la abuelita le sería igual que hubiese tres o cuatro palabras menos en una estrofa, pues aún quedaban bastantes. De aquí que casi nunca había substantivos en las canciones que leía Pedro.

CAPÍTULO XX

LOS AMIGOS DE FRANCFORT SE PONEN EN CAMINO.

Había llegado el mes de mayo. De todas las alturas cercanas, los torrentes precipitaban su enorme caudal en el valle. Una cálida atmósfera envolvía los Alpes reverdecidos. El sol acababa de fundir las últimas nieves, y sus rayos vivificadores habían despertado las primeras flores en los prados. La brisa primaveral movía las ramas de los pinos para despojarlas de las viejas agujas que pronto habían de ser substituidas por un ropaje nuevo, de un verde claro y tierno. Muy alta, en los aires, el águila desplegabá nuevamente sus alas y, alrededor de la cabaña, el sol de mayo calentaba el suelo y acababa de secar los últimos vestigios de humedad.

Heidi se hallaba otra vez en la montaña. Iba y venía de un sitio a otro y no sabía qué admirar más de todo cuanto veía. A veces escuchaba el ruido del viento que desde la cima soplaba cada vez más fuerte, y se precipitaba al fin sobre los tres pinos sacudiendo sus ramas con arrebatos de salvaje alegría. Heidi, fuera de sí de contenta, unía a aquel ruido sus alegres gritos y se dejaba llevar del viento con riesgo de ser arrastrada como una hoja. Otras veces iba corriendo a sentarse en el prado, delante de la cabaña, allí donde más calentaba el sol, para averiguar cuántos capullos estaban a punto de abrirse y cuántas flores ya abiertas. Había también miríadas de inofensivos mosquitos que revoloteaban, ebrios de alegría, en el aire. Heidi se sentía poseída de la alegría de cuanto la rodeaba, respiraba profundamente el aliento primaveral que se elevaba de la tierra vivificada y le parecía que jamás los Alpes habían

sido tan bellos. Los mil pequeños insectos participaban, sin duda, de su felicidad, porque su incesante zumbido semejaba una canción que invitase a todos los seres a subir a los Alpes.

De cuando en cuando, desde el pequeño cobertizo detrás de la cabaña, se oían los golpes de un martillo y el ruido de una sierra, cosas que Heidi escuchaba también con singular placer, porque eran sonidos familiares que había oído desde el primer día de su vida en los Alpes.

De pronto se levantó y corrió hacia el cobertizo para ver qué estaba haciendo su abuelito. Delante de la puerta encontró un taburete completamente nuevo, y aún el Viejo se hallaba construyendo otro.

—¡Ya sé para quiénes son! —exclamó Heidi muy contenta—. Éste es para la abuelita de Francfort y el otro para Clara, para cuando vengan; pues ahora... hace falta otro... —continuó vacilando—, ¿o acaso crees, abuelito, que la señorita Rottenmeier no vendrá?

—Ahora no puedo decírtelo, hija mía —respondió el abuelo—, pero más vale que tengamos un asiento disponible para poderla invitar a que se siente, si viene.

Heidi contempló con aire pensativo los escabeles de madera sin respaldo, y se preguntaba si el carácter de la señorita Rottenmeier y aquellos asientos armonizarían. Al cabo de un momento la niña movió la cabeza con aire de duda y dijo:

—Abuelito, me parece que ella no se sentará en los taburetes.

—Entonces la invitaremos a que tome asiento sobre el hermoso sofá tapizado de terciopelo gris verde —replicó el anciano.

Heidi se preguntaba todavía dónde estaba el hermoso sofá tapizado de terciopelo verde, cuando oyó, de pronto, los silbidos, los gritos y latigazos que tan bien conocía. Rápidamente se lanzó hacia el rebaño, y poco después se hallaba rodeada de las cabritas. Éstas parecían alegrarse tanto como Heidi de hallarse nuevamente en la montaña, porque nunca habían saltado tanto ni habían dado tan alegres balidos como aquel día. Pedro las apartaba con empujones para poder llegar a Heidi y entregarle una cosa. Cuando estuvo a su lado, le entregó una carta.

—¡Ahí tienes eso! —exclamó, y dejó que Heidi misma buscara la explicación del asunto.

—¿Es que has recibido en el campo una carta para mí? —preguntó ella muy asombrada.

—No —respondió el muchacho.

—Pero, Pedro, ¿de dónde la has sacado?

—De la mochila.

Así era, en efecto. La noche anterior, el empleado de correos de Dörfli le había entregado la citada carta. Pedro la había puesto en el fondo de su mochila, vacía en aquel momento, y, a la mañana siguiente, había puesto sus provisiones encima. Al recoger las dos cabritas del Viejo de los Alpes, había visto a Heidi y al abuelo, pero solamente al mediodía, cuando abrió la mochila para sacar la comida, la carta cayó nuevamente en sus manos.

Heidi leyó atentamente la dirección, luego se dirigió corriendo al cobertizo y, llena de alegría, exclamó agitando la carta:

—¡Una carta de Francfort! ¡Una carta de Clara! ¿Quieres que te la lea en seguida, abuelito?

Éste estaba dispuesto a escucharla, y Pedro, que había seguido a Heidi, se preparó también para asistir a la lectura, apoyándose en el montante de la puerta para tener un sostén sólido y poder oír cómodamente lo que Heidi iba a leer. La niña empezó:

«Querida Heidi: Nosotras ya hemos preparado todas nuestras maletas y nos pondremos en camino dentro de dos o tres días, porque papá parte también al mismo tiempo, no para venir con nosotras, sino para irse a París. El doctor viene a vernos todos los días y, apenas entra, empieza a gritar: “¡Marchad! ¡Marchad!... ¡A los Alpes!». No le llega la hora de que nos pongamos en camino. ¡Si tú supieses cuánto le ha gustado la estancia en vuestras montañas! Durante el pasado invierno casi ha venido todos los días a verme porque siempre tenía alguna cosa nueva que contarme. Entonces se sentaba a mi lado y me hablaba de los días que ha pasado contigo y con tu abuelito; me hablaba de las montañas, de las flores, del delicioso aire fresco, de la tranquilidad de que se goza estando tan alto, encima de todos los pueblos y de todos los caminos. Decía con frecuencia que en los Alpes todo el mundo podría recobrar la salud. Él mismo ha vuelto completamente transformado; hacía muchísimo tiempo que no le habíamos visto tan satisfecho. ¡Cuánto me alegro de poder ver todo eso, de poderme hallar contigo en los Alpes, y también de conocer a Pedro y a sus cabritas! Sin embargo, es necesario que antes me someta a una cura durante seis semanas en el balneario de Ragatz, porque así lo ha mandado el doctor. Luego iremos en seguida a vivir a Dörfli y, cuando haga buen tiempo, me llevarán en mi sillón de ruedas a tu casa y juntas pasaremos agradablemente el día. Abuelita irá conmigo; ella se alegra también de volverte a ver. Pero creo que la señorita Rottenmeier no quiere ir. Abuelita le dice casi todos los días: «¿Qué ha pensado usted, querida Rottenmeier, acerca del viaje a Suiza? No gaste usted cumplidos si le gusta venir con nosotras». La señorita le da siempre las gracias con mucha cortesía, pero dice que no

quisiera ser importuna. Yo sé muy bien lo que piensa: cuando Sebastián volvió, después de acompañarte, hizo una descripción terrible acerca de los Alpes; contó que se veían allí enormes rocas suspendidas sobre los caminos y que amenazaban derrumbarse; que en todas partes hay precipicios y abismos a los que era fácil caer; que los senderos son tan empinados que a cada instante es de temer una caída, y que, si bien las cabritas pueden subir saltando, ningún ser humano puede atreverse a poner allí sus pies sin correr inminente riesgo de perder la vida. La señorita Rottenmeier se echó a temblar, y desde entonces ya no sueña en el viaje a Suiza, como hacía antes. Tinette también está asustada y tampoco quiere venir con nosotras. Iremos, pues, solamente abuelita y yo, Sebastián nos acompañará hasta Ragatz y en seguida volverá aquí, a casa. Yo casi ya no puedo aguardar más el momento de emprender la marcha.

”Adiós, querida Heidi. Abuelita también te envía sus saludos. Te quiere tu buena amiga,

«Clara».

Después de escuchar la lectura de la carta, Pedro se apartó con rápido movimiento del marco de la puerta en que estaba apoyado e hizo restallar el látigo repetidas veces y con tanta furia, que todas las cabritas huyeron aterradas precipitándose hacia el sendero con saltos alocados. Pedro corrió tras ellas hendiendo el aire con el látigo, como si tuviera necesidad de descargar su rabia sobre algún enemigo invisible. En efecto, algo le exasperaba, y este algo era la llegada de los amigos de Heidi.

La niña estaba tan contenta que al día siguiente se empeñó en bajar a ver a la abuelita de Pedro para contarle quiénes iban a venir desde Francfort, sobre todo quién no vendría. Todo ello era de la mayor importancia para la anciana: ¡conocía tan bien todos los personajes citados y tomaba tanto interés en todas las cosas de Heidi! Ésta se puso, pues, en camino al mediodía siguiente. Ahora que el sol tardaba ya más tiempo en desaparecer tras el horizonte, la niña podía bajar sola a la choza de la abuela de Pedro y hallaba gran placer en hacer el camino corriendo, dejándose llevar por la brisa de mayo.

La anciana ya no pasaba todo el día en el lecho; ocupaba nuevamente su sitio del rincón y, como antes, hilaba en la rueca. Mas aquel día se advertía cierta preocupación en su rostro: hallábase sumida en pensamientos tristes que desde la noche anterior la perseguían y no le habían dejado dormir. Cuando Pedro, hecho una furia, entró por la noche en casa, la anciana había comprendido, deduciéndolo de las palabras entrecortadas del muchacho, que iban a llegar de Francfort una porción de personas. En cuanto a lo que iría sucediendo después, Pedro no sabía nada, pero los pensamientos de su abuela eran muy negros acerca del porvenir.

Heidi entró corriendo en la habitación y se fue en derechura hacia la

abuela, se sentó en el pequeño taburete que siempre estaba dispuesto para ella, y contó con tal vivacidad lo que tenía que decir, que ella misma se emocionó. Mas, de pronto, se detuvo en medio de una frase y preguntó con inquietud:

—¿Qué tienes, abuelita? ¿Es que lo que te cuento no te gusta?

—Sí, sí, Heidi, por ti me alegro, puesto que la llegada de tus amigos te causa tanta alegría —respondió la anciana, esforzándose por aparecer contenta.

—Pero, abuelita, yo veo que estás preocupada. ¿Es que temes que pueda venir la señorita Rottenmeier? —preguntó Heidi, mostrándose también inquieta.

—No, no es nada, no es nada —aseguró la abuela para tranquilizarla—; dame un poco tu mano, Heidi, para que yo me dé buena cuenta de que estás aún a mi lado. Seguramente será para tu bien, aunque a mí me parece que después no podré vivir.

—Pues yo no quiero nada para mí si tú, después, no puedes vivir, abuelita —declaró Heidi en tono tan decidido que en el corazón de la anciana nacieron otros temores.

Después de oír las noticias que trajo Pedro, su abuela supuso en seguida que la gente de Francfort iba a venir para llevarse a Heidi; y era muy natural que quisieran llevársela, ahora que la niña se hallaba nuevamente bien. Sin embargo, la anciana comprendió que no hubiera podido manifestar su angustia y sus temores en presencia de Heidi. ¡Era la niña tan compasiva para con ella! Podría ocurrir que se resistiera a partir con sus amigos, y esto no debía suceder. La abuela buscó un auxilio y no tardó en encontrarlo, pues no conocía otro.

—Heidi —dijo—, ya sé lo que me hará bien y me inspirará buenos sentimientos. Léeme aquella canción que comienza por: «Desecha esos temores...».

Heidi se había familiarizado tanto con el libro de las canciones, que halló inmediatamente lo que la anciana pedía y, con voz clara, leyó:

Desecha esos temores,
que Dios sabe muy bien, lo
que para tu alma
más saludable es.
Permanece serena ante
la tempestad.

¿No es Dios como un buen padre

que te defenderá?

—Sí, sí, esto era lo que me hacía falta oír —dijo la abuela, mientras la expresión de angustia desaparecía de su rostro.

Heidi la contempló un momento muy pensativa, y luego le preguntó:

—Abuelita, saludable ¿significa lo que hace bien y lo que cura, cuando una está enferma?

—Sí, debe de ser eso, hija mía —contestó la abuela con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Y puesto que Dios sabe lo que nos hace bien, podemos estar tranquilas, pase lo que pase. Léeme eso otra vez, Heidi, para que lo recordemos bien.

La niña leyó el verso repetidas veces, porque la encantaba la serenidad que la abuelita obtenía de la canción.

Entre tanto habíase hecho de noche y Heidi hubo de regresar a la cabaña. Mientras recorría el largo sendero empezaba a brillar en el firmamento una estrella tras otra. Cada nueva estrella aparecía más brillante que la anterior, como si con su radiante centelleo quisiera verter nuevas alegrías en el corazón de Heidi. Ésta se detenía sin cesar para contemplarlas, y al ver que el cielo aparecía cada vez más alegre y más brillante, no pudo menos de corresponder a su mensaje, exclamando en voz alta:

—¡Oh, ahora lo comprendo todo! Porque Dios sabe lo que es bueno para nosotros, debemos estar tranquilos y ser felices.

Y las estrellas continuaron brillando y guiñando el ojo a Heidi hasta que ésta llegó a la cabaña, delante de la cual la esperaba el abuelo contemplando también el firmamento, que desde hacía mucho tiempo no había brillado con tanto esplendor.

No solamente las noches, sino también los días, fueron, durante aquel mes de mayo, excepcionalmente luminosos y puros. El abuelo se maravillaba a veces al ver que el sol saliera por la mañana con todo el esplendor que tenía al ponerse la noche anterior, y de que día tras día luciese en un cielo sin nubes.

—Éste es un año de sol —dijo un día—, un año como hay pocos. La savia de las plantas será muy vigorosa y enérgica. Ten cuidado, general, no vaya a resultar que tus saltarinas se vuelvan ingobernables a causa de la buena nutrición.

Pedro le contestaba haciendo restallar su látigo con cierto aire de bravuconería y en su rostro se leía claramente esta muda contestación: «Yo sabré arreglármelas».

De este modo transcurrió el verdeante mes de mayo. Llegó luego el de junio con sus largos y radiantes días, y el calor del sol, cada vez más fuerte, hizo brotar de la tierra todas las flores. Se esparcían éstas por las montañas de los Alpes y llenaban el aire con su dulce aroma. Tocaba también a su fin el mes de junio, cuando una mañana salió Heidi corriendo de la cabaña, después de terminar sus quehaceres domésticos. Deseaba ir a los pinos y luego subir más alto todavía para ver si la gran mata de la centaura habíase abierto ya, porque nada le parecía tan precioso como aquellas graciosas campanillas abiertas en plena luz. Mas en el momento en que Heidi iba a dar la vuelta a la casa, se detuvo bruscamente y empezó a dar tales gritos, que el abuelo salió del cobertizo para ver qué cosa extraordinaria había sucedido.

—¡Abuelito, abuelito! —le gritó la niña fuera de sí—. ¡Ven aquí, ven y mira!

El anciano acudió a la llamada de su nieta y miró en la dirección que la niña le señalaba con tanta agitación. Por el largo sendero de los Alpes serpenteaba la más extraña de las comitivas que jamás se había visto en aquella región. A la cabeza iban dos hombres con una silla de manos descubierta en la que se hallaba instalada una muchacha envuelta en muchos chales. Detrás de ellos iba un caballo montado por una dama de aspecto imponente que miraba sin cesar a todas partes y hablaba con viveza con el joven guía que caminaba a su lado. Luego seguía un gran sillón de ruedas, vacío, empujado por otro joven, porque era más prudente para la enferma subir el sendero abrupto en silla de manos. Cerraba la marcha un mozo que llevaba una banasta llena de mantas, chales y abrigos; había tantos, que tras de ellos no se veía la cabeza del hombre.

—¡Son ellas! ¡Son ellas! —exclamaba Heidi brincando de alegría.

En efecto, eran Clara y su abuelita que, poco a poco, se aproximaban y alcanzaron al fin la cima. Los mozos dejaron la silla de manos en el suelo. Heidi se abalanzó sobre Clara y las dos niñas se abrazaron con transportes de alegría. La abuelita llegó después, se apeó del caballo y saludó con mucha ternura a Heidi, que había acudido inmediatamente. Luego la anciana se volvió al Viejo de los Alpes, que se había acercado para dar la bienvenida a la ilustre dama. No hubo muestras de rigidez en su encuentro; se conocían ambos tan bien como si se hubieran relacionado durante muchos años.

Después del primer saludo, la abuela de Clara exclamó con viveza:

—¡Pero, querido abuelo, tiene usted aquí una residencia verdaderamente señorial! ¿Quién lo hubiese creído? Un rey podría envidiársela. ¡Y qué buena cara tiene nuestra pequeña Heidi! Una verdadera rosa de mayo —continuó, atrayendo a la niña y acariciándole las frescas mejillas—. ¡Qué maravillas en todas partes! ¿Qué dices de esto, Clara, qué dices?

Clara miró en torno suyo plenamente asombrada y maravillada. Jamás había visto, ni menos presentido, semejante ambiente.

—¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué bien se está aquí! —repetía sin cesar—. Jamás hubiera podido figurarme que fuera así. ¡Oh, abuelita, aquí quisiera quedarme!

Mientras tanto, el Viejo de los Alpes había aproximado el sillón de ruedas, en cuyo asiento colocó algunas mantas que había tomado de la banasta. Luego se dirigió hacia la silla de manos:

—Si instalásemos a la señorita en su sillón, se encontraría mucho mejor —dijo—. La silla es un poco incómoda.

Y sin esperar que lo ayudasen, con sus brazos vigorosos levantó suavemente a Clara y la colocó con el mayor cuidado en el cómodo sillón. Luego extendió la manta sobre sus rodillas y le arregló tan bien los pies sobre los cojines, que se hubiera dicho que se había pasado la vida cuidando a personas inválidas. La abuela miraba al Viejo con gran asombro.

—Abuelo —dijo al fin—, si yo supiese dónde ha aprendido usted a cuidar enfermos, mandaría al mismo sitio a todas las enfermeras que conozco para que pudiesen adquirir la destreza que usted tiene. No entiendo cómo es posible esto.

El Viejo sonrió afablemente.

—Es más cuestión de práctica que de estudios —respondió; pero a pesar de la sonrisa, se advertía en su rostro un poco de tristeza.

Había recordado, de pronto, el rostro sufriente de un hombre sentado en otra silla igual que la de la niña, mas cuyo cuerpo se hallaba tan mutilado, que apenas le quedaba un miembro útil. Aquel hombre había sido capitán, a las órdenes del cual se hallaba el Viejo, y al que encontró en Sicilia, después de un duro combate, muy mal herido. Cargándolo sobre sus fuertes hombros, sacó al capitán del lugar peligroso; desde entonces no lo abandonó ni un momento y lo cuidó hasta que la muerte puso término a su triste situación. Al ver a Clara sentada en el sillón, le pareció que la cosa más natural, como antes hiciera con su capitán, era cuidar de la niña y prestarle todos aquellos servicios que tan bien conocía.

Sobre la cabaña y los pinos se cernía un cielo sin nubes, de un azul profundo, que sobrepasaba las altas cumbres grises de la montaña. Clara no pudo apartar la mirada de aquella maravilla y se hallaba transportada de alegría.

—¡Oh, Heidi, qué dicha si yo pudiera recorrer este prado, dar contigo la vuelta a la cabaña, pasearme bajo los pinos! —exclamó con anhelo—. ¡Ojalá

podiera ver contigo todo lo que ya conozco desde hace tanto tiempo sin haberlo visto jamás!

Heidi, al oír a su amiga, hizo un gran esfuerzo y logró lo que se había propuesto. Suavemente empujó el sillón sobre el césped seco, y no lo detuvo hasta llegar al grupo de los tres pinos, debajo de los cuales descansó. Nunca en su vida había visto Clara una cosa tan bella como aquellos altos y viejos árboles, cuyas anchas ramas tocaban con la punta el suelo. También la abuela, que había seguido a las niñas, se detuvo asombrada ante tanta belleza. No sabía decir qué era lo más hermoso de los viejísimos pinos, si las densas copas que susurraban su eterna canción proyectando hacia el azul del cielo sus puntas, o los rectos y sólidos troncos, cuyas enormes ramas daban cuenta de los muchos años que aquellos árboles se hallaban allí contemplando los valles en que las personas iban y venían y donde todo cambiaba... y sólo ellos seguían como habían sido siempre.

Entre tanto, Heidi había llevado el sillón de Clara al establo de las cabritas, cuya puerta abrió en seguida de par en par para que su amiga pudiera verlo todo bien. Mas en aquel momento poca cosa había que ver en el establo, puesto que sus habitantes se hallaban fuera. Con acento de pena exclamó Clara:

—¡Oh, abuelita, ojalá pudiera yo quedarme aquí hasta que regresen Diana y Blanquita, porque tengo muchas ganas de verlas! ¡Y también a las otras cabritas y a Pedro! —añadió—. Pero si he de bajar todas las noches tan temprano como dijiste, no podré ver nada. ¡Qué lástima!

—Hija mía, ante todo es necesario que nos alegremos de tantas cosas hermosas como hay aquí y no que recordemos aquello que falta —dijo en tono de amable reproche la anciana, siguiendo el sillón empujado por Heidi.

—¡Oh, las flores! —volvió a exclamar Clara—. ¡Cuántas florecillas rojas y cuántas campanillas azules! ¡Oh, quién pudiera saltar de esta silla y cogerlas!

Heidi se precipitó en el acto hacia las flores y, al poco rato, regresó con un gran puñado de ellas.

—Eso no es nada —dijo colocando el ramo sobre las rodillas de Clara— comparado con las que hay en los prados. ¡Espera hasta que vayas allí y verás qué flores tan hermosas hay! En muchos sitios la centaura roja y la pasionaria están amontonadas a millares, y en otros, las campanillas azules. También hay sitios donde abundan unas lindas rosas de un amarillo tan brillante, que el suelo parece cubierto de oro. Luego aquellas otras, de pétalos grandes, que el abuelito llama ojos de sol; después hay unas que tienen un color moreno, con florecitas pequeñas redondas y que huelen muy bien. Cuando estoy sentada entre todas aquellas flores, me hallo tan a gusto que nunca quisiera

levantarme.

Los ojos de Heidi brillaban del deseo de volver a ver lo que acababa de describir; Clara se contagió de su mismo entusiasmo y en sus suaves ojos azules se reflejó el ardiente deseo de su amiguita.

—¡Oh, abuelita! ¿Podré ir hasta allí? ¿Crees posible que pueda subir yo tan alto? —preguntó anhelante—. ¡Oh, si yo pudiera andar y recorrer contigo los Alpes, Heidi!

—Yo empujaré el sillón, no temas —contestó la niña tranquilizándola.

Y para demostrar lo fácil que era para ella llevar a su amiga, empujó el sillón y dio la vuelta por la casa con tanta fuerza que, por poco, se precipita montaña abajo. Mas allí estaba el abuelo que detuvo el sillón a tiempo.

Mientras se efectuó la visita a los pinos, el abuelo no estuvo ocioso. Junto al banco, delante de la cabaña, había puesto la mesa y algunos asientos, y todo estaba dispuesto para que allí mismo pudiera tomarse la excelente comida que en aquel momento se cocía en un perol, en el hogar de la cabaña. No pasó mucho tiempo, cuando el abuelo tenía ya todo colocado encima de la mesa; alegremente se reunió la gente alrededor de ella.

La abuela se deshacía en exclamaciones de admiración acerca de aquel hermoso comedor, desde el cual se podía contemplar el valle, las montañas y el cielo azul. Una suave brisa llevaba sobre los comensales un fresco agradable y susurraba en los pinos tan dulcemente, como si el rumor se produjera para amenizar la fiesta.

—Jamás me ha sucedido nada igual —exclamó nuevamente la señora—. ¡Esto es una verdadera maravilla! Pero ¿qué veo? —añadió asombrada—. Me parece que estás comiendo el segundo pedazo de queso tostado, Clarita. ¿Cómo es eso?

En efecto, encima de la rebanada de pan de Clara había otro pedazo del dorado queso de los Alpes.

—Es que esto tiene muy buen gusto, abuelita, mucho mejor que todas las comidas que nos daban en el balneario de Ragatz —aseguró Clara, e hincó el diente con buen apetito en la sabrosa comida.

—¡Come, come! —dijo el Viejo muy satisfecho—. La brisa de nuestras montañas es la que suple la pobreza de nuestra cocina.

Y así continuó la alegre colación. La abuela y el Viejo se entendieron muy bien; su conversación hacía cada vez más animada. En muchas cuestiones acerca de las gentes y de las cosas tenían la misma opinión; parecía que los dos hubiesen disfrutado desde muchos años en relaciones de excelente amistad. Así transcurrió agradablemente el tiempo; de pronto la anciana miró

hacia el cielo y observó:

—Pronto hemos de prepararnos para bajar, hija mía. El sol va declinando y los hombres no tardarán en volver con el caballo y la silla de manos.

El rostro alegre de Clara se llenó de tristeza, y con insistencia suplicó:

—Una hora más, abuelita, te lo suplico. Aún no hemos visto la cabaña por dentro ni la cama de Heidi. ¡Ojalá tuviera el día diez horas más!

—Eso sí que no es posible —observó la abuelita, pero añadió que también le gustaría ver la cabaña por dentro.

El Viejo se levantó en seguida de la mesa y llevó el sillón con mano firme hasta la puerta, pero no pudo pasar por ella porque el mueble era demasiado ancho. El abuelo no vaciló un momento: cogió a Clara en brazos y con ella penetró en la cabaña.

La abuela entró también, y yendo de un lado a otro, admiró como ella, las cosas de aquel hogar sencillo y rústico, complaciéndose de que todo estuviera en tan buen orden y tan aseado.

—Eso que veo ahí arriba, Heidi, debe de ser tu cama, ¿verdad? —preguntó, y, sin temor, subió por la pequeña escalera de mano al desván donde estaba el heno—. ¡Oh, qué bien huele esto! ¡Qué saludable debe de ser dormir aquí!

Después se dirigió a la pequeña ventana practicada en el techo. Detrás de ella subió el abuelo con Clara en brazos; Heidi tampoco se quedó abajo.

Todos se hallaban en torno del lecho de Heidi; la anciana, muy pensativa, lo contemplaba, aspirando de cuando en cuando con placer el fuerte aroma del heno fresco. Clara quedó estática delante de la cama de su amiga.

—¡Oh, Heidi, qué bien duermes aquí arriba! Desde la cama puedes contemplar el cielo, en torno tuyo tienes este delicioso aroma y, además, ¡oyes el susurro de los pinos! ¡Nunca he visto un dormitorio tan divertido y tan lindo!

El abuelo echó una mirada a la abuela.

—Si la señora me lo permite —dijo—, y quiere creerme, no me parece desacertado que Clarita se quedara aquí en la montaña algún tiempo. He visto que ustedes han traído consigo bastantes mantas y chales; con ello podríamos hacerle aquí una buena cama, y en cuanto al cuidado de la niña, la señora no habría de preocuparse, porque de eso me encargaría yo muy a gusto.

Clara y Heidi empezaron a gritar de contento como dos loquillas que eran; en el rostro de la abuela se transparentó la profunda alegría que sentía.

—¡Qué hombre tan maravilloso es usted! —exclamó—. ¿Qué cree usted que pensaba yo en este momento? Pues que una estancia aquí, en la montaña, habría de ser excepcionalmente beneficiosa para mi nieta, pero no me atreví a decirlo porque pensé también que sería muy incómodo para quien la hospedara, además de las molestias de tenerla que cuidar. ¡Y ahora usted ofrece todo esto como si nada significara! En verdad, querido abuelo, le quedo agradecida de corazón.

La anciana estrechó efusivamente la mano del Viejo y éste correspondió con la misma efusión.

En seguida el Viejo puso manos a la obra. Volvió a llevar a Clara al sillón que quedó delante de la puerta; Heidi lo seguía sin saber qué hacer, tanta era su alegría. El abuelo recogió todos los chales y mantas para subirlos al desván.

—Ha sido una suerte que la señora se haya provisto de todo, como si se tratara de una campaña de invierno. Todo esto nos viene ahora de perlas.

—Querido amigo —contestó la anciana, que se aproximaba en aquel momento—, la previsión es una virtud que protege contra muchos males. Si durante un viaje por sus montañas no sobrevienen tempestades y lluvias, se puede hablar de suerte, pero esto no debe impedir que nos preparemos para todas las eventualidades. Y ya ve usted: los dos estamos de acuerdo en que mis medidas han servido para algo.

Entre tanto, los dos habían subido nuevamente al desván y empezaban a extender las mantas para formar con el heno una buena cama. Había tantas mantas que, cuando terminaron su obra, más que lecho, parecía una pequeña fortaleza.

—Ahora ya no puede penetrar el heno a través de las mantas —dijo al fin la abuela volviendo a probar con la mano la suavidad de la cama, en la que, a causa del espesor de las mantas amontonadas, no se notaba el heno que había debajo.

Satisfecha de su obra, la anciana bajó la escalera y se volvió a reunir con las niñas, las cuales, con rostros ardientes, hacían proyectos acerca de cómo emplearían el tiempo desde la mañana hasta la noche durante el tiempo que permitirían a Clara permanecer en la montaña. Y ¿cuánto tiempo podría estar allí? Inmediatamente preguntaron a la abuela acerca de tan importante asunto. La anciana contestó que no podía decírselo, que era preciso preguntárselo al abuelo de Heidi, y como éste en aquel momento se reunió también al grupo, las niñas le interrogaron en seguida. El abuelo contestó que unas cuatro semanas sería justamente el tiempo necesario para poder juzgar si el aire de los Alpes dejaría sentir también su benéfica influencia sobre Clara. Las niñas, al oír la respuesta, manifestaron ruidosamente su satisfacción, porque no

habían esperado poder estar juntas tanto tiempo.

En aquel momento vieron llegar a los mozos portadores de la silla de manos y el agua del caballo. Los dos primeros regresaron inmediatamente al pueblo.

Cuando la abuela se dispuso a montar en su caballo, Clara exclamó alegremente:

—¡Oh, abuelita!, ahora la despedida no puede causar pena, porque, aunque te vayas, vendrás de cuando en cuando a verme, y entonces todos estaremos contentos, ¿verdad, Heidi?

La abuelita montó a caballo, el Viejo cogió las riendas y lo llevó con mano firme por el abrupto sendero de la montaña. De nada valieron las protestas de la anciana, que no quería tal sacrificio; el Viejo declaró que la acompañaría hasta Dörfli porque la pendiente era muy pronunciada y no carecía de peligro.

La abuela no pensaba quedarse en Dörfli, ahora que regresaba sola, sino que decidió ir directamente al balneario de Ragatz, desde donde haría de vez en vez excursiones a la montaña.

Mucho antes de regresar el Viejo, llegó Pedro con sus cabritas a la cabaña. Cuando los animalitos se dieron cuenta del sitio donde se hallaba Heidi, se precipitaron hacia ella, y las dos niñas se vieron inmediatamente rodeadas por los animales. Las cabras se empujaban, como siempre, unas a otras para estar más cerca de la niña. Ésta iba diciendo los nombres de cada una para que Clara también las conociera.

De aquí que Clara hiciera, por fin, el anhelado conocimiento de la pequeña Blancanieves, la alegre Cascabel, las aseadas cabritas del abuelo, de todas, hasta del Gran Turco.

Mientras tanto, Pedro se mantuvo apartado y echaba miradas amenazadoras a Clara, la cual no cabía en sí de contenta y nada advirtió del extraño proceder del muchacho.

Cuando las niñas le dieron las buenas noches, Pedro, por toda respuesta, hendió tan furiosamente el aire con su látigo como si quisiera romperlo. Luego echó a correr montaña abajo, seguido de las cabras.

Digno remate de todas las cosas hermosas que Clara había visto aquel día, fue la sorpresa que experimentó cuando, después de acostarse en el muelle lecho de heno, pudo contemplar, a través de la abertura del techo, el firmamento lleno de estrellas.

—¡Oh, Heidi —exclamó—, si parece que estamos en un coche que se dirige directamente hacia el cielo!

—Sí, eso parece, y ¿tú sabes por qué están tan contentas las estrellas y nos guiñan el ojo? —preguntó Heidi.

—No, eso sí que no lo sé. ¿Qué quieres decir? —preguntó Clara a su vez.

—Pues porque las estrellas ven como Dios Nuestro Señor todo lo dispone tan bien para los hombres a fin de que nada teman y estén seguros de que todo ha de resultar, al fin, para su bien. Esto les causa mucha alegría. Fíjate como nos hacen señas para que también nosotras estemos contentas. Pero, Clara, nosotras no nos hemos de olvidar de rezar. Hemos de rogar mucho a Dios Nuestro Señor para que no nos olvide cuando lo dispone todo, para que también nosotras podamos estar seguras y no tengamos nada que temer.

Entonces las dos niñas se incorporaron nuevamente en la cama y cada una de ellas dijo la oración de la noche. Después Heidi se echó otra vez, se apoyó sobre un brazo y se durmió instantáneamente. Sólo Clara permaneció largo rato despierta todavía, porque jamás había visto una cosa tan maravillosa como aquel dormitorio alumbrado por la luz de las estrellas, a las cuales no se cansaba de contemplar.

Es que Clara nunca había visto las estrellas, porque, de noche, jamás había salido de casa, y, dentro de ella, la servidumbre cerraba las cortinas de las ventanas mucho antes de la aparición de los astros nocturnos. Y ahora, cada vez que cerraba los ojos para dormir, volvía a abrirlos nuevamente, para ver si todavía estaban en el firmamento aquellas dos estrellas grandes que brillaban más que las otras y que tan singulares señas hacían, como había dicho Heidi. Así continuó hasta que el cansancio la rindió, pero aun en sueños seguía viendo aquellos dos luceros del cielo.

CAPÍTULO XXI

CÓMO TRANSCURRE LA VIDA EN LOS ALPES.

El sol salió por detrás de las rocas, lanzando sus primeros rayos sobre la cabaña y el valle. El Viejo había salido de su casa y, como todas las mañanas, contemplaba con religioso silencio cómo, a su alrededor, se disipaba en los valles y en las alturas la ligera neblina de la madrugada y se despertaba el mundo para empezar un nuevo día.

Las tenues nubes de la mañana se iluminaban cada vez más, hasta que al fin apareció el sol en toda su gloria e inundó las montañas, los bosques y el valle con sus dorados rayos.

En aquel momento el Viejo penetró de nuevo en la cabaña y subió

sigilosamente la pequeña escalera para contemplar a las dos niñas. Clara acababa de abrir los ojos y miraba con gran asombro cómo entraban los rayos del sol por la ventana y danzaban alegremente sobre el lecho. No se daba cuenta ni de lo que veía ni en dónde se hallaba. Pero dirigió una mirada hacia Heidi, la cual estaba todavía dormida a su lado, y, al mismo tiempo, oyó la voz cordial del abuelo:

—¿Has dormido bien? ¿Tienes todavía sueño?

Clara aseguró que no tenía sueño ninguno, pues había dormido toda la noche de un tirón. Esto agradó al abuelo, el cual puso en seguida manos a la obra y ayudó a Clara a vestirse con tanto acierto como si fuera su oficio cuidar de niños enfermos y procurarles toda clase de comodidades.

Heidi, que al fin había abierto los ojos, vio con asombro como el abuelo cogía a Clara en brazos, ya vestida, y descendía con ella. Era, pues, preciso apresurarse para reunirse con ellos. Saltó del lecho y se arregló en un abrir y cerrar de ojos; después bajó la escalera, salió de la cabaña y se detuvo para contemplar, estupefacta, lo que hacía el abuelo. Ya la noche anterior, mientras las niñas dormían en su lecho de heno, había reflexionado largamente acerca del lugar donde podía guardar el ancho sillón de ruedas. No había que pensar en hacerlo entrar en la cabaña, pues la puerta era demasiado estrecha. Pero de pronto tuvo una idea: se dirigió al cobertizo y arrancó dos tablas de uno de sus tabiques. Por la amplia abertura hizo penetrar el sillón y volvió a poner las tablas en su sitio, pero sin clavarlas. Heidi había llegado en el momento en que el abuelo, después de colocar a Clara en el sillón, salía, empujándolo, del cobertizo por el hueco recién abierto, al pleno sol de la mañana. En medio del llano que había frente a la cabaña dejó el sillón para dirigirse al establo de las cabritas. Heidi corrió hacia Clara.

La fresca brisa de la mañana acariciaba los rostros de las niñas y les llevaba oleadas aromáticas de los abetos que impregnaban la atmósfera. Clara aspiraba profundamente esta brisa fortificadora, y recostada en el respaldo del sillón gozaba de la sensación de bienestar que hasta entonces le era desconocida.

Jamás pudo aspirar el aire matinal en pleno campo, y este puro aliento de los montes, tan fresco, tan vigoroso, era para ella una verdadera delicia. Gozaba igualmente del brillante sol, tan poco ardoroso en lo alto de la montaña y que jugueteaba dulcemente entre sus manos y en el césped, a sus pies. Nunca hubiera podido figurarse que la vida en aquel lugar fuera tan hermosa.

—¡Oh, Heidi, si yo pudiera estar siempre aquí, contigo! —exclamó Clara volviéndose en su sillón para mejor recibir en todas partes de su cuerpo los besos del aire y del sol.

—¿Ves como era cierto lo que te decía? —repuso Heidi henchida de felicidad—. No hay en el mundo lugar tan bello como nuestra cabaña de los Alpes.

En aquel momento el Viejo salió del establo y se dirigió hacia las niñas con dos tazones llenos de leche blanca y espumosa.

Dio uno a Heidi y otro a Clara.

—Esto te hará bien, hija mía —dijo animando a Clara con un movimiento de cabeza—. Es la rica leche de Blanquita. ¡Buen provecho!

Como Clara nunca había bebido leche de cabra, comenzó por olerla con cierto aire de vacilación, pero cuando vio la avidez con que Heidi bebió su tazón, sin descansar, tan rica la hallaba, también ella bebió hasta la última gota de aquel néctar, tan dulce y aromático como si le hubieran echado azúcar y canela.

—Mañana nos beberemos dos tazas —dijo el abuelo, que había visto con satisfacción cómo Clara seguía el ejemplo de Heidi.

Un momento después, Pedro hacía su aparición con su ejército y, mientras Heidi avanzaba hacia las cabras para recibir su saludo matinal, el abuelo llamó a Pedro aparte, a fin de poder entenderse con él, pues las cabras balaban ensordecedoramente para testimoniar a Heidi su afecto.

—Oye bien lo que voy a decirte —dijo el Viejo—. Desde hoy dejarás a Blanquita hacer lo que quiera. Por instinto ya sabe ella cuáles son las hierbas más nutritivas. Por lo tanto, si quiere subir a mayor altura que de costumbre, síguela; las demás cabras ya te seguirán también. Y si aún quiere subir más, síguela asimismo, ¿entendido? Ve donde ella vaya, pues Blanquita sabe de esto más que tú y es menester que coma las mejores hierbas para producir una leche de primera calidad. ¿Por qué pones esos ojos? Parece que quieras comerte a alguien. Nadie te estorbará. Y ahora ¡vete y acuérdate bien de lo que te he dicho!

Pedro tenía la costumbre de obedecer en todo al Viejo de los Alpes. Así, pues, se puso en seguida en marcha, pero debía suponer que había en ello algo oculto, porque volvía frecuentemente la cabeza, con ojos desmesuradamente abiertos. Las cabras, al avanzar, arrastraron a Heidi un trecho, circunstancia que aprovechó el muchacho para exclamar con aire de amenaza:

—Has de venir con nosotros porque hemos de seguir a Blanquita a todas partes.

—No puedo ir ahora —contestó la niña—. No podré ir con vosotros en mucho tiempo, porque he de hacer compañía a Clara. Alguna vez ella y yo subiremos a verte, así lo ha dicho el abuelo.

Mientras hablaba, Heidi se había librado de las cabritas y volvía al lado de Clara. Pedro, al verla marchar, amenazó furiosamente con los puños a las dos niñas hasta que su rebaño empezó a correr montaña arriba; y el chico lo siguió dando grandes zancadas para ponerse lo antes posible fuera del alcance del Viejo de los Alpes, porque prefería no enterarse de la impresión que su amenaza hiciera sobre aquél.

Clara y Heidi se habían propuesto hacer aquel día tantas cosas, que no sabían por dónde empezar. Heidi propuso, ante todo, escribir una carta a la abuela, ya que habían prometido escribir todos los días. La abuela, que no las tenía todas consigo acerca del resultado de la estancia de Clara en la montaña, había hecho prometer a las niñas que, por carta, la pondrían al corriente de lo que sucediese. De este modo pensaba enterarse de si su presencia era necesaria allí arriba en un momento dado; mientras tanto, podría gozar tranquilamente de su estancia en el balneario.

—¿Hemos de entrar para escribir? —preguntó Clara, que hubiera querido redactar la carta, pero se hallaba tan bien al aire libre, que no deseaba apartarse de tan grato lugar.

Pero Heidi supo arreglárselas. Entró corriendo en la cabaña y regresó a poco con un taburete y recado de escribir. Puso encima de las rodillas de Clara un libro y un cuaderno, ella se sentó en el taburete, tomando el banco por mesa, y así las dos niñas empezaron a escribir la carta de la abuela. Clara, después de cada frase, dejaba el lápiz y miraba en torno suyo. El paisaje le encantaba. El viento había perdido el frescor de la mañana y le acariciaba dulcemente el rostro. Al mismo tiempo se oía su murmullo entre las ramas de los pinos. En la clara atmósfera revoloteaban y zumbaban alegremente los insectos, y en todo el soleado valle reinaba una augusta quietud; una bienhechora paz envolvía al mundo, y las cimas de los altos montes lo contemplaban serenos. Sólo de cuando en cuando se oía el alegre grito de algún pastorcillo, y el eco de las montañas, suavemente, devolvía el resonar de la voz.

La mañana transcurrió sin que las niñas se diesen cuenta del tiempo. Nuevamente apareció el abuelo con la fuente humeante para que comiesen al aire libre, ya que el Viejo opinaba que Clara había de permanecer en él mientras quedase un rayo de sol en el cielo. Así se sirvió la comida en la mesa colocada delante de la cabaña, como hicieron el día anterior, con gran placer de las niñas. Luego, Heidi llevó el sillón hacia los pinos, porque había convenido con Clara en que debajo de la deliciosa sombra de los viejos árboles pasarían la tarde para contarse mutuamente lo que les había sucedido desde que se separaron en Francfort. Aun cuando allí todo transcurría en apacible calma, Clara, sin embargo, tenía mucho que referir acerca de las personas que concurrían a la casa Sesemann, y a las cuales conocía Heidi.

Las dos niñas se sentaron a la sombra de los pinos; cuanto más animada era su conversación, más fuerte cantaban los pájaros en las ramas, como si les complaciera la alegre charla y quisieran tomar parte en ella. El tiempo transcurrió rápida e inopinadamente para las niñas; llegó el crepúsculo, y con él el rebaño de Pedro y éste detrás, con la frente arrugada y la cara hosca.

—Buenas noches, Pedro —exclamó Heidi al ver que el chico no quería detenerse.

—Buenas noches, Pedro —exclamó también Clara amablemente.

El muchacho no devolvió los saludos. Furioso, corrió detrás de las cabras.

Clara, al ver que el abuelo llevaba la aseada Blanquita al establo para ordeñarla, sintió de pronto tanto deseo de beber la sabrosa leche, que apenas podía aguardar el momento en que el abuelo se la trajese. Ella misma se asombró de su vehemente deseo.

—Oye, Heidi, es extraño lo que me pasa —dijo—. Hasta ahora sólo he comido porque me obligaban a ello, y todo lo que me daban tenía gusto a aceite de hígado de bacalao. Muchas veces he pensado: «¡Ojalá no tuviera necesidad de comer!». Y ahora ni siquiera puedo esperar el momento en que el abuelo me traiga la leche.

—Ya sé lo que es —repuso Heidi, como si efectivamente lo comprendiera, pues la pequeña recordaba los días que pasó en Francfort, cuando la comida no quería pasarle de la boca.

Pero Clara no lo comprendía aún. En toda su vida había pasado un día entero al aire libre y, mucho menos, en un aire tan puro y vivificador como el de aquella montaña.

Cuando el abuelo se acercó con las tazas llenas, Clara cogió rápidamente la suya y, después de darle las gracias, se bebió el contenido sin descansar, y tan aprisa, que terminó antes que Heidi.

—¿Puedo beber un poco más? —preguntó tendiendo la taza al abuelo.

Éste expresó su satisfacción con un movimiento de cabeza, tomó también la taza de Heidi y volvió a entrar en el establo.

Cuando volvió, cada uno de los tazones tenía una tapadera, aunque distinta de las que se usan ordinariamente. Aquella tarde el abuelo había ido al Maien Superior, donde se elabora la más exquisita mantequilla. Se había traído una buena porción, y acababa de poner una gruesa capa de ella sobre dos buenas rebanadas de pan. Las niñas comieron tan a gusto que el abuelo se quedó, complacido, para contemplarlas. Aquella noche, cuando Clara se halló en su cama de heno y quiso, como la víspera, ver cómo brillaban las estrellas en el cielo, le sucedió exactamente lo que a Heidi. Sus ojos se cerraron en seguida y

se sumió en el más profundo y reparador de los sueños.

El día siguiente y el otro se deslizaron de la misma agradable forma. En el tercero, las niñas recibieron una gran sorpresa. Vieron llegar por el sendero a dos hombres muy cargados. Cada uno de ellos llevaba en la espalda una cama completa con sus sábanas y colchas blancas y nuevas. También traían una carta de la abuela de Francfort en la que decía que las camas eran para Clara y Heidi, y que era preciso abandonar los lechos de heno. «En lo futuro —decía—, Heidi dormirá siempre en una verdadera cama, pues en invierno se llevará una a Dörfli, mientras la otra quedará en la cabaña, para cuando vuelva». Después alababa a las niñas por las largas cartas que le habían escrito, y las animaba a hacerlo todos los días para poderlas seguir con el pensamiento, como si estuviese a su lado.

Mientras tanto, el abuelo había subido al desván para quitar los montones de heno que hasta entonces habían servido de lecho y arrojar a un lado las mantas. Después volvió a bajar para ayudar a los dos hombres a subir las dos camas. Las colocó una al lado de la otra, de modo que desde ambas almohadas se tuviera la misma vista a través de la ventana, pues sabía cuánto gustaba a las niñas contemplar por esta abertura la aurora y el resplandor de la luna.

En tanto que la vida se desarrollaba así en los Alpes, la señora Sesemann permanecía en el balneario de Ragatz gozando vivamente de las excelentes noticias que recibía todos los días de la cabaña.

El entusiasmo de Clara por su nuevo género de vida aumentaba de día en día; no se cansaba de hablar en todas sus cartas de la bondad y de los excelentes cuidados que le dispensaba el abuelo, de contar lo alegre y divertida que se mostraba Heidi —alegría de que carecía en Francfort— y que todas las mañanas, al despertar, era éste su primer pensamiento: «¡Oh, qué felicidad! Estoy todavía en los Alpes».

Estas noticias tan satisfactorias proporcionaban una completa calma a la abuela, la cual consideró que, puesto que las cosas iban tan bien, podía aplazar aún un poco su segunda visita a los Alpes, cosa que no le desagradaba, pues la ascensión a caballo por el abrupto sendero, y sobre todo el descenso, habían sido muy molestos para la anciana.

El abuelo parecía sentir una especial simpatía hacia la niña inválida. No pasaba un solo día sin que discurriera algún nuevo procedimiento para fortalecerla. Todas las tardes hacía una expedición a las altas rocas y volvía de allí cargado con un fardo de hierbas que, ya de lejos, saturaba el aire de un fuerte perfume, semejante al de los claveles y el tomillo mezclados. Al atardecer, cuando las cabras volvían, comenzaban a balar y se precipitaban hacia el pequeño establo en el cual hubieran querido penetrar atraídas por el aroma de aquellas hierbas que tan bien conocían. Pero el Viejo tenía buen

cuidado de mantener la puerta bien cerrada, pues no era para procurar a las cabras una buena comida por lo que él había trepado hasta las rocas más altas en busca de hierbas raras. Éstas estaban destinadas solamente a Blanquita, que había de convertirlas en una exquisita leche. Bien podía comprobarse en esta cabra el resultado de tales cuidados: levantaba su cabeza con un movimiento más vivo que el de las demás y sus ojos tenían un brillo inusitado.

Hacía ya tres semanas que Clara estaba en los Alpes. Desde hacía muchos días, el abuelo, al bajar por la mañana para sentarla en su sillón, le decía invariablemente:

—¿Quieres probar, hija mía, una vez más a ponerte en pie?

Clara trataba de acceder a este deseo, pero exclamaba en seguida:

—¡Ay, qué daño! —y se asía al Viejo.

No obstante, éste le hacía repetir el ensayo todos los días, y cada vez más largamente.

Hacía muchos años que no se había visto en los Alpes un verano tan hermoso. Un espléndido sol brillaba diariamente en el cielo sin nubes; las florecillas silvestres abrían sus cálices a la luz del astro rey, el cual, todas las tardes, después de haber bañado las cimas y los campos nevados con el incendio purpúreo y rosado de su luz, se sumía en el horizonte en un mar de oro y de sangre.

Ésta era una de las cosas de las que Heidi hablaba continuamente a Clara, porque aquel espectáculo sólo se veía desde los altos campos de pastos. Le describía, sobre todo, con ardor, su lugar favorito: una pendiente de aquellos campos, en la que había tantas florecillas de oro y eran tan numerosas las campanillas, que la hierba semejaba amarilla y azul. Le hablaba también del perfumado diente de león, cuyo aroma exquisito la retenía imperiosamente en aquellos lugares.

Cierto día en que Heidi, bajo los pinos, le hablaba de las flores, de los Alpes y de la magnífica puesta del sol, fue tal el deseo que experimentó de volver a aquellos lugares, que echó a correr hacia el cobertizo, donde el abuelo trabajaba en aquel momento.

—¡Oh, abuelito! —exclamó corriendo hacia él—, ¿quieres venir mañana con nosotras a los prados? ¡Es tan hermoso aquello en esta época!

—Conforme —asintió el Viejo—. Pero tu amiguita me ha de hacer el favor de probar esta noche, con valentía, a ponerse en pie. Heidi, entusiasmada, fue a transmitir la noticia a Clara y ésta le prometió inmediatamente que probaría a mantenerse en pie tanto como el abuelo quisiera, pues le producía un gran placer la perspectiva del paseo por los hermosos campos de hierba. En su

júbilo, Heidi dijo a Pedro, apenas lo divisó cuando el muchacho bajaba al anochecer con su pequeño ejército de cabras:

—¡Pedro, Pedro! Mañana iremos también nosotras y estaremos allí todo el día.

A modo de respuesta, Pedro gruñó como un oso y descargó furiosamente el látigo contra la inocente Cascabel, que galopaba no lejos de él. Pero ésta había visto a tiempo el ademán y, ágilmente, dio un salto por encima de Blancanieves, librándose así del látigo, que resonó vanamente en el aire.

Aquella noche, cuando Heidi y Clara se encaramaron a sus hermosos lechos, se sentían henchidas de gozo ante la perspectiva de la excursión del día siguiente. De aquí que decidieran permanecer despiertas toda la noche para hablar hasta la hora de levantarse. Pero apenas pusieron la cabeza sobre la almohada, la conversación cesó súbitamente, y Clara vio en sus sueños una inmensa pradera tan llena de campanillas, que el llano parecía un cielo. Entre tanto, Heidi oía como el ave de rapiña le gritaba desde las alturas: «¡Ven, ven, ven!».

CAPÍTULO XXII

UNA SORPRESA TRAS OTRA.

A la mañana siguiente, el Viejo de los Alpes salió de la cabaña aún más temprano que de costumbre para examinar el cielo y ver cómo se presentaba el día. Un resplandor anaranjado aparecía por detrás de las cimas lejanas. Un viento fresco mecía las ramas de los abetos: el sol iba a salir. El Viejo permaneció algún tiempo inmóvil, contemplando con recogimiento la aparición del día. Después de las altas cumbres, fueron las colinas las que se vieron coronadas de una transparente claridad, los sombríos vapores del valle se disiparon, absorbidos por una luz rosada, y pronto, desde las cimas al llano, todo resplandeció sumido en una luz flotante. El sol había salido.

El abuelo sacó el sillón de ruedas del cobertizo, lo llevó ante la puerta y allí lo dejó; luego subió a despertar a las niñas y a decirles que había amanecido un día hermoso.

En aquel momento Pedro aparecía en lo alto del sendero. Las cabras no iban, como habitualmente, a su lado, sino que, aterradas, corrían de un lado a otro, pues a cada momento el pastorcillo cortaba el aire con su látigo y los animales rehuían los golpes. Pedro había llegado al colmo de la cólera y de la desesperación. Desde hacía dos semanas no había tenido a Heidi sólo para él, como de costumbre. Desde el amanecer, cuando subía a los Alpes, hallaba a la

niña forastera instalada en su sillón de ruedas y acompañada de Heidi. Al atardecer, cuando volvía, el sillón y la enferma estaban bajo los abetos, y Heidi tan cerca de la inválida como por la mañana. La niña no le había acompañado una sola vez a los prados en todo el estío. Hoy quería subir, pero en compañía del sillón y de la forastera, y sólo se ocuparía de ésta durante todo el día. Esta perspectiva le llevaba al colmo del resentimiento. Al advertir el sillón irguiéndose orgullosamente sobre sus ruedas, Pedro lo miró como al enemigo causante de todos sus males. Dirigió una mirada en torno suyo: todo estaba silencioso y no se veía un alma. Entonces se abalanzó como una fiera sobre el objeto de su furor y le imprimió una sacudida tan violenta hacia la parte de la escarpada pendiente que el sillón se deslizó sobre sus ruedas y desapareció en un instante. De pronto, como si también él hubiera tenido ruedas en los pies, echó a correr hacia la montaña, por la que trepó raudamente. No se detuvo hasta tropezar con unos zarzales donde pudo ocultarse completamente. No estaba dispuesto a que el Viejo lo viera. Él, sin embargo, protegido por las breñas, podía contemplar la montaña de arriba abajo y ocultarse más aún, apenas el Viejo hiciera su aparición. Así lo hizo y vio que, lejos, a lo largo de la pendiente, rodaba su enemigo con una rapidez progresiva. Dio dos o tres vueltas de campana, después un gran salto al hallar un obstáculo en el camino, otras vueltas más, y se precipitó definitivamente hacia su fin.

En su carrera iba dejando una estela de fragmentos: los brazos, el respaldo, los cojines. Al ver esto, Pedro experimentó tan inmensa alegría, que dio un gran salto y se echó a reír para dar rienda suelta a su regocijo. Después volvió a su refugio para seguir espionando. Nuevas carcajadas y nuevos saltos de alegría. Pedro enloquecía de placer contemplando la destrucción de su enemigo. Preveía lo que iba a pasar: ahora que la forastera carecería de medio de transporte, se vería precisada a partir. Heidi estaría de nuevo sola, la acompañaría a los campos y la tendría para él por la mañana y por la tarde, hasta la hora de regresar a la cabaña, por lo cual todo volvería a su natural estado. Mas Pedro no calculaba lo que sucede después de haber cometido una mala acción.

Heidi fue la primera en salir de la cabaña y se dirigió rápidamente hacia el cobertizo, seguida del abuelo, que llevaba a Clara en brazos. La puerta del cobertizo estaba completamente abierta, las dos tablas habían sido apartadas y la luz del día penetraba hasta los más profundos rincones. Heidi miró en todas direcciones y después volvió al lado del abuelo con rostro en el que se dibujaba el más profundo asombro. El Viejo avanzó a su vez.

—¿Qué significa esto? ¿Eres tú, Heidi, la que te has llevado el sillón?

—No, abuelito. No lo encuentro por ninguna parte, a pesar de que dijiste que estaba en la puerta del cobertizo —repuso la niña mirando en todas

direcciones.

A todo esto, el viento había adquirido mayor violencia y comenzó a sacudir las puertas del cobertizo.

—Abuelito, ha sido el viento —exclamó Heidi—. ¡Oh, si se hubiera llevado el sillón de Clara a Dörfli, tardaríamos mucho tiempo en volverlo a traer y ya no podríamos ir a los prados porque sería demasiado tarde!

—Si ha llegado a Dörfli, no podremos encontrarlo de ninguna manera, porque se habrá hecho mil pedazos —dijo el abuelo avanzando para examinar la pendiente—. Es curioso —añadió midiendo con la mirada el trayecto que debía de haber recorrido el sillón para dar la vuelta a la cabaña.

—¡Oh, qué desgracia, ya no podremos ir hoy, y acaso jamás, a los campos de pastos! —exclamó Clara, desolada—. Indudablemente será preciso que me vuelva a casa, puesto que no tengo el sillón. ¡Qué desdicha, qué desdicha!

Pero Heidi levantó hacia el Viejo sus ojos llenos de confianza y dijo:

—¿Verdad, abuelito, que tú inventarás cualquier cosa para que Clara no tenga necesidad de volver en seguida a su casa, como ella cree?

—Por hoy, iremos a los campos como nos lo habíamos propuesto. En cuanto a lo demás, ya veremos lo que sucede.

Las niñas dieron rienda suelta a su alegría.

El Viejo entró en la cabaña y salió con unos cuantos chales que extendió cerca del muro y puso sobre ellos a Clara. Después fue en busca de la leche para que se desayunaran las niñas e hizo salir a Blanquita y Diana del establo.

—¿Por qué tardará tanto nuestro general? —dijo el Viejo como hablando consigo mismo, pues no había oído todavía el silbido del muchacho.

—Desde hoy —dijo poniéndose en marcha— las cabras vendrán con nosotros.

Heidi no podía desear cosa mejor. Un brazo en torno del cuello de Blanquita y rodeando con el otro el de Diana, corría alegremente detrás del abuelo; las cabras se mostraban tan contentas de ir de nuevo en su compañía, que la estrujaban a fuerza de estrecharse contra ella.

Al llegar a lo alto vieron de pronto a las cabras que pacían tranquilamente y a Pedro que estaba tumbado entre ellas.

—Otra vez te enseñaré a que silbes cuando pases. ¿Qué significa esto? —exclamó el Viejo.

Apenas oyó esta voz tan conocida, Pedro se puso en pie apresuradamente.

—Nadie se había levantado todavía —repuso.

—¿Has visto el sillón? —preguntó el Viejo.

—¿Qué sillón? —repuso Pedro con tono áspero.

El Viejo no dijo nada. Extendió los chales al sol, instaló sobre ellos a Clara y le preguntó si se encontraba bien.

—Tan bien como en el sillón —repuso la niña en tono agradecido—. No hay en el mundo lugar más bello que éste. ¡Qué hermoso es esto, Heidi, qué hermoso! —añadió lanzando una mirada en torno suyo.

El abuelo se dispuso a regresar. Dijo a las niñas que no tenían que hacer sino divertirse todo cuanto pudieran durante el día. Cuando fuera hora, Heidi iría a buscar la comida en el saquito que él había colocado en un alto rincón protegido por la sombra.

Pedro les daría tanta leche como quisieran, pero Heidi debía tener cuidado de que la leche fuera de Blanquita. En cuanto a él, volvería al atardecer, pero, ante todo, era preciso que fuera en busca del sillón.

El cielo era de un azul profundo, sin que ninguna nube lo empañara. En los ventisqueros cercanos veíanse brillar millares de estrellas de oro y plata. Las grises rocas se erguían orgullosamente dominando todo el valle. El ave de rapiña cruzaba los aires, y la brisa de los Alpes, barriendo las altas cimas, se deslizaba deliciosamente sobre la montaña soleada. Las niñas experimentaban un bienestar indecible. De vez en cuando, una de las cabritas se acercaba y se tendía junto a ellas. La que con más frecuencia hacía esto era la cariñosa Blancanieves; se frotaba contra Heidi y no se habría separado de ella jamás, de no ir a empujarla otra cabra. De esta forma, Clara fue conociendo a todas las cabras y aprendió a no confundir una con otra observando la fisonomía y las maneras propias de cada una de ellas. Las cabras, a su vez, se familiarizaban tanto con Clara que continuamente se acercaban a ella y frotaban su cabeza contra el hombro de la niña, como prueba de amistad y de afecto.

Algunas horas transcurrieron así. De pronto Heidi tuvo la idea de ir hacia donde estaban las flores a ver si había muchas, si estaban completamente abiertas y si olían tan bien como en el verano anterior. Para poder ir con Clara era preciso esperar a que el Viejo volviera al atardecer, pero entonces quizá ya todas las flores hubieran cerrado sus corolas. El deseo de verlas se hizo en Heidi irresistible hasta el punto de que dijo sin vacilación:

—¿No te incomodarás, Clara, si te dejo un momento sola para ir allá arriba? ¡Me gustaría tanto volver a ver las flores! Espérate...

Heidi había tenido una idea. Se separó un poco de la enferma arrancó unos manojos de hierba y, cogiendo por el cuello a Blancanieves, la condujo al lado

de Clara.

—Entre tanto, no estarás sola —le dijo Heidi obligando a Blancanieves a que se echara al lado de la niña.

La cabra comprendió lo que se le ordenaba y obedeció. Después Heidi echó la hierba sobre el regazo de Clara y, ésta, llena de regocijo, dijo a Heidi que podía irse a ver las flores y permanecer ausente tanto tiempo como quisiera. Nada tan delicioso para ella como quedarse sola con la cabrita. Heidi se alejó rápidamente y Clara comenzó a ofrecer a Blancanieves la hierba, brizna a brizna. La cabra se familiarizó tan pronto con la enferma que se pegó a ella y fue comiendo lentamente en su mano la hierba que ésta le daba. Se veía bien claro que se sentía feliz de poder permanecer tranquilamente y bajo una buena protección, pues hallándose entre sus compañeras estaba siempre expuesta a toda clase de persecuciones por parte del muchacho. En cuanto a Clara, le parecía encantador hallarse sentada en la montaña, sola con una tímida cabrita que tenía necesidad de su protección. En ella se despertó, de pronto, un vivo anhelo de ser libre, de poder ayudar a los demás en lugar de ser tan sólo ayudada por ellos. En su mente surgían ideas que jamás había tenido de niña, experimentaba un desconocido deseo de continuar viviendo bajo el sol y de poder hacer a alguien tan feliz como en aquel momento estaba haciendo a Blancanieves.

Un nuevo placer henchía su corazón como si advirtiera que todo podía ser más bello de lo que había sido hasta entonces; y sintió una vaga y desconocida felicidad que la movía a exclamar abrazando a Blancanieves:

—¡Oh, cabrita querida, qué bello es esto! ¡Si pudiera vivir siempre aquí!

Entre tanto, Heidi había llegado al punto donde crecían las flores. Lanzó un grito de alegría. Toda la pendiente estaba cubierta de un tapiz de oro: era el diente de león. Debajo de éste, las campanillas de un azul intenso y un perfume exquisito y penetrante saturaban la atmósfera como si se hubiera echado incienso sobre los pastos. Este aroma era producido por las orquídeas silvestres, las cuales asomaban modestamente su cabecita entre las doradas corolas. Heidi contemplaba las flores y respiraba profundamente su perfume. Después, de súbito, volvió sobre sus pasos y llegó al lado de Clara sin aliento y llena de una viva excitación.

—¡Oh, es preciso que vengas! —exclamó, apenas la divisó desde lejos—. ¡Son tan bellas! Podría llevarte, ¿quieres?

Clara contempló a Heidi, estupefacta, y después movió la cabeza negativamente:

—No, no, Heidi, tú eres mucho más pequeña que yo. Sin embargo, ¡si pudiera ir!

Entonces Heidi dirigió en torno suyo una mirada escrutadora. Sin duda había tenido una nueva ocurrencia. En los altos campos de pastos, sentado en el mismo sitio donde antes estuviera echado, Pedro contemplaba fijamente a las niñas. Dos horas hacía que estaba allí sin moverse y casi sin pestañear, como si no pudiese comprender lo que sucedía. Aquella misma mañana había destruido el sillón, su enemigo, para que todo concluyera y la forastera no pudiera moverse de la cabaña, y he aquí que, de pronto, había aparecido en lo alto del monte, pues estaba realmente allí, sentada sobre la hierba y al lado de Heidi.

Era imposible. Sin embargo, no hacía sino mirar y mirar y siempre veía lo mismo. Heidi lo divisó también.

—Baja, Pedro —exclamó en tono imperativo.

—No —replicó él.

—Sí, es preciso que bajes. No puedo hacerlo sola, necesito que me ayudes. Ven en seguida.

—Yo no voy.

Entonces Heidi echó a correr hacia la altura donde Pedro se hallaba y, deteniéndose a mitad del camino, le apostrofó con ojos centelleantes:

—Pedro, si no vienes en seguida, te aseguro que vas a acordarte de mí.

Estas palabras produjeron a Pedro una gran angustia. Había cometido una mala acción que nadie debía saber. Hasta entonces no había sentido por ello sino alegría. Pero Heidi le hablaba como si estuviera enterada de todo. Y si estaba enterada, podía contárselo al abuelo. Esto último sería para Pedro el mayor terror. ¡Si el abuelo supiera lo que le había sucedido al sillón de ruedas! Lleno de pánico se levantó y se acercó a Heidi.

—Iré, pero no digas nada —dijo en tono sumiso y temeroso para que Heidi se compadeciese de él.

—No, no diré nada —repuso para tranquilizarle—. Ven conmigo y no temas, que nada malo va a sucederte.

Cuando estuvieron al lado de Clara, Heidi organizó la ejecución del proyecto: Pedro por un lado, y ella por otro, debían coger firmemente el cuerpo de Clara para levantarla. Hasta aquí la cosa iba bien, pero entonces venía lo difícil. Puesto que Clara no podía mantenerse en pie, ¿cómo podrían sostenerla y hacerla andar? Heidi era demasiado pequeña para que su brazo le sirviera de apoyo.

—¡Cógeme bien fuerte del cuello! —dijo—. Ahora pasa el otro brazo por el de Pedro y apóyate con todas tus fuerzas. De esa forma podremos llevarte.

Clara hizo lo que Heidi le ordenaba. Pero Pedro, que nunca había dado el brazo a nadie, lo mantenía rígido a lo largo de su cuerpo, como un bastón.

—No se hace así, Pedro —dijo Heidi con firmeza—. Dobla el brazo. Clara pasará el suyo por él apoyándose firmemente. Tú no debes soltarla por nada del mundo. Así avanzaremos bien.

De este modo lo hicieron. Sin embargo, no avanzaban tan fácilmente como ella creyera. Clara no tenía ligereza ninguna, y sus puntos de apoyo, el uno demasiado bajo y el otro demasiado alto, le servían de muy poco. De vez en cuando, Clara intentaba mantenerse sobre sus pies, mas en seguida los retiraba del suelo uno tras otro.

—Pisa una vez con toda tu fuerza —le propuso Heidi— y verás como después el daño es menor.

—¿Tú crees? —replicó Clara vacilante.

Sin embargo, obedeció y pisó firmemente con un pie, después con el otro, aunque no sin lanzar gritos de dolor. Inmediatamente hizo la prueba otra vez y exclamó llena de gozo:

—¡Oh, ahora ya no me hace tanto daño!

—Prueba otra vez —la apremió Heidi.

Clara lo hizo una vez más, luego otra, y otra después. De pronto exclamó:

—¡Ya puedo, Heidi, ya puedo! ¡Mira, mira! ¡Puedo andar! Esta vez fue Heidi la que lanzó un grito de alegría.

—¡Oh! ¿De verdad puedes andar? ¿Es cierto que puedes andar sola? ¡Oh, si el abuelo estuviera aquí! ¡Ya puedes andar, Clara, ya puedes andar! —repetía Heidi una y otra vez.

Bien es verdad que Clara se apoyaba firmemente en sus acompañantes, pero no es menos cierto que cada vez sus piernas adquirían una mayor firmeza. Los tres lo advirtieron así y Heidi se sentía desbordante de felicidad.

—Ahora podremos venir todos los días a los prados y pasear por donde queramos —exclamó—. Y de ahora en adelante podrás marchar como yo, sin necesidad de sillón de ruedas, porque ya estás completamente curada. ¡Oh, no podía suceder nada mejor!

Clara compartía de todo corazón la alegría de Heidi, pues tampoco podía haber para ella felicidad mayor que la de recobrar su salud para ir por todas partes, como los demás, en vez de pasarse el día sepultada en el fondo de un sillón de inválidos. No era largo el camino que les separaba de la pendiente florida. Se veía a lo lejos el brillo dorado del diente de león bajo los reflejos del sol. En seguida llegaron al campo de las campanillas, cuyo tapizado suelo

invitaba a hacer alto.

—¿Podremos sentarnos aquí? —preguntó Clara.

Éste era el deseo de Heidi. Los niños se instalaron en medio de las flores y Clara se sentó por primera vez sobre el fresco césped, lo cual le causó una sensación de bienestar inefable. En torno de ellos se balanceaban las campanillas azules, la hierba de oro y el diente de león. Por todas partes se expandía el penetrante perfume de las flores silvestres. ¡Qué hermoso era todo aquello! La misma Heidi nunca había experimentado tan deliciosa sensación de belleza. La niña no sabía por qué llenaba su corazón un placer tan grande, tan inmenso, que le daba deseos de gritar. Después, de pronto, acordándose de que Clara estaba curada, comprendió que esto era mucho más hermoso todavía. Clara permanecía silenciosa ante las hermosas perspectivas que le presentaba el porvenir. Su dicha era tan grande que casi no le cabía en el corazón; el brillo del sol y el perfume y el encanto de las flores contribuía a sumirla en el mutismo más completo.

También Pedro estaba silencioso e inmóvil entre las perfumadas flores, pues se había dormido profundamente.

En aquel lugar, protegido por las rocosas montañas, soplaba suavemente el viento y producía un tenue rumor entre los zarzales. De vez en cuando, Heidi dejaba su sitio y corría de aquí para allá; siempre hallaba un rincón más bello que los otros y se sentaba en todas partes donde juzgaba que las flores eran más abundantes o que su perfume era más exquisito para que la brisa lo llevara a oleadas sobre ella.

Así se deslizaron las horas. El sol estaba ya muy lejos del cénit cuando un grupo de cabras apareció a cierta distancia avanzando gravemente hacia la florida ladera. No era aquel su campo de pastos habitual. Nunca se las llevaba allí porque no les gustaban las flores. Parecían llegar en comisión, con Cascabel a la cabeza, y buscaban evidentemente a sus guardianes, los cuales, tan largamente y contra las leyes establecidas, las habían abandonado, pues las cabras sabían distinguir muy bien los diferentes momentos del día. Al ver en medio de las flores lo que buscaban, Cascabel baló sonoramente, mientras las otras le hacían coro, y al fin todo el tropel de cabras, balando desesperadamente, se dirigió a galope hacia las niñas. Pedro despertó entonces, pero tuvo que frotarse los ojos fuertemente, pues había soñado que el sillón estaba de nuevo ante la cabaña, más intacto que nunca y, aun despierto, había visto las tachuelas doradas brillar al sol. Pero pronto se dio cuenta de que no había tales tachuelas, sino que se trataba de las florecillas amarillas que salpicaban el césped. Al mismo tiempo, la angustia que había experimentado durante sus sueños al ver el sillón intacto, resurgió en él con más fuerza que antes. A pesar de que Heidi le prometió no decir nada al Viejo,

Pedro sentía el temor de que cualquier otro lo descubriera. Así, pues, se mostró muy amable y obediente e hizo todo cuanto Heidi le ordenaba.

De vuelta a los prados, Heidi se apresuró a ir en busca del saquito de la comida y se dispuso a cumplir la promesa, pues al amenazar a Pedro sólo había querido decir que lo dejaría sin comida. Al ver, por la mañana, los manjares exquisitos que el abuelo había puesto en el saquito, a Heidi la complació la idea de que una parte de ellos sería para Pedro. Mas en vista de su obstinación, quiso darle a entender que no probaría aquellas cosas tan ricas, cosa que Pedro interpretó de modo muy diferente. Heidi vació el contenido del saquito y trozo a trozo formó tres pilas iguales. Viendo lo altas que eran, exclamó con alegría:

—¡Además, Pedro tendrá todo lo que a nosotras nos sobre!

Después dio sus dos raciones a sus dos compañeros y se sentó con la suya al lado de Clara. Los tres comieron con gran apetito a causa del inusitado ejercicio realizado aquella mañana. Llegó, sin embargo, lo que Heidi había previsto. Cuando a Clara y a ella se les había terminado el apetito, quedaba todavía una segunda ración para Pedro, tan abundante como la primera. Éste se lo comió todo en silencio y aún recogió las migajas, pero no mostró su habitual satisfacción. Algo pesaba en su estómago y le oprimía la garganta a cada bocado.

Habían comenzado a comer tan tarde, que poco después vieron aparecer al abuelo, que acudía en su busca. Heidi corrió a su encuentro. Quería ser la primera en contar al Viejo lo que había sucedido, pero su gozo era tan grande que apenas halló las palabras precisas para explicarle el hecho. Éste, sin embargo, comprendió en seguida lo que la niña quería decirle, y un vivo placer iluminó su rostro. Apresuró el paso y llegó junto a Clara, a la que dijo sonriendo gozosamente:

—¿Te has atrevido al fin? Pues entonces la victoria es nuestra.

Después la ayudó a levantarse y, poniéndola de pie, la rodeó con el brazo izquierdo y le tendió el firme apoyo de la mano derecha. Clara anduvo todavía con más seguridad que antes. Heidi comenzó a dar saltos en torno de ella mientras lanzaba exclamaciones de gozo. En cuanto al abuelo, hubiérase dicho que la suprema felicidad se había adueñado de él.

Pero de pronto se detuvo y, tomando a Clara en sus brazos, le dijo:

—Para ser la primera vez, ya está bien. Por otra parte, es ya hora de regresar a la cabaña.

Después se puso inmediatamente en camino considerando que Clara ya había hecho bastante ejercicio y necesitaba reposo.

Más tarde, cuando Pedro volvió a Dörfli con sus cabras, halló cerca del camino un numeroso grupo de gente que se empujaban mutuamente para ver mejor lo que había en el centro del corro. Pedro, como es natural, quiso también saber de qué se trataba. A empujones y codazos, se colocó en primera fila.

Y vio:

Sobre la hierba, la parte central del sillón de ruedas, del cual pendía todavía un trozo del respaldo. El cojín rojo y las tachuelas brillantes testimoniaban todavía su pasado.

—Yo vi cuando lo subían —dijo el panadero, que estaba ni lado de Pedro—. Valía lo menos quinientos francos. Me apuesto cualquier cosa. Lo que yo quisiera saber es cómo ha sucedido la catástrofe.

—El Viejo dice que fue tal vez el viento que lo empujó —observó Barbel, que no se cansaba de admirar el bello terciopelo rojo.

—Menos mal que no lo hizo una persona —añadió el panadero—, porque ¡pobre de ella! En cuanto el señor de Francfort se entere, pondrá seguramente en movimiento la policía para hacer averiguaciones. Por mi parte estoy muy satisfecho de no haber puesto los pies en los Alpes desde hace dos años, pues las sospechas recaerán sobre cualquiera que estuviera en la montaña en el momento del accidente.

Otras opiniones se dieron respecto del asunto, pero Pedro no necesitaba oír más. Se deslizó furtivamente por entre el gentío y echó a correr hacia la montaña con todas sus fuerzas, como si alguien lo persiguiese. Las palabras del panadero le inspiraban un profundo terror. De un momento a otro podía llegar de Francfort un policía para entender en el asunto, y si se descubría que había sido él el autor, lo esposarían y lo meterían en la cárcel. Esta perspectiva erizaba a Pedro los cabellos. Llegó a su casa aterrado.

No respondió a las preguntas que se le hacían, rehusó su ración de patatas, se fue hacia el lecho y se hundió en él para ahogar sus gemidos entre las sábanas.

—Pedro debe de haber comido otra vez acederas y le deben de haber sentado mal —dijo Brígida oyéndole suspirar.

—Es preciso que se lleve un poco más de pan. Mañana dale un trozo del mío —dijo la abuela compasivamente.

Aquella misma noche, cuando las niñas contemplaban desde sus camitas el cielo estrellado, Heidi dijo a Clara:

—¿No se te ha ocurrido pensar hoy cuán conveniente es que Dios no nos conceda las cosas en seguida que las pedimos, pues él sabe muy bien lo que

nos conviene?

—¿Por qué dices eso, Heidi? —preguntó Clara.

—Porque cuando estaba en Francfort no cesaba de rogarle que me permitiera volver en seguida a casa y, como no pude hacerlo inmediatamente, creí que Dios no me había escuchado. Pero he aquí que si yo hubiera dejado Francfort cuando se lo pedí, tú no habrías venido a los Alpes ni te habrías curado.

Clara quedó pensativa.

—Entonces, Heidi, no debemos pedir nunca a Dios, puesto que Él sabe muy bien lo que nos conviene y qué es lo que debe darnos.

—¡Oh, no, Clara! —replicó Heidi—. Debemos rogar a Dios todos los días, pidiéndole muchas, muchísimas cosas, para demostrarle que no olvidamos que sólo Él puede concedérnoslas. Si no recibimos en seguida lo que solicitamos no debemos considerar que Dios no nos ha escuchado. Por el contrario, es preciso decir: «Dios mío, yo sé que tú me darás alguna cosa mejor y me complace mucho que arregles las cosas tan bien».

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar en eso, Heidi? —preguntó Clara.

—Me lo explicó la abuela de Francfort en primer lugar y, como al fin ha sucedido lo que ella dijo, he sabido que ello es verdad. Así, pues, opino —dijo Heidi incorporándose en el lecho— que debemos dar gracias a Dios con mayor fervor por el gran bien que nos ha hecho permitiendo que volvieras a andar.

—Sí, Heidi, tienes razón y te agradezco mucho que me lo recuerdes. A fuerza de ser feliz casi lo había olvidado.

Rogaron, pues, las dos niñas fervorosamente, dando gracias a Dios, cada una por su parte, por la gran felicidad que había enviado sobre Clara, después de tantos años de sufrimientos.

Al día siguiente el abuelo opinó que era conveniente escribir a la señora Sesemann para preguntarle si quería venir a los Alpes, donde le aguardaba una sorpresa. Pero las niñas tenían otro proyecto. Querían preparar a la abuelita una sorpresa todavía mayor. Era preciso que Clara aprendiera a andar mejor aún, para poder dar algunos pasos apoyándose solamente en Heidi. Sobre todo era necesario que la abuelita no tuviera la menor idea de lo sucedido. Se preguntó al abuelo cuánto tiempo se necesitaría para obtener tal resultado, y como éste opinaba que una semana sería suficiente, se escribió a la señora Sesemann para invitarla con insistencia a que fuera a los Alpes ocho días después. Pero no se le dijo cuál era la sorpresa que se le reservaba.

Los días siguientes fueron los más hermosos que Clara pasó en los Alpes.

Todas las mañanas, al despertar, oía en el fondo de su corazón una voz que le decía: «Estoy curada, estoy curada. No necesito sillón ninguno. Puedo andar como todos».

Después hacía el correspondiente ejercicio. Como cada día progresaba más, aunque poco a poco, Clara pudo intentar dar paseos más largos. Este ejercicio despertaba de tal modo su apetito, que el abuelo hacía cada día las rebanadas más gruesas y las veía desaparecer con creciente satisfacción. Además, aparte del pan, les llevaba cada día un gran jarro de leche espumosa con el que llenaba las tazas una y otra vez.

Así llegó el fin de la semana y, con él, el día en que era esperada la abuela de Clara.

CAPÍTULO XXIII

ADIÓS, PERO... HASTA LA VUELTA.

El día anterior se habían recibido en la cabaña noticias de que era seguro que la abuelita llegaba. Fue Pedro quien, de buena mañana, trajo la carta, al llegar con sus cabras. El abuelo y las dos niñas habían salido ya. Blanquita y Diana esperaban también fuera de la cabaña; sacudían alegremente su cabeza a la brisa matinal mientras las niñas las acariciaban y les deseaban buen viaje, para la ascensión. El abuelo, de pie ante ellas, miraba ya a las lindas cabras de limpia y reluciente pelambre, ya a los frescos rostros que se inclinaban sobre ellas. Unas y otros debían complacerle, ya que el anciano sonreía con aire de satisfacción.

En este momento apareció Pedro. Al ver el grupo que se había formado ante la cabaña, avanzó lentamente, tendió la carta al Viejo y, cuando éste la tuvo entre las manos, el niño retrocedió con aire de terror y volvía de vez en cuando la cabeza, como si temiera algo que pudiera atacarle por la espalda. Después, dando un brinco, se alejó hacia los pastos.

—Abuelo —dijo Heidi, que había seguido la escena con asombro—. ¿Por qué Pedro imita ahora mismo al Gran Turco cuando siente restallar el látigo tras él? Éste comienza por retroceder, después sacude la cabeza en todas direcciones y, de pronto, inicia una serie de grandes saltos.

—Acaso Pedro sienta también a sus espaldas el sonido del látigo que merece —repuso el abuelo.

Pedro ganó de un solo salto la primera pendiente. Después, cuando ya no podían verlo, cambió de táctica. Se detenía a cada instante, volvía la cabeza en

todas direcciones con aire temeroso, y después, repentinamente, daba un gran salto y miraba hacia atrás con el mismo gesto de terror que si alguien lo hubiera cogido por el cuello. Detrás de cada zarzal, de cada seto, Pedro se preparaba para ver surgir al agente de policía de Francfort dispuesto a saltar sobre él. Cuanto más larga era la espera, más profundo era su terror.

Heidi, entre tanto, se ocupaba en poner la cabaña en orden, a fin de que todo estuviese en su lugar cuando llegase la abuela. Clara disfrutaba de veras viendo la actividad que desplegaba Heidi yendo y viniendo de un rincón a otro. Siempre le producía gran placer verla trabajar afanosamente. Ocupadas de este modo, las niñas vieron deslizarse las primeras horas de la mañana sin que el tiempo se les hiciera pesado; por fin llegó el momento en que vendría la abuelita. Clara y Heidi, preparadas para recibirla, salieron a sentarse en el banco que había delante de la cabaña y allí se dedicaron a esperar los acontecimientos. El abuelo llegó también. Recorriendo los alrededores, había formado un ramo de gencianas de un azul profundo, color tan vivamente realzado por los rayos del sol matinal, que, al verlo, las niñas lanzaron una exclamación de gozo. De vez en cuando, Heidi dejaba el banco para mirar a lo largo del sendero y ver si divisaba ya el cortejo de la abuelita.

Al fin apareció en la parte baja de la montaña, observando el orden previsto: delante iba el guía, después la señora Sesemann sobre su caballo blanco y, por fin, un mozo que llevaba un gran cesto... pues la abuelita no quería en modo alguno aventurarse por los Alpes sin haber tomado toda clase de precauciones. Los viajeros se aproximaron lentamente. Al fin ganaron la cumbre. La abuelita divisó a las niñas desde lo alto de su caballo.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo, Clara, no estás en tu sillón? —exclamó sorprendida y bajando del caballo para correr hacia la nieta. Y, después de dar unos pasos, enlazó las manos, diciendo con emoción:

—¡Mi pequeña Clara! ¿Eres realmente tú? Tienes las mejillas frescas y sonrosadas, hija mía.

Y fue a abalanzarse sobre Clara, pero en un abrir y cerrar de ojos Heidi se levantó y ofreció el apoyo de su hombro a Clara, la cual se puso también en pie para avanzar al lado de su amiguita.

La abuela se detuvo profundamente sorprendida, creyendo, de momento, que Heidi iba a hacerle presenciar una de sus características extravagancias.

Mas ¡oh qué sorpresa se presentó a su vista! Clara, firme y segura sobre sus pies, caminaba al lado de Heidi, y sus mejillas eran tan frescas y rojas como las de las campesinas.

La abuela corrió hacia ellas. Riendo y llorando al mismo tiempo, rodeó con sus brazos a Clara, después a Heidi y, por fin, otra vez a su nieta. La alegría la

ahogaba y no hallaba palabras para expresar lo que sentía. De pronto, su mirada se dirigió al Viejo, el cual, de pie junto al banco, contemplaba el grupo sonriendo de satisfacción. Enlazando el brazo de Clara al suyo, se dirigió con ella hacia el banco, lanzando continuas exclamaciones de alegría al ver que podía andar así al lado de su nietecita. Después, desligándose del brazo de Clara, estrechó fuertemente las manos del Viejo.

—¡Oh, mi buen amigo! ¡Cuánto le debemos a usted! Pues esto es obra suya.

—Y del bendito sol, y del aire de los Alpes —añadió el Viejo, sonriendo.

—Y también de la buena leche de Blanquita —exclamó Clara—. Si vieras cuánto me gusta la leche de cabra y cómo me la bebo...

—Ya lo dicen tus mejillas, hija mía —repuso la abuela riendo—. Verdaderamente, estás desconocida. Jamás creí que te vería tan bien y tan gruesa. ¡Y cómo has crecido, Clara! Parece mentira. No me canso de mirarte. Voy a telegrafiar en seguida a mi hijo, que está en París, diciéndole que venga. Recibirá la alegría más grande de su vida. ¿Cómo podremos enviar el telegrama? Habrá usted despedido ya a los hombres, ¿no?

—Van cada uno por su parte. Pero si la señora abuelita tiene prisa, haremos venir al cabrero.

La señora Sesemann seguía dispuesta a enviar el telegrama a su hijo: no quería tenerlo un día más privado de la felicidad que le esperaba. El abuelo dio unos pasos y, llevándose los dedos a la boca, produjo un silbido tan agudo que despertó ecos hasta en las rocas más altas. Poco después Pedro, que conocía perfectamente esta señal, llegó corriendo y pálido de terror. Creyó que el Viejo lo llamaba para presentarlo a la policía, pero tan sólo le entregaron un papel en el que la abuela había escrito unas cuantas líneas. El Viejo le explicó que no tenía más que bajar a Dörfli y entregar el papel en la oficina de Correos diciendo que el Viejo se encargaría del pago, pues no se le podían encargar a Pedro tantas cosas de una vez. El niño se alejó con el papel en la mano y muy satisfecho al ver que no había llegado ningún policía de Francfort.

Cuando Pedro se hubo marchado, se sentaron los demás a la puerta de la cabaña y la señora Sesemann hizo que le contaran todo lo sucedido desde la llegada de Clara. Sí, la abuelita supo cómo el abuelo había comenzado por hacer que Clara se estuviera de pie un ratito cada día, obligándola a mover las piernas suavemente; cómo se la había conducido a los prados después que el viento arrojó el sillón desde lo alto de la montaña, y cómo Clara, en su deseo de ir a ver las flores, se había decidido a dar los primeros pasos. Este relato hecho por las niñas fue muy largo, pues la abuelita las interrumpía con exclamaciones de sorpresa y no cesaba de decir:

—Pero ¿es posible? Si parece un sueño. ¿Estamos todos bien despiertos? ¿Es cierto que estamos sentados ante la cabaña y que la niña de mejillas redondas y rosadas es mi pálida y débil Clara de otros tiempos?

Clara y Heidi estaban satisfechísimas de ver que la sorpresa preparada a la abuelita había surtido el apetecido efecto.

El señor Sesemann, por su parte, habiendo terminado sus quehaceres en París, quiso dar una sorpresa a Clara. Una hermosa mañana, sin avisar a su madre, tomó el tren para llegar por la noche a Basilea; al día siguiente, al amanecer, reanudó el viaje; se sentía invadido por el inmenso deseo de volver a ver a su hija, de la cual estaba separado todo el verano. Llegó a Ragatz algunas horas después de ausentarse su madre; se alegró mucho de saber que ésta había salido aquel mismo día, camino de la cabaña. Tomó en seguida un coche que lo condujo a Meyenfeld. Allí se enteró de que en carro se podía subir a Dörfli y se hizo conducir hasta el caserío considerando que la ascensión entera, a pie, era demasiado para sus piernas.

El señor Sesemann no se equivocaba. La ascensión le fatigó mucho y el camino le pareció demasiado largo. No se divisaba aún la cabaña de Pedro, la cual, por las descripciones de Heidi, sabía que se hallaba a la mitad del camino. Se veían por todas partes pistas de peatones, y en algunos puntos estas huellas se entrecruzaban en todas direcciones. El señor Sesemann comenzaba a preguntarse si no habría equivocado el camino y la cabaña se hallaría al otro lado de la montaña. Miró en torno Huyo por si veía a alguien que pudiera guiarlo. Pero el más profundo silencio reinaba por todas partes y nadie se veía ni hijos ni cerca. Tan sólo a intervalos regulares, se oía el rumor del viento que remontaba la montaña, los moscardones que bordoneaban al sol y, de vez en cuando, el alegre piar de un pájaro desde lo alto de un solitario arbusto. El señor Sesemann se detuvo para que la brisa de los Alpes refrescara su cálida frente. De pronto vio llegar un individuo que descendía corriendo desde la cumbre de la montaña. Era Pedro con su telegrama. Atajaba atajando por lo más escarpado del monte; el señor Sesemann, apenas lo tuvo al alcance de la voz, le dijo a gritos que se acercara. Pedro obedeció a la llamada y avanzó hacia él, temeroso, vacilante, y arrastrando un pie como si sólo tuviera sano el otro.

—¡Eh, muchacho, acércate! —exclamó el señor Sesemann con voz animosa—. Dime, ¿es éste el camino que conduce a la cabaña en que vive el Viejo de los Alpes con Heidi, y a los cuales ahora acompañan unos señores de Francfort?

Por toda respuesta, Pedro produjo un sonido ahogado, hijo del indescriptible terror que sentía. Después echó a correr y bajó toda la pendiente de la montaña dando tumbos, exactamente igual que el sillón de Clara, con la

diferencia, afortunadamente para él, de que no se rompió en mil pedazos. El papel fue el que peor librado salió, terminando por volar de las manos de Pedro.

«¡Qué salvajismo el de estos montañeses!» —se dijo el señor Sesemann, creyendo que era simplemente la aparición de un extranjero lo que había producido tanto terror al muchacho de los Alpes.

Después de seguir un buen rato el descenso accidentado del muchacho, el señor Sesemann reanudó la marcha.

A pesar de los esfuerzos, Pedro no lograba hallar un punto de apoyo para recobrar su equilibrio y continuó rodando y dando tumbos. Pero no era esto lo más terrible de su situación. Algo mucho peor le llenaba de pánico. ¿No acababa de ver con mis propios ojos al policía de Francfort? Porque Pedro no tenía la menor duda de que el viajero que iba en busca de los Honores de Francfort era el terrible personaje que tan amedrentado lo tenía. Cuando ya llegaba al fin de la pendiente, Pedro halló un matorral al cual pudo asirse y permaneció un instante tendido en el suelo para recobrar el aliento.

—¡Caramba! ¿Otro? —exclamó una voz cerca de él—. ¿A quién le tocará mañana caer desde lo alto del monte, rodando como un saco de patatas que ha recibido un empujón?

El que hablaba era el panadero de Dörfli. Había experimentado la necesidad de interrumpir sus ocupaciones para tomar un poco de aire, y fue testigo de la caída de Pedro, la cual, realmente, no dejaba de tener analogía con la del sillón.

En un abrir y cerrar de ojos, Pedro se levantó. Nuevo motivo de terror. He aquí que el panadero sabía que el sillón sabía recibido un envite. Sin volver la cabeza, Pedro sintió la necesidad de volver a subir la cumbre de la montaña. Su mayor deseo, en aquel instante, era hallarse de nuevo en la cabaña para deslizarse inadvertidamente en su lecho, donde nadie podría dar con él. En ninguna parte se creía tan seguro como en la cama. Pero las cabras estaban paciando todavía, el Viejo le había rogado que volviera cuanto antes, a fin de que el rebaño no estuviera solo durante mucho tiempo, y Pedro sentía más respeto hacia el Viejo que hacia nadie. Era tanto el miedo que le tenía, que jamás habría osado desobedecerle en lo más mínimo. Continuó, pues, su camino, pero sin correr. El accidente de que acababa de ser víctima no podía menos de tener sus consecuencias y el pastor cojeaba y gemía al reanudar la marcha.

Poco después de su encuentro con Pedro, el señor Sesemann llegó a la primera cabaña. Seguro entonces de ir bien por aquel camino, halló nuevas energías para reanudar la marcha y, después de una larga y penosa ascensión,

llegar al tan deseado fin. Ante él hallábase la cabaña tras la cual los viejos abetos balanceaban sus sombrías copas. El señor Sesemann recorrió con verdaderos ánimos el trozo final del sendero, gozando de antemano con la sorpresa que recibiría su hija. Pero ya había sido visto y reconocido desde lejos y era él quien iba a recibir una sorpresa que estaba muy lejos de esperar.

Cuando ganó la cima del monte, vio que dos personas iban a su encuentro: una de ellas era una robusta joven de cabellos rubios y tez sonrosada que se apoyaba en los brazos de Heidi, cuyos ojos lanzaban destellos de alegría. El señor Sesemann, desconcertado, se detuvo y contempló fijamente el grupo que se aproximaba. Después, súbitamente, las lágrimas brotaron de sus ojos. ¿Qué recuerdos llenaban su corazón? Así había él conocido en otro tiempo a la madre de Clara, la rubia joven de frescas y sonrosadas mejillas. El señor Sesemann no sabía si soñaba o estaba despierto.

—Papá, ¿no me conoces? —exclamó Clara resplandeciente de alegría—. ¿Tan cambiada estoy?

El señor Sesemann se abalanzó hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

—Sí, estás muy cambiada. Pero ¿es cierto lo que veo? ¿Puede ser real?

Y el venturoso padre dio un paso atrás para cerciorarse de que su hija no era una visión que iba a desaparecer de su vista.

—¿Eres tú, Clarita, eres realmente tú? —repetía sin dejar de contemplarla.

Después rodeó a su hija con sus brazos y volvió a mirarla como si no pudiera creer que la niña que estaba ante él fuera verdaderamente su hija Clara.

La abuela llegó en seguida, deseosa de presenciar la alegría de su hijo.

—Bien, hijo mío, ¿qué te ha parecido? —exclamó acercándose—. Tú me reservabas una sorpresa, pero la que acabas de recibir es aún mucho más grande, ¿verdad?

Y la feliz madre estrechó las manos de su hijo.

—Ahora, hijo mío —añadió—, ven a saludar al abuelo, que es el bienhechor de todos.

—Cierto. Y también es preciso que salude a mi amiguita Heidi —dijo, tendiendo la mano a la niña—. ¿Qué, siguen siendo los Alpes el secreto de la salud? Pero no hace falta preguntarlo: estás tan fresca como una flor silvestre. Me alegro de veras, hija mía, muy de veras.

Heidi, llena de gozo, contemplaba con ojos brillantes al amable señor Sesemann. ¡Había sido tan bueno con ella! La idea de que los Alpes le reservaban una tan inmensa alegría conmovía su corazón infantil.

La abuela condujo entonces a su hijo al lado del Viejo de los Alpes, le estrechó la mano y el señor Sesemann expresó al buen hombre su profunda gratitud por la sorpresa que había recibido al ser testigo del estupendo milagro. La abuela, que conocía todos los detalles del acontecimiento, les dejó hablar a su gusto y se fue a hacer una nueva visita a los añosos abetos. Una nueva sorpresa la aguardaba al pie de los árboles: allí donde las ramas dejaban un espacio libre, resplandecía un montón de magníficas gencianas de un azul purísimo, tan frescas y hermosas como si hubieran nacido allí. Enlazó las manos con gesto de admiración.

—¡Qué delicioso! ¡Qué hermosas flores! ¡Heidi, hija mía, ven aquí! ¿Eres tú la que me has preparado esta agradable sorpresa? ¡Es verdaderamente asombroso!

Las dos niñas acudieron.

—No, no he sido yo —dijo Heidi—, pero sé quién lo ha hecho.

—Con estas flores, este rincón se parece a uno de los prados de allá arriba, aunque aquello es más bello aún —dijo Clara—. ¿Sabes quién ha subido allá arriba esta madrugada para traer esas flores?

Y Clara sonreía tan alegremente, que la abuela se preguntó si no habría sido su misma nieta quien subiera por las flores. Pero esto era imposible.

En aquel momento llegó un rumor de entre los abetos. Era Pedro, que volvía de su desdichado viaje. Habiendo reconocido desde lejos a la persona con la que el Viejo de los Alpes hablaba delante de la cabaña, dio un gran rodeo y se deslizó entre los abetos con la esperanza de pasar inadvertido. Pero la abuela lo vio y su presencia le sugirió una nueva idea. ¿No sería Pedro el que había traído las flores y ahora procuraba ocultarse llevado de su timidez y su modestia? En tal caso merecía una pequeña recompensa y no podía dejarlo escapar.

—¡Ven aquí, muchacho! Acércate. No temas —le gritó la señora Sesemann introduciendo la cabeza entre los abetos.

Pedro se detuvo, petrificado por el terror. Después de lo sucedido, no tenía fuerzas para resistirse. Ésta era su sola idea: «¡Ya se ha descubierto todo!».

Pálido y con los cabellos de punta, salió lentamente de detrás de los pinos.

—¡Vamos, ven! —le dijo la abuela para animarlo—. Y ahora, hijo mío, dime: ¿eres tú quien ha hecho esto?

Pedro levantó los ojos y no pudo ver lo que la señora Sesemann le señalaba con el dedo. Acababa de ver al Viejo frente a la cabaña; sus ojos grises estaban fijos en él con un vigor penetrante.

Y al lado del Viejo estaba el principal objeto de su terror, el agente de policía de Francfort. Temblando de pies a cabeza, moduló un «sí» ahogado.

—Pero ¿a qué viene ese miedo? —dijo la abuela.

—Es que... es que... cada pieza anda por su lado y no se pueden juntar — articuló el pastorcillo penosamente, mientras mis piernas temblaban tan intensamente que apenas podía sostenerse.

La abuela avanzó hacia la esquina de la cabaña.

—Mi querido abuelito, ¿es que este muchacho está mal de la cabeza? — preguntó llena de compasión.

—Nada de eso —repuso el Viejo—. Lo que pasa es que nadie más que él ha sido la ráfaga de aire que ha hecho trizas el sillón de ruedas, y teme recibir el castigo que merece.

La señora Sesemann se resistía a creerlo. No juzgaba que Pedro tuviera cara de malo, y no comprendía qué razón podría haber tenido para destruir el sillón que tan indispensable era a Clara. Pero las palabras inarticuladas del muchacho habían sido para el Viejo una confirmación de cierta sospecha que tuviera a raíz del accidente. Las miradas iracundas que había dirigido a Clara y otras pruebas de su animosidad hacia los recién llegados no habían pasado inadvertidas al Viejo. Haciendo deducciones, había llegado a la conclusión que acababa de expresar a la abuela y que después ilustró con toda serie de detalles.

La señora Sesemann tomó entonces la palabra con vivacidad.

—No, no, querido abuelo; no debemos castigar al muchacho. Es preciso obrar con justicia. Unos forasteros se presentan un día en los Alpes y le privan durante semanas enteras de Heidi, su dulce bien. Se queda solo durante días y días. No, no, seamos justos. La cólera se ha apoderado de él y lo ha conducido a una venganza disparatada, pero ¿acaso la cólera no nos priva a todos de la razón?

Dicho esto, la abuela volvió al lado de Pedro, que continuaba inmóvil y petrificado por el terror.

—¡Vamos, muchacho! Ven aquí, tengo que decirte una cosa. Cesa de temblar, no tengas miedo, óyeme. Es necesario. ¿Fuiste tú el que precipitaste el sillón desde lo alto de la montaña? Esto es una mala acción, bien lo sabes, así como tampoco ignoras que mereces ser castigado. Has tenido que hacer lo imposible, a fin de que nadie se enterara de tu acción. Pero suponer que una mala acción puede permanecer oculta es un error. Dios lo ve y lo sabe todo. Cuando se da cuenta de que alguien quiere ocultar su mala acción, hace que en su corazón despierte el centinela que Él ha colocado allí. Y que permanece

dormido hasta que se hace el mal. El pequeño centinela tiene en la mano una aguja y pincha sin cesar en el corazón del que no ha obrado bien, no dándole un instante de reposo. Su voz lo tortura también diciéndole constantemente: «Van a descubrirte y te castigarán». Y el malo, debatiéndose entre el temor y la angustia, no puede vivir en paz. ¿No es esto lo que te ha sucedido a ti, Pedro?

Pedro, conmovido por tales palabras, movió la cabeza afirmativamente.

—Y también han sufrido otro error tus cálculos —continuó la abuela—. Has visto como el mal que querías hacer a cierta persona se ha convertido en bien. Precisamente porque Clara no tenía el sillón y quería ver las flores, hizo esfuerzos para andar y casi lo consiguió, y ahora mejora de día en día. Y si sigue viviendo aquí, terminará por subir a los prados con bastante más frecuencia que lo podría haber hecho en su sillón. ¿Ves como te has equivocado, Pedro? He aquí cómo Dios Nuestro Señor puede valerse de las malas acciones de una persona para hacer bien a otra. Y así, para el malo, todo son penas, ¿has comprendido, Pedro? Bien, pues tenlo desde ahora bien presente. Cada vez que sientas la tentación de hacer algo, piensa en el pequeño centinela que llevas dentro del corazón con mu aguja afilada y su voz terrible. ¿Te acordarás siempre?

—Sí —repuso Pedro, siempre abatido, pues no sabía cómo terminaría todo aquello; el agente de policía estaba aún hablando con el Viejo.

—En fin; hemos terminado —concluyó la abuela—. Pero quiero que tengas un grato recuerdo de la gente de Francfort. Dime, muchacho, ¿no has deseado nunca nada? ¿Qué es lo que más deseas? A ver.

Pedro levantó la cabeza y fijó en la abuelita la mirada estupefacta de sus ojos desmesuradamente abiertos. Hasta entonces había esperado que le sobreviniera algo terrible, pero he aquí que, en vez de esto, iba a recibir la cosa que le inspiraba un más vivo deseo. Sus pensamientos se embrollaban en su mente.

—Sí, sí, hablo en serio —repitió la señora Sesemann—, tendrás lo que quieras, lo que prefieras, en recuerdo de las gentes de Francfort, y en prueba de que éstas quieren olvidar lo que has hecho. ¿Comprendes ahora, hijo mío?

Efectivamente, este pensamiento fue poco a poco aclarándose en la mente de Pedro. Comenzó a darse cuenta de que no debía temer castigo ninguno y de que aquella buena señora que estaba sentada ante él lo había librado de las manos del agente de policía. Experimentó un alivio tan grande como si le hubieran quitado de encima el peso de una montaña. Y como acababa de tener conocimiento de que es preferible confesar en seguida cualquier cosa mala que se haga, dijo de pronto:

—También he perdido el papel.

La abuela reflexionó un instante. Después dijo, bondadosamente:

—Muy bien, muy bien. Has hecho perfectamente en decirlo. Es preciso confesar en el acto cualquier falta que se cometa. En fin, ¿qué deseas?

Pedro podía pedir cualquier cosa con la seguridad de que la obtendría... Por sus ojos pasaron todas aquellas lindas cosas de la feria de Mayenfeld que estuvo contemplando durante tres horas y que le habían parecido muy lejos de su alcance, pues la fortuna de Pedro jamás pasó de una moneda de cinco céntimos y los objetos tan ávidamente contemplados costaban, por lo regular, el doble. Había allí lindos látigos rojos que le serían muy útiles para las cabras. También vio unos cuchillos de hoja curva, con la ayuda de los cuales se podían hacer muchas cosas con las varas de avellano.

Pedro se sumió en una profunda meditación pensando qué sería preferible. Si el látigo o el cuchillo; pero no sabía por qué decidirse. Al fin tuvo una idea luminosa que le permitiría reflexionar hasta la próxima feria:

—Diez céntimos —repuso con decisión.

La abuela sonrió.

—No es deseo exagerado. Bien, ven aquí.

Sacó su bolsillo y de él una moneda de plata a la que aún añadió dos piezas de diez céntimos.

—Ahora hagamos un cálculo —continuó—. Oye lo que voy a explicarte. Este dinero vale por tantas veces diez céntimos como semanas tiene el año. Así, pues, cada domingo podrás gastar diez céntimos.

—¿Durante toda la vida? —preguntó Pedro ingenuamente.

Esta vez la señora Sesemann tuvo tal arrebató de hilaridad, que su hijo y el Viejo dejaron de hablar para ver lo que sucedía.

—Veo que me has entendido. Te dedicaré una cláusula en mi testamento. Ya recibirás la noticia: a Pedro, el cabrero, diez céntimos semanales mientras viva.

El señor Sesemann, sonriendo, dio su conformidad. En cuanto a Pedro, dirigió una mirada a la abuela para asegurarse de que era verdad lo que se le ofrecía, y después exclamó: «Gracias» y echó a correr esta vez sin perder el equilibrio. No era el terror el que ahora lo empujaba, sino una felicidad que no había sentido en toda la vida. Habían concluido sus sufrimientos. Tenía asegurados diez céntimos por semana durante toda su vida.

Más tarde, cuando todos estaban reunidos después de comer, ante la

cabaña, y se hablaba de las cosas más diversas, (Clara se apoderó de una mano de su padre, que mostraba una animación cada vez más gozosa, y le dijo:

—¡Oh, papá! ¡Si supieras lo que el Viejo ha hecho por mí! No es para dicho. Nunca, nunca lo olvidaré. Estoy pensando cómo podríamos pagar al abuelo siquiera la mitad de lo que ha hecho por mí.

—Lo mismo pensaba yo, hija mía —repuso el padre—. Ya he pensado lo que podríamos hacer para expresarle nuestra gratitud.

El señor Sesemann se levantó y avanzó hacia el Viejo, que estaba sentado al lado de la abuela y hablaba con ella. El señor Sesemann le estrechó la mano y le dijo afectuosamente:

—Querido amigo, escúcheme. Tengo que hablar con usted dos palabras. Usted me comprenderá cuando le diga que desde hace muchos años no había recibido una verdadera alegría. ¿Qué podrían significar para mí bienes y dinero viendo a mi hija, cuya salud y felicidad no podían lograr todas las riquezas del mundo? Con ayuda de Dios, usted es quien ha devuelto a mi hija la alegría y la salud. Dígame, pues: ¿cómo puedo testimoniar mi gratitud? Pagarle lo que ha hecho por nosotros es imposible. Pero todo cuanto tengo está a su disposición. Hable, amigo mío. ¿Qué puedo hacer?

El Viejo había escuchado, sin pronunciar palabra, al feliz padre, con una sonrisa de satisfacción.

—Puede estar seguro, señor Sesemann, de que yo participo de la alegría que la cura de su hija le ha proporcionado, y ello me compensa sobradamente de las molestias que me he tomado —dijo el Viejo con su firmeza habitual—. Mucho agradezco al señor Sesemann sus ofrecimientos, pero no quiero nada. Mientras viva tendré lo suficiente para la niña y para mí. Sólo tengo un deseo, conseguido el cual, mi felicidad, sería completa.

—Hable, hable, querido amigo —dijo el señor Sesemann con tono apremiante.

—Soy viejo —continuó el abuelo—, y ya no viviré mucho tiempo. Pero cuando muera, no podré dejar nada a Heidi. La muchacha no tiene a nadie en el mundo. Si el señor Sesemann me promete que ella no necesitará ir a buscar el pan a casa de personas extrañas, me pagaría sobradamente lo que yo haya podido hacer por su hija.

—Eso no hacía falta que usted lo dijera, querido amigo —exclamó el señor Sesemann—. La niña es como nuestra. Pregunte a mi madre y a mi hija. Mientras ellas vivan, no faltará nada a Heidi. Sin embargo, si esto puede tranquilizarle, amigo mío, he aquí mi mano. Le doy palabra de que haré lo que desea. Yo lo tendré previsto para que así se haga, aunque me muera. Pero oiga

otra cosa. Es indudable que esta niña no puede vivir lejos de su casa. Hemos podido comprobarlo. Pero tiene contraídas algunas amistades. Yo conozco a una persona en Francfort que en este momento está poniendo en orden sus cosas para poderse marchar a descansar durante el resto de su vida. Hablo de mi amigo el doctor, que vendrá aquí este año para pedirnos consejo respecto a su instalación en esta comarca, y que en compañía de ustedes se siente mejor que en la de cualquier otra. Por lo tanto, la niña tendrá cerca de ella dos personas que la cuiden. Y las dos pueden vivir aún mucho tiempo.

—Dios lo quiera —dijo la abuela.

Y para expresar su asentimiento a las palabras de su hijo, estrechó larga y cordialmente la mano del Viejo. Después echó los brazos al cuello de Heidi y le dijo:

—Y tú, querida Heidi, has de decir también qué es lo que deseas. Veamos, ¿no desearías ver cumplida alguna cosa?

—¡Oh, sí, una! —repuso la niña con ojos brillantes de gozo.

—Dime cuál es.

—Me gustaría tener mi cama de Francfort con sus tres grandes almohadas y la gruesa colcha. Entonces la abuelita de la cabaña tendría alta la cabeza y podría respirar bien. También la colcha le daría suficiente calor y le evitaría tener que acostarse con el chal puesto en las noches frías.

Heidi, en su entusiasmo, había dicho esto sin respirar.

—¡Oh, hija de mi alma! —exclamó la abuela, emocionada—. Haces bien en recordarme a la pobre anciana. La alegría le hace a una olvidarse de las cosas que siempre deberían tenerse presentes. Sin embargo, cuando Dios nos proporciona alguno de estos grandes placeres deberíamos pensar, ante todo, en los que pasan tantas privaciones. Vamos a telegrafiar en seguida a Francfort. Hoy mismo la señorita Rottenmeier mandará embalar el lecho y en dos días puede estar aquí. Así, la abuelita dormirá bien, si Dios quiere.

Heidi, henchida de gozo, comenzó a dar saltos en torno de la abuela de Clara. Mas de pronto se detuvo para decir:

—Es necesario que vaya en seguida a ver a la abuelita. Se enojará si estoy tanto tiempo sin visitarla.

Heidi no podía retrasar el momento de llevar la feliz noticia y recordó los temores que la anciana mostró durante la última visita que le hizo.

—No, no, Heidi. ¿En qué estás pensando? —dijo el Viejo—. Cuando hay visita, uno no puede dejarla así como así.

Pero la señora se puso de parte de Heidi.

—Querido amigo —dijo—. Esta niña no comete, obrando así, un error tan grande. Hace ya muchos días que la anciana se ve privada de ella por nuestra causa. Vamos todos juntos. Yo esperaré allí mi caballo para ir en seguida a telegrafiar a Francfort diciendo que manden la cama. ¿Qué te parece, hija mía?

Hasta entonces el señor Sesemann no había tenido ocasión de exponer sus proyectos. Por lo tanto rogó a su madre que se sentara un poco y esperase, para realizar sus planes, a que hubiera expresado sus propias intenciones. Ante todo, habíase propuesto dar con su madre una pequeña vuelta por Suiza, para reunirse después con Clara y realizar junto a ella el más encantador de los viajes. Mas para eso era preciso aprovechar los hermosos días de las postrimerías del verano. Tenía pensado pasar la noche en Dörfli para volver al día siguiente a la montaña en busca de Clara e ir después a Ragatz para reunirse con su abuela. Inmediatamente emprenderían el proyectado viaje.

Clara se impresionó ante el anuncio de una partida tan súbita. Pero también tenía muchos placeres en perspectiva y, por otra parte, no había que dejarse dominar por la tristeza.

La abuela se había puesto ya en pie y tomado a Heidi de la mano para iniciar la marcha. De pronto, se volvió.

—¿Qué vamos a hacer, Clara? —exclamó con inquietud, comprobando que el descenso sería demasiado largo para ella.

Pero el Viejo había ya cogido en brazos, como acostumbraba hacer, a la enfermita, y seguía a la abuela, la cual, al verlos, hacía gestos de aprobación. Tras ellos iba el señor Sesemann.

Heidi no cesaba de dar brincos y más brincos en torno de la abuela, mientras ésta le hacía toda clase de preguntas sobre la otra abuelita para enterarse de cómo vivía y de cómo iban las cosas en su casa, sobre todo en invierno, cuando tanto frío hacía en la montaña. Heidi respondió minuciosamente a todas las preguntas. Explicó a la abuelita que la otra abuela temblaba de frío en su rincón, donde permanecía encogida. Detalló también lo que la pobre vieja tenía y, sobre todo, lo que temía. La señora Sesemann escuchaba con vivo interés todo lo que la niña le contaba.

Al fin llegaron a la choza del cabrero.

Brígida estaba en aquel momento tendiendo al sol una de las dos camisas de Pedro, a fin de que éste pudiera cambiársela cuando la que llevaba estuviera demasiado sucia. Al ver a la gente que llegaba, se apresuró a entrar en la choza.

—Ya se van todos, madre —dijo—. Parece que vayan en procesión. El Viejo los acompaña y lleva a la niña enferma.

—¿Es verdad eso? —suspiró la abuela—. Así, pues, ¿también va Heidi con ellos? ¡Si viniera aunque sólo fuera para darme la mano! ¡Si pudiera tenerla a mi lado aunque sólo fuera un instante!

En ese momento la puerta se abrió de pronto y, en dos saltos, Heidi se plantó al lado de la abuela y se arrojó en sus brazos.

—¡Abuelita, abuelita! Me mandan la cama de Francfort, las tres almohadas y la gran colcha. Dentro de dos días estará aquí. La abuelita de Francfort me lo ha ofrecido.

Heidi dijo estas palabras atropelladamente, deseosa de ver el efecto que causaban a la abuela de la choza. Ésta sonrió, pero dijo con una sombra de tristeza:

—¡Oh, cuán buena debe de ser esa dama! Debía alegrarme de que te protegiera, pero ¡me queda tan poco tiempo de vida!

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó una voz amistosa cerca de la anciana, en tanto que la señora Sesemann, que lo había oído todo, estrechaba su mano—. No, no. No se trata de eso. Heidi continuará al lado de la viejecita para seguir alegrando su vida. Nosotros queremos también volver a ver a la pequeña, pero ya vendremos en su busca. Vendremos anualmente a los Alpes, pues tenemos razones para renovar en este sitio nuestra acción de gracias a Dios, que tan gran milagro ha realizado en nuestra hija.

Entonces una magnífica luz se expandió por el rostro de la anciana, que expresó su gratitud estrechando varias veces en silencio las manos de la señora Sesemann, mientras gruesas lágrimas de felicidad resbalaban por sus rugosas mejillas. Heidi había advertido el cambio de expresión que experimentó el rostro de la abuela de la choza y su gozo fue entonces completo.

—¿Ves, abuelita, como todo ocurre de acuerdo con lo que te leí la última vez? ¿Verdad, que la cama de Francfort te gustará mucho?

—Sí, hijita. ¡Oh, cómo se acuerda el Señor de mí todavía! —repuso la anciana con profunda emoción—. ¿Cómo es posible que haya gente tan buena que se preocupe de una pobre vieja y le haga tanto bien? Nada fortifica tanto nuestra fe en Dios como ver que hay gentes tan bondadosas, que se compadecen de una pobre vieja como yo.

—Mi buena viejecita —repitió la señora Sesemann—, ante Dios todos somos igualmente miserables y tenemos la misma necesidad de Él. Ahora le decimos a usted adiós, hasta la vuelta. El año próximo, apenas lleguemos a los Alpes, haremos una visita a la anciana, que no olvidaremos jamás.

Dicho esto, la señora Sesemann volvió a tomar la mano de la viejecita y se la estrechó cordialmente. Pero no se fue en seguida, como era su intención,

pues la anciana no cesaba de dar muestras de gratitud pidiendo para su bienhechora, y para todos los de su casa, la bendición de Dios.

Finalmente, el señor Sesemann y su madre continuaron el descenso hacia el valle, mientras el Viejo reanudaba con Clara el camino de la cabaña y Heidi danzaba en torno de ellos, ante la perspectiva de lo que la anciana iba a obtener.

A la mañana siguiente Clara lloró mucho al despedirse de aquellos Alpes donde había pasado los mejores días de su vida.

Pero Heidi la consoló diciéndole:

—Pronto llegará de nuevo el verano y entonces volverás. Esta vez podrás andar desde el primer día y subiremos todas las mañanas a los prados con las cabras, para ver las flores. Y esta hermosa vida renacerá.

Como estaba convenido, el señor Sesemann subió a buscar a su hija. Se quedó un rato hablando con el abuelo, al que aún tenía algunas cosas que decir.

Clara enjugó sus lágrimas, un tanto consolada por las palabras de Heidi.

—Di otra vez adiós al abuelo de mi parte, y a todas las cabras, especialmente a Blanquita. ¡Oh, quisiera poder hacer un regalo a Blanquita! Ella ha contribuido mucho a mi curación.

—Puedes hacerle uno —replicó Heidi—. Mándale un poco de sal. Ya sabes lo que le gusta tomarla de manos del abuelo por las noches.

El consejo complació a Clara.

—¡Oh, entonces le mandaré de Francfort cien libras de sal! —exclamó gozosamente—. También quiero que tenga ella un buen recuerdo de mí.

En este momento el señor Sesemann hizo una seña a las niñas, pues era hora de partir. El caballo blanco de la abuela había subido en busca de Clara, que ya no tenía necesidad de la silla de manos.

Heidi avanzó hasta el extremo de la meseta y desde allí estuvo diciendo adiós con la mano a Clara hasta que caballo y amazona se hubieron perdido completamente de vista.

La cama ha llegado de Francfort y la abuela duerme en ella tan bien todas las noches, que pronto recobrará las fuerzas perdidas. La abuela de Francfort no ha olvidado el crudo invierno de los Alpes y ha enviado a la choza del cabrero un gran fardo de abrigos para que la anciana pueda arroparse bien y no tenga que permanecer en un rincón temblando de frío.

En Dörfli va a construirse una magnífica casa. El doctor ha llegado y se ha

instalado provisionalmente en su antiguo alojamiento. Aconsejado por su amigo, ha comprado el edificio en que el Viejo de los Alpes y Heidi han pasado el invierno. Es una magnífica casa señorial, como puede comprobarse por su gran sala provista de una hermosa chimenea y por las decoraciones artísticas de los azulejos. El doctor hizo reparar para su uso esta parte del edificio. El otro lado será dispuesto para que pasen el invierno en él el Viejo y su nieta, pues el doctor sabía que el abuelo era un hombre que gustaba de la independencia. Detrás se construirá un pequeño establo de sólidos muros, donde Blanquita y Diana pasarán cómodamente los inviernos.

El doctor y el Viejo de los Alpes son cada día más amigos. Cuando ambos recorren la obra para ver sus progresos, sus conversaciones, regularmente, se refieren a Heidi, pues el mayor placer de uno y otro lo constituye el pensar que vivirán bajo el mismo techo que la niña.

—Mi querido amigo —decía finalmente el doctor, de pie ante el Viejo de los Alpes—. Usted debe ver las cosas como son. Comparto con usted toda la alegría que nos procura la pequeña, como si yo fuera, después de usted, su más próximo pariente. Por lo tanto, quiero también compartir los deberes de preocuparme de su porvenir. Así tendré también derecho a ella y podré esperar que me cuide en los últimos días de mi vida, lo cual ha de constituir mi mayor placer. A cambio de esto, todo lo mío será para ella, por lo cual, tanto usted como yo, podremos abandonar tranquilamente este mundo.

El Viejo estrechó la mano del doctor. No pronunció palabra, mas su amigo pudo leer en sus ojos la emoción y la alegría profunda que acababa de causarle.

Durante esta conversación, Heidi y Pedro estaban cerca de la abuela de la choza. Una tenía tanto que contar y el otro tanto que escuchar, que no hallaban ocasión de separarse de la abuela. Heidi contaba a ésta todo cuanto durante el verano había ocurrido en los Alpes, ya que entonces muy pocas veces pudo bajar a la choza del cabrero.

De los tres, no habría podido decirse cuál era el más feliz, ya fuera porque nuevamente estaban juntos, ya por los acontecimientos maravillosos que se habían desarrollado. Pero el rostro de Brígida expresaba, si cabe, una alegría mayor aún, pues, con la ayuda de Heidi, había logrado desembrollar la historia de los diez céntimos perpetuos.

Sin embargo, la abuela puso fin a la conversación diciendo:

—Heidi, léeme uno de esos cantos de acción de gracias. Me parece que no debía hacer otra cosa que alabar y bendecir a Dios por el bien que nos ha hecho.

Freeeditorial 